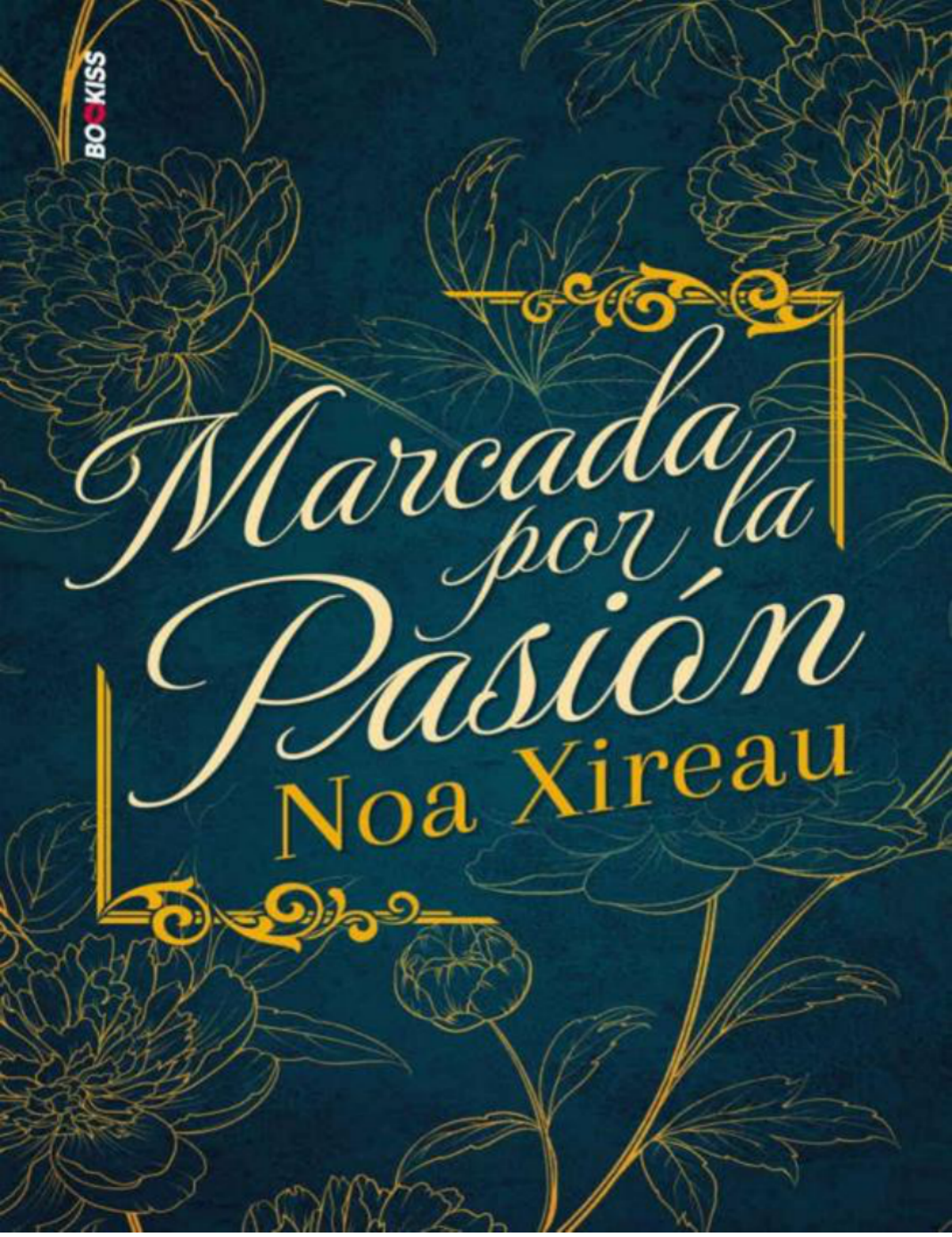
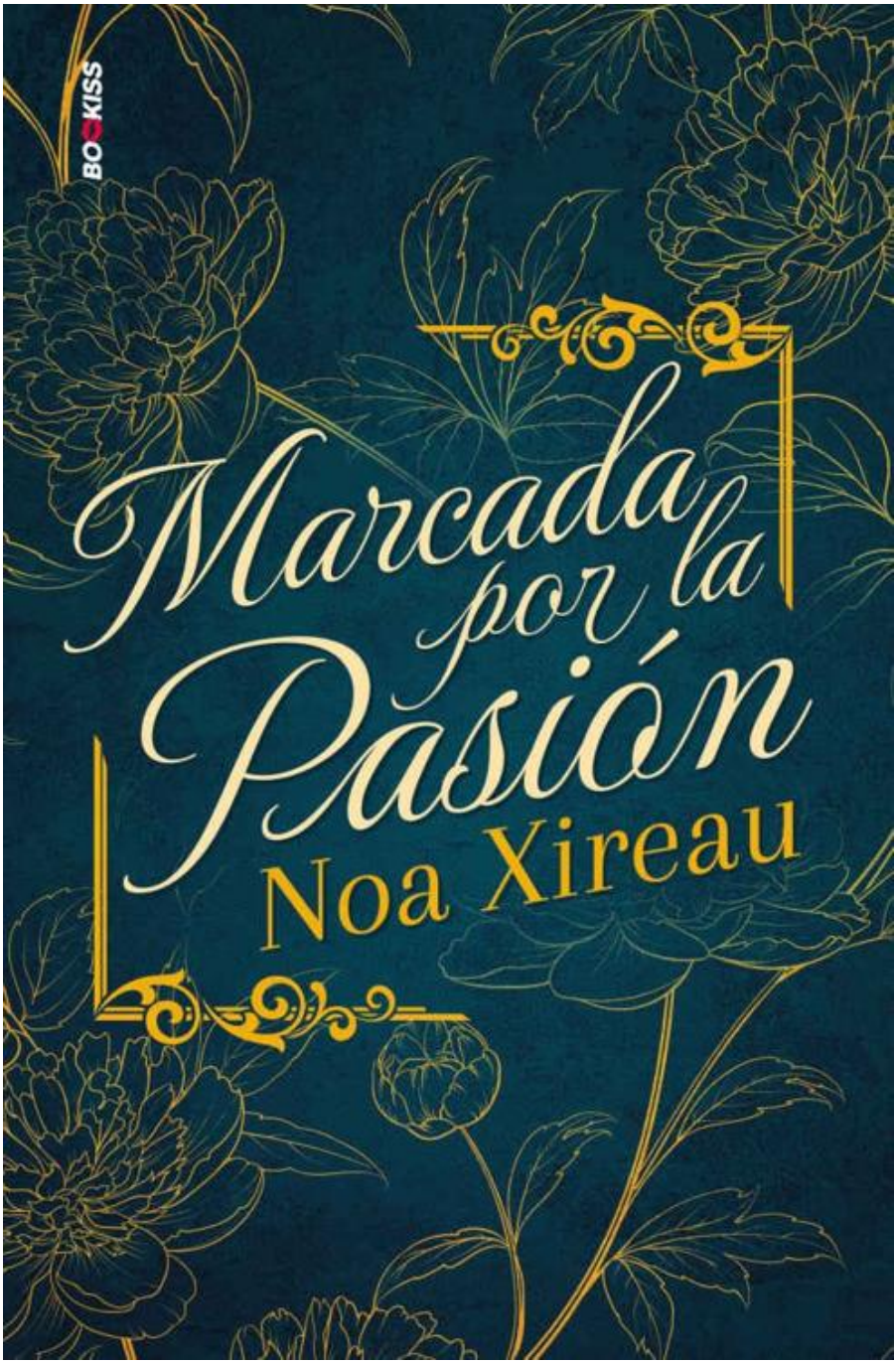

BOOKISS
Marcada por la Pasión
Noa Xireau



Gracias a Alissa Brontë, Naitora McLine y Sandra García Pérez por sus sugerencias y apoyo. Me considero afortunada por teneros como lectoras cero.

Capítulo 1

Jerez de la Frontera, 1822

El peinecillo de nácar y plata labrada con el que Madeleine había estado repasando algunos mechones rebeldes de su recogido cayó con un golpe seco sobre el tocador. En vez de tomarse el tiempo de comprobar si se había astillado, se giró boquiabierta hacia su prima, quien la estudiaba desde el filo de la cama con la misma expresión de inocente expectación con la que se arrodillaba los domingos ante el párroco.

—¡No puedes estar diciéndolo en serio! ¿Quieres que vayamos a una fiesta callejera?, ¿una del populacho?, ¿tú y yo?, ¿sin acompañante? —Por si la manera atropellada en la que escapaban las palabras de su garganta no hubiese sido ya suficiente señal de la ansiedad que aquella propuesta le producía, el tono chillón con el que salieron acabó de rematarlo.

¿Acaso su prima se había vuelto loca? No es que tuviera nada en contra de la gente sencilla, al contrario, pero la simple idea de los peligros a los que podrían enfrentarse dos damas de su estatus social al aventurarse a salir solas, por la noche y en un país extranjero ya le ponía los vellos de punta.

—Sí. —Lydia se dejó caer de espaldas encima del colchón y sonrió soñadora al techo, como si desde allí estuviese contemplándola algún tipo de príncipe azul. A Madeleine no le hubiese extrañado en absoluto que también oyera las promesas de amor del imaginario galán—. ¡Piénsalo! —

siguió la muchacha, con las mejillas sonrosadas por la emoción—. Habrá música, hombres jóvenes y fuertes… ¿Nunca te han contado de la pasión de los españoles? Son tan diferentes de nuestros estirados paisanos.

Teniendo en consideración que el compromiso de Lydia se celebró la semana siguiente a su presentación en sociedad y que, justo después de la boda, su marido la arrastró a vivir a aquel ardiente infierno de aire irrespirable llamado Jerez, era dudoso que hubiese tenido la posibilidad de conocer a caballeros ingleses suficientes como para realizar comparaciones con los españoles. Y en cuanto a su esposo… El problema no era que el barón fuera inglés, sino que casi le triplicaba la edad.

—¿No será que confundes la pasión con la falta de educación? —

Madeleine se estremeció de repulsión al recordar las descaradas miradas lascivas que la recibieron nada más pisar tierra en el puerto gaditano.

Lydia descartó su comentario con un ademán despectivo.

—Eres tú quien confunde la educación con la frialdad. Un inglés es a un español lo que el invierno al verano. ¿Y cómo se te ocurre siquiera equiparar el placer de las caricias del sol sobre tu piel y las cálidas noches estrelladas con pasarte el día observando la lluvia a través de un ventanal empañado y con los pies congelados?

—Puedes disfrutar del sol desde la seguridad de tu maravilloso patio andaluz —bufó Madeleine. Ignoró a propósito el sentido metafórico de las palabras de Lydia y se tragó una carcajada. ¿Caricias? ¡Aquel sol de mil demonios mordía más que un león famélico!

—Pero no de los hombres —protestó Lydia, sin cortarse ni un pelo—.

Frederick se ha asegurado de que en casa solo permanezcan los sirvientes ancianos y los esclavos más feos. Que, encima, están castrados.

Madeleine parpadeó con una mano sobre su pecho, aunque recuperó la compostura con rapidez.

—¿Y para qué los quieres? Ni que fueras una ilusa adolescente deseosa de encontrar al marido de tus sueños. Tienes veinte años y estás casada; flirtear con desconocidos ya debería estar erradicado de tu mente —le recriminó, aun siendo consciente de que el anhelo de saberse deseada no desaparecía ni con veinte ni con treinta. Y, probablemente, tampoco a los cuarenta años.

—¿Quién habló de flirtear? —Lydia ladeó la cabeza y arqueó, divertida, una de sus elegantes cejas rubias.

—¿Y con qué intención ibas a querer asistir a esa fiesta entonces? —

Madeleine se cruzó de brazos y frunció el entrecejo.

—¿Y tú me lo preguntas, querida prima? Eres viuda. A estas alturas, deberías conocer la respuesta —se mofó Lydia, con un tono que dejaba claro que sus intenciones se encontraban lejos de ser cándidas.

—¡No puedes estar hablando de lo que creo que estás hablando! —Los ojos de Madeleine se abrieron horrorizados. ¿A dónde había ido a

parar la ingenua chiquilla que pasaba con ella los veranos en Suffolk y que se ruborizaba incluso si el chico de los establos se atrevía a mirarla durante más de un parpadeo?

—¿Y de qué crees que estoy hablando? —Lydia alisó su falda con esmero y retiró algunas pelusas imaginarias.

—¡Déjate de bobadas! Estás casada; y yo, a punto de desposarme de nuevo.

—¿Y? —Lydia alzó la barbilla, retándola con la mirada.

—Pues… pues eso… Que lo que propones es impropio de unas damas decentes.

—¿Impropio? —Lydia se levantó de un salto y se acercó a ella con ojos que brillaban llenos de cólera—. Te voy a decir lo que es *impropio*, querida Madeleine. *Impropio* es estar casada con un viejo cuarenta años mayor que yo, sin que mi familia me protegiese con un contrato prematrimonial que garantizase mi bienestar presente y futuro. *Impropio* es que, cuando se muera sin haberme preñado, me deje a disposición del familiar masculino más cercano a fin de que me encierre de por vida o se deshaga de mí y me case con el primer desgraciado con el que pretenda hacer negocios, como han hecho contigo —señaló Lydia—. *Impropio* es que jóvenes guapas e inteligentes como nosotras no hayamos conocido el amor y nos marchitemos enterradas vivas en oscuras mansiones, cuidando de vejestorios que valoran más a sus yeguas que a nosotras. Eso, querida prima, es lo que yo llamo *impropio*. Y ya puedes decir lo que te dé la real gana, que no conseguirás hacerme cambiar de opinión.

—Lydia…, yo… —¿Qué? Madeleine se abrazó. ¿Qué iba a argumentarle cuando cada una de sus afirmaciones era tan cierta como escandalosa? ¿O

acaso no estaba allí, asándose en aquella caldera polvorienta, solo porque Edmund, el sobrino de su difunto esposo, la había prometido a un marqués español cuyo nombre no era ni capaz de pronunciar? ¿Y a cambio de qué?

De un maldito acuerdo en el que no tenía claro si la estaban usando como garantía o si, por el contrario, había sido la vía por la que se había deshecho del estorbo que suponía para él y su manipuladora esposa.

—Dime una cosa, Maddy. —Lydia le pellizcó la barbilla y la obligó a

mirarla a los ojos—. ¿Alguna vez un hombre te ha hecho el amor de verdad? ¿Te ha amado con pasión y locura? ¿Te ha convertido en la mujer más importante de su vida, aunque fuera apenas por un instante?

Madeleine quiso recordarle que su matrimonio había durado ocho años; sin embargo, acabó por cerrar la boca. Esas noches en las que Charles visitaba su lecho, le retiraba el camisón hasta la cintura y la usaba sin siquiera un gesto de ternura o un beso, ¿contaban como «hacer el amor»?

Apenas solía tener tiempo de acostumbrarse al punzante dolor antes de que comenzase a resollar y gruñir, terminando de aplastarla con su peso como

un jabalí alcanzado durante una cacería. Para cuando él se levantaba y se marchaba a su habitación, sin la cortesía de darle las buenas noches o de bajarle de nuevo el camisón, ella respiraba aliviada y rezaba porque no volviese a acordarse de ella durante los próximos meses. Con honestidad, dudaba mucho que Lydia hablase de eso.

¿Y pasión? Había presenciado a sementales montando a yeguas que eran más apasionados que Charles. No, no creía que su prima se refiriera a eso.

A su mente vino la imagen de la cocinera con el mozo de los establos, el día que los encontró juntos en la despensa. Ella había permanecido escondida detrás de la puerta. Con una mano sobre el pecho, la respiración agitada y sin apenas moverse, los observó fornicar como animales. No estaba segura de que aquello fuese amor, pero pasión… Pasión sí que había.

Aún hoy su vientre se contraía nada más recordar el brillo sudoroso del musculoso torso masculino al embestir a la atrevida cocinera, que lo retaba a demostrarle su hombría entre jadeos, gemidos y el choque de sus cuerpos.

Cogió el abanico del tocador con manos temblorosas.

—Piénsalo, querida Madeleine. Una celebración repleta de hombres apasionados, desconocidos, dispuestos a seducirte, a ofrecerte placer y a hacerte sentir una auténtica mujer por primera vez en tu vida. Podrás descubrir lo que es ser feliz entre los brazos de un apuesto galán sin que nadie se entere, incluso puedes olvidarte de él al día siguiente porque jamás volveréis a cruzaros. Es tu última oportunidad antes de que el próximo vejestorio te encierre en su mansión —la

tentó su prima con voz seductora.

Madeleine se acercó a la cama y se sentó en el borde. Lydia no necesitaba averiguar que sus piernas se sentían tan débiles que amenazaban con ceder bajo ella.

—De cualquier modo, da igual lo que yo quiera; la señora Fitzgerald se toma muy a pecho la tarea de carabina que le ha encomendado mi sobrino.

No tengo forma de escaparme de su control, porque basta con que abra el balcón para que venga a investigar qué sucede.

—No dormirás en tu habitación. Frederick se fue a Gibraltar por uno de sus tratos de negocios. Tardará al menos tres días en regresar. Y tú, mi querida Maddy, no dejarías que tu pobre y desolada primita duerma sola durante la triste ausencia de su esposo, ¿cierto? —preguntó Lydia, poniendo uno de esos lindos mohines con los que solía manipular a los que la rodeaban.

—¿A quién piensas que vas a engañar con ese cuento? Tú no duermes

con tu marido.

—Por supuesto que no, pero tu presencia garantizará que nadie ponga en entredicho mi honra mientras él no esté. —Lydia no permitió que le recordase que el motivo por el que quería que se acostasen juntas era precisamente porque le traía sin cuidado su honra—. Y las alcobas de los invitados se encuentran, *casualmente*, en el otro ala de la planta. ¿En serio crees que los señores Fitzgerald iban a enterarse de algo? —terminó, con una sonrisa pícara que delataba que quizás no hubiera sido una coincidencia.

—Pero…

—Olvídate de las excusas, Maddy. Tienes que decidir si me acompañas o te quedas. Tú, mejor que nadie, sabes si acabarás preguntándote por el resto de tu vida qué es lo que habría pasado si hubieras reunido el valor de dar el paso.

—¿Por qué estás tan segura de que allí encontraremos lo que buscas? —

Madeleine escondió los temblorosos dedos entre los pliegues de su falda.

—Oh, confía en mí, querida prima. Sé con exactitud lo que encontraremos allí —prometió Lydia, con una sonrisa demasiado confiada como para que Madeleine pudiera llegar a sentirse cómoda —. Y será algo que jamás olvidarás.

Capítulo 2

Madeleine mantuvo una mano sobre el pecho, como si con ello pudiese calmar los acelerados latidos de su corazón mientras recorrían las animadas calles. Que un fino pañuelo negro le cubriese la cabeza, parte del rostro y la protegiese en gran medida de las indiscretas miradas no la calmaba en demasía.

¿Cómo se había dejado convencer para cometer semejante insensatez?

Debería haber conservado la cordura y haberse conformado con soñar con la pasión desde la seguridad de su alcoba. Ni el frenesí ni la lujuria le iban a proporcionar cobijo y manutención si alguien la reconocía en aquellas circunstancias. ¿Y qué había de los innumerables peligros a los que podían llegar a enfrentarse dos mujeres de noche? Ya era tarde para pensar en ello.

Los acordes de una guitarra y las voces roncas del cante iban distinguiéndose a cada paso con mayor claridad. Se aproximaban a su destino. A Lydia no parecía importarle ni lo más mínimo que las casas por las que pasaban fueran cada vez más pequeñas y maltrechas, o que sus habitantes, escapando del calor de sus hogares, hubiesen sacado las sillas a sus puertas. Hasta los niños jugaban descalzos por doquier a pesar de la penumbra y el polvo. Madeleine se encogió cuando un individuo, sentado en el patinillo de su casa, les gritó algo que no entendió. Lydia se limitó a reír, sin detenerse.

—Prima, por Dios, volvamos —siseó Madeleine—. ¿Es que no te das cuenta de lo que arriesgamos?

—Déjate de pamplinas. A la luz de la luna apenas se distinguen nuestras siluetas, y mucho menos nuestros rostros. Si no te oyen, ni se imaginarán que eres inglesa.

—¡Acabas de hablar con ese hombre!

—Reír no es hablar —la corrigió Lydia, sin inmutarse ni una pizca.

—Basta que noten lo pálidas que somos. ¿Cuánto crees que tardarán en adivinar que somos extranjeras? —protestó Madeleine.

Se mordió el labio con una mueca, ahogando un gemido cuando, por enésima vez, se dobló el tobillo en uno de los numerosos hoyos del irregular camino.

Incluso antes de bajarse del carruaje, el adoquinado había dado paso a

calles de tierra pedregosa con más agujeros y baches que un queso de Chester. Por si fuera poco, las piedras se le clavaban a través de las suelas y comenzaba a sentir la fina arenilla rozándose entre los dedos de sus pies.

Con aquel endemoniado clima andaluz, las ampollas que le salieran iban a ser una auténtica tortura, y no quería ni plantearse las excusas que tendría que ingeniar ante el ineludible interrogatorio de la señora Fitzgerald al verlas.

—La exportación de vinos a Inglaterra está en auge y la población inglesa en Jerez está creciendo. ¿Crees que soy la única que aprovecha los viajes de negocios de su esposo para gozar de la vida? —se mofó Lydia.

—Deberíamos haber continuado en el carruaje —masculló Madeleine.

—Ya te expliqué por qué debíamos recorrer este tramo andando. No podemos permitirnos el lujo de que reconozcan el escudo de familia de Frederick. Lo que en el centro de Jerez no habría llamado demasiado la atención, aquí sí lo haría. No me extrañaría que alguno de los peones que trabaja en sus bodegas resida en este barrio.

—¿Y no podría habernos acompañado alguno de tus esclavos o sirvientes?

—El único que se deja comprar y del que me fío es Pablo, y él se quedó vigilando el carruaje. No te preocupes, luego nos llevarán a caballo de regreso —trató de consolarla Lydia.

Madeleine aceleró el paso, intentando seguirle el ritmo a pesar de la piedrecita puntiaguda que se había colado en su zapato. ¡Ni loca pensaba detenerse para sacársela! Las miradas curiosas las seguían y el disimulo o el pudor eran conceptos inexistentes en aquel lugar.

Trató de mantenerse atenta a dónde pisaba. ¿Qué iba a hacer si se lastimaba un tobillo? ¿Pedirle ayuda a alguno de aquellos desconocidos? Su corazón se saltó un latido. Si su reputación quedaba destrozada, no tenía ni la más mínima duda de que se anularía su boda. Aunque la idea de lo que la esperaba en aquel matrimonio fuera

poco alentadora, sería aún peor lo que le depararía un destino como mujer repudiada, viuda y con el sobrino de Charles desentendiéndose de ella. ¿Qué probabilidades existían de que la volviese a recibir en su casa después de un escándalo semejante? Si Edmund nunca le había tenido demasiado aprecio, su esposa la detestaba sin fingimientos.

«¡Dios, Madeleine! ¿Cómo te has metido en este lío?».

Aquellas calles polvorientas no eran su mundo ni su lugar. ¿Y si, en vez

de hombres seductores, lo que encontraban eran ladrones y violadores dispuestos a raptarlas o a dejarlas tiradas muertas en algún camino? La realidad la golpeó de frente. Se había dejado llevar por las descripciones románticas de Lydia, pero ¿qué había de ciertas en ellas? Si algo caracterizaba a su prima era sin duda su fantasía desmedida. Incluso siendo apenas una mocosa, siempre había sido la que se inventaba los cuentos y entretenía a los demás pequeños de la familia.

—¡Deja ya de darle vueltas, Maddy! ¡Nadie nos reconocerá! —bufó Lydia.

—¿Qué? —Madeleine parpadeó desorientada.

—Te he oído.

—Yo… —¿Había vuelto a pensar en voz alta? Madeleine tragó saliva.

—Siempre que no pierdas esa peluca morena, nadie te asociará con la hermosura rubia que está alojada en la casa de don Frederick Wedgwood.

De hecho, si quieres que te sea sincera, ni siquiera sé si te llamaría

«hermosura» tal y como te ves ahora mismo. Ese cabello negro te da un aspecto enfermizo. Yo que tú me mantendría alejada de cualquier fuente de luz —opinó Lydia después de estudiarla con el ceño fruncido —. Sería una lástima que, con el trabajo que te ha costado decidirte y la que estás armando, al final no fueras capaz de atraer a ningún hombre. Es una suerte que no estemos en Londres y que no haya farolas por aquí. Incluso así, te convendría que los hombres centrasen su atención en otras partes de tu anatomía.

Madeleine jadeó escandalizada. ¿Otras partes de su anatomía? ¡Ni que fuera una vaca lechera de camino a la feria del condado! Estaba

segura de que Lydia no se refería ni a sus tobillos ni a sus dientes, por lo que las opciones se reducían drásticamente.

Con disimulo, se secó las sudorosas palmas en la sencilla falda campesina. Si hubiese llevado guantes, como toda dama debería cuando sale de su hogar, no habría tenido ese problema. Por supuesto, no iba vestida como una dama. Lydia las había disfrazado como señoras del pueblo llano.

Una semana. Llevaba una sola semana en España y su prima ya la había enredado en uno de sus disparates. Comenzaba a plantearse si no le convendría remitirle una carta a su prometido avisándole de que llegaría antes de la fecha prevista. Igual, si era un caballero, sería él mismo quién le ofreciese una escolta que la acompañase. Siendo honesta, no se moría

precisamente por reencontrarse con él ni por adelantar la boda; pero, por mucho aprecio que le tuviera a Lydia, se arriesgaba demasiado con sus aventuras. Y, si caía en desgracia, la arrastraría con ella. Una vida como la señora del marqués de los Alcázares suponía, sin lugar a duda, un futuro más cómodo que el que la esperaba en un convento de clausura.

Una señora con un bebé sobre el regazo les sonrió al pasar. ¿Les sonreiría igual si supiese el motivo por el que pasaban por allí? Madeleine desvió la mirada y rezó porque el Santísimo las perdonase y protegiese a pesar de sus pecaminosas intenciones. Jamás se había imaginado verse en una situación tan descabellada. Dos damas no pintaban nada deambulando sin acompañantes por las calles recónditas de un país extranjero. Daba igual que fueran disfrazadas o no. ¡Las mujeres decentes estaban en sus hogares antes del anochecer, allí, en Inglaterra o en las colonias británicas! Bueno, o al menos sentadas a la entrada de sus hogares con sus esposos, dudó al percatarse de la cantidad de mujeres que todavía permanecían en el exterior junto a sus familiares. Debía admitir que le resultaba encantadora la forma en la que los españoles se interrelacionaban entre ellos como si fuesen una enorme comunidad.

A medida que fueron acercándose a su destino, las casas dieron lugar a chozas, entre las que iban intercalándose algunos árboles aquí y allá, y más sombras de las que la hacían sentirse cómoda. ¿Y si algún indeseable se ocultaba entre ellas? Se refugió en el alivio de que, a pesar de no avistar fiesta alguna, las voces y los acordes musicales le llegaban con nitidez, anunciando su cercanía.

En la esquina de una de las destartaladas construcciones, Lydia la agarró del codo y tiró de ella hacia la izquierda. Rodearon el edificio hasta la parte trasera, donde se extendía un claro arenoso en el que tres viviendas lindaban con un sombrío pinar cubierto de arbustos. Una hoguera iluminaba a las veinte o veinticinco personas que se repartían alrededor. Unas pocas ocupaban sillas, pero las demás usaban troncos o cajas para sentarse. Y

otras se encontraban de pie, algo más apartadas, charlando. A pesar de aquellos que tocaban las palmas, la guitarra o cantaban, el verdadero centro de atención era una bailarina, que se contoneaba descalza y llena de pasión al son de la voz ronca y la música que la acompañaban.

A Madeleine la recorrió un escalofrío. Habían llegado. ¿Dónde estaba la multitud que había previsto? ¿Cómo pretendía Lydia que se relacionase con la gente? Incluso desde los cuarenta pasos que podían separarla de la

hoguera, podía discernir la tez morena de los demás. En comparación, su rostro pálido relucía más que la linterna de un sereno, y eso obviando que su piel contrastaba de una manera enfermiza con el negro carbón de su peluca. Tampoco era como si se atreviera a interactuar demasiado con aquellos desconocidos. ¿Cómo había planificado Lydia que conocieran a hombres e intimaran con ellos si había tan pocos asistentes?

—Lydia, no creo que…

—¿Luisa? Me alegra que haya decidido honrarnos con su presencia, y veo que en esta ocasión ha traído compañía.

—¡Antonio!

Madeleine contempló boquiabierta al apuesto individuo que besó la mano de Lydia, con una inclinación y ademán dignos de un caballero. No es que fuera guapo —su nariz resultaba demasiado aguileña y algo torcida para serlo, y sus cejas eran prácticamente una línea recta—; pero, a pesar de ello, ciertamente poseía un corte de cara viril. Se daba un cierto aire a lord Byron y su anatomía esbelta se antojaba imponente con las dos cabezas que le sacaba en altura. Su sencillo atuendo estaba limpio y en buenas condiciones, y la camisa dejaba adivinar que poseía un torso bien trabajado, como correspondía a un hombre que se ganaba el pan con su esfuerzo. Si aquel era el amante de Lydia, algo evidente a deducir por cómo lo miraba embelesada,

entonces no era de extrañar que su prima se fugase una y otra vez para cometer aquellas locuras.

—¿No piensas presentarnos? —La mirada de Antonio la recorrió hasta detenerse en sus dedos, agarrotados sobre el pañuelo.

Madeleine se forzó a relajarlos y a soltar la fina tela.

—Yo…, eh… Sí, sí, por supuesto. —Durante un parpadeo, Lydia volvía a parecerse a la chica tímida y miedosa que se ruborizaba ante el mozo de los establos—. Ma…, eh… Mariana, este es Antonio. Antonio, te presento a mi vecina Mariana.

El hombre arqueó una ceja, y en sus ojos apareció un brillo divertido. Si le llamó la atención que la presentase por el nombre de pila o si sospechaba que aquel no era su nombre real, no lo mencionó. Demasiado tarde se percató Madeleine de que no debería haberle ofrecido la mano. Dudaba sobremanera que ninguna campesina esperase que se la besaran a modo de saludo. Para su sorpresa, él se inclinó y aproximó los labios hasta sus nudillos, sin rozar su piel, lo que la hizo preguntarse si él no tendría también algo que confesar acerca de su educación.

Sujetándose a su fibroso antebrazo, Lydia se alzó sobre las puntas de los pies y le susurró algo al oído. Madeleine se abrazó, incómoda ante el intenso escrutinio masculino. Sin embargo, los penetrantes ojos fueron iluminándose a medida que escuchaba y sus finos labios se estiraron en una sonrisa ladeada.

—No me importaría ofrecerme —mencionó Antonio con un aire travieso, que fue seguido por el jadeo ahogado de Lydia—. Sin embargo, ya estoy ocupado y me doy por satisfecho con lo que la fortuna me ha regalado —

finalizó, lanzándole un guiño.

—¡Eres un canalla! Eso es lo que eres —lo reprendió la joven con una expresión radiante.

—Creo que ya sé lo que podemos hacer. —El tono de Antonio adquirió un tinte serio, aunque a Madeleine no se le escapó el centelleo pícaro de sus ojos—. Es más seguro que aguarde a la sombra de aquellos pinos si no quiere que la reconozcan, señorita Mariana. Me encargaré de enviarle a alguien que la proteja y que la ayudará a disfrutar de *la noche* con tranquilidad.

«¿Protegerme?», Madeleine tragó saliva y echó un vistazo inseguro a su prima. Antes de que pudiese preguntarle por qué no podían mantenerla ellos a salvo si iban a estar juntos, Lydia le estampó un beso en la mejilla.

—Recuerda que viniste a pasártelo bien, de modo que olvídate de tus remilgos, Maddy —murmuró, girándose como un remolino para alejarse enganchada al brazo del atractivo Antonio.

Capítulo 3

—Lyd… ¿Luisa? —El nombre ficticio le salió en apenas un aliento, demasiado tenue para que alguien que no quisiera escucharlo pudiese hacerlo.

La primera reacción de Madeleine fue la de precipitarse tras ellos y detenerlos, pero sus huesos parecían haberse transformado en fina y quebradiza paja, incapaz de sostener su peso y aún menos de ayudarla a colocar un pie delante del otro. Gritar y llamar una atención indeseada quedaba descartado, aunque dudaba mucho que por su reseca garganta hubiera brotado algo más que un desesperado graznido.

Impotente, observó cómo la pareja llegaba a la hoguera entre gestos de complicidad y enormes sonrisas. Varias mujeres recibieron a Lydia con alegres exclamaciones y besos en las mejillas, como si la conocieran desde la infancia, y una anciana le ofreció un vaso de barro, que su prima aceptó sin reparos.

Sin otra cosa que hacer más que esconderse, Madeleine siguió el consejo de Antonio. Se refugió apresurada al amparo de un enorme pino. Que, a falta de tragársela en su sombra, al menos le ocultaba el rostro. Con un insistente escozor en los ojos, Madeleine se recolocó el pañuelo lo mejor que pudo y se frotó los brazos ante el repentino frío.

La canción que sonaba en el claro acabó de una forma tan arrebatadora como abrupta y los fieros movimientos de la bailarina se pararon en seco.

Durante un parpadeo, todo se detuvo: la música, las voces…, incluso los sonidos de la naturaleza; como si el mundo necesitara recuperarse de tanto ímpetu. Madeleine habría jurado que podía escuchar los latidos de su propio corazón en aquel silencio, si no hubiera sido porque se había congelado tan expectante como el resto de su entorno.

Una aclamación rompió el hechizo y devolvió la normalidad a la

velada.

La bailarina se secó el sudor de rostro y cuello con su mantilla y aceptó lo que Madeleine dedujo que era una jarra de vino. Tragó saliva. ¿Cuánto no habría dado por tomar algo que la calentase y arrastrara consigo la espesa sequedad de su boca? Se mordió los labios. Tal vez si le hiciese alguna señal a Lydia, esta se dignaría a traerle algo de beber. Se conformaba con un poco de agua con tal de… Sus pensamientos se evaporaron. ¿Dónde se

había metido Lydia? Frenética, forzó su vista, inspeccionando ansiosa a cada persona del claro. Antonio tampoco estaba. ¡La habían abandonado a su suerte!

Con una mano sobre sus labios, intentó retener los ahogados jadeos. En sus planes, Lydia nunca había mencionado que la dejaría sola, fuera de lugar y sin conocer a nadie, a semejanza de una de esas mujerzuelas londinenses de Whitechapel que esperaban en la calle a que un hombre viniese a por ellas.

La humillación le provocó náuseas. ¿La verían así los hombres que se acercasen a ella? ¿Como una ramera? ¿De qué otro modo podían interpretar que estuviese aguardando a solas en las lindes de una arboleda? Su estómago se contrajo y un amargo sabor a hiel se desplegó sobre su paladar.

Había supuesto que Lydia le presentaría a algunos pretendientes y que estos se tomarían el esfuerzo de coquetear con ella y seducirla, tal y como era costumbre en cualquiera de los eventos que se organizaban en Londres a lo largo de la temporada. Pero aquello… No, eso no tenía nada que ver con sus expectativas al aceptar aquella descabellada aventura.

Escrutó angustiada los alrededores. ¡Necesitaba un escondrijo! Un sitio en el que mantenerse a salvo hasta el regreso de Lydia. Su esperanza se hundió un poco más. Sus opciones eran escasas si descartaba los arbustos.

Sin perder de vista al gentío y asegurándose de que nadie la acechaba, retrocedió vacilante entre las sombras hasta colocarse detrás de un robusto pino flanqueado por exuberantes matorrales. Resguardada, supervisó el llano. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, rezando porque aquella pesadilla se terminase antes de ir a peor.

«¡Padre Santo, por favor, ayúdame!».

Después de un rato sin que nadie pareciera fijarse en su escondite, Madeleine soltó un profundo suspiro y se apoyó en el reconfortante tronco.

A pesar de que no dejó de vigilar las inmediaciones, no pudo evadirse del magnetismo que ejercían las personas reunidas en la fogata. Las oscilaciones de cadera de la bailaora, tan descaradas como sensuales, resultaban cuando menos fascinantes. Sintió envidia. ¿Cómo sería poseer la capacidad de bailar así? ¿La libertad de hacerlo? ¿Poder seguir el ritmo que le quemaba en la sangre y que le exigía abandonarse a la música? ¿Ser el centro de atención y admiración de tantas miradas sin ser juzgada?

Una celebración semejante habría sido impensable en Inglaterra. Por supuesto, nunca había asistido a una fiesta de la clase baja, pero no podía

figurarse aquella alegría y desenfado en una de las grises calles londinenses.

En cuanto a la alta sociedad… Soltó un bufido. Si una dama de su estatus se atreviera a contonear sus caderas con apenas la mitad de aquel atrevimiento, el resto la excluirían de inmediato de su círculo de amistad.

Sacudió la cabeza, apartando aquellas ideas de su mente.

Una diminuta piedra afilada, clavada en la planta de su pie, le dio algo con lo que entretenerse. Tras quitarse el zapato y sacudirlo, se apoyó en un tronco caído y se limpió lo mejor que pudo con el dobladillo de la falda, procurando que no le quedase arenilla entre los dedos. Repitió el proceso en el otro pie, tan distraída que no reparó en el tenue crujido de ramas y follaje seco hasta que fue demasiado tarde.

Se paralizó ante la presencia a su espalda y sus ojos se abrieron horrorizados. Casi en una caricia, alguien le recorrió la cintura con las manos y la atrajo con suavidad contra su pelvis, donde el arma cargada que se insinuaba a través de las capas de tela dejó patente que el intruso era un hombre con intenciones nada decentes. Fue tanto el terror que la dominó que el grito sobresaltado que debería habérsele escapado se congeló en su garganta.

Incapaz de reaccionar, soportó impotente que el sujeto se restregase contra ella con un gruñido bajo, rebosante de satisfacción. La recorrió un helador escalofrío que le puso los vellos de punta. Abrió la boca con la intención de gritar, pero el poco raciocinio que conservaba le

advirtió que, una vez que lo hiciese, su atacante reaccionaría y no habría marcha atrás.

Necesitaba reservar aquel recurso y usarlo cuando estuviese segura de que la gente la oiría sobre la música para que acudieran en su rescate.

Se le escapó el aire en un agudo jadeo al recibir un súbito empuje de caderas que la obligó a apoyarse en el suelo. Como una señal del destino, entre tierra, malas hierbas y agujas de pino, tocó un palo grueso. La afilada punta irregular le transmitió una sutil sensación de poder y la confianza de poder librarse del sinvergüenza. No era una daga, pero si conseguía clavársela en el ojo, o al menos en alguna parte blanda, tendría el tiempo suficiente de correr hasta el claro y llamar la atención de la multitud.

Alguien la vería y acudiría en su auxilio. ¡Tenían que ayudarla! Con los dedos agarrotados alrededor de la estaca, se incorporó y enderezó la espalda. El intruso acercó los labios hasta su oído, rozándola con su cálido aliento.

—Cuando Antonio me comentó que *mi* dama me esperaba entre la

arboleda, pensé que me estaba tomando el pelo —murmuró con un tono aterciopelado—. No tienes idea de cuánto me alegra haber acudido a comprobarlo.

Ella se aclaró la garganta. ¿Antonio? ¿El amigo de Lydia? Entonces, ¿no era un violador? Para demostrarle la veracidad de su afirmación, el desconocido se ciñó contra ella y presionó el motivo de su notorio gozo contra su trasero. Antes de que pudiese jadear, se encontró aplastada contra la corteza del pino y la respiración masculina le acarició la mejilla.

Madeleine apretó el palo con fuerza. Debería haberle clavado el pico en el ojo en aquel preciso instante, pero el recuerdo del educado amante de Lydia la detuvo. Si era cierto que Antonio lo había enviado con la intención de protegerla y hacerla «disfrutar», tal vez consiguiera frenarlo y deshacerse de él de buenas maneras.

Inspiró en profundidad para armarse de valor y trató de usar su lógica. La única opción que tenía era darse la vuelta y confesarle que había cambiado de opinión, que no deseaba ningún tipo de interludio, ni con él ni con ningún otro, y pedirle que la acompañara a encontrar a Lydia. Si se negase, o si incluso se reía de ella, entonces todavía estaría a tiempo de enseñarle que podía defenderse por sí misma.

Antes de girarse, él se le adelantó:

—Luisa, la última conquista de Antonio, me recomendó que te trajese esto. —La forma en la que arrastraba levemente las palabras dejaba claro que llevaba alguna que otra copa de más, aunque no debían de ser muchas cuando sus manos seguían siendo firmes.

El individuo le plantó un objeto deforme ante la cara. Que llamara a Lydia «la última conquista» la irritó, pero lo que de verdad la alertó fue el falso nombre. ¡Luisa! Aquellos hombres, en el fondo, no sabían nada sobre ellas ni debían descubrirlo. Madeleine aceptó con reticencia el objeto. La cercanía a su nariz hacía difícil ignorar el inconfundible olor a cuero y vino.

Que sus dedos se hundieran en la piel curtida le confirmó lo que contenía.

Aunque no solía tomar vino con frecuencia, la ocasión se merecía saltarse las normas. Agradecida porque Lydia hubiese tenido el primer gesto útil de la noche, abrió la bota y bebió. Pasó por alto la poco apropiada proximidad del desconocido y se centró en el dulce ardor que fue derramándose sobre su lengua.

—Shhh, despacio, gitana. No queremos que te siente mal —la amonestó el desconocido—. Tengo propuestas mejores si necesitas entrar en calor —

añadió, con tono seductor, al quitarle la bota y alzarla.

Mientras bebía el chorro con una maestría que indicaba que estaba acostumbrado a hacerlo, Madeleine tuvo tiempo de limpiarse la barbilla y observar el perfil masculino. A pesar de que no podía discernir mucho, sí que pudo apreciar la nariz recta, algo puntiaguda, y los diminutos montes en el entrecejo, que delataron que fruncía el ceño con frecuencia. También se adivinaba el inicio de una barba que debía llevar varios días sin rasurar.

—¿Impaciente? —El desconocido colgó la bota en uno de los arbustos.

Con un alarido ahogado, Madeleine le dio la espalda.

¡Padre Santo, la había cogido observándolo con descaro! Y creía que ella estaba esperándolo para… para… ¡Oh, Dios! Habría preferido que el ardiente calor que se extendía por sus mejillas se hubiese debido al vino.

¡La culpa de aquello era de Lydia! ¿Por qué había tenido que contarle a Antonio el indecoroso motivo de su presencia? ¿No habría bastado con insinuarle que estaba buscando marido o que pretendía divertirse? Lo que fuera que le hubiese dicho y lo que Antonio, a su vez, le había transmitido a su amigo parecía haberle dejado las cosas claras. ¡Demasiado claras!

Madeleine cerró los párpados. Jamás en su vida se había encontrado en una situación tan bochornosa.

—Me gusta el sitio que has escogido para encontrarnos. ¿Te excita la idea de que haya gente cerca que pueda pescarnos juntos?

¡No! Los ojos de Madeleine se agrandaron. ¿Cómo podía siquiera ocurrírsele una barbaridad semejante?

Sin aguardar una respuesta, el desconocido le apartó el pañuelo y le recorrió el tramo de hombro descubierto con su nariz. Madeleine se mantuvo quieta ante la inesperada gentileza. Incluso el leve roce de su barba era delicado. No recordaba ni una sola ocasión en la que su marido se hubiese tomado el tiempo de acariciarla de esa o cualquier otra manera.

Ante el extraño estremecimiento que se extendió por su cuerpo, trató de acallar la ridícula vocecilla en su mente que le avisó que no se debía al miedo. Aunque trató de evitarlo, el vello de su nuca actuó como un amplificador frente a los roncos murmullos masculinos contra su piel, logrando que esta se erizara al paso de su aliento.

—Te he echado de menos, Carmen. Pocas mujeres han sido capaces de regalarme el placer que tú me das. —Como para acentuarlo, las caricias de su nariz fueron sustituidas por una senda de besos.

¿Carmen? La espalda de Madeleine se enderezó. El incipiente placer se

esfumó como si nunca hubiera existido. ¿La estaba confundiendo con otra?

¡Ay, Dios! ¡No le había visto la cara en la oscuridad!

En el hueco de su cuello, los labios fueron reemplazados por dientes, arrancándole un involuntario jadeo. Era consciente de que estaba dejando que llegase demasiado lejos. Debía acabar con aquello cuanto antes, explicarle que se estaba equivocando de persona y huir lo más deprisa que pudiese. Esa era la intención, lo que su parte racional le dictaba, pero incluso sostenerse de pie suponía una hazaña en aquel

momento.

¿Y si se enfadaba? ¿Y si llamaba la atención de la gente sobre ellos? ¿Y

si la acusaba de haberlo seducido y de ser una…? El desconocido la giró hacia él y la atrapó con su cuerpo contra el pino. El corazón de Madeleine parecía que fuera a salírsele por la garganta al encontrarse frente a un rostro tan desfigurado por las sombras que apenas fue capaz de adivinar sus contornos.

Con labios hambrientos cubrió los de ella. Su primer instinto fue el de empujarlo y escapar; pero, como si le hubiese leído la mente, el desconocido le alzó los brazos por encima de la cabeza y cualquier posible sonido de protesta quedó ahogado cuando se apropió de su boca entreabierta. El paladar de Madeleine se inundó con el regusto a vino dulce.

Si no hubiese sido por sus remordimientos, aquel habría sido uno de esos besos con los que una mujer sueña. Uno de esos que, a veces, se encuentran en los libros y logran arrebatarte un suspiro, consiguiendo que te preguntes por qué a ti nunca nadie te ha besado así. Sensual, experto, decidido, capaz de conquistar tus pensamientos y, al mismo tiempo, ofrecerte mucho más de lo que jamás te atreviste a pedir.

¡Tenía que detenerlo! Madeleine usó su cuerpo para empujarlo y apartarlo de ella. Reconoció su error en cuanto la recia hombría quedó atrapada contra su bajo vientre y los ásperos gemidos masculinos vibraron contra sus labios. Las caderas del desconocido iniciaron un rítmico vaivén, que se intensificó tras liberar sus muñecas. Cogiéndola por el trasero, la elevó hasta su cintura, provocándole un jadeo ante la intimidad del contacto y la imprevista sensación que ascendió desde el vértice que unía sus muslos para desparramarse por su matriz. Los besos del desconocido sabían a prohibido, a placer y a aventuras que nunca había tenido la oportunidad de vivir y que, con toda probabilidad, nunca repetiría.

¿Qué sucedería si seguía adelante? ¿Si se dejase seducir por aquella sombra sin identidad ni nombre? ¿Si no lo frenara ni le confesase que se

había equivocado de amante? No podía ser peor que revelarle su confusión a aquellas alturas. El daño a su reputación ya estaba hecho, o lo estaría en cuanto averiguase la verdad acerca de ella. No era una elección. Tenía que seguir con aquel teatro e impedir que descubriera

lo que estaba pasando.

¡Era su única salvación! Un débil eco en su conciencia no estuvo de acuerdo con su conclusión, pero lo ignoró, dejó que sus párpados se cerraran y respondió a sus besos, aferrándose a él y a la ilusión de que las sombras y los efectos del vino la protegerían y que, por una vez en su vida, iba a conocer la pasión.

De repente, el hombre se puso rígido y la depositó en el suelo. Con una mano sobre su boca, acalló su gemido de protesta.

—¡Shhh!

Madeleine abrió, horrorizada, los ojos. Un nuevo crujido de ramas fue aproximándose, acompañado por unos ininteligibles balbuceos. Se detuvieron a apenas unos pasos de ellos. Su corazón latió frenético ante la idea de que el tronco del árbol y un arbusto eran todo lo que los separaba de la persona que se había acercado. Un paso más, o quizás una detenida inspección de las sombras, y el indeseado visitante detectaría su presencia.

Con los párpados apretados, le rogó al Santísimo que se lo llevase lejos de allí. Fue un consuelo que su amante sin nombre la protegiera entre sus brazos.

La duda acerca de qué hacía la otra persona se resolvió cuando, a su lado, un chorro de líquido cayó sobre las hojas secas, acompañado por un penetrante olor a orina y un resoplido aliviado. El pecho de Madeleine se infló en cuanto el sonido de las pisadas se alejó de ellos y consiguió que sus pulmones volvieran a llenarse con aire.

Sin quitarle la mano de la boca, su amante se asomó con cuidado por el filo del tronco.

—Eso ha estado cerca. Demasiado, para mi gusto. Es mejor que nos busquemos un lugar más tranquilo. Ese ha sido el primero, pero no será ni mucho menos el último al ritmo al que están bebiendo. —El hombre la tomó de la mano mientras les abría camino entre la maleza —. Ven, conozco un refugio. Está cerca de aquí. Prefiero evitar el escándalo de que te reconozcan.

¿Qué? Madeleine parpadeó. ¿Eso iba por ella? ¿Lydia le había contado la verdad después de todo y «Carmen» solo era una forma de llamarla sabiendo que ella quería permanecer en el anonimato? ¿O era esa Carmen

también una dama que necesitaba proteger su reputación?, ¿tal vez incluso estuviera casada o fuera hija de algún aristócrata?

Madeleine amortiguó a duras penas un aullido de dolor cuando pisó un pedrusco y su tobillo se dobló.

—¿Te has hecho daño? —El tono del desconocido reflejaba una preocupación sincera.

Ella se agachó con rapidez a revisar su tobillo, más con la finalidad de ocultar su semblante que porque temiese que realmente se hubiera hecho algo.

—No, no —musitó lo más bajo que pudo, cruzando los dedos porque él no se percatara ni de su acento ni de la diferencia de voz con respecto a esa tal Carmen.

—Será mejor que te lleve. No chilles. No es momento de galanterías y resultará más seguro hacerlo sobre el hombro que en brazos. Necesito discernir el camino en la oscuridad.

Ella obedeció. No gritó cuando la cargó como un saco de patatas, ni tampoco cuando la portó bamboleándola sin consideración a cada paso; ni cuando se tropezó un par de veces o se tambaleó, ni siquiera cuando le estalló su delicada burbuja romántica. Lo que sí hizo Madeleine fue morderse el puño para no romper a llorar mientras se sujetaba la peluca.

De entre cualquiera de los posibles amantes que podría haber tenido, el suyo era poco más que un campesino ebrio que no la trataba mejor que a un carnero de camino al matadero. Se habría reído de la ironía si hubiese podido. Justo así era como se sentía en aquel instante: igual que un animal a punto de recibir su sentencia de muerte.

En la negrura de la noche, no había mucho que pudiese distinguir, aparte de los troncos o las siluetas de los arbustos. Únicamente el estrecho sendero blanquecino destacaba a la luz de la luna contra aquella ingente oscuridad.

A medida que fueron avanzando y la arboleda se volvía menos densa, la visibilidad de aquel camino fue lo que la advirtió de que, sin la protección de los enormes árboles, su anonimato acabaría. En cuanto la bajase al suelo, reconocería enseguida que ella no era esa tal Carmen. De entre todas las noches que había, ¿por qué había tenido que escoger Lydia una de luna llena?

La tarde que Edmund le comunicó la boda con el anciano marqués español y tuvo que soportar la expresión de superioridad de su altanera esposa, Madeleine pensó que ya no podría caer más bajo y que las cosas ya

no podrían ir a peor. ¡Qué equivocada había estado!

Cerró los párpados en rendición. Ya no le quedaba escapatoria posible.

Capítulo 4

Madeleine alzó, sobresaltada, la cabeza ante el relincho inquieto que sonó a pocos pasos de ellos.

—No te asustes, estamos acercándonos a un establo. Parece que han dejado una yegua fuera. —Que el descerebrado que la llevaba a cuestas siguiese andando como si nada la tranquilizó.

En su campo de visión apareció una destartalada construcción que combinaba maltrechos tableros de madera, tramos de ladrillos de adobe pintados con cal y un techo de paja, sin demasiado criterio estético ni arquitectónico más allá del fin de cerrar un espacio. A escasa distancia, una choza, con una estructura algo más estable, se erguía lóbrega y solitaria.

Retuvo la respiración mientras esperaba a comprobar a dónde pretendía llevarla. A pesar de que aquel esperpéntico establo podía ofrecerle el refugio que le permitiese proteger su identidad, la choza estaba en mejores condiciones. Si no vivía nadie allí…

—Conozco a Ignacio, el dueño, y no regresará de la fiesta hasta que se acabe el vino y no vea tres en un burro.

Aquellas palabras le dieron esperanza. Por desgracia, acabaron rodeando el establo en vez de aproximarse a la choza. Descorazonada, dejó caer la cabeza, y se limitó a escuchar el irritante canturreo de los grillos. En algún lugar, una lechuza anunció su presencia con un tono grave y orgulloso, digno de un juez ante una audiencia, y el sonido de las hojas al paso de la apacible brisa le recordaba al cuchicheo incesante de las respetables damas de la alta sociedad en aquellas ocasiones en las que encontraban a una víctima a quien despellejar con sus rumores y desprecios elitistas.

Estaba tan centrada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el campesino se había detenido hasta que se inclinó para bajarla al suelo. Sin apenas tiempo de reaccionar, Madeleine inspeccionó

frenética los alrededores en busca de un lugar en el que ocultarse. Una sensación ácida se extendió por su estómago. No le quedó más remedio que afrontar la verdad: a menos que se tirase de cabeza al pozo ubicado junto al ruinoso establo, no había sitio donde esconderse.

Las puntas de sus pies apenas habían rozado el suelo cuando sonaron voces de jinetes acercándose al galope. El desconocido maldijo en voz baja

y, sin soltarla, volvió a elevarla sobre su hombro. En un par de zancadas, estuvieron al lado del pozo y le alzó las piernas con brusquedad.

«¡Va a tirarme al pozo! ¡Está tan borracho que va a tirarme al pozo!».

Aterrada, se asió a él, al tiempo que se zarandeaba para liberarse de su agarre.

—¡Estate quieta, maldita sea! —masculló el hombre entre dientes.

De su garganta escapó un grito ahogado cuando la bajó. En vez de la caída sin fondo que esperaba, sus pies tocaron suelo firme. Retrocedió asustada, hasta que pisó algo blando que comenzó a chillar todavía más alto que ella mientras revoloteaba a su alrededor.

—¡Tranquila! ¡Solo son gallinas! —Él le tapó la boca y la abrazó.

Fue entonces cuando Madeleine se percató de que estaban en el interior del destartalado establo y que la había pasado por el irregular hueco en la pared, que servía de ventana. Su pulso fue serenándose poco a poco, del mismo modo en que se fue alejando el golpeteo seco de los cascos en el exterior.

A su espalda, él también pareció relajarse por cómo su abrazo se volvió más tierno. La tranquilidad duró poco. Un desentonado rebuzno hizo que ella se apretase, sobresaltada, contra el desconocido en busca de protección, lo que a su vez provocó un melodioso carcajeo masculino.

—Si les dejamos tranquilos, ellos tampoco nos atacarán. —El hombre le frotó los brazos como si con ello ayudase a que le penetrara mejor el significado de sus palabras.

Aunque no fue lo que dijo lo que tuvo un efecto calmante sobre ella, sino el notorio esfuerzo que estaba realizando por apaciguarla. Con el

rostro escondido contra su hombro, Madeleine no tenía ni idea de si era guapo o feo, pero su voz profunda y segura y la forma protectora en la que la ceñía contra su torso cálido y firme lo convertían en lo más parecido a un príncipe azul que había conocido nunca. Al volverse consciente de sus ridículos pensamientos, se apartó de él y se arrimó al hueco por el que habían entrado.

Había llegado el momento de afrontar la realidad. Tarde o temprano, aquel desconocido acabaría por descubrir que ella no era la mujer que suponía y, lo quisiera o no, era preferible quitarse de en medio aquel mal trago cuanto antes. Debería haberlo hecho desde un principio, en vez de actuar como una niña asustadiza. Aunque, si hubiese actuado con dos dedos de frente, entonces ni siquiera se habría encontrado en semejante situación,

sino acostada a buen recaudo en su lecho.

Tras cerciorarse de que el aterciopelado líquido del barril, emplazado junto a la desfigurada ventana, era agua, se mojó el rostro y cerró los párpados. Tomó una profunda inspiración tratando de llenarse de valor. Le gustase o no, tenía que confesarle la verdad. Se quitó el alfiler del pañuelo para colocárselo bien y rezó porque el hombre atendiese a sus ruegos. Eso era lo único que podía hacer: implorarle por su comprensión, que no la delatase y que le permitiera explicarse.

—¿Es así como lo quieres? ¿Desde atrás? —La voz ronca que reverberó junto a su oído dejó patente que estaba más que dispuesto a satisfacer cualquiera de sus deseos.

Con el respingo que dio, se cayó una tabla suelta que había estado apoyada en el barril, y los animales a su alrededor se alborotaron asustados.

«¡Se lo tengo que contar ahora mismo!». El aire escapó de sus pulmones cuando le mordisqueó el hombro, obligándola a inclinarse sobre el tonel.

«¡Padre Santo!».

El alfiler cayó al agua, creando débiles ondas que desfiguraron el pálido reflejo de la luna, mientras sus enaguas y su falda comenzaron a arremolinarse en su cintura, haciendo que la brisa fresca de la noche se colase entre las ranuras de su ropa interior.

Trató de incorporarse y devolver con urgencia cada prenda a su lugar. Él, sin embargo, no pareció compartir su ansia, por cuanto mantuvo

inexorable la sujeción sobre la tela, evitando que se desplazase de su cintura a pesar de que se acuclilló detrás de ella. Si hubiera viajado en un carruaje sin conductor, Madeleine no se habría sentido más fuera de control que en aquel momento. Debía poner un punto final a aquella barbaridad, ¡y tenía que hacerlo ya!

—¡Demasiada ropa! ¿Viniste dispuesta a hacerme sufrir? —El gruñido masculino fue acompañado por la calidez de su aliento a través de la fina tela que cubría sus nalgas.

«¡Pero qué…!». El estridente chillido de Madeleine siguió al ruido de costuras rasgándose. Se aferró al borde del barril cuando sus débiles rodillas amenazaron con ceder bajo su peso. Unos expertos dedos le rozaron la sensible piel que acababa de destapar, pero ni aquello ni nada la preparó para sentir sus labios, y mucho menos la húmeda caricia de su lengua, en la parte interna del muslo.

«¡Oh, Dios! ¡Oh! ¡Ohh! ¡Ohhhh!». Los ojos de Madeleine se agrandaron

a medida que la lengua fue ascendiendo y aventurándose por un terreno particularmente prohibido. El cúmulo de desconcertantes sensaciones le impidió detenerlo. Todo era tan diferente, tan distinto de cualquier cosa que había experimentado o soñado nunca que su necesidad por averiguar lo que tenía que ofrecerle fue muy superior a la insegura vocecita de su conciencia, que seguía relatando en algún recóndito rincón de su mente. Jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera existir un placer tan inmenso, tan afilado y, a la vez, tan dulce.

Sus dedos se ciñeron, desesperados, al filo de madera. Sus párpados se cerraron en cuanto la necesidad por sentir desterró el poco raciocinio que le quedaba, y un hambriento vacío se avivó en su interior, deseoso de ser apaciguado por la aventurera lengua a través de una incursión más exhaustiva. No quiso detenerse a analizar lo depravado o escandaloso de aquel acto al ponerse de puntillas para facilitarle el acceso. Casi gritó en protesta cuando él pareció malinterpretar el gesto y se levantó. Estaba dispuesta a rogarle que no parase, hasta que la realidad de lo que estaba ocurriendo fue penetrando en su conciencia de manera lenta, pero inexorable.

—Todavía no hemos terminado, mi señora. —Él le sujetó las muñecas, deteniendo su intento por enderezarse y bajarse apresurada la falda.

Le colocó las manos de nuevo en el borde del tonel y, tras un efímero beso en el cuello, le prendió el dobladillo de las enaguas en la

cinturilla de la falda. Ella se quedó inmóvil, afanada en seguir respirando entre los roces, caricias y la morbosa sensación del aire sobre su piel. Las ásperas manos recorrieron su trasero, ahora expuesto, con suavidad, como si aquello lo ayudase a apreciarlo mejor. Madeleine no pudo dejar de preguntarse cómo la vería en aquella postura: si el deseo estaría reflejado en su rostro o si, por el contrario, sería una perversa determinación la que se habría marcado en sus viriles rasgos. Si su temor a que viese sus facciones no hubiera sido tan grande, se habría arriesgado a echarle un vistazo por encima del hombro, solo por averiguarlo.

Jamás se había exhibido hasta ese punto ante nadie y dudaba que fuese capaz de repetirlo en el futuro. ¿Podría aquel desconocido distinguir el brillo de la vergonzosa humedad que no paraba de extenderse entre sus muslos? Lo único que le quedaba era rezar porque alguien en el cielo se apiadase de ella y le ahorrase semejante sofoco.

En cuanto comprendió que el sonido de telas rozándose provenía de él y

que estaba bajándose los pantalones, los dedos de Madeleine se tensaron. Se preparó. Por experiencia sabía que dolería, siempre lo hacía. Jadeó cuando, en vez de penetrarla, deslizó la punta de su erección sobre su vulva, restregándola en minúsculas idas y venidas. Martirizándola aún más, el desconocido retrocedió como si quisiera comprobar cuán mojada y resbaladiza se encontraba, antes de agarrarla por las caderas. Se hundió en ella con una concienzuda fluidez, encajando con tal perfección que parecía que la misma naturaleza los hubiera unido en uno. Para su sorpresa, las dolorosas punzadas jamás llegaron, al igual que tampoco lo hicieron las molestas arremetidas que obligarían a su cuerpo a abrirse a él. Un enorme y exquisito placer fue lo único que la llenó a medida que el roce aumentaba.

—Hoy estás tan apretada… Lo siento, pensé que estabas lista —masculló él, apartándose con un agónico gemido. Antes de que pudiese protestar, la había girado hacia él, había colocado la estrecha tabla tirada en el suelo sobre el barril, la había sentado encima y estaba recorriéndole el cuello con los labios—. Iré despacio, me tomaré mi tiempo, lo prometo.

No tardó en demostrarle a qué se refería.

Tan conmocionada por las sensaciones que despertaba en ella como

por el hecho de que, incluso teniéndola frente a él, parecía no percatarse de que no era Carmen, Madeleine se mantuvo quieta. No fue hasta que cayó en la cuenta de que tenía la luna a su espalda y que tampoco ella podía más que adivinar alguno de sus rasgos en la oscuridad que comenzó a perder el miedo.

El gemido masculino con el que realizó una parsimoniosa retirada sonó casi tan torturado como el que acompañó al puje con el que volvió a perderse en ella. Madeleine quiso explicarle que no lo quería lento, no ahora que se sentía completa, que por primera vez entendía los cuchicheos y las risitas de las criadas durante sus escandalosas confesiones. No, no lo quería despacio. Definitivamente, no. Buscó su boca y le rodeó la cintura con las piernas, aprisionándolo contra ella.

—Vas a matarme —protestó el hombre, ronco. Madeleine sonrió complacida. Si aquello era morirse, entonces estaba dispuesta a repetirlo cuantas veces fuera necesario—. Permíteme ir poco a poco —rogó él en un murmullo angustiado, privándola de sus besos.

Ella consiguió retener su queja mordiéndose los labios, aunque no debería haberse preocupado. La atención de su amante descendió hasta su escote, donde exploró con su boca la curvatura de sus pechos y localizó un

ceñido paso hasta uno de sus pezones, lamiéndolo aun a pesar de su confinamiento.

—Échate atrás y sujétate aquí. —Él le guio las manos por detrás de su espalda, hasta la parte del tonel que la tabla no llegaba a cubrir—. Eso es.

Los dedos de Madeleine se aferraron a la áspera madera y su espalda se arqueó, facilitándole la tarea de desabrocharle la blusa. Incluso antes de que acabara por liberar sus pechos, se los ofreció, desesperada por más de aquellas nuevas sensaciones y ansiosa por descubrir todo aquello que se había perdido a lo largo de su vida.

El pausado retroceso y avance de la pelvis masculina parecía ignorar el apasionado ritmo de la música que les llegaba con claridad desde la fiesta y se entremezclaba con sus alteradas respiraciones. Madeleine ansiaba sentir ese ritmo y pasión. Sus propios gemidos se perdían entre el cante, las palmas y el fiero taconeo.

«¡Más!, ¡quiero más!».

La fricción de las poderosas acometidas la llenaba, haciéndola sentir

viva y deseosa de aferrarse a él.

«¡Más!».

Madeleine onduló las caderas para salir a su encuentro, ayudándolo a profundizar el contacto, abriéndose a él.

«¡Así, sí! ¡Más!».

Sus dedos se agarrotaron. En su vientre, un nudo de placer concentrado creció hasta un límite en el que creyó que sería incapaz de soportarlo y que acabaría por consumirla.

—¡Shhh! —El desconocido la acalló con su mano.

¿Aquellos gemidos atormentados que había silenciado eran suyos? Tenía razón, le convenía callarse. Pero, a pesar de sus buenas intenciones, los gimoteos siguieron vibrando contra la áspera palma.

Con cada empuje, con cada roce en su interior, el placer se fue agudizando, tornándose más impetuoso y descontrolado. Madeleine se aferró a él como si fuese su tabla de salvación en un mar embravecido. Le faltaba algo, aunque desconocía el qué. Su cuerpo, su mente, su ser completo le pedía más.

Incluso con su piel húmeda por el sudor, no tuvo tiempo de dejarse dominar por la vergüenza. Tiró de su cabello para guiarlo y gimió como un eco al profundo gemido masculino que se liberó contra sus pechos.

«¡Más!». Necesitaba más. Sabía que estaba cerca, aunque no supiera con

exactitud de qué. ¿Cómo podía pedir algo que ni siquiera sabía lo que era?

—¡Demonios!

Turbada, abrió los párpados ante el bajo gruñido, justo a tiempo de presenciar cómo el mundo daba una vuelta, y acabó inclinada de nuevo encima del barril, con el trasero echado hacia atrás y la falda arremolinada en su cintura. La costura de sus pololos acabó de rajarse con un sonoro

«¡zas, zas!», ofreciéndole el alivio del aire fresco sobre su acalorada piel.

No hubo cabida para protestas o titubeos. La embistió con decisión, cargado de un tormento compartido al que necesitaban hallar un final antes de que los consumiera. Acabó de sacarle los pechos del corsé, arrancándole un suspiro como si fuese a ella a la que hubiese liberado.

—Ahora sí, mi señora. —La áspera advertencia la alcanzó al mismo tiempo que le capturó su pecho con una mano, amasándolo sin delicadeza, y, con los dedos de la otra, se abrió paso entre sus pliegues.

No hubo avisos. Se hundió en ella con un control férreo, con un ritmo profundo y sin prisas, en tanto que sus dedos se deslizaban con ágil delicadeza sobre su clítoris. La mano que amasaba sus senos y pellizcaba sus pezones pronto tuvo que abandonarlos para cubrir una vez más su boca.

Madeleine descubrió su sombra reflejada en la opaca superficie del agua.

Apenas era un borrón, pero no necesitó reconocerse para adivinar que su rostro estaba transformado por el éxtasis y la necesidad, y que sus pechos llenos y desnudos se bamboleaban en el reflejo al son del eco que reproducía el hueco sonido de sus cuerpos al chocar.

—¿Necesitas algo más, gitana? Dime qué. —El deseo y la desesperación en su voz fueron el resorte que la hicieron volar.

«¡Nada!».

Madeleine le mordió la palma, aunque sirvió de poco para ahogar sus gimoteos. Una ola de placer barrió a través de su vientre, despejando el paso a un sinfín de réplicas en las que cada una era mayor que la anterior.

Él se irguió. Sus dedos se incrustaron en sus caderas, sujetándola y apretándola contra él a medida que sus envites se volvieron duros, frenéticos y tan profundos que parecía querer atravesarla. Para no volcar el tonel, Madeleine tuvo que estirarse y sujetarse a la pared, lo que causó que sus pezones se hundieran en el agua fresca y la hicieran sucumbir a la aterciopelada caricia. Que, con su delicadeza, contrastaba con la fiereza de su amante. Ella lo recibió con una salvaje satisfacción. Se sintió tan poseída como dueña de su goce y disfrutó hasta las últimas agotadas embestidas,

con las que le colmó el vientre con un intenso y líquido calor.

Él se dejó caer sobre su espalda y le besó el hombro. El bienestar se entremezcló con una repentina debilidad, que la obligó a apoyarse en el tonel mientras su sangre seguía bombeando los últimos trazos de placer a través de sus venas y su corazón latía desbocado. Con sus piernas débiles y su cuerpo cercano al colapso, Madeleine agradeció tener algo a lo que sujetarse.

Una pequeña vocecita empezó poco a poco a penetrar en su nublada conciencia.

«Y ahora, ¿qué? ¿Cómo te irás ahora sin que descubra que no eres esa tal Carmen?».

El estremecimiento que le indujo aquel pensamiento le alcanzó hasta las raíces de sus cabellos. La misma yegua que la había asustado antes relinchó en el exterior, moviéndose agitada.

—¡Maldita sea, viene gente! —Su amante desconocido se separó de ella y se subió, precipitado, los pantalones mientras ella procuraba situarse de lado hacia él, de tal forma que su actitud pareciera natural sin que pudiese verle el rostro.

El hombre se colocó la camisa de camino al agujero en la pared y, en cuanto echó un precavido vistazo, regresó y recogió algunas prendas del suelo. Lo único que ella pudo identificar, sin lugar a duda, fue el largo cañón de un trabuco1.

«¡Oh, Dios!». Madeleine se incorporó deprisa. Con el corazón latiéndole como si fuese a salírsele del pecho y las manos inestables, intentó sin éxito resguardar los pechos mojados en su corsé. Los fuertes brazos del desconocido la envolvieron desde atrás para ayudarla con manos firmes.

—Los entretendré y me los llevaré a otra parte. Espera aquí hasta estar segura de que no queda nadie. —Su voz se había vuelto grave, aunque la suavizó con un breve beso en el cuello antes de marcharse.

Madeleine se clavó las uñas en las palmas. El calor con el que la había envuelto se transformó en una extraña sensación de abandono. Parándose con brusquedad, el hombre regresó y le giró la muñeca, dejando caer algo frío en su palma.

—En unos días, te haré llegar la nota de costumbre. Hoy me he quedado con ganas de más. —El desconocido la cogió por los hombros como si quisiera girarla hacia él, pero la soltó con un suspiro ante los murmullos del exterior—. Ten cuidado al regresar a la fiesta, no vayas

por el camino. La

arboleda es más segura. Sigue el sonido de la música y mantente oculta, y…

Si algo ocurriera, di que intenté raptarte y que conseguiste escapar.

El rechinar de bisagras oxidadas fue la señal definitiva de que aquel extraño encuentro había llegado a su fin. Fue el repentino estrépito formado por gritos y disparos lo que la sacó de su estupor. No estaba muy segura de si el motivo por el que se escondió tras el tonel fue el terror o el poco buen juicio que aún le funcionaba, pero apenas había conseguido agacharse cuando sonó un golpe seco y los animales se volvieron locos y chillaron como si en ello les fuera la vida. Las gallinas revolotearon de aquí para allá, dándose golpes en todas partes, el borrico le propinó coces a la pared y una cabra estuvo por tirarla al pasar de un salto por su lado.

—Malditos bichos —bramó una voz áspera y enfadada—. Aquí no hay nadie. —Aterrada, Madeleine observó cómo la luz de un farol se desplazó por el diminuto establo, alterando aún más a los ya de por sí asustados animales—. Si había alguien con él, ha debido de huir por ese agujero en el muro.

—Entonces vamos tras él. No quiero que se nos escape.

Cerraron la puerta con el mismo estruendo con el que la habían abierto.

Por si acaso, ella se mantuvo agachada en su escondrijo, sin moverse, sobresaltándose con cada disparo que resonó en la distancia, hasta que los animales comenzaron a calmarse un buen rato después.

Sujetándose al barril, se incorporó con piernas débiles y se acercó hasta el hueco de la pared. Apenas se atrevió a asomar la cabeza para inspeccionar el exterior. Tenía que salir, lo sabía; sin embargo, el mismo hecho de tener que hacerlo la inundaba de un profundo terror. ¿Y si aquellos hombres armados seguían ahí fuera, aguardándola?

Con manos inestables, intentó colocarse bien el pañuelo. Se le escapó un jadeo al descubrir que lo tenía por los hombros y que había perdido la peluca. Cayó sobre sus rodillas para revisar frenética el suelo y, consciente de la suciedad, trató de no pensar en qué estaba tocando. En el instante en el que palpó la peluca, se la llevó al estómago y rompió a llorar.

Armarse del valor que requería el salir de su refugio le tomó un rato.

Cuando al fin lo hizo, aguzó sus oídos antes de poner un pie fuera. La música había sido sustituida por el vocerío agitado de un grupo de personas.

Solo le quedó rezar porque fuesen los asistentes a la fiesta y no los que habían disparado a su anónimo amante. Se precipitó hacia la seguridad de los pinos y siguió corriendo a tropezones entre la arboleda. No le

importaban las piedras que se clavaban en sus suelas, ni las ramas que la azotaban a su paso, ni los arbustos que se enredaban en su falda tratando de retenerla. No se detuvo hasta llegar a la esquina de una de las casas del claro en el que permanecía encendida la fogata, aunque apenas quedase nadie por los alrededores.

Ahogada se apoyó contra el edificio en un intento afligido por recuperar el aire que le faltaba. Los pulmones le quemaban con solo respirar. Se le escapó un sollozo asfixiado nada más avistar a Lydia precipitándose hacia ella, acompañada por su galán.

Con dedos temblorosos, Madeleine se ajustó el pañuelo sobre la cabeza, procurando que cubriera de sombras su rostro. No requería la ayuda de un espejo para adivinar que debía tener las mejillas sonrojadas, el pelo revuelto y la ropa desarreglada, igual que no necesitaba tocarse para ser consciente de cómo las consecuencias de su pecado resbalaban por sus muslos, húmedas y calientes.

—¡Dios! ¡Maddy! ¿Dónde has estado? Hemos oído disparos no muy lejos de aquí. —Lydia la abrazó, conmocionada, y ella apoyó la frente en su hombro, sacudiéndose con los sollozos.

—Sácame de aquí.

Le daba igual lo que dijera Lydia esta vez. Iba a irse con o sin ella. Tenía que marcharse y tenía que hacerlo ya. En su mente seguían retumbando aquellos disparos y la posibilidad de que alguno se hubiese abierto camino en el pecho del hombre que le había ofrecido un placer que no habría podido imaginar jamás.

—Está bien, está bien, cálmate. —Lydia alzó la cabeza—. ¿Antonio?

—Venid por aquí. Deprisa —replicó el hombre con gravedad.

Sin soltarla, Lydia la guio tras los pasos de Antonio. Al llegar al lugar

en el que aguardaban dos caballos, el hombre ayudó a Lydia a subir a uno de ellos antes de girarse hacia ella. Madeleine se aferró a su antebrazo y lo miró a los ojos.

—Esos hombres han ido tras él para cogerlo —musitó con la voz quebrada.

La mandíbula masculina se comprimió en una mueca adusta.

—Por el bien de ellos, espero que no lo encuentren —masculló, agarrándola por la cintura para alzarla hasta el lomo del animal.

Con lágrimas en sus ojos, Madeleine abrió la palma y contempló el colgante de plata con forma de luna labrada, rodeado por un fino cordón.

Era el recuerdo de una noche que jamás olvidaría y de un hombre con el que nunca volvería a encontrarse.

1 N. de A.: Arma de fuego más corta y ancha que la escopeta, que tiene el cañón ensanchado por la boca.

Capítulo 5

Cuatro semanas después

Mientras jugueteaba con la luna de plata escondida entre los pliegues de su falda, Madeleine echó un último vistazo a Jerez desde la ventanilla del carruaje. Dudaba sobremanera que alguna vez fuera capaz de olvidar aquella ciudad, con sus hermosos edificios blancos y la alegría dicharachera de su gente. A pesar de que la primera impresión que se llevó fue la de un polvoriento infierno en llamas, durante las últimas semanas había llegado a apreciarla. Suspiró. Junto con aquel lugar, también quedaba atrás el último contacto con las personas que conocía, aquellas que la apreciaban y arropaban, y… la única noche de pasión que había experimentado. Y que, con toda probabilidad, sería la última.

No tenía muy claro si alejarse de ese recuerdo era algo bueno o malo. Su amante sin nombre ni rostro seguía vivo. Lydia se lo había confirmado apenas dos días después de aquel incidente. En un principio se había sentido aliviada, aunque aquel efímero consuelo había sido pronto sustituido por la necesidad de verificarlo por sí misma. Había estado comprobando, sin éxito, si sería capaz de reconocerlo entre los hombres con los que se había encontrado en sus salidas al mercado, sus paseos casi diarios o, incluso, en aquellos que

acudían de visita a la mansión de su prima.

Le había supuesto un esfuerzo supremo no aceptar una nueva invitación de Lydia para asistir a otra de aquellas fiestas populares. La tentación por volver a experimentar aquella extraordinaria pasión había sido tan inmensa como su miedo por tener que enfrentarse de nuevo a sus caóticas emociones. ¿Qué habría ocurrido si se hubiesen reencontrado y él hubiera descubierto su engaño? ¿Que nada más verla se hubiese percatado de que ella no era la dama que había esperado aquella noche? O, lo que era aún peor, ¿y si durante su encuentro aparecía la auténtica Carmen? ¡Qué bochorno! De seguro los rumores hubiesen llegado hasta Inglaterra. Ni siquiera creía que se atreviese a mirar a la cara a un hombre al que le había robado su pasión con engaños. Había caído bajo, lo más bajo que una persona podía llegar a caer.

Además, ¿qué clase de mujer se acostaba con un individuo que la estaba confundiendo con otra?

Madeleine sacudió la cabeza como si con ello pudiera borrar aquellos sentimientos de culpabilidad y amargura. No, las cosas estaban bien como estaban. Había conseguido unos recuerdos a los que recurrir durante los solitarios años que se avecinaban, que era más de lo que había esperado al llegar a España.

El destino que la aguardaba se sentía tan árido y denso como el aire de aquellas polvorientas tierras andaluzas, impregnado por el intenso aroma a olivas maduras. Seguía sin acostumbrarse a él y, algunos días, la asfixiaba, como si fuera tan espeso que no le permitiera llevarlo hasta sus pulmones.

Incluso así, no podía afirmar que echase de menos el grisáceo frío de Londres, y comenzaba a pensar que tal vez no había perdido demasiado al dejarlo atrás.

Era una mercancía, sin importar que estuviese en Inglaterra o en España, o si permanecía al amparo de su sobrino político Edmund o del marqués que habría de ser su nuevo esposo. Con aquel acuerdo de matrimonio, al menos había conseguido deshacerse de Celia, la irritante esposa de Edmund, lo que por sí mismo ya hacía que valiese la pena. Había llegado a tener pesadillas con la incesante manía de esa arpía por perseguirla, tratar de controlarla y humillarla en público.

Por otro lado, si tenía en cuenta los comentarios del esposo de Lydia, quien afirmaba haberse cruzado alguna que otra vez con el marqués,

este era un hombre educado y muy respetado. Si tenía suerte, con la edad que tenía, solo la querría como dama de compañía o una enfermera que cuidase de él. Con sus propios hijos ya crecidos e independientes, no necesitaba procurar descendencia con ella. Madeleine suspiró. Si en esta ocasión tampoco tenía hijos, era muy probable que, en cuanto el anciano muriera, volviese a ser subastada al mejor postor.

«O quizás se deshagan de ti directamente». ¿Quién iba a querer a una esposa de su edad que no había conseguido tener hijos en dos matrimonios?

Se secó la frente. Comenzaba a cansarse de ser usada como moneda de canje, sin que pidieran su opinión o su consentimiento. Si al menos Charles no se hubiera aficionado tanto a los juegos y las apuestas antes de morir, su situación habría sido algo mejor. Pero no, el viejo borracho había tenido que endeudarse y perder todo lo que no había ido asociado al título, dejándola a expensas de la escasa buena voluntad de su sobrino. No habría sido mucho

lo que le hubiese correspondido como viuda sin prole, teniendo en cuenta que su madre no se había asegurado de negociar un contrato prenupcial con Charles, pero habría sido libre, dueña de su propia casa y, como mínimo, de su vida.

Imaginaba que desposarse con un marqués español no podía ser peor que su anterior matrimonio. A la muerte de su padre, su madre la había entregado al vizconde Charles Berkeley a cambio de asociarse con un título con el que presumir entre la alta sociedad y unos ingresos mensuales que mantuviesen los lujos y caprichos que ya no podía afrontar como viuda.

Con apenas diecisiete años, Madeleine se había visto encerrada en un mausoleo mientras su madre se lucía en Almack's, el exclusivo club al que Charles jamás había querido llevarla. ¿Cómo había esperado esa mujer que iba a tratarla un hombre treinta y cinco años mayor que ella? ¿A quién había pensado que culparía cuando sus amigos se mofasen de él en Brook's porque no llegaba un heredero? Dudaba que a su madre siquiera le importase la vida a la que la había condenado. Madeleine cerró los párpados para calmar el incipiente escozor. Jamás le perdonaría a la mujer que la dio a luz que la hubiera vendido al mejor postor y la abandonase a su suerte.

Quizás fuera muy mal pensada. Sin embargo, habría apostado hasta el último de los escasos peniques que le quedaban a que la esposa de

Edmund había sido el verdadero artífice de que el trato con el marqués español se cerrase y que fuera enviada al extranjero. En el fondo, debería agradecérselo. Si tenía que elegir entre aguantar a Celia y aventurarse a lo desconocido, entonces prefería lo segundo.

Se forzó a tomarse aquella situación como una nueva oportunidad. Estaba decidida a conseguir que su futuro marido acabase adorándola y que le concediera su lugar como señora de la casa. Y, cuando así fuera, procuraría ir ahorrando lo que pudiese a fin de cubrirse las espaldas. No pensaba permitir que volvieran a dejarla desamparada.

Además de tonta, había tenido mala suerte. Charles jamás le había hecho un regalo personal, alegando que con las joyas de la familia tenía de sobra.

En su solemne estupidez, nunca se había quejado ni tampoco había caído en la cuenta de que aquellas posesiones iban asociadas al título. Y que, por tanto, pasarían al sucesor de Charles. Madeleine apretó los labios. No es que le importasen las joyas en sí, pero resultaba difícil olvidar el brillo victorioso en los ojos de Celia el día que le exigió el joyero y tuvo la desfachatez de trasladar su dormitorio al ala oeste, cerca de las habitaciones

del servicio.

—¡Malditas ratas callejeras! ¡No sé cómo la Iglesia española y sus gobernantes pueden consentir que estos niños sean criados como salvajes!

El rey debería tomar cartas en el asunto. Si Fernando fuera como nuestro Jorge, otro gallo cantaría.

Madeleine jadeó ante el empujón que el señor Fitzgerald le propinó al chiquillo que había osado sujetarse de la puerta del coche de caballos y había metido la cabeza por la ventanilla.

—¡Deberían encerrarlos en una institución y enseñarles a comportarse!

—La señora Fitzgerald se abanicó ansiosa, claramente alterada por el atrevimiento de la criatura.

Soltando un gruñido indignado, su esposo cerró la cortina y se secó el sudor con un pañuelo. Por si la mueca de desprecio no hubiera sido ya suficiente reflejo de su fealdad, el tono rojizo de su tez le hacía parecer un puerco al que acabaran de cebar.

Era una suerte que ignorase a los niños que perseguían el carruaje rogándoles por unas monedas y ofreciéndoles dulces para el camino.

Madeleine ya había sido testigo en alguna que otra ocasión de cómo trataba el señor Fitzgerald a los sirvientes, y temía que no por ser pequeños fuese a hacer una excepción con las criaturas. Tenía que admitir que verlos corriendo descalzos por aquellas calles arenosas llenas de piedras no era lo más adecuado, como tampoco lo eran sus manos mugrientas y sus ropas maltrechas. Lo que no era capaz de entender el obtuso señor Fitzgerald era que el comportamiento de los chiquillos no era el de unos salvajes, sino un estilo de vida basado en la supervivencia en un país que aún luchaba por recuperarse de la guerra de la Independencia y la hambruna.

No le hubiera importado tirarles unas monedas, pero por desgracia una no podía dar lo que no tenía. El escaso dinero con el que había llegado a España lo había gastado en sus visitas al mercado. Edmund había sido demasiado rácano incluso para aprovisionarla con una cantidad mínima que le permitiese hacer frente a sus gastos. ¿Para qué iba a darle a ella ni una guinea más de la necesaria si podía hacer responsable de los pagos al señor Fitzgerald, que este le justificase las cuentas y le devolviese lo que sobrara de aquel viaje? Resopló sin pretenderlo. Era improbable que llegase a quedar algo, no porque el señor Fitzgerald gastase en exceso, sino porque le costaba desprenderse del dinero. ¿Quién soltaba algo que ya consideraba suyo?

—Si me hubiera traído la fusta, enseñaría a esa chusma a no incordiar, querida. —El señor Fitzgerald dio unos tranquilizadores golpecitos en las rodillas de su esposa y apartó la mano como si un solo toque más pudiera condenarlo al infierno—. ¡Maldito reino de salvajes y comedores de ajos!

—¡Mira que te lo advertí, querido! —La señora Fitzgerald soltó un sollozo fingido—. ¡Te dije que este país no era para gente educada como nosotros! A París, allí es a donde deberíamos haber viajado. Allí sí que hay gente civilizada y cultura, por algo el rey Luis eligió Buckinghamshire para vivir allí con su corte antes de regresar a su país. Sin duda aprendieron algo de nosotros. Pero ¿España?, ¿qué esperas de un sitio que está pegado a África? ¡Aprovechar para vivir una aventura, dijiste! ¡Pero ¿qué necesidad tenemos nosotros de vivir una aventura?! —La señora Fitzgerald se abanicó con un creciente ímpetu.

Madeleine resopló para sus adentros. Tachar de inculto a un país que

había dado escritores como Cervantes y Calderón de la Barca o pintores como Velázquez, El Greco y Goya era cuando menos ridículo.

—Es así como han venido las cosas, querida —murmuró el señor Fitzgerald, apartando incómodo la mirada.

Madeleine se mordió las mejillas. ¿A quién pretendía engañar con aquella cara de cochino relleno? El único motivo por el que estaban allí era porque el viaje se lo pagaba Edmund. La señora Fitzgerald podía darse con un canto en los dientes con aquella experiencia, aunque era posible que fuera tan ingenua que ni siquiera se percatase y que con sinceridad creyera que su esposo alguna vez le pagaría un viaje a la capital de Francia.

Reprimió la risa. ¿Al final iba a tener que darles la razón a los hombres cuando alegaban que las mujeres eran tontas? No, estaba convencida de que el mundo estaba lleno de mujeres más inteligentes y formadas que la señora Fitzgerald. La prueba estaba en el libro que tenía a su lado en el asiento, *Sentido y Sensibilidad*, escrito por «A Lady», la misma autora de *Orgullo y Prejuicio*.

Apoyó la cabeza en el cojincito bordado que Lydia le había regalado, apartó la cortina y echó un vistazo por la ventana. Seguía convencida de que lo que la aguardaba no podía ser peor de lo que ya había vivido. Aun así, el viaje con el señor y la señora Fitzgerald hasta su destino final iba a ser un trayecto muy pero que muy largo.

Capítulo 6

Rafael tomó un buche de agua y se echó otro poco en la palma para refrescarse la nuca. La espera se le estaba haciendo eterna. La tierra seca se adhería a su piel sudorosa y su espalda llevaba varios días protestando por los abusos a los que la sometía durmiendo sobre el suelo y montando a caballo desde el amanecer hasta el anochecer. Habría dado cualquier cosa por estar en su casa, tomándose un buen baño en la alberca mientras oía los cacharros de la cocina y le llegaban los olores avisándole de que Paca estaba a punto de llamarlo para que fuese a almorzar. Solo de pensar en uno de sus platos, ya se le hacía la boca agua. ¿Y a sus compañeros aún les extrañaba que se hubiera pasado la última media hora maldiciendo al que les trajo la noticia de que un carruaje de gente adinerada iba a pasar por ahí?

Lo que debería haber hecho con el mensajero era colgarlo bocabajo de la rama de un olivo.

Contaba los días que le faltaban para regresar a su hogar junto a los

suyos. No es que le hiciese ilusión encontrarse frente a su padre después de la discusión que tuvieron antes de su partida, pero conocía a su viejo.

Aunque fuera entre gruñidos, sus brazos siempre estarían abiertos para él.

Y, qué duda cabe, su madre y sus hijos se volverían locos al verlo de regreso. A pesar de la añoranza sonrió. Ya quedaba poco para reunirse con su familia.

Estudió los racimos de olivas, de un intenso verde, que colgaban próximos a su cabeza. Este año la cosecha prometía, sobre todo si con algo de suerte lloviese durante las próximas semanas. Con el verdeo a la vuelta de la esquina, su obligación era estar al lado de su padre y ayudarlo.

Un par de semanas más, quizás tres, cuatro a más tardar, y cogería carretera y manta para regresar junto a los suyos. Tiempo suficiente de armarse con excusas y aventuras falsas que justificasen su ausencia y entretuvieran a los invitados durante las cenas. Sus labios se torcieron en una mueca. A veces dudaba de cuál era su verdadero yo: si aquel que mostraba ante las amistades de rancio abolengo de sus padres, o aquel que exhibía como forajido en los polvorientos caminos de la sierra. Era ambos y, a la vez, ninguno. Disfrutaba de los lujos que le regalaba su origen, al igual que de la libertad que respiraba rodeado de hombres que no esperaban

de él más que su lealtad. Sin embargo, ni en un lugar ni en el otro le permitían ser quien era de verdad, o al menos quien creía ser.

A su flanco, Antonio dio una palmada en el aire y se frotó las manos en los pantalones.

—¡Puñeteras moscas! Me tienen hasta los cojones.

—¿Moscas? ¿Y qué hay de los mosquitos? Anoche me picaron hasta en el culo —se quejó Pepe, con esa voz aún medio aniñada que revelaba sus diecitantos.

—¿Y qué estabas haciendo con el trasero al aire si puede saberse? —se burló Antonio.

—Tocarse la flauta detrás de un olivo mientras la Isca lavaba la ropa en el arroyo. —Rio Curro, provocando las risas del resto del mundo y la cara colorada de Pepe.

—¡Cállese, viejo verde! Que a mí no me hace falta eso —protestó Pepe, cuyas orejas de un profundo tono amoratado parecían mofarse de él—. Al menos yo no soy como algunos, que se dedican a visitar la venta del Pelao y sueltan sus reales a cambio de regresar cargados de liendres.

—¡Liendres te voy a dar yo, enano *revenío*, como no dejes de hablar pamplinas! —Curro alargó el brazo en un intento de darle una colleja a su sobrino.

Pepe se zafó por un palmo del puño, alejándose del alcance de su tío.

—Espérese a que tita María se entere de que se gastó el dinero del último atraco en la Rana. Su navaja es la que va a coger para cortarle esa vieja pelleja.

—Chívale algo a tu tía y te corto el cuello y te pincho ese melón hueco que tienes por cabeza en un palo en la vereda del Colmao para que todo el que pase la vea.

—Para eso tendrá que cogerme primero, ¿no, tío?

Rafael y el resto sacudían la cabeza entre carcajadas. Todo el mundo sabía dónde se gastaba Curro el dinero o por qué, tras sus visitas a la venta del Pelao, se pasaba los siguientes días cambiando inquieto de postura y rascándose con disimulo. Del mismo modo, era de conocimiento general que, a pesar de sus continuas peleas, Pepe y Curro darían su vida el uno por el otro.

—Silencio, se aproxima alguien —avisó Antonio acallándolos.

Rafael desconocía si su amigo se guiaba por el temblor de la tierra, si era porque tenía un extraordinario oído o si usaba otras señales; como la de los

pájaros, que se espantaban al paso de los caballos al galope. Pero, de alguna forma, siempre predecía la llegada de jinetes o diligencias antes que nadie.

Colocándose el pañuelo sobre la boca, Rafael se reajustó el sombrero e intentó relajar los tensos músculos de la espalda. Al principio, aquellos asaltos le habían parecido excitantes y entretenidos, pero a esas alturas pesaban más el calor y los inconvenientes que el despojar a unos ricachones inútiles y engreídos de lo que les sobraba. Una buena novela le podría haber dado las mismas sensaciones y podía leerla a la sombra con una copa de vino a mano. Tampoco le habría hecho ascos

a cambiar el libro por la compañía de Carmen. Le bastaba recordar su última noche juntos para que sus pantalones parecieran encogerse.

Nunca había sentido a Carmen tan excitada y entregada. Si era sincero, ni siquiera había sido capaz de reconocerla. No es que no apreciara la experiencia y el salero de la mujer durante sus ratos compartidos, pero la mezcla de inocencia y vulnerabilidad que fingió esa noche le hizo perder el control. ¡Y vaya si lo perdió! No recordaba haber cometido la barbaridad de no salirse a tiempo desde que tenía quince años y la camarera de su madre lo introdujo en los placeres de la vida. Ni siquiera podía echarle la culpa a la ligera borrachera que tenía. Había sido Carmen, y solo ella, la que había conseguido que se olvidase de las precauciones.

Quizás podía concederse el lujo de escapar unos días. No había nada que Antonio no pudiese manejar sin él y se merecía dormir en una cama y sentir un cuerpo femenino desnudo en sus brazos. Hacía más de tres semanas desde que estuvo con Carmen. Probablemente, una nota y una insinuación serían suficientes para incitarla a interpretar de nuevo a la muchacha inocente e inexperta. Aunque luego se mofase de él, ella era la primera que disfrutaba con ese tipo de juegos y el morbo que generaba.

Como habían planificado, el carruaje frenó en seco ante el tronco tirado en medio del camino y los caballos se alzaron desbocados. Rafael aguardó en la sombra, dejando a los demás que hicieran su trabajo. No había mucho que pudiese aportar. El conductor del carruaje estaba distraído tratando de controlar a los alterados animales, y su acompañante tenía bastante con no caerse y contemplarlos aterrado. Antonio se había acercado a la escena, aunque tampoco tenía otra cosa que hacer excepto esperar, y Pepe ya estaba preparado para encargarse de las monturas. Con Curro y Paco, había hombres más que de sobra para manejar a los viajeros que ocupaban el interior del coche. Con las estrechas puertas y ventanas, Rafael no habría

hecho más que estorbar si se hubiese acercado a hacerles compañía.

Comenzaban a cansarle ese tipo de atracos. En el fondo, siempre eran iguales y rara vez le ayudaban a avanzar en su verdadero objetivo.

El primer pasajero, un hombre mayor con más volantes en su camisa que las que llevaba en el cuello la Esperanza Macarena2, fue bajado a trompicones por Paco antes de que el carruaje se detuviese del todo. Por el rostro fofo y enrojecido resbalaban los goterones de sudor,

como si acabaran de sacarle la cabeza de una olla de puchero en ebullición. Aun así, fue fácil discernir la palidez casi enfermiza de su piel y los rasgos que descartaban su origen andaluz. La decepción de Rafael aumentó cuando, además de su apariencia, sus improperios en inglés dejaron patente que era extranjero y que, por tanto, iba a serles de poca utilidad a la hora de sacarle información. Sus labios se comprimieron en una fina línea al observar cómo Paco lo tiraba al suelo. Cuando además le pisó la mano y le arrancó una pistola de los dedos, Rafael se relajó. Prefería un poco de brutalidad a tiempo antes que un cadáver.

Curro esperó a que los caballos se calmasen y que el carruaje dejara de moverse para abrir la puerta del otro lado.

—¿Puedo pedirles que bajen?

Rafael reprimió una carcajada ante la pronunciación algo forzada de las palabras. ¿Estaba tratando de imitarlo a él? Sacudió la cabeza, divertido.

Teniendo en cuenta que Curro no era alguien que desperdiciase sus galanterías en vano, se hizo más que evidente que el resto de los pasajeros debían ser damas.

La primera de ellas bajó trabándose con sus propios pies. Sus preciosos ojos, de un verde azulado tan inusual como el dorado de sus cabellos, no paraban de mirar de uno a otro, como si tratase de discernir quién de ellos iba a ser el que le pegase un tiro. Rafael suspiró. Nadie iba a dispararle; pero, claro, ese era un detalle que ella no tenía por qué conocer. Era de agradecer que, al menos, no fuese de las que se ponían a chillar como si la hubiera poseído el demonio. Odiaba que tuviesen que abofetearlas o amordazarlas, que eran las únicas dos soluciones seguras de silenciar a las viajeras histéricas. Lo primero lo detestaba por razones obvias y lo segundo, con aquel calor y la boca reseca por el polvo del camino, debía de convertirse en una tortura aún peor para las delicadas señoras.

—A la vieja le ha dado algo y se ha quedado despatarrada en el suelo —

gritó Paco, mirando inseguro del interior del coche a Rafael.

Rafael resopló. Cada vez tenía más claro que aquel no era su día. Debería haber permanecido en la cueva y haber organizado la información que había conseguido recabar hasta el momento. Cruzó los dedos porque lo de la señora mayor fuese solo una pérdida de

conciencia y que no se hubiera muerto del susto.

—Comprueba que todavía respire —ordenó, acercándose a ellos.

Curro metió la cabeza en el carruaje y emergió justo cuando Rafael llegaba a su lado.

—El pulso está bien. Es un patatús nada más.

Con un suspiro de alivio, Rafael desmontó. Algo bueno, al menos.

—Entonces comprueba que no haya armas en el interior, quítale lo que lleve encima y déjala allí.

Rafael se giró hacia la rubia, que se abrazaba atemorizada mientras no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor. Le sorprendió descubrir la perfección de su tez a pesar de que debía de rondar el ecuador de la veintena. Raras veces había visto una piel tan inmaculada como aquella y las que le venían a la mente eran de monjas de clausura.

—Llevad a esta a la sombra y dadle algo de agua —le indicó a Curro —.

No queremos que acabe como la otra.

Había algo cautivador en el brillo de su cabello dorado que hizo que Rafael se quedara observando cómo seguía a su compañero hasta la protección de un olivo.

—¿Todo bien? —Antonio apareció al lado de Rafael y miró de él a su rehén.

—¿Debería haber algún motivo para no estarlo? —Rafael arqueó una ceja.

—Nada en absoluto. ¿Quieres que les hagamos una inspección más exhaustiva, o te basta con que registremos sus maletas y nos llevemos lo más destacado? —Antonio bajó la voz para que solo él lo oyese.

—Limitaos al equipaje. El valor de lo que llevan es dudoso en todos los sentidos. Acabemos cuanto antes mejor. Dile a Curro que te ayude y que se lleven lo que quieran, eso los dejará satisfechos.

—¡Curro! Déjate de poner ojitos y vamos a lo nuestro —vociferó Antonio, arrancando algunas risitas alborozadas entre los hombres.

—Esa es de las que cobran más de dos reales, tío —intervino Pepe cosechándose un gruñido de Curro, quien regresó al coche mascullando algo acerca de malnacidos envidiosos.

Sin perder de vista a sus compañeros, que tiraron los baúles al suelo, Rafael vigiló a la rubia. Era prudente . Sospechaba que era consciente de que no tenía posibilidades de protegerse o de huir de ellos a pie, y que esa era la causa de que se mantuviese quieta, procurando no llamar la atención. Al menos eso era lo que él hubiese hecho en su lugar.

Aprovechando que no tenía otra cosa que hacer, decidió hacer su parte del trabajo. Le divirtió que la rubia estuviese tan pendiente de Pepe, quien andaba sacando sus pololos y llevándoselos a la nariz con una amplia sonrisa, que ni se percató de que él se arrimaba a ella. ¿Cómo de inocentes podían ser algunas veces las mujeres? Les preocupaba más su ropa interior que su vida.

—Si me permite, voy a ayudarla a deshacerse de esta joya, que no hace sino desviar la atención de su belleza. —Ante su voz, la forastera dio el grito sobresaltado que no había dado hasta entonces—. Mantenga la vista al frente, no le haré daño.

En vez de obedecerlo, ella lo miró por encima del hombro con los ojos enormes y la mandíbula descolgada, como si acabase de tropezarse con el fantasma de Enrique VIII. En lugar de perder el tiempo en explicaciones vanas, Rafael recurrió a la estrategia que tan bien solía funcionarle en ese tipo de situaciones. La miró a los ojos como si fuese la única mujer en el mundo y le abrió el diminuto enganche de la cadena de perlas con la misma delicadeza con la que un amante se habría deshecho de su ropa durante su primera noche compartida. Sonrió al sentir el estremecimiento que la recorrió y ver la forma en la que el traidor color rosado de las mejillas femeninas oscureció dos tonos. Sus labios se estiraron aún más bajo el pañuelo que le ocultaba el semblante cuando ella apartó apresurada la cabeza.

Recreándose en su triunfo, Rafael cedió a la tentación de provocarla un poco más, acortando las distancias entre ellos. Su propia respiración quedó tan en suspenso como la de ella cuando, al echarle un vistazo sobre el hombro, descubrió cómo la larga cadena de perlas rozaba la perfecta curvatura de los redondeados pechos, tan ceñidos dentro de su corsé que parecían estar aguardando su oportunidad para fugarse.

A falta de poder tocarla, Rafael soltó uno de los cabos del collar y tiró

con suavidad del otro extremo, usando las perlas para recorrer su nacarada piel en una caricia. Gimió cuando ella retrocedió y chocó contra él, aplastando su trasero directamente contra su ingle. Por el respingo que dio,

distanciándose precipitada y mirándolo escandalizada, quedó claro que, a los ojos de ella, acababa de pasar de bandolero educado y galante a pervertido y acosador. Sin embargo, ese no era el mayor problema. Rafael estudió con un suspiro las perlas, que ahora asomaban por el ceñido escote y amenazaban con desaparecer de su vista. Sí. Eso sí que iba a hacerle perder su fama de caballero.

—Señora… ¿Habla español? —Los ojos femeninos lo contemplaron como si fuera el diablo encarnado—. Hagamos un trato. Usted se está quieta en tanto yo recupero esa joya y, a cambio, haré lo posible por no manosearla. ¿Entiende lo que le he dicho?

La mujer se paralizó y sus pupilas se dilataron. Rafael se aproximó despacio, con las manos en alto. Si hubiera sido un caballero de verdad, le habría pedido que ella misma rescatara su pequeño tesoro, pero su caballerosidad parecía haberse derretido bajo el sol del mediodía. Había algo en ella que le retaba a olvidarse de su habitual cortesía. Tal vez fuese la manera en la que evitaba mirarlo a los ojos o, quizás, el modo en el que reaccionaba a él. No estaba seguro, pero eran raras las ocasiones en las que una desconocida lo tentaba hasta tal punto.

Se paró a apenas un palmo de ella, lo suficiente como para percatarse de cómo su respiración agitada se detuvo en cuanto acercó el dedo meñique a su escote. Con un cuidado desmedido, enganchó el centro de la cadena y tiró con lentitud. Ella entreabrió los labios ante el deslizamiento de las sedosas perlas entre sus senos. Al encontrarse con sus ojos, el verde azulado había sido prácticamente devorado por el insondable negro de sus pupilas, invitándolo a perderse en sus profundidades. La distancia entre ellos pareció evaporarse. Él se preparó para descubrir el sabor de sus carnosos labios y…

—Rafael…

«¡Maldita fuera!». No tenía muy claro si lo sobresaltó más el hecho de que lo hubiesen interrumpido cuando estaba a punto de besar a la inglesa, o que Antonio estuviese a su lado y que ni se hubiera enterado.

—¿Qué quieres? —gruñó, irritado consigo mismo.

—Ya casi hemos acabado, es mejor que…

Ambos se agacharon ante los repentinos disparos y Rafael cubrió a la forastera con su cuerpo, tirándola al suelo con él.

—¿Qué demonios está pasando? —Trabuco en mano, Rafael observó la nube de polvo que el carruaje iba dejando tras de sí al desaparecer en la distancia mientras el conductor y su compañero huían a pie por entre los

olivos.

Disparó varias veces antes de alzar el arma. Podría haber alcanzado al viejo inglés con facilidad, pero ¿quién querría herir a un hombre con una familia a la que mantener? Revisó el estado de sus hombres y se relajó al comprobar que lo único lastimado había sido su orgullo. No fue hasta que encontró a Antonio en el suelo, doblado sobre sí mismo, sujetándose la cintura y con un manchón rojo extendiéndose por su camisa, que soltó otra maldición.

—Estoy bien —lo tranquilizó Antonio, adelantándose a él.

—¿La bala está dentro?

—No, es solo un rasguño, pero arde como el infierno.

—Deja que le eche un vistazo. —Rafael se arrodilló a inspeccionar la herida.

A pesar del sangrado, Antonio tenía razón.

—¡Curro! ¿Te queda algo del *brandy* que birlaste ayer en la casa del párroco?

—Algo debe de haber —replicó Curro, no demasiado contento.

—Tráetelo. No queremos que este desgraciado se pudra con el calor que hace.

—Gracias. Se me ocurren algunos que huelen más a podrido que yo y no están lesionados —masculló Antonio con la nariz encogida, no quedaba muy claro si por dolor o porque se imaginaba la pestilencia.

Rafael rio por lo bajo.

—Siempre puedes tirarlos al arroyo la próxima vez que pasemos por allí.

—¿Tengo el permiso del gran capitán para hacerlo? —preguntó Antonio con sarcasmo.

—¿Desde cuándo necesitas mi permiso para hacer lo que te sale de los cojones?

—Buena pregunta. Cuando encuentre la respuesta, te la daré. —Antonio aceptó la bota de vino en la que Curro llevaba el *brandy* y dio un trago antes de echarse un chorro sobre la herida.

—Aclárame una cosa, Curro. —Rafael apartó la mirada de Antonio para no tener que ver sus dientes apretados, pero vigiló que se desinfectara bien

—. Exactamente, ¿para qué crees que solemos quitar a las bestias del carruaje y espantarlas?

—Solo eran dos viejos, el conductor y el acompañante. ¿Cómo iba a prever que el forastero ese gordo fuera capaz de subirse con tanta prisa al

carruaje y largarse con él?

Rafael entornó los ojos. ¿Cómo de estúpido había que ser para no entender que, cuando se sienten arrinconadas, hasta las ratas atacan para defenderse?

—Si has terminado, mejor nos largamos. —Le ofreció a Antonio una mano para que se levantara—. Con la suerte que tenemos, el viejo todavía se encuentra a una patrulla por el camino y acabamos metidos en un tiroteo.

—¿Y qué hacemos con ella? —Antonio señaló con la barbilla a la rubia, que permanecía con la espalda pegada al tronco de un olivo como si pretendiera fundirse con él.

Rafael se rascó la nuca. El rostro femenino, empañado en sudor, estaba cubierto por manchas rojizas. Además de la conmoción que acababa de sufrir, no estaba acostumbrada al calor, se le notaba a leguas. Pero ¿qué le iba a hacer él? Llevarla con ellos estaba descartado.

—Dejadle agua. Ya vendrá alguien a por ella.

—¿Y si la encuentra algún desalmado? —Antonio se subió con un gesto de dolor a su yegua.

Rafael le podría haber recordado que, como bandoleros que eran, se suponía que ellos eran esos desalmados, pero en el fondo le carcomía la conciencia tanto como a él.

—Podríamos llevárnosla para pedir un rescate. Tiene pinta de ser de gente de dinero —propuso Pepe con una sonrisa de oreja a oreja que indicaba que, hasta que llegase el dinero, pensaba ofrecerse para entretenerla lo mejor que pudiese.

Con un bufido, Rafael negó con la cabeza. La forastera iba a estar mucho mejor sola en medio del campo que en un campamento lleno de hombres como Pepe.

—Ella se queda. Vámonos de una vez. —Rafael fue a por su alazán.

Estaba impaciente por perderla de vista y borrar de su memoria el hecho de que hubiese abandonado a una pobre dama desvalida en medio de la nada. Los demás también se subieron a su montura y lo siguieron. Algunos, como Antonio, echaban una mirada atrás de cuando en cuando, como si no estuvieran convencidos de si regresar a por ella aunque él lo hubiese prohibido.

Todos frenaron en seco ante los súbitos chillidos y se giraron hacia la mujer, que pegaba saltos como una loca en tanto trataba de levantarse la falda y se daba histéricas palmadas en las piernas.

—Ya sabía yo que esa debía tener unos buenos muslos. —Pepe movía la cabeza de lado a lado, enseñando los dientes.

«¡Maldita sea!». Rafael galopó hasta ella.

—¿Qué demonios hace encima de un hormiguero? ¡Quítese de ahí! Por el amor de Dios, mujer, ¿es que es tonta? —Cuando ella no se apartó, Rafael la cogió con un gruñido por la cintura para tirarla bocabajo sobre el lomo de su caballo.

—¡Pican!

—Pues claro que pican, les acaba de pisotear su hogar. No hacen más que defenderse de su torpeza. —Rafael le levantó la falda y las enaguas para valorar la situación.

—¡¿Qué hace?!

—¿Usted qué cree que hago? —Rafael le pasó las manos por las piernas, arrastrando las enormes hormigas negras y haciéndolas volar

por el aire—.

¿Quiere quedarse quieta? Si se cae va a romperse el cuello.

Consiguió quitarle todas las que estaban a la vista, pero con sus hombres alrededor había un límite de hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Si las circunstancias hubieran sido otras, no le habría importado perder el tiempo y averiguar cuántas habían logrado esconderse bajo los sedosos pololos con encaje. Pero, en cuanto reparó en qué dirección iban sus pensamientos, se corrigió de inmediato. Una tunda en el trasero de seguro iba a ser mucho más efectiva para matar a las hormigas.

—¡Rafael! —La urgencia en la voz de Antonio hizo que se pusiera rígido

—. Vienen varios jinetes desde el este.

No hizo falta que dijese más. Sentando a la mujer delante de él, espoleó al caballo. No pensaba perder el tiempo enzarzándose en luchas sangrientas.

Tampoco iba a abandonar a la desconocida allí sin saber quiénes venían tras ellos.

—Elija: o se calla o la tiro abajo, y allá usted si los que vienen detrás son otra cuadrilla de bandoleros. No todos son tan civilizados como nosotros —

advirtió a la forastera cuando esta siguió chillando asustada.

2 N. de A.: Nuestra Señora de la Esperanza Macarena Coronada es una famosa imagen de la Virgen venerada en la basílica de la Macarena (Sevilla).

Capítulo 7

El corazón de Madeleine bombeaba con tanto ímpetu que parecía competir con el golpeteo acelerado de los cascos. En su reseca garganta se acumulaba el polvo que levantaban a su paso por los arenosos caminos y su saliva se había vuelto tan espesa que apenas podía tragar. Que el colgante de la luna de plata se le clavara en la palma de la mano mientras se agarraba frenética a las crines en su intento por mantenerse sobre el lomo del caballo no hacía más que empeorarlo todo.

¡Secuestrada! Había sido secuestrada por un grupo de bandidos o bandoleros, o como pretendieran llamarse. Si el futuro que la esperaba en su nuevo matrimonio le llevaba atenazando el pecho los últimos dos meses, este destino se le antojaba aún mucho peor. ¡Maldito señor Fitzgerald!

¿Cómo había podido abandonarla a su suerte sin más? ¡Se suponía que era su guardián! ¿Y qué había hecho? Largarse a la menor oportunidad sin dedicarle ni siquiera una mirada o la promesa de un rescate.

Sus ojos le quemaban, aunque dudaba que fuese a salir ninguna lágrima.

Y, si hubiera salido, probablemente se habría evaporado antes de caer por sus mejillas.

—¿Vamos a las cuevas o al cortijo? —El hombre que lo preguntó la miró a ella en vez de al jinete que la mantenía cautiva entre sus brazos, y Madeleine sabía el porqué. Lo supo desde el momento en el que reconoció su espigada silueta.

Pocos españoles eran tan altos como él. Pero, incluso bajo el pañuelo, había sido capaz de reconocer su nariz algo aguileña y aquellas cejas rectas que reflejaban su cabezonería en las ocasiones en las que sus ojos no chispeaban llenos de humor. Antonio. El bandido que acababa de preguntar era el mismo Antonio por el que a Lydia se le caían las babas.

—Vamos al arroyo hasta estar seguros de que no nos están siguiendo.

Madeleine se estremeció ante la profunda voz del cabecilla. Era la misma que la había dejado paralizada en el lugar del asalto. Había carecido de la suavidad y seducción de la noche en que se habían convertido en amantes, o al menos lo había hecho hasta que quiso robarle la cadena de perlas. Claro que, en cuanto se había apoderado de la joya, también habían acabado sus galanterías, y lo único que quedaba en aquel instante del caballeroso

seductor era su duro y vigoroso cuerpo; por lo demás, era el mismo palurdo insensible que la había lanzado sobre su hombro y la había tratado como un saco de patatas.

Sus mejillas se incendiaron al recordar la manera en la que la había tirado sobre el caballo y le había alzado la falda delante de sus hombres. No es que no se hubiese sentido aliviada de que aquellos

malditos bichos endemoniados hubieran dejado de devorarla viva, pero ¿era necesario que la humillase así ante sus compañeros?

No quería ni imaginarse lo que ocurriría si descubriese que ella era la mujer con la que había estado aquella noche y que lo había engañado haciéndose pasar por esa tal Carmen. ¡Padre Santo! Se sentía débil y mareada de solo pensarlo.

Para cuando se detuvieron a la sombra de unos olmos que lindaban con un arroyo, Madeleine ya se encontraba en un punto en el que lo único que la mantenía sobre el lomo del animal eran los fornidos brazos del cabecilla.

—Refrésquese, pero no se relaje demasiado. Si nos han seguido, tendremos que irnos de inmediato. —El bandolero la bajó sin cortesías y se alejó con su alazán, como si ni siquiera se le pasase por la cabeza que ella pudiese tratar de escaparse.

Madeleine se acercó a la orilla y buscó una zona seca en la que arrodillarse. Gimió de alivio al beber y echarse algo de agua en el rostro y la nuca. Escrutó con disimulo los alrededores para comprobar sus posibilidades de huida; pero, mirase a donde mirase, solo veía tierra reseca e insectos zumbando alrededor de los arbustos. ¿Cómo de lejos sería capaz de llegar sin agua? Ni siquiera se sentía con fuerzas para correr, y sus pies probablemente acabarían cubiertos de llagas antes de que hubiese recorrido una milla. Aun así, ¿podía permitirse el lujo de no intentarlo siquiera? Si pudiera encontrar un refugio en el que ocultarse hasta que los bandoleros se marchasen, podría esperar a que bajaran las temperaturas para buscar algún poblado cercano. No la asustaba andar por el campo de noche y era mejor opción que desfallecer deshidratada.

—Yo en su lugar no lo intentaría. Está mucho más protegida con nosotros.

—¿Perdón? —Madeleine se giró sobresaltada hacia Antonio, que se había sentado en una roca en la sombra y la estudiaba apoyado contra el tronco del roble mientras su mano reposaba sobre la enorme mancha sanguinolenta de su camisa.

—La conozco. No sé de qué, pero su cara me suena.

Ella se levantó apresurada.

—N… no lo creo.

Antonio se bajó el pañuelo que le cubría la cara y ladeó la cabeza.

—No me he encontrado con muchas inglesas por esta zona y la única con la que… —El repentino brillo en los ojos masculinos le reveló que había conseguido sumar dos más dos—. ¡Eras tú! Vaya… Esto sí que es inesperado. El tono natural de tu cabello te favorece.

—Antonio… —Madeleine apretó el colgante, que continuaba sujetando, y terminó por esconderlo disimuladamente en el bolsillo de su falda.

—Hay que ver lo pequeño que es el mundo. —Antonio apoyó la cabeza en el árbol y cerró, cansado, los párpados. Sus facciones revelaban su dolor

—. Después de lo que me contó Luisa, no imaginaba volver a tropezarme contigo.

Madeleine se mordió los labios. Que la hubiera reconocido le resultaba aterrador, pero al mismo tiempo era una oportunidad que no podía perder.

Con una corta ojeada hacia los otros bandoleros, que parecían entretenidos atendiendo a sus monturas y vigilando el sendero por el que habían venido, se alzó la falda y rajó las costuras de su enagua arrancando un trozo.

Humedeció el trapo y regresó al lado de Antonio.

Una férrea mano le rodeó la muñeca y la detuvo cuando fue a alzarle la camisa para comprobar la gravedad de su lesión.

—Sería mejor que te la limpiaras. Es fácil que se te infecte con este calor

—le advirtió ella.

—Solo es un rasguño.

—Uno profundo, a juzgar por la cantidad de sangre que has perdido. —

Ambos bajaron la vista al enorme parche rojo de su camisa, y Antonio acabó por soltarla—. ¿Mi prima significa algo para ti? —preguntó Madeleine mientras limpiaba la sangre con pequeños toques.

Antonio desvió la mirada.

—Es una buena chica y aprecio los momentos que compartimos.

Madeleine se atascó, desilusionada.

—Ella está enamorada de ti.

El sonoro suspiro masculino dejó claro que no era algo que le divirtiese.

—No es de mí de lo que está enamorada, sino de la aventura y de la perspectiva de explorar sensaciones nuevas. Cuando me marche, no tardará en reemplazarme. Lo hizo en el pasado y volverá a hacerlo.

—¡No la conoces!

—¿Estás segura de que tú sí?

Madeleine abrió la boca con la intención de protestar y defenderla, pero acabó por cerrarla de nuevo. ¿Podía afirmar con sinceridad que estaba equivocado? Sacudió la cabeza. Estaba desviándose de sus objetivos.

—Si la aprecias como dices y alguna vez has sentido algo por ella, por mínimo que fuese, entonces ayúdame. —Madeleine no trató de ocultar la desesperación que sentía—. Por favor. No pareces una mala persona, a pesar de… de… —Se frotó nerviosa las manos, sin saber cómo expresarlo.

Los labios de Antonio se curvaron con un pequeño tic.

—¿De ser un bandolero?

—No eres malo. Y te comportas como un caballero.

La sonrisa masculina se tornó amarga.

—Comportarse como uno no implica serlo.

—Antonio…

—¡Cuidado! —Antonio le agarró la muñeca con la cara contraída de dolor.

—¡Lo siento! —Madeleine aligeró enseguida la presión que estaba ejerciendo sobre su herida—. Yo… yo…

—¿Cuál es tu nombre? El verdadero.

Ella titubeó, pero no encontró más que honestidad en los ojos cuyo color le recordaba al del *brandy* añejo.

—Madeleine.

—De acuerdo, Madeleine. No tienes nada que temer. Estás segura con nosotros. Tanto Rafael como yo te protegeremos, y el resto del grupo tampoco es mala gente. Cuando los conozcas un poco mejor, te caerán bien.

Además, solo será cuestión de uno o dos días máximo, hasta que nos entreguen el dinero de tu rescate.

—¿Y no me podéis soltar sin más? Juro que no os mencionaré ante nadie.

Tan pronto como se le escapó la primera carcajada, Antonio se tocó el lateral de su lesión con una mueca.

—Aunque quisieras hacerlo, no sabrías explicarles quiénes somos.

Le habría podido informar de lo fácil que resultaba dar sus descripciones y que, a través de Lydia, habría sido coser y cantar cogerlo a él y luego a los demás. Pero decidió guardárselo para ella.

—Aun así, no lo haré. Te lo pido por favor, Antonio. Ayúdame a regresar a Jerez con mi prima.

Él se puso serio.

—No es tan sencillo como eso. Si te hubiéramos dejado donde estabas, no habría pasado nada. Pero somos bandoleros, no hermanitas de la caridad, y tenemos que actuar como tales. La fama que generamos es tan importante para nosotros como la honra lo es para una dama.

—¿Y mi honra?

Antonio apretó la mandíbula.

—No estás aquí por voluntad propia, pero encontraré el modo de preservarla.

—Antonio, iba de camino a encontrarme con mi futuro marido. ¿Qué probabilidades hay de que su voluntad de desposarse conmigo se mantenga si cree que me habéis usado?

—Indícame a quién hay que contactar. Trataré de conseguir el dinero

del rescate de manera que podamos liberarte hoy mismo.

Madeleine rio por no llorar.

—¿Crees que un sobrino político que estaba tratando de liberarse de mí, regalándome a un viejo marqués español a cambio de un contrato, va a pagar por recuperarme? No me extrañaría que estuviese feliz de que le facilitéis el trabajo de deshacerse de mí, y de encima ahorrarse mi dote y la obligación de mantener el contrato.

—¿Cuál es el nombre de ese marqués?

—Es el marqués de los Alcázares, creo que se pronuncia así.

—¡¿Qué?!

—¿Lo conoces? —Por la expresión de su semblante, Madeleine supo que así era.

—Tiene que ser un error, don José no puede casarse contigo.

Madeleine se puso rígida.

—¿Por qué no?

—Porque… —Antonio carraspeó. Ella siguió su mirada hasta el cabecilla de los bandoleros y tragó saliva. El que había sido su amante de una noche se había quitado el pañuelo del rostro, aunque aquello no era lo que más la impactaba, sino la ternura con la que acariciaba el hocico a su semental mientras le murmuraba algo—. ¿Te han contado la edad que tiene el marqués y que tiene familia?

—Sí. Me crucé con él durante su estancia en Londres la primavera pasada.

—¡Ahhh! Por un momento creí que… —Antonio le echó otro vistazo a

su amigo bandolero.

—Ahhh, ¿qué?

Antonio sacudió la cabeza.

—Nada. Una simple confusión.

—¿Y por qué de repente sonríes como si supieras algo que desconozco?

—preguntó ella, llena de desconfianza.

—Dime una cosa, Madeleine… —Antonio la miró con intensidad—.

Sabiendo que estás condenada a casarte con una persona que podría ser tu abuelo, ¿no te gustaría aprovechar tu última oportunidad de disfrutar de la vida y de tu libertad?

A pesar de ser consciente de lo ridículo que era, Madeleine abrió y cerró la boca como un besugo.

—Ya lo hice, ¿recuerdas? Fuiste tú quien me envió a quien debía ayudarme, y no salió demasiado bien.

Antonio frunció el ceño.

—¿No salió bien? Él no…

Madeleine abrió, horrorizada, los ojos al darse cuenta de la interpretación que le había dado Antonio a sus palabras.

—¡No me refería a eso! ¡Y no es algo de lo que quiera hablar! —Se adelantó a su siguiente pregunta.

—¡De acuerdo! —Antonio alzó ambas manos.

Ambos acabaron mirando hacia su compañero.

—Es… fue él, ¿verdad? —Madeleine bajó la vista a su regazo.

—¿Te refieres a quien envié para que te acompañase aquella noche?

El calor se agolpó en sus mejillas, pero estuvo agradecida de que lo expresara de un modo tan elegante.

—Sí.

—Sí, fue Rafael.

Ella asintió y se abrazó mientras miraba, perdida, a su alrededor.

—Él no sabe que… Me refiero a que no… —Madeleine tomó una profunda inspiración—. Me confundió con una mujer llamada Carmen —

confesó finalmente.

—¿Con Carmen? —Los ojos de Antonio se abrieron como platos y negó con la cabeza, pasándose los dedos por el cabello—. ¿Tú crees? No sé cómo pudo cometer semejante error, sois como la noche y el día.

—¿No te contó nada de eso? —En parte, solo en parte, deseó que pudiera describirle la impresión que se llevó Rafael de ella.

—No solemos conversar acerca de ese tipo de temas. Son demasiado íntimos.

—Siempre pensé que a los hombres os gustaba presumir de vuestras conquistas.

—Rafael y yo no nos ocultamos el uno del otro, pero hay cosas que sabemos que no necesitamos mencionarlas.

—Yo… ¿Puedo pedirte un favor?

Antonio se puso rígido.

—¿Cuál?

—No se lo digas, te lo ruego. No le cuentes que fui yo. Me… me moriría de vergüenza.

—¿Por qué? ¿Por qué te afectaría tanto? —indagó—. Rafael estuvo allí contigo. Ambos sois igual de responsables de lo que pasó.

—¡¿Es que no te das cuenta?! Me tomó por otra y no se lo aclaré.

El entendimiento se reflejó en los ojos de Antonio. La consideró con seriedad antes de contestar.

—Te prometo que no se lo contaré a menos que lo encuentre absolutamente imprescindible.

Ella soltó un profundo suspiro.

—Gracias, supongo que algo es algo.

La mirada de Antonio pasó de ella a Rafael y, si no hubiera sido porque Madeleine estaba pendiente de él, se habría perdido la sonrisa casi imperceptible que curvó sus labios.

—¿Sabes? Creo que deberías pensarte eso de disfrutar de tu secuestro, y tal vez también contarle la verdad acerca de lo que pasó entre

vosotros.

Quizás te sorprenda.

Rafael seguía acariciándole el hocico a su caballo en un gesto tierno y cariñoso, que no tenía nada que ver con cómo la había tratado a ella desde que la tiró sobre su lomo. Si por lo que había pasado con las hormigas la había calificado de tonta, ¿cómo no iba a ponerla por haberle engañado y usado? Madeleine se estremeció. No quería ni imaginarlo.

—Cada cosa a su debido tiempo —le contestó a Antonio con su mejor sonrisa, a pesar de que dudaba sobremanera que alguna vez llegara un momento propicio en el que hacerlo.

Capítulo 8

—¿Qué harás con ella ahora? —Antonio señaló con la barbilla hacia la inglesa, que se había refugiado bajo la sombra de un árbol.

La mujer estaba secándose el sudor de la frente y el cuello con toques tan ligeros y exquisitos que Rafael no pudo más que preguntarse cuánto tardaría en romperse aquella fachada de sofisticada elegancia si la tomase allí mismo, contra el tronco, con la falda subida hasta su cintura y aquellos blancos pechos liberados de su enclaustramiento, recibiendo las caricias del sol por primera vez en su vida.

Sin tener muy claro qué había provocado aquella perversa imagen y por qué su cuerpo reaccionaba con tanta vehemencia, Rafael se giró irritado hacia Antonio.

—¿Hacer? ¿Yo? ¡Fue idea tuya traerla! —Se le subió el ácido del estómago al esófago cuando el otro encogió los hombros con total indiferencia.

—Tú eres quien manda; tomaste la última decisión y te la trajiste. —

Antonio se deslizó al suelo con una mueca y apoyó la espalda contra el tronco.

—¡¿Cómo?! —¡Iba a estrangularlo!

¡Hijo de…! Rafael apretó los labios. Lo que para otros era un insulto normal, en el caso de Antonio era un pecado imperdonable. Como hijo bastardo del conde de Cerecillas, ese tema era de especial delicadeza para él. Incluso aunque se dijera con otra intención, nadie llamaba a

su madre

«puta» y salía indemne, ni tan siquiera su mejor amigo.

—Lo que has oído —replicó Antonio con calma.

Lo estudió con los ojos entrecerrados. Tendría que haber estado ciego para que le pasase desapercibido que a Antonio le estaba divirtiendo la situación.

—De acuerdo. Entonces averigua a quién hay que pedir el rescate. —

Rafael cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo no…

Rafael ignoró su protesta. Si Antonio quería echarle el muerto con el cuento de que él estaba al mando, entonces iba a aguantarse con lo que había.

—Luego escribe la nota de rescate y envía a uno de los hombres a que la entreguen.

Antonio se cruzó de brazos.

—¿Cuánto pedirás?

—Mil quinientos reales.

—¿Lo que vale una mula? —Antonio sacudió la cabeza—. Eso es insultante.

—¿Cómo quieres que sepa lo que pueden o no pagar? Lo más valioso que llevaba encima era esta cadena de perlas. —Rafael se la lanzó para que se forjara su propia opinión.

—Nada extraordinario —murmuró Antonio pensativo—. Curioso, pero estás pasando por alto que iba en un carruaje privado. He visto a nobles acudir a palacio con vestidos cuyas telas eran peores que la que lleva esa mujer, y la ropa que encontramos en esos baúles era de una calidad similar y hasta mejor. Por la escolta que llevaba y el corte cometido de su vestido, queda descartado que sea una cortesana o una mantenida de lujo. Sea quien sea, su familia o su marido, que con la edad que tiene es la opción más probable, posee dinero.

Rafael frunció el ceño. ¡Maldita sea! ¡Odiaba darle la razón al muy cabrón! Era él quien debería haberse percatado de esos detalles; por

desgracia, la ropa femenina y las telas no eran su fuerte, en especial cuando no podía hacer otra cosa que fijarse en lo jugosos que eran aquellos labios y la forma en la que se elevaba con cada respiración la fascinante curvatura de sus senos.

—Sonsácale quién es y pide lo que te plazca. A la Canija le vendrá bien ese dinero para mantener a sus cinco hijas ahora que Esteban ya no está.

—Hay un pequeño detalle que no has tenido en consideración.

—¿El qué? —Rafael aguardó resignado.

—Aun obviando el hecho de que sea extranjera y lo que implica, el pago del rescate tardará varios días en llegar.

Rafael estuvo por tirarse de los pelos. ¿Qué demonios iba a hacer durante esos días con la forastera? Ceder a sus encantos quedaba descartado. Ese tipo de señoras de alta alcurnia solo traían complicaciones, y tenía asuntos más importantes de los que ocuparse que dedicarse a hacer de niñera de una dama que esperaba que le ofrecieran el té de las cinco y que se lo sirvieran en porcelana china. Ir a desfogarse con Carmen era una de aquellas tareas trascendentales que tenía pendientes. Ella sí que era una mujer en toda

regla, y una con la que podía ser él mismo sin preocuparse demasiado de las consecuencias.

—¿Ahora quieres que la libere? —espetó, irritado por el sinsentido del otro.

—Yo no he dicho nada de eso. —Antonio se quitó unas hojas resecas de la manga—. Soy el primero al que le alegraría poder llevarle esa ayuda extra a la Canija. Esteban era un buen hombre y es una lástima lo que le pasó.

—¿Entonces? —Rafael lo fulminó con la mirada. ¿Qué le costaba decir las cosas de una vez? Estaba actuando como una mujer, por el amor de Dios.

—Creo que deberíamos buscarle una dama de compañía para no comprometer su honra.

—¿Qué? —La mandíbula de Rafael se descolgó. Antonio no podía estar hablando en serio—. ¿Te has vuelto loco? ¿Dónde has visto tú que unos secuestradores le pongan una carabina a su rehén?

—¿A ti te parece bien que le robemos a esa pobre dama la honra y la desgraciemos por el resto de su vida?

—¡La madre que me parió! ¿Se puede saber qué cojones quieres de una puñetera vez?

La inglesa dio un gritito agudo al fondo. ¡Ya lo que le faltaba! Que la mujer se pusiera histérica pensando que le iban a hacer daño. Se volteó hacia ella, dispuesto a soltarle una burrada, pero se relajó al percatarse de que lo que la había asustado solo era una culebrilla.

—Voy a llamar a Isabel para que venga y la acompañe —le informó Antonio con pasividad.

—¿Me estás diciendo que has formado todo esto por la mera excusa de tener a la viuda a tu alcance? —Rafael puso los brazos en jarras.

—Eso parece. —Antonio le ofreció su mejor sonrisa torcida, una que a Rafael le revelaba que había algo que le estaba ocultando.

—¿Y no te preocupa comprometer a Isabel? —lo desafió.

—No hay nada que vaya a pasar entre Isabel y yo que no haya sucedido ya. Y será menos arriesgado para ella si lo hacemos donde nadie nos vea.

Además, puede que a tu inglesa le acabe gustando y la contrate. Isabel se merece algo mejor que pasarse la vida de lavandera.

Rafael inspiró con fuerza. Los dos sabían que Antonio no podía casarse con la mujer, y tampoco era como si le hubiese notado nunca la intención de

hacerlo.

—Haz lo que te dé la gana, pero hazlo ya. Alguien tiene que encargarse de esa forastera antes de que le dé algo y se nos quede en el sitio. Tengo cosas mejores de las que preocuparme que de una inglesa consentida.

—¿Y esas cosas serían?

—¿Te parece poco la coronación del nuevo emperador de México o la Regencia de Urgel?

—¿No me digas? ¿Te invitaron a la coronación y no sabes qué ponerte?

—preguntó Antonio con sequedad.

—Muy gracioso. Ahora en serio: no parece que nos haya seguido nadie, de modo que nos vamos directamente al refugio. Que Pepe te acompañe al pueblo para que la Canija te remiende. Luego puedes hablar con Isabel y ofrecerle el puesto, pero a cambio de un pago que no consista en tus servicios. —Rafael le dio la espalda, satisfecho, cuando Antonio entrecerró los ojos, lanzándole una mirada asesina.

¿Quería divertirse a costa de los demás? ¡Pues que probara un poco de su propia medicina primero!

Capítulo 9

Rafael tiró la alforja a una esquina de la maltrecha estancia que solía reservarse para sí mismo y Antonio. No le importaba convivir con el resto de los hombres, pero del único del que se fiaba de verdad era de su amigo de la infancia, por lo que preferían dormir apartados de los demás. Tampoco les venía mal como excusa, ya que les ofrecía a ambos un lugar en el que podían hablar sin tapujos y planificar con calma sus siguientes pasos. El ruido a su espalda le recordó que necesitaba largar a la forastera cuanto antes para recuperar sus dominios y su privacidad. Le bastó un simple vistazo a la palidez de sus labios y la forma en la que se le pusieron los ojos en blanco para que sus músculos se tensaran.

¡Maldita sea! Rafael consiguió cogerla por la cintura justo a tiempo de evitar que se desplomara. ¿Qué demonios…? Por el tacto apretado bajo sus palmas, no necesitaba ser médico para pronosticar las causas del desmayo.

¿Quién se ceñía tanto un corsé para viajar en pleno mes de agosto en el sur?

La locura de algunas damas por presumir no dejaba de asombrarlo.

Llevándola hasta la manta que usaba para dormir en el suelo, dejó que se deslizara con cuidado entre sus brazos.

Bajo las manchas rojizas provocadas por el calor y la hora que se habían llevado galopando, se adivinaba una tez más blanca que las sábanas que colgaba Catalina en el patio de su madre. Le tocó la frente húmeda y comprobó el pulso de su cuello. Todo parecía estar bien dentro de lo que cabía. Solo le faltaba desentrañar el misterio de cómo quitarle el corsé a una señora sin comprometer su honra. ¡Maldito Antonio! ¿Era necesario que le metiera en la cabeza la obsesión por la

dichosa honra? Quizás si solo le alzara los pies… Rafael se rascó la mandíbula. No era una solución al auténtico problema. Volvería a desmayarse si seguía así de encorsetada, en especial si se le ocurría salir por cualquier motivo al exterior. Existían pocas probabilidades de que estuviese acostumbrada a las temperaturas andaluzas.

Y hasta a él le había afectado el último tramo sin arboleda con el calor de la espalda femenina pegada a su pecho. ¡Al carajo! No iba a pasarse el resto del día saltando cada vez que a la señora le daba por tener un vahído.

La giró de lado para acceder a la parte trasera del vestido. Gimió ante la larga hilera de diminutos botones de nácar. No es que no apreciara que las

mujeres trataran de ponerse guapas, pero ¿de verdad era necesario que tuviesen que complicar tanto las cosas? Le ponían de los nervios esas minucias. La ropa era para ponérsela y quitársela; lo práctico era que, cuanto más rápido se pudiese hacer, mejor. Incluso con María Asunción, pasados los primeros meses de su matrimonio, había preferido esperar a que la ayudase una de las sirvientas a tener que desnudarla él.

Si no hubiese sido un caballero, le habría saltado los diminutos botones con su navaja. Suspiró. Nunca había sido bueno en pasar por alto la educación que le había inculcado su madre. Con una maldición, comenzó a desabrochar los botoncitos. Apenas había abierto los primeros seis cuando sus dedos rozaron la sedosa tela rosada del corsé. Vaciló. Antonio tenía razón, esa mujer vestía prendas de calidad. Carraspeó como si con eso pudiera aclarar sus pensamientos.

No es que no le gustasen los corsés, más bien al contrario: le encantaba observar a sus amantes en ellos. Aquellas apretadas prendas realzaban sus figuras y achuchaban sus pechos hasta hacerlos parecer fruta fresca lista para saborear. Si además estaban lo bastante ceñidos, solían tornar a sus amantes deliciosamente vulnerables. Bastaba tenderlas bocarriba sobre una mesa para que casi no pudieran ni moverse. Durante sus primeras estancias en la corte, había aprendido que a algunas féminas las excitaba estar a su merced. Y, si ellas disfrutaban, entonces también lo hacía él. Por otro lado, existía algo morbosamente placentero en contemplar a una mujer dominada por sus deseos y necesidades y, a la vez, restringida por sus propios ropajes.

Rafael intentó no pensar en ello cuando le deshizo el cordaje de la

prenda interior.

La forastera no era fea en absoluto y, por si la suave redondez de sus senos no hubiese sido suficiente aliciente, los rellenos labios y el brillo dorado de su cabello tenían un efecto casi hipnótico en él. Si la mujer hubiese sido como las otras con las que solía alternar, no le habría importado seducirla, pero había presenciado lo suficiente de su carácter como para adivinar que era del tipo de dama que esperaba un anillo de compromiso para siquiera permitir que la tomasen de la mano. Podía imaginársela aguardando temerosa en la penumbra de la alcoba para cumplir con sus deberes conyugales.

Por su parte, ni quería ni podía darle ese anillo y prefería que sus amantes fuesen como Carmen o Sofía: sofisticadas, experimentadas y, sobre todo, dispuestas a disfrutar de la vida a las espaldas de sus acaudalados esposos.

Que estuviesen casadas era un plus que le quitaba un peso de encima. Una mujer desposada sabía a lo que iba, lo que acababa por traducirse en una relación más pasional y menos problemática. Al fin y al cabo, eran las primeras interesadas en guardar el secreto y mantener las apariencias.

Girando a la forastera bocarriba, mojó un trapo en agua y le refrescó la cara y el cuello. Enseguida la mujer parpadeó. Con una mano bajo su nuca, Rafael la ayudó a levantar la cabeza y le arrimó la bota de agua a los labios.

Una punzada de culpabilidad lo atravesó cuando contempló cómo se aferraba a ella con ambas manos y tragaba como si le fuera la vida en ello.

Tal vez debería haber estado más pendiente de ella y haberle ofrecido antes de beber. No había vuelto a tomar nada desde que habían parado en el arroyo, y de eso había pasado bastante.

—Abra las manos, le echaré algo de agua para que pueda refrescarse. —

Como si su voz hubiera hecho saltar un resorte, la inglesa abrió los ojos, horrorizada. E, incorporándose, se sujetó el corpiño del vestido y reptó con torpeza hacia atrás, tratando de alejarse de él. ¿Qué demonios pasaba? ¡Ni que hubiera tratado de violarla!—. Ya le he dicho que no voy a hacerle ningún mal. —Rafael alzó ambas manos para mostrarle que lo único que tenía en ellas era la bota—. Puede creerme, la palabra de un… de un bandolero es ley.

—¡Me ha secuestrado y… y… desnudado!

Sin pretenderlo, Rafael bajó la mirada a sus manos, agarrotadas en la tela, y soltó un suspiro.

—La definición de desnudez es relativa en esta situación. Está tapada, es capaz de respirar, y creo que eso es lo más importante por ahora. En cuanto a lo del secuestro, yo diría más bien que la he salvado. Cualquiera sabe lo que hubiesen hecho los que nos seguían con una dama abandonada a su suerte por un camino desierto —aclaró Rafael. ¿Tan ingenua era que no se daba cuenta de lo que le podría haber pasado si la hubiese dejado desamparada en medio de la nada?—. Escuche… Esta situación no nos gusta a ninguno de los dos. Para mí, tenerla aquí es un estorbo. Y

comprendo que para usted resulte ser un inconveniente, pero más allá de eso no hay nada que deba temer de mí. No me dedico a aprovecharme de damas inocentes sin ton ni son.

Si no hubiese sido porque era imposible, Rafael habría jurado que ella se había encogido. ¿Había dicho algo malo? Descartó la idea. Dudaba mucho que un solo pensamiento coherente pasara por esa linda cabeza rubia con lo

alterada que se encontraba.

Rindiéndose, se levantó.

—¿Tiene hambre? Si quiere, puedo traerle algo. Le dejaré esta habitación a usted. Me temo que el estado del edificio es bastante ruinoso y, a pesar de que no lo parezca, esta es de las estancias mejor conservadas. Los hombres duermen, la mayoría, en el antiguo almacén. Puede salir si quiere, pero hasta el atardecer estará más fresca aquí y evitará cruzarse con los demás si eso la incómoda.

En vez de contestar, la extranjera se apretujó contra la pared del rincón en el que ella misma se había atrapado. ¿Por qué demonios lo temía tanto?

Hasta ahora, no le había dado ni un solo motivo para causarle ni el más mínimo terror. Bueno, parar su carruaje a golpe de trabuco y robarle, pero no era la primera vez que lo hacía y ninguna mujer se había asustado nunca tanto como ella. Hasta era frecuente que las señoras lo viesen como una aventura, e incluso respondían sonrojándose ante su ligero galanteo. En no pocas ocasiones, había tenido que hacerse el tonto ante las más que evidentes señas de las

decentes damas para que se las llevase detrás de un olivo a tomar de ellas algo más que sus joyas.

Las inglesas, con todo su despliegue de moral y normas, a menudo eran las peores en ese sentido. Ante un ladrón con cuchillo por las calles de Londres, salían gritando y se desmayaban, en tanto que, ante un bandolero español, con una navaja el doble de larga, se ponían a parpadear y a esperar que las tomase a pleno sol de la tarde, con su esposo o progenitor oyéndolas chillar de placer. ¿Quién entendía a las mujeres? Que persiguieran un título nobiliario o el dinero lo entendía, pero ¿que quisieran ser seducidas por un bandolero? Sacudió la cabeza.

Viendo cómo la forastera se estaba aferrando a la tela del vestido abierto y no le perdía de vista, casi habría deseado que hubiera sido como alguna de sus paisanas deseosas de aventuras. Por lo menos habría sabido cómo tratar con ella.

Con un suspiro, Rafael se dirigió a la salida, decidido a darle la oportunidad de calmarse.

—Cuando esté preparada para que le dé el aire, o si necesita algo, avíseme. Estaré cerca y nadie se atreverá a entrar aquí sin mi permiso.

Se marchó con la sensación de que lo mejor que podía hacer era llevarla al pueblo y que, desde allí, ella se buscase la vida para regresar con los suyos. Si no hubiese sido porque necesitaba mantener su imagen de

bandolero, no se lo habría pensado. Se sentía incómodo en su presencia. Sus ojos y su rostro, a pesar de la desconfianza, reflejaban su inocencia. No había visto ni el más mínimo signo de picardía por parte de ella a lo largo del camino. Por su edad, lo lógico era que estuviese casada, aunque costaba creérselo. Si lo estaba, debía de ser de esas inglesas puritanas cuya única relación con el sexo era la de cumplir con religioso fervor con su cometido de procrear.

Incluso así, no le quedaba más remedio que admitir que el efecto de aquellos enormes ojos verde azulado, combinado con sus carnosos labios entreabiertos, le provocaba una inquietud exageradamente intensa para un hombre de su edad y experiencia. Recordó el juego de Carmen durante su último encuentro. Sí, su candidez lo había vuelto loco, pero desde el principio había sido consciente de que solo era eso: una fantasía compartida. Carmen tenía de casta lo que el borrico de su marido de culto.

Y, por algún motivo, lo que a él le excitaba era esa combinación entre candor y perversión que le permitía liberar su lado más depravado.

Encontró a la mayoría de los hombres a la sombra del viejo algarrobo.

—¿La has atado y amordazado? —Sentado con las piernas abiertas sobre un tronco caído, Curro cortó un trozo de pan con chorizo y se lo ofreció.

—No. Se ha quedado en el cuarto. El calor no le está sentando bien y nos tiene terror. —Rafael se acomodó a su lado.

Curro se metió una rodaja en la boca y mordió el pan.

—Si fuera mi Mari, las voces se hubiesen escuchado hasta en Cádiz.

—Y usted habría portado un buen par de chichones al regresar, tío —

intervino también Pepe.

Curro le regaló una mala mirada a su sobrino, pero al dirigirse a Rafael sonrió, enseñando su diente roto.

—Lo que no hubiera tenido era la cabeza sobre los hombros. Mi Mari es mucha Mari.

Los hombres sentados alrededor rieron, pero Rafael no pudo evitar que sus pensamientos regresaran a la habitación. Suponía que, en parte, le aliviaba no tener que lidiar con una señora como la Mari. Pero, si era sincero, la forastera no tenía nada que ver ni con la esposa de Curro ni con ninguna de las otras mujeres que habían pasado por su vida o su lecho.

Puede que fuese por el tono dorado de su cabello, que le recordaba a los últimos rayos de sol en invierno, o puede que por aquellos labios que lo invitaban a fantasear. Se movió incómodo, aliviando en algo la repentina

presión a la altura de la ingle.

Cada vez estaba más convencido de que necesitaba citarse con Carmen.

Si no encontraba la forma de ir a verla, le enviaría una nota y le pediría que viniese a hacerle una visita a su tía. El pueblo en el que vivía la anciana estaba a menos de media hora de allí, una distancia nimia para alguien acostumbrado a montar. Carmen sabía con

exactitud lo que le gustaba y lo que tenía que hacer para calmar su descontrolada ansiedad.

Capítulo 10

Sentada en un rincón de la ruinosa estancia vacía, cuyas desconchadas paredes se encontraban cubiertas de moho, Madeleine permaneció un buen rato sin hacer otra cosa más que escuchar. No había mucho que oír en realidad. Desde el exterior le llegaba el canto de los grillos y los pájaros, algunos zumbidos y el crujido de hojas resecas y malas hierbas al doblegarse ante las tenues rachas de suaves vientos o el correteo de algún animal. Un poco más a lo lejos, se distinguían voces masculinas tan bajas que, por mucho que se esforzase, apenas le llegaban como murmullos ininteligibles.

¿En serio la habían dejado allí sin atarla siquiera? ¿Tan seguros estaban de que no intentaría escapar? ¿O acaso le habían preparado una trampa?

Como pudo se reajustó las mangas caídas del vestido. Lo cierto era que se sentía aliviada de que el corsé ya no estuviese tan ceñido, ni lacerándole las heridas que se habían creado por el roce contra la piel sudorosa. La señora Fitzgerald había insistido en la importancia de causar una buena impresión a su llegada; aunque, obviamente, no había tenido en consideración ni la duración del viaje ni el calor. Y muchísimo menos que unos bandoleros pudieran atracarlos a mitad de camino.

Después de comprobar por enésima vez que no venía nadie, cogió el botijo de barro que encontró cerca de la ventana rota y usó algo de agua para refrescarse cara, cuello y escote. También bebió antes de arreglarse, como pudo, el peinado.

No quiso ni pensar en la imagen que le había ofrecido antes a Rafael.

Nunca se había considerado una mujer vanidosa; no obstante, aparecer sudorosa y despeinada ante un hombre estaba por debajo de su condición.

No era como si debiera importarle, teniendo en cuenta que no era un caballero, sino un bandolero. Su vergüenza, sin embargo, señalaba lo contrario. Por muy canalla que fuese, había sido su amante. ¡Su único amante! Si alguna vez descubría el deshonroso secreto que los unía, al menos que la recordase como una dama agraciada.

—¡Por las barbas de Judas! —Madeleine cerró los ojos ante el curso de

sus meditaciones y sacudió la cabeza. Aquellos locos pensamientos debían de ser producto de aquel endemoniado calor, no tenía ninguna otra

explicación.

Al salir a lo que alguna vez había sido un salón y ahora consistía en poco más que tres paredes y media que rodeaban un espacio sin techo, lleno de matojos que reclamaban como suyo lo que quedaba de los viejos muebles y con una higuera creciendo en uno de sus rincones, Madeleine lo atravesó con cautela. Inspeccionó el entorno con la mirada y procuró poner un especial cuidado en dónde ponía los pies, no fuese a salirle una culebra o alguna rata. Que, haberlas, seguro que las había.

Ni siquiera tuvo que pisar la zona en la que el sol cortaba la sombra como una navaja para percibir el radical cambio de temperatura y que se le quitasen las ganas de aventurarse más allá de la pared derrumbada. Exploró con la vista el exterior que rodeaba la ruinosa construcción. Encontró poco más que una dehesa con pasto reseco, cuyo paisaje estaba salpicado por alcornoques y encinas, sin ningún poblado a la vista.

Sus expectativas de escapar cayeron en picado. ¿Cuán lejos llegaría con aquel calor extremo y sin tener ni idea de a dónde dirigirse? Después de localizar con la mirada a los hombres, que se encontraban charlando ajenos, descansando a la sombra de un árbol, Madeleine regresó a su refugio.

Tenía dos opciones: aguardar a que fuese de noche, robar un caballo e intentar llegar a alguna población; o esperar a que se diera el milagro de que alguien estuviese dispuesto a pagar por su rescate mientras rezaba porque entretanto a los bandoleros no les diera por raptarla, matarla o ambas opciones a la vez.

¿Qué tipo de muerte era mejor? ¿Que los cuervos u otras alimañas salvajes acabasen devorándola, consumida por la sed y el calor de aquel paisaje infernal, o con un rápido tiro en la cabeza? Se estremeció. Antonio le había prometido que la protegería y Rafael también. ¿Podía fiarse de la palabra de unos forajidos?

Sentándose en el suelo, se abrazó. Había visto cómo se comportaba Antonio con Lydia, la forma en la que las había acompañado hasta el carruaje, procurando mantenerlas salvaguardadas a ambas. También recordó la ternura y el cuidado que Rafael había tenido con ella

durante su encuentro, o al menos cuando no había actuado como un campesino palurdo. Pero de inmediato desechó la idea. Se había comportado así porque la había confundido con Carmen.

Se sacó la media luna de plata del bolsillo. Se había convertido en una costumbre llevársela por las noches a la cama y frotarla entre sus dedos

mientras repasaba los hechos del día. Apenas era un borrón sobre su palma en la penumbra de la habitación y, sin embargo, hasta hacía unas horas aquella modesta joya había representado un sueño, una esperanza y un recuerdo que pensaba indeleble.

Tragó saliva. ¿Cómo se habría sentido Carmen de estar en su lugar?

¿Cómo se sentiría ella en aquel instante si hubiese sido aquella mujer desconocida? ¿Si tuviese la seguridad de que un hombre como Rafael estaba enamorado de ella y habría estado decidido a protegerla con su vida?

Que diferente habría sido todo si fuese Carmen la rehén de unos bandoleros. Apostaría a que Rafael hubiese movido cielo y tierra con tal de encontrarla y liberarla. Y ella… Ella habría tenido algo a lo que aferrarse, en lugar de estar preguntándose si le importaba a alguien lo suficiente como para que estuviese dispuesto a pagar por ella y por su vida.

Con lágrimas en los ojos, Madeleine buscó a su alrededor y apoyó las manos sobre algunas tablas sueltas en el suelo, hasta que encontró un escondrijo en el que ocultar el traidor colgante que la inculpaba de los peores crímenes que podía cometer una mujer. Tapándolo con algunas piedras, volvió a colocar la tabla encima. Si el destino quería que Rafael lo encontrase, terminaría por hacerlo, pero como mínimo se lo habría puesto difícil.

—¿ *Señora*? ¿ *Señora*?

Madeleine tenía la garganta reseca, el sudor le mantenía la ropa

húmeda causando que se le pegase desagradablemente a la piel, le dolían las caderas, sus músculos le recordaban el desacostumbrado recorrido a caballo y aquella escandalosa voz femenina no paraba de llamarla tratando de arrancarla de la espesa sensación que le paralizaba los miembros.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Madeleine se incorporó de golpe al percatarse de que los gritos eran reales y que se había quedado dormida.

Como si Madeleine fuera un monstruo que acabase de enseñarle los afilados colmillos, una desconocida dio un salto atrás y se colocó una mano sobre el pecho.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Qué susto me ha dado! —

Inspeccionándola con cuidado, la morena, ya bien entrada en la treintena a deducir por las pequeñas patas de gallo que enmarcaban sus ojos, volvió a

aproximarse despacio a ella—. ¿Señora?

—¿Sí? —Madeleine se apartó los mechones que se le habían quedado pegados a la mejilla y se rascó detrás de la oreja.

—¿Me entiende? —preguntó la desconocida, estirando exageradamente las palabras como si pensara que era lenta de entendederas.

—Por supuesto.

Asintiendo, la mujer se restregó las manos contra la falda.

—Don Rafael ha dado órdenes para que la acompañe, la está esperando para llevarnos al arroyo.

A la pobre se le notaba que se forzaba por pronunciar en perfecto castellano. Aun así, su andaluz se traslucía cada cuatro o cinco palabras.

—¿Qué piensa hacernos? —Madeleine se levantó con piernas inestables.

—¿Hacernos? —La otra arqueó una ceja—. ¿Qué iba a hacernos?

—Eso es lo que le acabo de preguntar.

La morena abrió la boca, la cerró y, tras soltar una risita, sacudió la

cabeza y se fue a la puerta.

—¡Ojalá! Ya quisiera yo que nos hiciera algo. —Rio animada—. Pero no va a caer esa breva. No va a hacerle nada que no quiera que le haga, señora

—le aseguró, con un tono que parecía más dirigido a calmar a una niña pequeña que a otra mujer.

—¡Aguarde! ¿Podría ayudarme a ajustarme el corsé y el vestido? Se cierran por detrás —le explicó cuando la otra la miró como si le hubieran salido cuernos en la frente.

Con un suspiro, la mujer se aproximó a ella.

—¿Cómo te llamas? —Madeleine se colocó bien los hombros para facilitarle el trabajo.

—Isabel.

—¿Y vives aquí con estos… hombres? —indagó Madeleine con cautela.

—No, señora. Me han traído expresamente para estar con usted y proteger su honra. Aunque, si le soy sincera, no sé por qué habría de querer protegerla de alguien como don Rafael. Cualquiera de las mozas del pueblo estaría encantada de entregarle la honra, la dote y lo que hiciera falta con tal de pescarlo.

Madeleine no pudo evitar una disimulada sonrisa ante su forma de pronunciar «Rafael» sin la ele final y una poco disimulada adoración.

—Ah, ¿y eres de cerca entonces?

—Cerca, lo que se dice cerca… —Ajena a que Madeleine había retenido

la respiración, la mujer titubeó—. Voy a serle sincera, señora. Cuando voy a caballo con Antonio y me envuelve con esos brazos de soldado romano, cualquier distancia me parece poca.

Madeleine tragó saliva ante su confesión. ¿Lo que trataba de insinuarle era que Antonio mantenía con ella la misma relación que tenía con Lydia?

Como había predicho Isabel, Rafael las aguardaba fuera con un par de alazanes. Por fortuna, el sol ya estaba acercándose al horizonte y las

temperaturas se habían vuelto más llevaderas. Sin mediar palabra, Rafael ayudó a Isabel a subir en una de las bestias y luego montó con Madeleine en la otra, dejando claro que no se fiaba lo suficiente de ella como para permitirle cabalgar a solas.

Ella se puso rígida al quedar de nuevo atrapada entre los fuertes brazos masculinos. Debería haber sido una postura inocente. Estaba convencida de que a los ojos de los demás así era si se tenían en cuenta las circunstancias.

Sin embargo, por más que intentó ignorarlo, le resultó imposible pasar por alto el firme pecho a su espalda, las venas visibles en los musculosos antebrazos que le rozaban la cintura, los viriles muslos pegados contra los suyos o las asperezas en las manos que sujetaban las riendas y cerraban el círculo a su alrededor. El cuerpo de Rafael era como una trampa de la que se sentía incapaz de escapar.

Pronto se rindió en su intento por seguir la animada conversación que mantenían Rafael e Isabel. Hablaban demasiado rápido y su supuesta carabina había dado rienda suelta a su acento andaluz, convirtiendo toda aquella charla en un batiburrillo incomprensible a sus oídos. Madeleine se clavó las uñas en las palmas. Se trataba de una obvia falta de educación y consideración hacia su persona. ¿Para qué la arrastraban con ellos si no hacían ni el intento por incluirla en su coloquio? Como si no hubiese estado harta de que las personas de su pasado la relegasen a ser un objeto decorativo, ahora, además, se había tornado en un estorbo para unos desconocidos. Sus puños se crisparon con la risa zalamera de Isabel ante el tono seductor y divertido de Rafael al responder. ¿Es que aquel hombre tenía que flirtear con cualquier cosa que llevase faldas?

Dándose un manotazo en el brazo, Madeleine mató a un mosquito. Al contemplar el contraste de la mancha de sangre contra la blancura de su piel, estuvo por ceder al impulso de llorar. Desde que salió aquella mañana de la casa de Lydia, su vida había ido de mal en peor. No aguantaba aquel calor, estaba harta del polvo, se sentía sucia y sudorosa, y su futuro se había

tornado más incierto que nunca. Con la excepción de su vestido, ni siquiera tenía algo con lo que limpiarse la mano o el brazo. Que no hubiese cesado de picarle el cuero cabelludo solo añadía más a la tragedia. Era una tontería, a algún nivel lo comprendía. Pero, después del día que llevaba de abandono, secuestro y siendo ignorada por el hombre con el que había estado soñando durante las últimas semanas, lo único que quería era que alguien la abrazara y le prometiera que no

estaba sola y que todo saldría bien.

En cuanto alcanzaron una arboleda, las temperaturas bajaron notablemente y pronto se escuchó el sonido del agua y el zumbido inconfundible de una orquesta de insectos. Con rapidez se secó las lágrimas para que los demás no se percatasen de que se le habían desbordado sus emociones.

Detuvieron los caballos y Rafael la ayudó a bajar, soltándola como si le quemase su contacto en cuanto sus pies tocaron el suelo.

—Pase por aquí, señora. —Isabel le mostró un hueco en los arbustos que daba acceso a un arroyo y colocó un hatillo de ropa sobre una piedra—.

Aquí podrá refrescarse.

Madeleine se giró hacia Rafael, que se encontraba atando las patas de los caballos para que pudiesen pastar por los alrededores.

—No tendrá pensamiento de quedarse aquí, ¿no? —le preguntó.

Él le lanzó una ojeada y devolvió su atención a las monturas.

—Aquí es justo donde pienso quedarme.

—¿Y pretende que me bañe en su presencia? —La voz de Madeleine le salió más aguda de lo que pretendía, pero se puso las manos en las caderas y cuadró los hombros dispuesta a dejarle claro que, prisionera o no, había cosas que no estaba dispuesta a consentir.

—Por suerte para usted y por desgracia para mí, está bajo mi protección hasta que llegue el dinero del rescate. Por lo que sí, sí que espero que se bañe mientras estoy por los alrededores, vigilando que nadie la sorprenda y se aproveche de usted o Isabel. O que les hagan daño —explicó Rafael, acariciando el cuello de su hermoso alazán.

Sin hacer el intento por disimularlo, Madeleine resopló.

—¿Y se presupone que debo fingir que no es el primer aprovechado y cara dura que hay por estos lares? —inquirió con sarcasmo.

La mano de Rafael se detuvo y su mandíbula se tensó.

—No debería hacer acusaciones cuando no sabe de lo que está hablando.

—¿Ah, sí? ¿Qué se supone que significa eso? —lo provocó sin poder

resistirse.

Rafael inspiró en profundidad y se concentró en los animales, relajando los hombros como si cualquier tensión en sus músculos se hubiese evaporado de repente.

—Para empezar, no soy un violador ni un mirón. En segundo lugar, usted no es la clase de mujer que despierte mi interés, con lo cual está a salvo de mí.

Su afirmación fue como un cubo de agua fría. Madeleine no tenía claro qué la mortificaba más: si el que ni siquiera se hubiese dignado a mirarla mientras le habló, o el que acabase de ponerla en su sitio con semejante descortesía.

—No me importa lo que piense o diga de mí. Es un hombre, no lo conozco, y el único dato que poseo de usted es que es un forajido que se dedica a atracar a viajeros inocentes y a desvalijar a señoras incautas mientras se comporta como un galán de pacotilla que cree que a las damas se les caen las enaguas en su cercanía. Si se comporta como un campesino palurdo sin modales ni educación, no puede esperar que los demás creamos que posee los estándares morales de un caballero.

Antes de que pudiese parpadear, Rafael la había levantado en brazos. Ella abrió, alarmada, los ojos ante la cercanía, y su corazón comenzó a latir desbocado cuando sus labios quedaron tan cerca que pudo sentir su aliento sobre su tez. Los recuerdos de sus besos regresaron de golpe y, sin poder evitarlo, Madeleine se inclinó hacia él.

Capítulo 11

De repente, Madeleine atravesó el aire. En cuestión de un parpadeo el agua helada del arroyo la envolvió, cortando su grito aterrado de cuajo. Tan pronto su boca y sus fosas nasales se anegaron, el pánico la invadió y sacudió, frenética, sus extremidades en su afán por alcanzar la superficie.

Alguien la agarró del pelo sin consideraciones y tiró de ella.

—¡Por el amor de Dios! El agua no le llega ni a la cintura. Deje de ser tan escandalosa, su vida no corre peligro —gruñó Rafael antes de soltarla de nuevo.

Esta vez, Madeleine consiguió tocar el fondo y ponerse de pie. Tras tomar una buena bocanada de aire, se secó los ojos y dedicó una mirada furibunda a la espalda masculina, que se iba alejando sin más.

—No es por nada, señora, pero yo que usted me quitaría el vestido y las botas —le advirtió Isabel, estudiándola con la cabeza ladeada y las manos en las caderas.

Madeleine se mordió la lengua. ¿Cómo era posible que existiesen personas tan borricas? Cerró los párpados y se obligó a respirar, recordándose que la mujer no tenía la culpa de lo ocurrido y que la responsabilidad de aquella bochornosa afrenta recaía en el sinvergüenza que se había atrevido a tratarla como si fuese una más de las mujerzuelas con las que parecía estar acostumbrado a alternar.

Con más decisión de la que sentía, se arrastró hasta la orilla con la tela de las enaguas y del vestido enredándose entre sus piernas.

—La ropa pesa y me retiene. Ábreme los botones y trataré de quitármela

—le pidió a Isabel, poniéndose de espaldas a ella.

—¿Y las botas?

—Es inútil intentarlo hasta que no me desvista, la tela mojada pesa como un muerto.

Isabel se sacudió con un exagerado estremecimiento.

—No diga eso, señora. No metida en el arroyo y sin verse los pies.

Asustada, Madeleine bajó la mirada. Enseguida respiró aliviada. Era cierto que el agua lucía un poco turbia por el barro que había levantado al andar sobre el fondo, pero seguía divisando los bordes del vestido. ¿O

Isabel se refería a que podía metérsele algo peligroso debajo de la falda?

¿Una serpiente acuática quizás? ¿Una serpiente venenosa?

Como si el bicho hubiese olido su miedo, algo le tocó la pantorrilla y se envolvió a su alrededor.

—¡Ayúdame a quitármelo! —Madeleine zarandeó la falda de un lado para otro mientras movía los pies, aterrada—. ¡Quítamelo! ¡Quítamelo

ya!

—Señora, tranquila, hago lo que puedo —gimió Isabel ansiosa.

—¡Date prisa! —chilló Madeleine, cada vez más asustada.

—¿Qué ocurre? —Rafael apareció de entre los arbustos con el trabuco y miró frenético alrededor—. ¿Qué ha pasado?

—¡El vestido! ¡El vestido! ¡Hay que quitárselo! —vociferó Isabel, tan histérica como Madeleine.

—No, no, sácame primero del agua. —Madeleine alzó los brazos, desesperada.

En dos zancadas Rafael estuvo junto a ella, la agarró y tiró de ella. Acabó por resbalarse en el fango de la orilla. Tras soltar una maldición, se quitó las botas y la camisa, y se metió en el agua. Le abrió el vestido de un tirón, sin reparar en los botoncitos, que saltaron por doquier. Le bajó la ropa hasta las rodillas y la tomó en brazos, dejando los metros de pesada tela detrás.

Madeleine se aferró a su cuello y escondió el rostro en su hombro hasta que la sentó con cuidado encima de una roca cercana.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Se ha hecho daño?

Rafael la escrutó de los pies a la cabeza. Cuando su mirada llegó a la altura de sus senos, tragó saliva y pareció quedarse paralizado. Madeleine cruzó apresurada los brazos sobre el pecho, agradecida de que hubiese decidido volver a ponerse el corsé.

—¡Ha sido su culpa! —lo acusó alterada—. ¿Cómo ha podido lanzarme a un agua infestada de serpientes venenosas? ¡Se me metió una debajo de la falda y me estaba subiendo por la pantorrilla hasta el muslo!

Rafael parpadeó y, al fin, subió la vista hasta su cara.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Aquí hay serpientes venenosas? —Isabel se colocó una mano en el pecho, con los ojos abiertos de horror.

Girándose hacia el arroyo, Rafael se inclinó y metió el brazo.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Suéltela! —exigió Madeleine a gritos, reculando a cuatro patas en un frenético intento de alejarse de él y el largo bicho verde que sacó del agua.

—¿Se supone que esta es la serpiente venenosa que ha estado a punto de violarla? —indagó él, con tanta sequedad que ella no pudo más que mirar.

Sus ojos y labios se abrieron a la par al ver las diminutas hojas que seguían la flexible rama.

—Eso… eso…

—Claramente no es una serpiente. Sin contar el hecho de que estamos en Andalucía, no en África. Las serpientes acuáticas que existen por esta zona no son venenosas —espetó Rafael, lanzando la rama a lo lejos.

—Yo… yo…

—¿Podría dejarse de histerismos y asearse de una vez? He tratado de hacerle un favor trayéndola aquí. Pero, si ha pensado que mi pretensión era desnudarla y tomar lo que me ofrece para luego acusarme de ser un pervertido, me temo que se ha equivocado de hombre. Ya le he explicado que las mujeres de su clase no me interesan.

Como si tuviese un mecanismo en la boca al que le hubiesen dado cuerda, los labios de Madeleine se fueron abriendo y cerrando hasta que Rafael había desaparecido de su vista.

—Lástima que la corriente haya arrastrado su ropa, era bonita.

Madeleine siguió la mirada de Isabel por el recorrido del arroyo y

soltó un jadeo ahogado. ¡Su vestido! ¡El único que le quedaba!

—Isabel, necesito ese vestido.

—Demasiado tarde. —Isabel sacudió apenada la cabeza, soltó un profundo suspiro y, como si una ráfaga de aire acabase de borrar sus pensamientos de golpe, la miró animada—. Mejor mirar hacia delante. Si lo que quería era que don Rafael la viera sin él, entonces lo ha conseguido. Y

no se crea todo lo que le ha dicho, que yo le he visto mirarle las tetas.

—¡Isabel!

—Quien dice la verdad ni peca ni miente —replicó la mujer, encogiendo un hombro.

Madeleine se pellizcó el puente de la nariz. ¿Cómo había pasado de despertarse esta mañana en el hogar de su prima a estar en este mundo de locos, bandoleros, peligros y sinsentidos?

Capítulo 12

Entre el irritante cricrí de los grillos y el zumbido de otros insectos en la, por otra parte, tranquila noche, los pequeños gimoteos provenientes del otro lado de la puerta hicieron que Rafael diera la enésima vuelta sobre la manta estribera que había ubicado a su entrada. Era casi como si la forastera, incluso en sus sueños, tratase de hacer el menor ruido posible para que nadie la oyese. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, eso le molestaba.

¿Estaba llorando porque la tenían secuestrada? ¿Temía que fuesen a infligirle algún tipo de daño o era porque se sentía sola? Le costaba creer que fuese la primera posibilidad. A lo largo del día la había admirado por su forma de enfrentarse a la situación. Pocas mujeres se habrían atrevido a chillarles o a enfadarse con sus secuestradores, en especial si estos eran bandoleros. ¿Había sido meramente un acto por parte de ella? ¿Había fingido un valor que no poseía en realidad? La idea le resultó decepcionante y también despertaba esa dichosa culpabilidad de la que había tratado de escapar desde que montó a caballo con la decisión de abandonarla a su suerte en el camino.

¿Cómo demonios habían acabado secuestrando a mujeres desamparadas?

¡Y a una forastera para más inri! Soltó un pesado suspiro cuando

resonó otro de aquellos largos sollozos, que parecían concadenarse unos con otros, mientras se le encogía el corazón en simpatía.

¡Dichoso Antonio! Se suponía que había traído a Isabel con la intención de que acompañase y cuidase de la inglesa, no para que le calentase a él por las noches. Malhumorado, se destapó y aporreó la puerta con suavidad para no despertar a los demás. Cuando nadie contestó, abrió despacio. Encontró a la mujer acurrucada en un ovillo sobre el suelo. Las lágrimas, sobre sus mejillas empañadas, brillaban bajo la tenue luz de la luna, que entraba a través de la ventana.

—¿Señora? —Rafael se acuclilló junto a ella y le tocó un hombro. La espalda femenina se puso rígida, pero sus ojos permanecieron cerrados —.

¿Señora?

Incapaz de resistirse, tocó uno de los diminutos diamantes líquidos con la yema de su índice. ¿Qué era lo que hacía que las lágrimas de una mujer

tuviesen tanto poder sobre él? Se congeló cuando ella ladeó la cabeza, como si buscase su contacto, y dejó de llorar. Seguía dormida, estaba convencido de ello. Abrió la mano y, fascinado, contempló cómo apoyó la mejilla contra su palma. Le recordaba al gatito que Cayetana había traído el otoño pasado a casa. Raquítico y con toda probabilidad más cercano a la muerte que a la vida, el diminuto minino les había confiado su seguridad y su última esperanza buscando el calor en sus manos.

Turbado, Rafael se levantó de un salto y se lanzó hacia el exterior. La mujer no era una mascota ni un animal abandonado, y muchísimo menos un ser con el que pudiese arriesgarse a encariñarse. Y eso era, precisamente, lo que solía pasar cuando uno se preocupaba de una criatura desvalida.

Maldijo en cuanto resonó un nuevo sollozo. Sonaba más hueco, más atormentado en aquel pequeño espacio cerrado de lo que lo había hecho desde el exterior. Rafael apretó los párpados y siseó una ristra de improperios por los que su madre, de haberlos escuchado, le habría arrastrado de las orejas hasta la ermita y le hubiese obligado a arrodillarse ante don Eusebio, el párroco, en confesión.

Irritado, recogió la manta que había dejado fuera y la extendió junto a la figura durmiente antes de tenderse a su espalda. Ni siquiera le dio tiempo de girarse hacia ella cuando el cuerpo femenino ya se había

dado la vuelta, en busca de su calor, y había apoyado la cabeza sobre su pecho.

Le tomó un largo rato volver a respirar con normalidad y que su corazón se ralentizase. De haber tenido un mínimo de cordura, se habría apartado de ella. O, mejor aún, se habría marchado a la otra punta del cortijo. No era apropiado que dos extraños compartieran semejante intimidad, una que solo había tenido con sus hijos y, en unas pocas ocasiones, con su mujer. Sin embargo, por alguna extraña razón, se sentía bien y hasta reconfortante.

Colocándose una mano tras la nuca, permaneció con los ojos abiertos a pesar de la negrura que les rodeaba. Su respiración se acompasó con la de ella y casi habría jurado que, si le hubiese buscado el pulso, los corazones de ambos latían al unísono. Debería haberse asustado; en lugar de ello, se calmó y los incidentes del día parecieron perder importancia.

La elegante mano sobre su torso se desplazó y, por primera vez, se percató de que la inglesa mantenía el puño crispado. Lo envolvió con su mano. Los dedos femeninos se aflojaron y una fina cadena metálica se escapó parcialmente de su agarre. Como si lo sintiese entre sueños, la forastera se tensó y su delicado puño pareció transmutarse en roca de tanto

que lo comprimió.

Los labios de Rafael se curvaron. ¿Su pícara secuestrada había conseguido ocultarle algo durante su inspección? Estuvo por abrirle los dedos para averiguar de qué se trataba, pero en el último segundo decidió aguardar al día siguiente. Prefería descubrir su reacción al quitárselo. Debía de ser importante si se aferraba a ello como un náufrago a su tabla de salvación. ¿Se sonrojaría mientras sus ojos se iluminaban con aquel brillo enfadado cuando la obligase a mostrarle su pequeño tesoro? ¿O, por el contrario, le rogaría por poder conservarlo? La idea de jugar al ratón y al gato con ella traía consigo una sorprendente excitación. Cuando al fin cerró los párpados, lo hizo con una secreta sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, estaba impaciente porque llegase el amanecer.

Capítulo 13

Tan pronto despertó, los recuerdos de la noche anterior inundaron su mente.

Tras comprobar que estaba a solas, Madeleine introdujo la mano bajo

la manta para palpar el suelo y confirmar que la cadena que había escondido seguía allí.

Sus músculos se destensaron en cuanto la fría plata entró en contacto con su piel. La noche anterior se había desvelado con aquella inconfundible mezcla de aroma a pino, días de sol y cuero envolviéndola. Su primera reacción fue asustarse ante la presencia de un hombre acostado a su lado.

Estaba vestido y le sujetaba el puño en el que había estado sujetando el colgante. De inmediato había entrado en pánico. Durante un largo instante, había dejado de respirar a la espera de la reacción de Rafael cuando descubriese lo que le ocultaba y que se trataba de un presente que debería estar en posesión de Carmen.

Por fortuna, él lo dejó estar y pronto su respiración, pausada y profunda, inundó la estancia. Aunque, aún dormido, no llegó a soltarla ni le permitió que se apartase de él. Su única solución había sido deslizar el colgante con disimulo debajo de la manta y rezar porque Rafael no se hubiese percatado de que escondía algo.

Se sintió dividida entre apartarse de él y permanecer quieta para que no se diera cuenta de que estaba despierta. Solía abrazarse así a su padre cuando enfermó y, unas Navidades en que coincidieron sus tías en la casa de campo de su abuelo, cuando ella y sus primos se habían acostado todos juntos en la cama del desván, su primo Tom también la había envuelto así en sus brazos. La diferencia era que ella en aquel entonces no había sido más que una mocosa de cinco años; y su primo, apenas un par de años mayor. Rafael no era su padre, y mucho menos su enclenque primo de siete años.

Tragó saliva. Recordaba la pesadilla que había tenido justo antes de abrir los ojos. Era una que llevaba persiguiéndola desde hacía meses, una en la que la encerraban en el mausoleo de Charles, olvidándose de ella y condenándola a morir de hambre y frío mientras el cadáver de él se descomponía carcomido por los gusanos y las ratas. Era un sueño horrible, uno del que siempre despertaba asfixiada y llorando y tan alterada que le

resultaba imposible volver a quedarse dormida, demasiado embargada por el terror como para que sus párpados pudiesen cerrarse de nuevo.

Anoche había sido la excepción a la regla. No habían sido los ojos de Charles, con sus cuencas vacías convertidas en residencia de enormes cucarachas y otros insectos, los que la habían arrancado del sueño.

Había tenido las mejillas húmedas, eso sí. Pero, aun a pesar del susto que le había dado Rafael con su inesperada presencia o el temor de que pudiese descubrir su denigrante secreto, se había sentido segura y protegida mientras escuchaba los tranquilizadores latidos de su corazón.

¿Era por eso por lo que se había echado junto a ella? ¿Su abrazo iba destinado a protegerla de sus pesadillas? No se le ocurría ninguna otra explicación. Ningún hombre se acostaba al lado de una mujer si no era con el propósito de desahogar sus necesidades más bajas y elementales, o para protegerla. ¿O sí? La idea le dio que pensar.

¿Cómo era posible que una persona pudiese llegar a mostrar tantas caras diferentes como las que había descubierto en Rafael? Bandolero, desagradable, gruñón y, a veces, hasta grosero. Y, sin embargo, cariñoso con su alazán, caballeroso a momentos e inclinado a protegerla de sus propias pesadillas o de sí misma. También era paciente, aunque eso le costase admitirlo, y con una sensibilidad oculta que jamás habría esperado de un hombre adusto como él.

¿Qué habría ocurrido si anoche hubiese sucumbido a las fantasías secretas que albergaba y hubiese osado seducirlo? ¿Rafael le habría hecho el amor como aquella primera vez en que la confundió con Carmen? ¿Cuán diferente sería la experiencia si no tuviese que ocultarse bajo la identidad de otra mujer?

Cerró los ojos con un suspiro. Tal vez debería haberse atrevido a seguir sus instintos. ¿Qué más le quedaba por perder? Desconocía el recibimiento que le ofrecería el marqués al verla, suponiendo que alguna vez llegase a su destino. ¿Qué ocurriría con ella si la rechazaba o si le ocurría algo antes?

—Buenos días nos dé Dios. —Isabel entró en la habitación con una sonrisa tan amplia que cualquiera hubiese dicho que acababa de recibir una herencia.

—¡Isabel! ¿De dónde vienes? —Madeleine se sentó apresurada.

Con los cachetes sonrojados, la mujer se ocupó en recoger la manta que Rafael había tirado doblada a un lado.

—De dormir, ¿de dónde si no?

—Se supone que debes acostarte aquí conmigo. ¿No te trajeron para salvaguardar mi honra? Rafael tuvo que hacerme compañía porque tuve una pesadilla. —Madeleine se mordió la lengua en cuanto cayó

en la cuenta de lo que acababa de confesar. Fue su turno de que el calor invadiera sus mejillas.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro de Isabel cuando ladeó la cabeza y se colocó las manos en las caderas.

—Si usted no se lo cuenta a nadie, yo tampoco.

Madeleine la miró incrédula. ¿De dónde había salido aquella criatura?

Con un suspiro, cerró los ojos y se tapó la cara con ambas manos. Si la mujer estaba dispuesta a mentir por ella, que así fuera, no podía seguir engañándose a sí misma. Estaba claro que prefería que fuese Rafael quien pasase las noches con ella antes que aquella chiflada, por muy bien que le cayese.

—¿Quiere que le traiga algo para desayunar o prefiere salir? Curro está haciendo tostadas.

Aunque en condiciones normales Madeleine habría optado por mantenerse alejada de los forajidos, las ganas de encontrarse de nuevo con Rafael y descubrir cómo reaccionaría al verla la hicieron cambiar de opinión.

—Ayúdame a arreglarme. Prefiero desayunar fuera ahora, que aún hace fresco. —Con disimulo, sacó la cadena de debajo de la manta. Necesitaba esconderla en un lugar mejor.

Para su decepción, no encontró a Rafael sentado con los demás.

Madeleine ocupó el espacio libre junto a Isabel, en un tronco cercano a las brasas. Los cinco bandoleros que se encontraban allí silenciaron su ruidosa diatriba y se quedaron mirándola, pero Isabel hizo un airado gesto con la barbilla en su dirección y les soltó un desafiante:

—Curro, la tostada la quiero dorada como la melena de la inglesa, que negra se la puede comer usted.

El hombre espigado, cuyo rostro estaba marcado por los años, el sol y la vida al aire libre, gruñó algo aún menos inteligible que lo que había dicho Isabel con su marcado tonillo andaluz. Cogió una rebanada de pan que tenía colocada sobre el fuego, le dio la vuelta y le echó un fino hilillo de aceite de oliva. Al terminar, se la colocó a Madeleine en la roca que tenía a su costado.

—Con cuidado, quema —avisó sin mirarla.

—Gracias. —Madeleine asintió, tratando de no poner una mueca ni pensar demasiado en que acababa de colocarle su comida en el suelo.

—Buenos días. —Antonio se sentó junto a ella y le ofreció un pañuelo de un blanco inmaculado, mientras que los demás comenzaron una alegre cháchara a su alrededor.

—Buenos días. —Madeleine le sonrió y tomó, agradecida, el pañuelo.

—Acabo de venir del pueblo y te he traído algo. —Antonio cogió un cazo con agua de encima del fuego y lo echó en un vaso metálico, filtrándolo con un trozo de lino antes de entregárselo.

—¿Té? —preguntó Madeleine.

Sus ojos escocieron tanto que aprovechó la excusa de olfatearlo para cerrar los párpados.

—¿Lo quieres con un poco de leche de cabra? Tengo entendido que es así como lo toman los ingleses.

Ella asintió.

—¿De dónde lo has sacado?

—No creo que quieras saberlo. —Antonio rio—. Pero, en cuanto lo vio, Rafael me ordenó que te lo trajese.

—¿Rafael?

—¿En serio te extraña tanto que pueda pensar en ti y tu bienestar?

Su mente regresó a la noche anterior, a la forma en la que la había calmado y abrazado, y cómo se había quedado con ella hasta que había vuelto a quedarse dormida. Madeleine se amasó las manos, incapaz de responderle.

—¿Dónde está ahora?

La mirada de Antonio se volvió distante, aunque su sonrisa se mantuvo.

—Resolviendo algunos asuntos. Regresará al atardecer.

Ella procuró disimular su desencanto, señalando con la barbilla a los demás.

—Tengo que confesar que, cuando hablan tan rápido y con ese acento andaluz, soy incapaz de seguirles.

Antonio rio de buena gana.

—Espera a conocer a un gallego, hasta a mí me cuesta trabajo entenderles. Aunque, por lo que tengo verdadera curiosidad, es por descubrir cómo es posible que hables tan bien nuestro idioma.

—No es realmente un secreto. Mi institutriz era mitad española. El castellano era nuestro idioma secreto para hablar sin que mi madre pudiera

enterarse de lo que decíamos. Mi madre era feliz de que hablase un idioma, aunque hubiese preferido que fuese el francés, y a mí me venía bien para evitar castigos de cuando en cuando.

Antonio sonrió.

—Ese es sin duda un buen aliciente para aprender.

—Si hubieras conocido a mi madre, lo entenderías. —Madeleine sacudió la cabeza en un intento por desterrar los recuerdos de su memoria—.

¿Cómo es que tu acento o el de Rafael son mucho más claros a pesar de vivir en la misma zona?

Por un instante, el cambio en el semblante de Antonio le hizo pensar que no le respondería. No obstante, terminó por rascarse el pecho.

—La madre de Rafael es castellana y corregir nuestra dicción formó parte de nuestra educación. Además, hemos viajado con frecuencia a Madrid, y allí no tardas en aprender que hablar andaluz puede ser contraproducente si pretendes que te tomen en serio o no quieres pasarte el día metido en peleas.

—¿Peleas? ¿Por qué habríais de llegar a esos extremos por vuestra

pronunciación?

Antonio titubeó antes de contestar.

—Muchos se creen con el derecho a burlarse de nuestro modo de hablar o consideran que quien habla andaluz es menos inteligente… O, hablando en plata, que somos unos palurdos sin educación.

—Ah…, vaya… —A Madeleine no le quedó más remedio que callarse.

¿No era acaso eso mismo lo que ella había pensado de Rafael y los demás en algún momento? Decidió cambiar de tema—: ¿Entonces te criaste junto a Rafael?

—Podría decirse que sí —confirmó Antonio, con la suficiente vaguedad como para dejarle claro que no conseguiría sonsacarle más información de la que él estaba inclinado a ofrecerle.

El día terminó resultando más entretenido de lo que podía haber previsto.

No solo tuvo la posibilidad de pasear hasta el arroyo con Isabel o de conocer más de cerca la vida que llevaban aquellos bandoleros en la sierra, sino que también pudo presenciar la graciosa diatriba entre Isabel y el joven Pepe cuando este trató de seducirlas con hoscas galanterías. Al llegar la

tarde, se había acostumbrado tanto a la mayoría de las expresiones andaluzas y su acento que tuvo que controlarse para no usarlas en su propia forma de hablar.

Después del almuerzo, Rafael seguía sin haber llegado y Madeleine prefirió refugiarse del sol del medio día en la habitación, aunque no le quedó más remedio que dejar la ventana y la puerta abiertas para dejar pasar la corriente. Al despertar de la siesta, Isabel volvía a estar ausente; sin embargo, en cuanto descubrió a su lado un pequeño paquete envuelto en lino con un par de dulcecitos, supo que Rafael había regresado.

Levantándose apresurada, se refrescó con el agua del botijo y se ajustó los mechones sueltos antes de aventurarse al exterior. Como era de suponer, encontró a Isabel en compañía de Antonio y se planteó con ironía si no iba a tener que ser ella la que actuase de carabina de la mujer. En cuanto a él, parecía que su parecido con lord Byron iba mucho más allá de lo físico.

Localizó a Rafael un poco más lejos, colocándole monturas a un par de caballos. Iba a marcharse de nuevo y, al parecer, iba a hacerlo sin despedirse de ella. Sus hombros cayeron descorazonados. ¿Qué había esperado? ¿Qué por traerle infusión y pastas había algo entre ellos? ¿Para un donjuán significaba algo dormir al lado de una mujer? Ella era su rehén, y si la cuidaba era por la promesa de conseguir una buena suma de dinero por ella.

¡Pobre iluso! ¿Qué haría cuando descubriera que ella valía menos que la tierra arenosa que pisaban?

Como si pudiese sentir su mirada sobre él, Rafael giró la cabeza.

—Hola.

Ella intentó sonreír de vuelta, pero ni sus años de entrenamiento en la alta sociedad londinense la habían preparado para ocultar tanta ansiedad.

—¿Ocurre algo? —Rafael frunció el ceño y la estudió más de cerca.

—No, no, nada. Veo que vuelve a irse.

Hubo una vacilación antes de que los labios masculinos volviesen a curvarse en una sonrisa secreta y que arquease una ceja, como si supiese algo de lo que ella no fuese consciente.

—Antonio y yo vamos al arroyo a refrescarnos. Isabel iba a permanecer con usted; aunque, ahora que está despierta, podrían acompañarnos si quieren.

El corazón de Madeleine reaccionó más rápido que ella, dando un pequeño saltito.

—¿Y bien? —La incertidumbre que se reflejó en el rostro masculino

consiguió ponerla en marcha.

—¡Sí! Sí, claro —repitió, esforzándose por decirlo más despacio y no parecer un perrito faldero al que acababan de lanzarle un hueso—. Si no les importa, claro está. Me vendría bien refrescarme.

—Sí que me importa, y mucho. —La repentina bajada en el tono de Rafael se tornó en un ronco ronroneo que se deslizó debajo de su piel, estremeciéndola—. Aunque no debería.

Ella entreabrió los labios y, durante unos parpadeos, olvidó cómo

respirar cuando sus miradas chocaron llenas de significado.

—Sí, eh… Iré a… a comunicárselo a Isabel —murmuró Madeleine con la boca reseca.

Dándose abruptamente la vuelta, huyó antes de que pudiese ponerse más en evidencia de lo que ya lo había hecho.

Capítulo 14

Madeleine e Isabel se bañaron primero, aprovechando que Antonio y Rafael estaban ocupados en encender una hoguera en un pequeño claro, con la intención de asar la perdiz y las codornices que habían cazado por el camino.

Mientras se vestían con las mudas limpias que les había traído Isabel, Madeleine reparó en lo relajada y libre que se sentía, algo totalmente contradictorio con la situación. ¿Cómo era posible? Tomó una profunda inspiración, recreándose en el olor del romero que los hombres habían echado en las brasas para espantar los mosquitos.

—¿Habéis terminado? —gritó Antonio desde el pequeño claro.

—Casi, podéis venir —replicó Isabel a voces, poniéndose una bota.

Madeleine se levantó con una sonrisa y se alisó la falda.

—Vamos. Querrán tener su intimidad.

Isabel arqueó una ceja.

—¿Segura? Yo diría que ellos disfrutarían tanto de que nosotras los observemos como nosotras de hacerlo.

—¡Isabel! —Sin esperar a que pudiera contestarle, Madeleine la cogió del brazo y tiró de ella.

Lo cierto era que estaba más escandalizada por coincidir con lo que había dicho la mujer que por el hecho de que lo hubiese propuesto y, a deducir por el guiño que Rafael le dedicó al cruzarse con ella, él también lo sabía.

Para cuando los hombres regresaron del arroyo, con el cabello mojado y sin camisas, ellas seguían en la labor de desplumar las aves. Madeleine no pudo más que dar las gracias por tener algo con lo que distraerse de las gotitas de agua que seguían cayendo por el marcado torso de Rafael mientras este se acomodaba en un tronco con los avíos

de afeitado a mano.

—Permíteme. —Antonio le quitó la perdiz y se sentó junto a ella. Rafael se congeló por un momento y los estudió con los ojos entrecerrados—.

Estoy acostumbrado a hacerlo, era mi trabajo los días de fiesta y cacería en la hacienda. Todos teníamos que echar una mano, y desplumar las aves era, con frecuencia, un trabajo para los niños si las mujeres estaban ocupadas en otros menesteres más importantes.

—Me temo que lo más que me permitían acercarme a la cocina era

durante nuestras visitas a la casa de mi abuela. A menudo horneábamos galletas juntas. —Madeleine le devolvió la sonrisa, pero su atención se encontraba puesta sobre Rafael—. ¿Puedo ayudarle? —le preguntó en cuanto este terminó de afilar su navaja y se disponía a pasársela por la mejilla cubierta de jabón.

Cuando Rafael titubeó y miró de la navaja a ella, Madeleine rompió a reír.

—No soy viuda porque afeitase a mi marido —se burló—. Pero solía afeitar a mi abuelo y a mi padre antes de que falleciesen, *por causas naturales*.

Rafael se rascó el cuello con una mueca.

—No quería insinuar que hubiese asesinado a su esposo. Aunque estoy seguro de que tiene más motivos para rajarme el cuello a mí que a él.

—No se crea —suspiró Madeleine, quitándole la navaja. Colocándose detrás de él, le apoyó la cabeza contra su barriga—. Charles se hubiese merecido que le cortase algo más que el cuello. Por desgracia, nunca tuve el valor ni la capacidad de hacerlo.

—¿Quiere hablar de ello? —preguntó Rafael, relajándose contra ella.

—No. Está muerto y enterrado, y prefiero que siga así —replicó ella sin dudarlo.

—Cuénteme entonces cómo una inglesa de pura cepa ha llegado a manos de un bandolero andaluz —le pidió él.

—¿Eso no es lo que usted debería explicarme a mí? —se mofó Madeleine.

—Sabe a qué me refiero.

Ella se tomó su tiempo en responder y en plantearse qué estaba dispuesta a compartir con él y qué no. Terminó por relatar un escueto resumen acerca de la muerte de Charles y sobre su compromiso con un viejo marqués español. Mencionó su estancia en Jerez, aunque, lógicamente, se saltó la noche de la fiesta que había compartido con él. En algún punto de su historia, Antonio e Isabel se habían marchado al arroyo a lavarse las manos y buscar más palos para el fuego.

—¿Cómo se llama el marqués? —preguntó Rafael, levantándose a la conclusión de su relato.

Madeleine le retiró los restos de jabón con la pequeña toalla de lino y lo secó con pequeños toques.

—¿Importa? Por su edad podría ser mi abuelo y su nombre me resulta

impronunciable. Es la segunda vez en mi vida que van a encerrarme en un mausoleo, y se siente como si estuviesen enterrándome en vida —espetó ella, con más amargura de la que pretendía mostrar—. Listo. Suave como las nalguitas de un bebé —cambió de asunto con una sonrisa triste, mientras que repasaba con la mano que no se le hubiese quedado ningún atisbo de barba atrás.

Rafael le sujetó la muñeca cuando fue a retirarla y ambos compartieron una mirada.

—Antonio la tutea y usted a él.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Ella abrió la boca para contestar y la cerró de golpe. No podía confesarle que su prima los había presentado hacía varias semanas.

—Siempre está con Isabel, imagino que simplemente surgió. ¿Lo considera inapropiado?

Él la contempló como si pudiese oler su mentira y ella esperó con la respiración entrecortada. Su postura acabó perdiendo rigidez, aunque no liberó su mano.

—No si no es el único con el que te tuteas. —Sonrió con suavidad.

Ella se percató de que estaban mucho más cerca de lo que había

previsto y de lo que era socialmente aceptable, en especial porque él seguía con el torso descubierto. Como si aquella idea la volviese más consciente del momento, bajó la mirada al oscuro parche de vello que poblaba su pecho y que descendía en un estrecho sendero hasta desaparecer bajo la cinturilla de sus pantalones. ¿Sería tan sedoso como aparentaba? Tragando saliva, cerró los párpados.

—¿Madeleine?

—¿Por qué demonios los hombres podéis hacer con vuestra vida lo que os da la gana y sois libres para disfrutarla, en tanto que las mujeres debemos conformarnos con vivir bajo el yugo que nos imponéis?

Abrió los ojos cuando se dio cuenta de lo que había soltado, y la respuesta de él se retrasó.

—Estás enfadada. —No era una pregunta, sino una constatación.

—¡Claro que lo estoy! —Madeleine se liberó de un tirón y se apartó de él

—. Son las dos únicas opciones que tengo: llorar o enfadarme.

—¿Qué harías si tuvieras otras opciones? ¿Si fueras libre para hacer y disfrutar sin repercusiones?

Madeleine fijó su mirada en el centro de su pecho y crispó los puños.

—No lo sé —mintió.

¡Por supuesto que lo sabía! Puede que no tuviese demasiado claro lo que deseaba por el resto de su vida o dentro de un año, o incluso la semana entrante. Pero estaba segura de qué era lo que ansiaba en ese mismo instante, al igual que lo conocía su cuerpo, que respondía a la cercanía de Rafael como lo habría hecho una polilla ante una fuente de luz.

Como si le hubiese leído la mente, Rafael se acercó a ella y trazó su pómulo con los nudillos.

—Dime qué es lo que quieres ahora, aquí, en este mismo segundo. —La tonalidad de Rafael fue baja y aterciopelada, aunque no lo suficiente como para ocultar el rastro de un ansia similar a la de ella.

Despacio, Madeleine alzó la mano hasta su pecho y pasó sus yemas

por el sedoso vello moreno. Ambos se contemplaron, cerca, tan cerca que podía sentir su calor. Y, sin embargo, demasiado lejos para lo que ella necesitaba.

—Dímelo —rogó Rafael con aspereza.

—Todo lo que no debería querer o tener, todo lo que me merezco vivir —

contestó ella al fin, con melancolía.

La nuez masculina se elevó y descendió con rapidez.

—¿No tienes miedo a que eso te condene? ¿A que nos condene a ambos?

Por alguna razón, el infierno al que hacía alusión no parecía ser el mismo con el que un religioso los habría sermoneado desde un púlpito. Y puede que no lo fuese, al menos no para ella. No cuando le constaba de antemano que jamás saldría indemne de un encuentro con aquel hombre. Lo que él desconocía era que, en el fondo, ya estaba sentenciada por su culpa desde antes de que la hubiese secuestrado.

—Más de lo que nunca me atrevería a admitir —le confesó.

—¿Y aun así quieres esto? —La palma de Rafael parecía quemarle la mejilla y entre sus bocas apenas quedaban un par de pulgadas de distancia.

—Sí.

—Bien. —Los labios masculinos se estiraron en una extraña mueca de dolor y rendición—. Porque creo que moriría si no puedo tenerte aquí y ahora.

El corazón de Madeleine dio un brinco y la voz rasposa le recorrió la piel con un delicado cosquilleo. No hubo necesidad de respuesta. Rafael tiró de ella para ocultarlos tras un viejo roble y, tras aprisionarla contra el tronco con su pelvis, bajó la cabeza. Sus decididos labios encontraron cualquiera

de las respuestas posibles cuando se presionaron, hambrientos, contra los de ella y su lengua se abrió paso en su boca.

Ella se relajó en su abrazo, se cargó de valor y exploró los firmes planos de su torso con la intención de descubrir cada curvatura y

hondonada de sus tonificados músculos. Desconocía si esta sería la primera vez de muchas o la última que estarían juntos; no obstante, estaba decidida a llevarse consigo recuerdos que la hicieran vibrar hasta el final de sus días. Estaba determinada a entregarse sin reparos a cambio de poder llevarse una parte de él cuando sus caminos se separasen. Se lo merecía y, por una vez en su vida, no estaba dispuesta a renunciar a algo a lo que tenía derecho.

Con manos diestras, Rafael le desabrochó los pequeños botones de su blusa y, en cuanto la nueva holgura fue dejando libre el acceso a su cuello, aprovechó para explorarlo con lengua y dientes.

—Shhh… —Rafael le cubrió la boca con una mano y su aliento le rozó el oído—. No quieres que Antonio e Isabel se enteren de lo que estamos haciendo si regresan, ¿cierto? —Aguardó a que ella negara con la cabeza antes de apartar la mano—. Bien, eso es.

Madeleine entrecerró los ojos ante su condescendencia. ¿Estaba hablándole como si fuese una cría? Algo en ella se rebeló. Era una mujer, y quería que la viese y tratase como tal. Atrapándole el labio inferior entre los dientes, lo mordió y tiró de él, arrancándole un gruñido en el proceso.

—Malo, muy malo —ronroneó burlona—. No quieres que nos descubran.

El gruñido masculino vibró a través de su pecho y un brillo peligroso hizo aparición en las dilatadas pupilas masculinas mientras él le terminaba de abrir los botones con impaciencia y le sacaba la blusa de la falda. Ambos mantuvieron la conexión entre sus miradas como si temiesen que, en el instante en que fuese a romperse, el otro fuera a evaporarse.

No hubo advertencias ni preparativos. Rafael tiró de la blusa y la bajó por sus hombros justo antes de inclinarse y atrapar uno de sus pezones entre los labios. Era como si el hombre se hubiese transformado de repente en un animal salvaje y famélico cuyo único pensamiento se enfocase en devorarla.

Madeleine se aferró a sus tonificados hombros y echó la cabeza atrás, mordiéndose la parte interna de las mejillas en un improductivo empeño por ahogar los diminutos gimoteos que escapaban por su garganta.

Una de las ásperas palmas encontró el camino que se abría paso debajo de la falda, ascendiendo por sus muslos con un objetivo claro.

En alguna parte de su mente, Madeleine fue consciente de que las manos masculinas

habían perdido su firmeza y habían comenzado a temblar. Sin embargo, la distracción de la caliente boca masculina marcando sus pechos ya era más de lo que podía manejar.

—¡Dios! ¡Estás empapada! —exclamó Rafael contra su piel en el mismo instante en el que ella jadeó, embargada por el intenso placer que sus dedos despertaban entre sus pliegues—. No sé si podré aguardar mucho más.

Jamás había deseado tanto a nadie desde… Ni siquiera recuerdo si alguna vez he deseado hasta ese punto a otra mujer —masculló con los dientes apretados.

—No esperes… No esperes… —Incluso a los oídos de Madeleine, aquellas palabras sonaron como una plegaria.

Sin darle tiempo de parpadear, Rafael se había bajado los pantalones y la había alzado contra el árbol. Ella le rodeó la cintura con ambas piernas. Sus ojos se encontraron un segundo antes de que él empujase su pelvis hacia delante y se abriese paso en ella de un solo y potente envite. Sus párpados se abrieron y ambos jadearon al unísono.

Él se congeló. Madeleine retuvo la respiración y su corazón latió atemorizado. ¿Se había percatado al fin de que no era la primera vez que estaban juntos? ¿Había descubierto que ella se había hecho pasar por Carmen?

—Lo siento —murmuró Rafael con una mueca, mezcla entre remordimiento y agonía.

—¿Por q…?

Rafael resurgió en su interior con fuerza, ahogando sus jadeos con su boca. La embestía como si necesitase fundirse con ella, obligándola a aferrarse a él y dejar que la cabalgase a través de la furiosa tempestad que parecía haberlos atrapado a ambos.

—Tócate —masculló Rafael entre dientes, abriéndole un hueco entre sus cuerpos para colocarle la mano sobre su sensible sexo.

Madeleine obedeció reticente, dudosa de qué era lo que pretendía, pero en cuanto él siguió bombeando y su mano quedó aplastada contra el diminuto manojo de nervios entre sus pliegues, moviéndose

al ritmo que él marcaba con sus envites, las últimas trazas de pensamientos coherentes se esfumaron y lo que quedó fue un inmenso placer, la fusión de sus cuerpos y sus alientos entremezclados.

De repente, sus músculos se contrajeron y su cuerpo se contorsionó bajo el dominio de una irrefrenable explosión de éxtasis. Rafael la sujetó hasta el

final, manteniendo su ritmo firme e indeleble, hasta que ella descendió de las últimas olas de placer. Sin soltarla, se salió de ella, le cogió la mano y la colocó sobre su erección, deslizando ambas manos a lo largo de la aterciopelada rigidez.

Con los dientes apretados, cerró los ojos y la aprisionó como si ella fuese lo único que pudiese salvarlo frente a un inminente apocalipsis. Gruñó su rendición con un agónico jadeo hasta que salpicó su estómago con el pecaminoso testimonio de lo que acababan de compartir.

Se mantuvieron entrelazados entre sí, con los cuerpos sudorosos y empapados, mientras recuperaban el aliento. Rafael dejó caer su frente húmeda contra la de ella.

—¿Arrepentida?

Ella negó.

—Ni lo más mínimo —reconoció con la garganta reseca.

Rafael asintió.

—¿Arroyo? —Esperó a que ella hiciera un gesto de confirmación—.

Bien. Porque, cuando nos deshagamos de los otros, necesitamos una repetición un poco más pausada —murmuró, de tal manera que parecía estar hablando más con él mismo que con ella.

Capítulo 15

Parado frente a la entrada de la habitación que había ocupado Antonio, Rafael soltó una maldición. Si su madre escuchara las blasfemias que había soltado en la última semana, le habría llevado de la oreja a la ermita y habría hecho que don Eusebio lo confesase y bañase en agua bendita. Por supuesto, si supiera qué hacía Antonio cada noche con Isabel, con toda probabilidad lo habría mandado encerrar en un monasterio hasta que hiciera penitencia por sus

pecados. Era un consuelo de tontos, aunque era mejor que nada.

Los gimoteos y jadeos que le llegaban competían con los irritantes cantos de los grillos del exterior, convirtiéndolos en insignificantes. Rafael se presionó el puente de la nariz con un suspiro. Había esperado poder hablar con Antonio, compartir con él las noticias que le habían llegado acerca de un pacto del rey con los franceses, pero en especial había buscado una excusa que le ayudase a no volver a caer en la tentación con la forastera. Se arrepentía de lo que había pasado aquella tarde a orillas del arroyo, y aún más de que lo hubiesen repetido luego en el agua. La primera vez podía excusarla como un error, el producto de un mal juicio, provocado por sus instintos masculinos y la depravación provocada por la inatención de sus necesidades más básicas durante las últimas semanas. La segunda, sin embargo, había sido pura gula y debilidad.

Por algún motivo que desconocía, la inglesa conseguía hacerle olvidar sus buenos propósitos. Incluso en aquel instante, la simple idea de pasar la noche con ella a solas hacía que tuviese que reajustarse en sus pantalones.

Ninguna de las razones que había estado repitiéndose sobre por qué era una mala idea acostarse con ella funcionaba para sacárselo de la cabeza.

Tampoco le atraía la idea de promover un encuentro con Carmen para distraerse de la tentación que le suponía la rubia. Ni tan siquiera recordándose que Carmen era la opción más segura y sencilla, donde la forastera era pura complicación, conseguía que se decantase por la gaditana.

No ahora, que había descubierto de qué manera sus dedos se hundían en la tierna carne de la inglesa al sujetarla por las caderas o su forma de entregarse a él como si fuese su salvavidas. Ni María Asunción, en sus ocho años de matrimonio, se había entregado a él de aquella manera.

Emprendió su camino hasta su habitación, desterrando los pensamientos que le anclaban a lo que ahora casi parecía otra vida. En vez de entrar, se limitó a escuchar desde el exterior. Cogió las mantas que había dejado a la entrada y las extendió, preparándose para dormir bajo el cielo estrellado, que asomaba a través del techo derruido. A decir verdad, no era algo que le molestase. Incluso con las noches más frescas, acostarse al aire libre le daba una sensación de conexión con el universo que ni el más cómodo de los colchones de

plumón podía ofrecerle.

—¿Puedo quedarme aquí contigo?

Rafael se puso rígido. Su respuesta inicial fue un rotundo «no», pero en cuanto distinguió el delicado cuerpo femenino bajo el umbral, abrazándose a sí misma como si quisiese protegerse de su rechazo, acabó soltando un largo suspiro de rendición.

—¿Crees que es una buena idea?

—Es mejor alternativa que dormir ahí dentro a solas, y no creo que vaya a pasar nada que no haya sucedido ya —replicó ella con más ímpetu del previsto, aunque a Rafael no se le escapó el leve temblor en su voz.

Echándose a un lado sobre la manta, le dejó un hueco. Ella aceptó su silenciosa invitación, tendiéndose junto a él, aunque se mantuvo lo más apartada que pudo en el escueto espacio, que no era mucho.

—¿Por qué no quieres dormir sola? —Rafael se colocó de lado.

—Porque la soledad se acentúa cuando los únicos que comparten el sitio contigo son los fantasmas del pasado.

—Madeleine, yo… —Rafael encogió y estiró los dedos—. Tenemos que hablar.

—¿Sí?

—Lo que ha sucedido esta tarde… Yo… No sé cómo decirlo sin que te sientas ofendida o que me consideres un canalla.

—Dilo sin más —murmuró ella tensa.

—No hay nada que pueda ofrecerte más allá de lo que compartimos.

Debería habértelo avisado antes de besarte. Mi única excusa es que no estaba pensando mucho en aquel momento. Mi libertad ya no es mía, lo siento.

—¿Estás casado?

Rafael consideró su respuesta. ¿Hasta qué punto le convenía ser honesto con ella? Optó por ser lo más sincero que podía.

—He pasado por el altar, sí. —El silencio se hizo eterno. Rafael se

preparó para el estallido de su enfado, lágrimas o una reacción, cualquiera que fuese. Nada de ello llegó—. Siento mucho no habértelo comentado desde el principio y haber permitido que te formases una idea errónea.

—Está bien, no te preocupes.

—¿Está bien? —Rafael forzó la mirada para tratar de leerle el semblante a través de la oscuridad.

—Sí. No es como si yo fuese libre tampoco.

—¿Te refieres al marqués que mencionaste?

—Sí. Iba camino de encontrarme con él cuando me secuestraste. La boda se celebrará a mediados de septiembre.

Sus palabras fueron un cubo de agua fría; no obstante, si alguien le hubiese preguntado por el motivo, Rafael no habría sabido qué responder.

—Sueles…

—¡No! ¡Claro que no me acuesto con hombres así como así! —siseó Madeleine enfadada—. Has sido el primero con el que… Me refiero a que yo nunca… Ni siquiera había esperado que ocurriese algo así.

—¿Te arrepientes? —Rafael gimió por dentro. ¿Cómo se le ocurrían aquellas preguntas tan estúpidas?

—No —admitió ella tras una pausa—. ¿Tú lo haces?

Estuvo por decir que sí. De hecho, se había arrepentido, aunque eso había sido antes de que ella reaccionase con tanta calma ante su revelación.

—No.

Ambos contemplaron las estrellas durante un buen rato, hasta que la tensión se fue evaporando entre ellos.

—¿Y si te confesase que quiero volver a hacerte el amor? —preguntó Rafael de repente, sorprendiéndose incluso a sí mismo.

Madeleine giró la cabeza hacia él.

—Debería recordarte que estás casado. Pero no le serías fiel ni aunque

yo te rechazase, ¿no es cierto? —Ella no le dio la oportunidad de responder—:

¿Y si te pidiese que fuese más de una vez? ¿Que lo que quiero es que me enseñes a vivir mientras estoy aquí con vosotros, que conviertas estos días en algo especial con lo que pueda soñar en días venideros, cuando ya no pueda disfrutar de las estrellas?

Rafael entrelazó sus dedos con los de ella.

—Lo que pides es peligroso.

—¿Para ti o para mí?

Ignoró su pregunta, demasiado temeroso de conocer la respuesta si era

sincero consigo mismo.

—¿Aceptas que, pase lo que pase entre nosotros, no podré darte nada más que esto?

En vez de contestar, su pequeña inglesa se inclinó sobre él y acortó la distancia entre ellos, cubriéndole los labios con los suyos. Cuando ella alzó de nuevo la cabeza, el deseo y la necesidad que compartían se reflejó en su voz:

—Dame todo lo que tienes y sabré que no te queda nada más que ofrecerme cuando esto acabe.

Capítulo 16

Rafael se colocó las botas y se guardó la navaja. El sonido de los pájaros y los insectos le indicó que la mañana probablemente ya estaba más avanzada de lo que la ligera penumbra en la habitación dejaba adivinar. En el segundo en el que encontró los ojos verde azulado de la inglesa puestos sobre él, sonrió. Era el efecto que tenía en él. Lo calentaba desde dentro y le hacía reaccionar incluso sin pretenderlo.

Si hubiese sido una mujer perteneciente a su entorno cotidiano, su reacción a ella habría sido alarmante. No porque pudiese manipularlo, que también, sino porque habría entregado la vida por ella y por mantenerla a salvo. Habría sacrificado cualquier cosa con tal de verla feliz, de provocarle aquella sonrisa y el mismo brillo que iluminaba sus ojos en aquel instante.

Apartando la mirada, le dio la espalda. No era su prerrogativa el hacerla feliz y solo un canalla permitiría que aquella poderosa atracción que existía entre ellos fuera a más. Estaba por marcharse sin decir nada cuando se detuvo con una maldición y un profundo suspiro. Se pasó los dedos por el cabello. Puede que fuese más canalla de lo que ni él mismo había esperado.

—Voy a revisar las trampas que hemos puesto por si ha caído alguna liebre. ¿Te gustaría venir? —preguntó sin girarse.

—¿Lo preguntas en serio?

Rafael sonrió para sus adentros. Bajo la capa de adecuada indiferencia inglesa, fue imposible no discernir el entusiasmo casi juvenil. Girándose, le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

—No se me ocurre mejor compañía. —Las palabras que les había dicho cientos de veces a otras mujeres adquirían un nuevo sentido con ella.

Las campanas de peligro resonaron en su mente con asombrosa claridad.

Apretó la mandíbula y las descartó de inmediato. Era un hedonista. Siempre lo había sido. Cargaría con las consecuencias de aquella relación prohibida cuando no le quedase más remedio que hacerlo.

—Espérame fuera y dile a Curro que te dé un trozo de pan para el camino. —Rebuscando en el hatillo que estaba tirado en una esquina de la habitación, Rafael cogió un sombrero de ala ancha y se lo llevó —. Ponte esto. Aún es temprano, pero pronto empezará a pegar el sol. No queremos que tu delicada tez se queme.

Ella estudió reticente el sombrero; no obstante, terminó por colocárselo con la nariz encogida y una sonrisa traviesa.

—¿Esto me hace parecer un bandolero?

Con una carcajada, Rafael le pellizcó la punta de la nariz.

—Jamás podrías ser un bandolero. Tus víctimas caerían a tus pies y te regalarían sus pertenencias antes de que pudieras amenazarlas o tratar de robarles.

—¿Y eso no sería una buena táctica? —preguntó ella, aceptando su mano para avanzar por el irregular terreno—. O va en contra del

código de los bandoleros.

—No sé qué código podría tener un bandolero más que el dictado por su propia moral. Pero, si reflexionas sobre ello, el que tus víctimas te ofreciesen sus tesoros sin que se los tuvieses que robar le quitaría cualquier gracia al oficio.

—Siempre podría vestirme como un hombre y taparme la cara con un pañuelo —bromeó ella.

Cogiéndola por la cintura, la ayudó a saltar sobre un tronco caído.

—Mmm…, puede… —La estudió con una sonrisa torcida—. Aunque en ese caso es posible que fuesen las damas las que cayesen de rodillas ante ti.

Ella le echó una mirada ladeada y arqueó una ceja.

—¿Es eso lo que hacen las señoras que se encuentran contigo?

—¿Me estás preguntando si tengo ojos bonitos?

—No, ya sé que los tienes —bufó ella, arrancándole una sonrisa secreta

—. Me refiero a si usas tu *oficio* para seducir a las mujeres.

Rafael le dio un corto apretón de manos, antes de soltarla y mirar tras uno de los arbustos en los que había colocado trampas la tarde anterior.

—No. Cuéntame algo acerca de ti —desvió la conversación hacia derroteros más seguros—. Solo sé que eres inglesa y que viniste a España a desposarte con algún viejo, por lo que me has contado.

Ella se giró hacia el otro lado en cuanto vio cómo le retorcía el cuello al animal, que seguía zarandeándose en un intento por escapar.

—No hay mucho que añadir. A la muerte de mi padre, mi madre básicamente me vendió al mejor postor, uno que le asegurase su bienestar, sin importar mi opinión al respecto.

—¿Y cuál era tu opinión con respecto a él?

Ella aplastó los labios y apartó la mirada. Por un momento, pensó que no iba a responder.

—Era un viejo desagradable que olía a cebo y vino rancio, al que solo le importaba él mismo y lo que la gente pudiese pensar de él. No solo me compró como a una yegua de cría, sino que me trató como tal, encerrándome en su mansión y manteniéndome apartada, siempre que podía, de la sociedad londinense. Y, mientras a mí me recluía, mi madre vivía como la señora que siempre había querido ser, paseándose con la misma facilidad por Almack's que por los jardines de Vauxhall. Incluso llegó a hacerse amiga íntima de María Ana Fitzherbert, la que fue durante años la amante y supuesta esposa ilegal del rey Jorge. —Madeleine soltó una carcajada seca—. ¿Se me nota el rencor que aún les guardo a los dos?

La descripción de su enclaustramiento le tensó un músculo de la mandíbula. No debería haberle importado el pasado de la forastera. No era una realidad que le fuese ajena. Ocurría cada día, era el mundo en el que vivían. Él mismo se había casado con María Asunción por lo conveniente que aquel matrimonio le resultaba a su familia. Aunque, en su caso, ella había estado más que feliz de tener a su amigo de la infancia como marido, o al menos lo estuvo hasta que descubrió que él no correspondía a su obsesivo amor en la misma medida. Sin embargo, que no amase o experimentara más que un tibio cariño por María Asunción no le había impedido protegerla o concederle el sitio que se merecía. Por ello, el pensar que un viejo borracho abusara de Madeleine y la tratase con desprecio…

—No más de lo que se merecen —se forzó a replicar con calma—. ¿Qué pasó luego? ¿Cómo llegaste a la situación en la que estás ahora? Aunque no pudieses heredar sus tierras y posesiones, deberías disponer al menos de una vivienda y una pensión.

—Lo habría tenido de haberse firmado un contrato prematrimonial como es costumbre. De haber vivido mi padre, probablemente lo hubiese tenido.

Con mi madre al cargo, el único contrato que gestionó con Charles fue el suyo propio, por lo que Edmund no tenía ningún compromiso legal de mantenerme o de cederme alguna de las casas.

—¿Quién es Edmund?

—El sobrino de mi difunto marido —aclaró Madeleine.

—De modo que te dejó desamparada a su muerte. —Rafael le habría hecho con gusto una visita a ese canalla de Edmund si lo hubiera tenido más cerca. Lástima que no viniese a la boda—. ¿Estás segura de

que tu esposo no dejó ningún tipo de testamento en el que estipulase alguna garantía a tu favor?

Ella encogió un hombro y evitó mirarle.

—Ya te lo dije; para él solo era una yegua de cría. Dado que nunca di a luz a un heredero, mi valor era nulo. —Madeleine se frotó los brazos —.

Tampoco es como si hubiese podido dejarme nada. Charles no solo era aficionado a la bebida y las casas de citas, sino también a los juegos y las carreras. Cuando murió, hace poco más de un año y medio, lo único que le quedaban eran deudas, y las últimas propiedades que mantenía eran las asociadas al título. Sin herederos directos, todo pasó a manos de su sobrino Edmund.

—Por tu tono, fue algo desagradable.

—Mi vida a cargo de Edmund no habría estado tan mal. Me consideraba un estorbo, aunque al menos me toleraba, todo lo contrario a su esposa.

—¿Qué pasó?

—Sentía la irrefrenable necesidad de ponerme en mi sitio a cada paso que daba y supongo que envenenó a su queridísimo marido lo bastante como para que este se deshiciese de mí.

—¿Cómo?

—¿Podríamos cambiar de asunto? —Por la manera en la que no cesaba de rascarse detrás de la oreja y mantenía la vista en el suelo, quedaba claro que no era una temática agradable y que seguía escociendo.

Cogiéndola por la barbilla, la obligó a mirarle.

—Olvídate de ellos. De todos ellos. Ahora estás en España y tienes la oportunidad de iniciar una vida nueva. Puede que sea una fortuna que te obligasen a venir, quizás te hayan ofrecido la posibilidad de empezar de cero.

—¿Contigo?

Quiso asentir, prometerle que todo sería diferente y que él se encargaría de hacerla feliz y borrar los recuerdos amargos de antaño.

Pero acabó por crispar los puños.

—Madeleine, yo… No puedo. Tengo compromisos y responsabilidades que no puedo abandonar.

Ella tragó saliva y apartó el rostro.

—¿Cómo llegaste a ser bandolero?

Frotándose el pecho, Rafael escrutó el horizonte.

—A veces, la forma más correcta de cumplir con tus responsabilidades hacia los demás requiere abandonar el buen camino.

Capítulo 17

No tenía muy claro qué hora podía ser cuando salió, pero a deducir por la altura del sol ya debía de ser media mañana. Madeleine se resistió a sentirse culpable de que se le hubieran pegado las sábanas a la oreja, o la manta en este caso. No era como si tuviese nada que hacer de todos modos, más que pasar el día, pero ya era lo suficientemente desagradable que los hombres e Isabel la trataran como si fuera una señora consentida y diferente, como para que encima ella se comportara como tal. Tampoco le agradaba que especulasen acerca de los posibles motivos por los que, acostándose temprano, estaba comenzando a levantarse más y más tarde con cada día que pasaba allí. Lo que ocurría entre ella y Rafael hasta altas horas de la madrugada no era asunto de los demás.

Tras comprobar que la mayoría de los bandoleros parecían haberse marchado a alguno de esos «mandados» que solían hacer cada par de días a lo más, Madeleine se acercó a la única persona que permanecía allí, sentada sobre un tronco.

—Buenos días. ¿Curro? —preguntó cuando la única respuesta que recibió fue un gruñido.

—¿Sí? —El hombre apenas alzó la cabeza de la estatuilla de madera que estaba tallando con su navaja.

—¿Ha visto por casualidad a Isabel?

—No.

—¿Sabe dónde está?

—Se marchó en dirección al arroyo.

—Ah…

Tenía su lógica. Isabel acostumbraba a ir a lavar la colada mientras ella dormía. En teoría podía hacerlo con el agua del pozo, pero la mujer argüía que le costaba menos trabajo andar un poco que cargar con los cubos de agua. Madeleine miró a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer. Lo último que quería era regresar a la asfixiante habitación a contemplar las insulsas manchas de moho de las paredes.

—¿Y Rafael?

—No está.

—¿Antonio?

Curro bajó su navaja con un resoplido molesto.

—Allí tiene pan y chorizo. Coma si tiene hambre —masculló más que habló, pasando enseguida a ignorarla de nuevo.

Con un suspiro, Madeleine se arrimó a las últimas brasas que quedaban encendidas y revisó el zurrón tirado al lado. Su estómago se levantó en cuanto lo abrió. No es que no le gustara el chorizo, pero aquel dichoso olor a ajo… Su arcada fue lo suficientemente fuerte como para que Curro la estudiara con los ojos entrecerrados. Aquello fue en realidad lo único que consiguió que se dominase, dejase de respirar y se partiese un trozo de pan antes de cerrar de nuevo el zurrón a cal y canto. Le mostró una débil sonrisa al hombre mientras se metía un cachito en la boca, y aguardó hasta que este regresara a su tarea para seguir masticando con desgana.

Con todo el mundo fuera, ¿qué se suponía que iba a hacer el resto del día? Los últimos días se le habían pasado volando, en especial las tardes y noches que pasaba con Rafael. Pero en momentos como aquellos, en los que se encontraba a solas y con nada de lo que ocuparse, era cuando recordaba que en el fondo seguía sin ser nada más que una prisionera en aquel lugar.

Mordiéndose los labios, le echó una ojeada a Curro y titubeó.

—Voy a ir en busca de Isabel para echarle una mano con la colada.

Parpadeó varias veces cuando él se limitó a soltar un gruñido, y acabó por sonreír al comprobar que de verdad el hombre no trataría de impedirle que se marchase por su cuenta al arroyo. Sin fiarse aún mucho, se levantó.

No hubo ninguna respuesta por parte del viejo bandolero, y tampoco la hubo cuando dio varios pasos y miró sobre su hombro para comprobar si había cambiado de opinión. Seguía allí sentado, concentrado en su tarea de rebanar pequeñas lascas de la madera que sujetaba en sus manos.

Con cada paso que daba, Madeleine se sintió más liviana y libre. Su sonrisa se ensanchó, y hasta el olor de las flores se tornó más intenso y el zumbido de los insectos más musical.

A mitad de camino comprendió que aquella era su oportunidad de huir, que nadie notaría que se había marchado hasta dentro de un buen rato. Y, sin embargo, la propia idea de hacerlo le atenazaba el pecho. Había experimentado más felicidad aquellos últimos días con aquella vida sencilla junto a Rafael, Isabel y el resto de los bandoleros que en cualquier otro momento de su pasado. Aquella verdad le llegó con tanta claridad que sus pasos no vacilaron en seguir su camino en dirección al arroyo, y pronto desechó cualquier pensamiento que pudiese alejarla de allí. Era feliz, así, a

secas, y tenía intención de exprimir los pocos instantes que aún le quedasen de aquella efímera aventura.

Al llegar a su destino, Isabel no se encontraba por ningún sitio. Por un momento consideró la posibilidad de regresar al campamento, pero acabó por desechar la idea y, en vez de ello, disfrutar de su recién adquirida libertad. Se deshizo de la ropa para darse un baño y borrar los rastros que Rafael había dejado sobre su cuerpo la noche anterior. El solo recuerdo ya le hizo experimentar calor y, para cuando metió los pies en el agua, ni siquiera le importó el frío que la recibió mientras planificaba una excusa para secuestrar a Rafael y tenerlo un rato a solas.

Suspiró, satisfecha, cuando acabó de secarse con su camisola.

Comenzaba a acostumbrarse a las altas temperaturas, pero eso no evitaba que siguiera sufriéndolas o que disfrutase del refrigerio que ofrecían aquellos ocasionales baños. Era curioso lo que se aprendía a valorar los pequeños detalles y placeres de la vida cuando se carecía de los lujos.

El repentino sonido de risas la sobresaltó y, alarmada, recogió su ropa y se refugió detrás de unos arbustos para terminar de vestirse a toda prisa con la vieja blusa y la falda que Isabel le había traído del pueblo. Cuando siguió escuchando la animada conversación y distinguió las

voces, se relajó. Se sentó sobre el tronco a ponerse las botas con una incipiente sonrisa. Era una suerte que hubiese salido del agua a tiempo. Quizás le convenía poner más cuidado la próxima vez, no fueran a encontrarla por sorpresa.

¡Ah, ahí habían llegado ya! Su sonrisa se ensanchó cuando oyó el tonto galanteo que compartía la parejita. En público solían comportarse como si apenas se conocieran, a pesar de que todo el mundo era consciente de cómo solían desaparecer a la par. Sin contar que las miradas llenas de significado que se lanzaban eran imposibles de ignorar. Si hubiesen estado en Inglaterra, la sociedad los habría castigado desde hacía tiempo, excluyéndolos de los eventos sociales por su descarado comportamiento.

Era un motivo más por el que se sentía agradecida de no encontrarse más en aquel claustrofóbico entorno, en el que las expectativas sociales la constreñían a una con la misma firmeza con que lo hacía un corsé. ¿Qué habrían hecho con ella de descubrir su relación con un forajido?

—¡Se acabó!

Madeleine se congeló con los cordones entre los dedos. ¿A qué venía aquel repentino cambio en Antonio? Excepto por los ruidos de los pájaros y los insectos, todo quedó en silencio. Alertada, apartó una rama del arbusto y

echó una ojeada. Algo no estaba bien: Isabel se encontraba de pie con la cabeza agachada y las manos escondidas a su espalda, en tanto que Antonio la observaba con una expresión impenetrable y los brazos cruzados sobre el pecho.

El estómago de Madeleine se atenazó. ¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho la dicharachera mujer para estar así? ¿Y Antonio? Él no era de los que se enfadaban así sin más.

—¡Desnúdate!

La orden llegó alta y clara hasta su escondrijo. Un jadeo ahogado abandonó sus labios y la furia la hizo temblar alterada.

Capítulo 18

Madeleine buscó a su alrededor una rama lo suficientemente larga y gruesa que le permitiera defenderse. ¿Quién se creía Antonio que era? No pensaba consentir que nadie abusara de Isabel, ni siquiera él. Al

echar un nuevo vistazo a través de los arbustos, descubrió con creciente inquietud que Isabel, ya en cueros, estaba colocando con extremo esmero su camisola plegada sobre el resto de su ropa, igualmente bien doblada en un montón.

Madeleine se tapó la boca con la mano. ¿Cuánto tiempo llevaba Antonio sometiéndola de ese modo como para que la pobre se pusiera a doblar la ropa en semejante situación?

—Ve a aquella roca, arrodíllate como ya sabes y espérame. —Antonio señaló con la barbilla hacia una zona a ras del agua en medio del arroyo.

¿Arrodíllate como ya sabes? La orden consiguió que le ascendiera la bilis por el esófago. Con los dedos agarrotados en torno al palo que había encontrado, fue a levantarse. Tenía toda la intención de dejarle claro al amigote de Rafael que sus juegos se acabaron cuando lo vio quitándose la camisa y tirarla junto al pulcro montón de Isabel. Madeleine se contuvo. Tal vez fuera mejor esperar. Si Antonio dejaba sus armas junto a su ropa y se metía en el agua, ella e Isabel tendrían las de ganar.

Aguardó a que se quitara la faja en la que solía guardar su navaja, que se bajase los pantalones y a que se girase hacia el zurrón, que había dejado a los pies de un roble. Madeleine se mordió, indecisa, el labio inferior.

Ninguna mujer decente debía espiar a un hombre desvistiéndose, y mucho menos si se encontraba como su madre lo trajo al mundo. Ella ni siquiera había visto a su esposo en semejante estado. Una vocecita burlona la acusó de hipócrita. Había visto a Rafael y en más de una ocasión, y había disfrutado cada una de ellas.

Negándose a sentirse mal por ello, mandó las normas al cuerno. ¡No iba a perder de vista a un forajido que estaba amenazando a una compañera con la posible intención de raptarla! ¡Perfecto! ¡Estaba dejando sus armas en el zurrón! Todas, inclusive la navaja que se extrajo de las botas. Si conseguía llegar hasta allí, podría hacerse con ellas mientras Antonio se encontraba distraído con sus despreciables planes.

Impaciente, Madeleine observó cómo el hombre sacó una manta, que

extendió a la sombra del roble, y unas cuerdas. ¿Para qué quería cuerdas?

¿Pensaba maniatar a Isabel para que no pudiera defenderse de lo que pretendía hacerle? Jamás se hubiera esperado que el callado pero educado Antonio fuera capaz de semejante barbaridad. ¡Cuerdas le iba a dar en cuanto se alejase de sus armas y el agua le llegase a la cintura! Y allá iba.

Antonio se giró para dirigirse al arroyo y, por primera vez, tuvo una visión completa de él más allá de su espalda.

¡Por las barbas de Judas! La barbilla de Madeleine rozó sus pechos. ¡Eso no era posible! ¿Lo era? ¿Y Rafael le había parecido enorme? No es que fuera tan ancho como Rafael, pero de largo… ¿Cómo iba a caber aquello en Isabel con lo bajita que era?

Madeleine se incorporó con cuidado de no hacer ruido. Cuanto más repentina fuera la sorpresa, más fácil sería hacerse con el control de la situación. Inspeccionando la zona, se percató de que podía llegar casi a escondidas hasta el viejo roble. No le gustaba lo cerca que estaba de la orilla, aunque la corta distancia hasta la pareja evitaría el riesgo de fallar si, el Santísimo no lo quisiera, tuviera que dispararle.

Silenciosa, se apresuró a llegar hasta el zurrón y llevárselo detrás del árbol. Con el trabuco en la mano se incorporó, se apoyó contra el tronco y tomó una profunda inspiración antes de asomarse y apuntar con manos temblorosas hacia donde estaba el hombre con Isabel.

Sus manos cayeron por voluntad propia cuando descubrió a Antonio besando con ternura el hombro femenino. Madeleine se escondió de nuevo tras el tronco. ¿Se había equivocado? ¿Había malinterpretado la situación?

Asomando cautelosa la cabeza, revisó la escena en busca de alguna pista.

Antonio se estaba colocando a la espalda de Isabel, enjabonándose las palmas antes de rodearla con sus brazos y dejar largos trazos blanquecinos sobre el dorado vientre femenino. Madeleine se abrazó. El modo en que la mujer mantenía los párpados cerrados y la cabeza echada hacia atrás, en absoluto abandono, no parecía motivada por ninguna clase de tortura, vergüenza o impotencia.

Se fijó en cómo las manos masculinas se deslizaban sobre las elegantes curvas femeninas con una suavidad que contradecía el descaro de sus gestos. Sus dedos parecían patinar impulsados por el jabón, pero la forma en que la piel se hundía a su paso indicaba que Antonio usaba la presión justa para comunicarle a Isabel y al mundo que era un acto

de posesión y no una simple caricia.

El jadeo de la mujer cuando las osadas manos alcanzaron sus menudos pechos resonó por el entorno. Madeleine siguió, fascinada, cómo Antonio amasaba la tierna carne y cómo los pezones de Isabel, de un profundo tono rosado, parecían alargarse bajo la estimulación, adquiriendo una tonalidad casi cobriza.

Ajeno a su presencia, Antonio aprisionó ambos pezones entre sus yemas y tiró de ellos con delicadeza. Isabel se arqueó hacia atrás con un largo sonido, mezcla de gemido y ronroneo, y Madeleine sintió sus propios pezones endureciéndose bajo la blusa. ¡Dios! ¿Qué le estaba ocurriendo?

Era imposible adivinar qué era lo que pensaba o sentía Isabel en aquel momento; pero Madeleine estaba convencida de que, si ella hubiese estado en su lugar y ese hombre hubiese sido Rafael, ya hacía rato que le habría pedido que la tomara.

Con Antonio tapado por el cuerpo de Isabel, era imposible determinar cuán excitado estaba. ¿Estaría tan duro como antes? ¿Quizás más? ¿Estaría tocando su erección las nalgas desprotegidas de Isabel? ¿Estaría restregándose contra ella, mostrándole su virilidad?

Una de las manos masculinas bajó por el estómago femenino, sin titubeos ni falsos remilgos, y viajó hasta el monte de Venus sin una sola parada o descanso.

No hubo ternura en la manera en que se abrió paso entre sus muslos y presionó la palma plana sobre su sexo abierto. Era una pura muestra de posesividad que hizo que Isabel alzara sus caderas ofreciéndose a él y que Madeleine apretara sus muslos para detener el calor líquido que comenzaba a desparramarse traicionero entre ellos.

Una mano le tapó la boca y un brazo la retuvo, ciñéndose con tal fuerza a su alrededor que le costó incluso respirar. Con los ojos abiertos de horror, Madeleine siguió el aliento que recorrió su piel hasta el lóbulo de su oreja.

—Espiar a los demás en situaciones íntimas tiene un nombre y un castigo.

Capítulo 19

Madeleine trató de girar la cabeza para echarle un vistazo por encima del hombro, pero su secuestrador se lo impidió.

—¿Sabes cómo se le llama a alguien que se excita observando a escondidas como los demás hacen el amor, Madeleine?

Ella negó. Su corazón latía con la rapidez con la que impactaban los cascos de un caballo al galope contra el terreno, y en sus mejillas se agolpaba el traidor bochorno de la vergüenza.

—Se le define como un *voyeur*. ¿Eres una *voyeur*, Madeleine?

Ella se apresuró a negarlo con énfasis, pero Rafael rio.

—No me mientas, mi perversa inglesa.

Ella gimió, sobresaltada, cuando le mordió el lóbulo de la oreja.

—Voy a darte otra oportunidad. ¿Eres una *voyeur*, Madeleine?

¿Se le podía salir a alguien el corazón por el pecho de la fuerza de los latidos? Madeleine cabeceó, esta vez más despacio.

—Mmm, bien. Hagamos una cosa, comprobémoslo. Si dices la verdad, te dejaré libre; si mientes, aceptarás la condena que te imponga.

Incapaz de moverse, Madeleine se resignó a ser expuesta. Rafael le subió la falda con parsimonia, torturándola hasta que encontró un hueco por el que deslizó la mano. Ella cerró los ojos y separó las piernas casi sin pensar cuando alcanzó su vulva.

—Mmm… Justo lo que sospechaba, mentiste —la riñó con suavidad.

Mortificada, presenció cómo los dedos que retiró de su entrepierna brillaban cubiertos por una fina capa transparente. Apartando la mano de su boca, Rafael le trazó los labios con el pulgar empapado. Olía a sexo y a ella.

Girándola con brusquedad, la aprisionó contra el roble, probó sus labios y la besó con un gruñido que despertó un cúmulo de deseo en su bajo vientre.

Ella se abrazó a él y le rodeó con una pierna, ofreciéndose sin reservas, inundada por una necesidad tan antigua como el mundo. Para su decepción, él no tardó en separarse y apoyar la frente contra la suya con la respiración pesada.

—Vámonos.

Madeleine parpadeó, incrédula, cuando él se enderezó. ¿Vámonos?

¿Así?, ¿sin más? Tenía que estar bromeando. Comprendió que no era así

cuando se apartó de ella. Casi en el mismo instante, desde el arroyo, resonó una palmada seca y un grito femenino.

Sin perder el tiempo, Madeleine rodeó el tronco para comprobar qué era lo que ocurría. Sus ojos se abrieron cuando descubrió a Antonio sentado en la orilla, alzando la mano sobre la nalga rosada de la mujer tendida sobre su regazo. La siguiente palmada resonó con la claridad de un disparo, y así lo hicieron también los gritos de Isabel y Madeleine.

Tan pronto como Antonio alzó la cabeza y la miró a los ojos, el mundo pareció detenerse. Rafael estuvo de inmediato detrás de ella y la sujetó con el brazo alrededor de la cintura.

—Vamos, es hora de irnos.

—¡Le está pegando! ¡Tenemos que ayudarla! —chilló alterada.

Isabel debió de escucharla, porque hizo el intento de incorporarse. Fue el firme antebrazo de Antonio en su espalda el que se lo impidió.

—Shhh… No es lo que piensas —murmuró Rafael, tapándole una vez más la boca.

¿Cómo no iba a ser lo que pensaba? ¿Es que acaso no estaba viendo lo mismo que ella?

La furia se entremezcló con la impotencia cuando Antonio curvó una ceja, más divertido que alterado. ¿Cómo se atrevía a reírse de ella? Una nueva palmada atravesó el aire y quedó señalada sobre la piel femenina.

Madeleine trató de escapar de Rafael, pero este solo estrechó su abrazo.

—Quédate quieta y observa —le indicó.

Antonio apartó la mirada de ellos y volvió a centrarse en la figura femenina sobre su regazo.

—Abre las piernas y muéstrame cuánto te ha gustado tu castigo, Isabel.

La voz determinada y profunda con la que Antonio dio la orden le

provocó a Madeleine una reacción extraña en su matriz. Una que ninguna mujer decente debería haber experimentado, y mucho menos en aquella situación.

—Mira. Fíjate bien —le murmuró Rafael al oído.

Isabel entreabrió las piernas y Madeleine reconoció el mismo brillo traicionero resbalándose por sus muslos que la había expuesto ante Rafael hacía apenas un rato. Habría jurado que era imposible y que era un mero producto de su imaginación si, en el segundo en el que Antonio comprobó aquella humedad con sus dedos, Isabel no se hubiese arqueado con un largo gemido de placer y un necesitado:

—Por favor, señor.

—¿Alguna vez has oído hablar del marqués de Sade, Madeleine? —

Rafael le raspó el hombro con sus dientes, con una delicadeza tan extrema que ella gimió contra la palma que le tapaba la boca—. Existen muchas variantes de placer, y muchas más de alcanzarlo. Unas provienen del control, otras de la entrega y otras se mezclan con la privación… —En el hueco de su cuello se detuvo y la mordió, arrancándole un jadeo mientras su cuerpo se contorsionaba—. O el dolor.

—Pero…

—Mírala, Madeleine. Observa cómo se contonea, fíjate en cómo aprieta sus muslos, en cómo tiembla y se contraen sus músculos. Sus gimoteos son de necesidad, no de miedo ni de dolor. Piensa en ti misma, en tus reacciones y tus deseos. Sé honesta conmigo, contigo. Te excita cuando te sujeto las manos, cuando tomo el control o cuando te prendo del cabello para mantenerte quieta. ¿De verdad puedes negar que ese punto de agonía cuando te embisto con fuerza no es el mismo que te lanza sobre el precipicio y te hace gritar mi nombre cuando te atraviesa un orgasmo? ¿O

ya no recuerdas las veces que me has pedido que te agarre con fuerza cuando estás a punto de dejarte llevar por el éxtasis?

Por la orilla resonaron los gritos roncos de Isabel, al tiempo que su cuerpo se convulsionaba fuera de control sobre el regazo masculino. La mirada de Madeleine volvió a encontrarse con la de Antonio. Esta vez, no hubo diversión ni mofa, meramente una pregunta. Ella asintió en silencio.

Rafael siguió su mirada hasta Antonio.

—Vamos, es hora de marcharnos.

Capítulo 20

Madeleine lo miró de reojo mientras rodeaban los arbustos y árboles con los que se topaban por el camino.

—¿Qué ocurre? —indagó Rafael sin detenerse.

El hombre parecía tener un sexto sentido para averiguar que algo le pasaba. Ni siquiera habían hablado desde que habían dejado atrás el arroyo.

—Nada.

—He crecido rodeado por tres hermanas. Y si hay algo que aprendí de esa experiencia es que, cuando una mujer dice «nada», es porque hay algo.

¿Rafael tenía tres hermanas? Le habría gustado sonsacarle más información sobre su familia, de dónde venía o por qué había acabado como bandolero. Pero ahora no era el momento.

—Yo…, tú… Me refiero a que… —¿Cómo se mantenía una conversación como aquella con un hombre? Ni siquiera había hablado nunca con una mujer de esas cosas—. Cuando estamos juntos…

—Sabes que puedes hablar con libertad conmigo, ¿cierto?

—Sí. —Madeleine soltó un suspiro.

—Entonces dime.

—Cuando estamos juntos siempre… acabas antes.

—¿Acabo antes? —Rafael alzó una ceja—. A mí me gustaría pensar que siempre termino el último, en especial si tenemos en cuenta tus gritos.

Un intenso bochorno escaló por las mejillas de Madeleine, hasta que su rostro irradió más calor que una lámpara de parafina.

—¡No! Sí… Quiero decir… No era a eso a lo que me refería.

—Lo sé. Me estás hablando de cuando me retiro para vaciarme fuera.

—Sí. ¿Eso no te deja insatisfecho?

Él se tomó su tiempo en responder.

—No es lo ideal, lo admito, pero no voy a arriesgarme a dejarte embarazada.

—Ah… —Madeleine contempló, turbada, las huellas que dejaban las botas de Rafael en la tierra reseca al seguirle.

Cuando pensó que ella era Carmen no había tenido aquel reparo. No había previsto que aquella realidad doliera como lo hizo. Casi se tropezó con él cuando se paró, se giró con brusquedad hacia ella y, cogiéndola por

la nuca, la miró a los ojos.

—Lo que no significa que no haya disfrutado de cada uno de los instantes que hemos compartido. Lo he hecho, y con plenitud. Solo es al final cuando sacrifico un poco de placer para protegerte, y no me arrepiento de ello.

¿Lo hacía por ella? ¿No por él?

Ella se mordió los labios.

—¿Hay alguna manera de compensarte por ello?

—La hay, aunque no sé si te agradaría.

—¿Cuál? —Después de todo lo que estaba haciendo por ella, ¿cómo iba a perder la oportunidad de ofrecerle el mismo goce con el que la obsequiaba a ella?

Él la estudió antes de contestar.

—¿Recuerdas la otra noche cuando te besé y… lamí aquí? —Rafael ahuecó la mano en el vértice de sus piernas, y Madeleine enseguida se estremeció y apretó los muslos.

—Sí, lo hago —replicó sin aliento.

¿Cómo podía olvidarlo? Jamás había conocido un placer igual.

—Para los hombres también resulta muy placentero que usen la boca para… estimularnos.

—Oh…

—Pero no es algo que tengas que hacer por mí —se precipitó en corregirse.

—¡No! ¡Quiero decir: sí! ¡Sí que quiero hacerlo!

Sus ojos se abrieron sorprendidos.

—¿Quieres?

—Por supuesto. ¿No es lo que has hecho tú por mí?

—Las damas con tu nivel social y educación soléis ser más bien reticentes ante ese tipo de prácticas.

Ella tragó saliva. ¿Aquel era un conocimiento general o uno que había sacado de experiencias propias? ¿Con cuántas damas había estado? Estuvo por aclararle que las mujeres de su educación y estrato social tampoco se dedicaban a acostarse con forajidos como él, pero se reprimió en el último instante. No quería que la comparase con una ramera, y tampoco iba a hacerlo ella.

—Enséñame, quiero aprender.

Dudaba que pudiera llegar a ese grado de intimidad con cualquier otro. Él era el único por el que estaba dispuesta a hacerlo. Las pupilas de Rafael se

dilataron y sus comisuras se curvaron en una sonrisa torcida antes de que bajase la cabeza y reclamara su boca.

—Tengo una idea. Voy a llevarte a un lugar que jamás olvidarás, pero primero tenemos que regresar al refugio a por los caballos.

Su voz fue tan baja y profunda, tan cargada de hambre que Madeleine parecía no ser capaz de insuflar suficiente aire en sus pulmones, y sus rodillas amenazaron con ceder bajo la oscura promesa en sus pupilas.

Él le alzó la barbilla y le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Crees que eres la única a la que le excitó presenciar lo que Antonio le hacía a Isabel? Quiero verte así: vulnerable, indefensa, dispuesta a concederme mis fantasías y entregarte a mí sin reparos. Pero quiero hacerlo en un lugar en el que no importe lo que grites o lo que ruegues, porque así es justamente como quiero tenerte: rogando, ronca y sudorosa, porque las sensaciones te sobrepasen y porque soy el

único que puede darte lo que necesitas.

Rafael se inclinó a morderle con delicadeza el labio inferior. Los músculos en el vientre de Madeleine se encogieron con tal fuerza que la recorrió un espasmo de placer.

—¿Lo harás por mí? ¿Dejarás que me convierta durante un rato en el dueño de tu cuerpo y de tu placer?

—Sí. —No había nada que tuviera que considerar al respecto. Ya era suya y lo había sido desde la noche en que la convirtió en su amante confundiéndola con otra.

La sonrisa masculina adquirió un tinte casi cruel.

—Todo en esta vida tiene un coste, mi querida Madeleine. —Rafael le introdujo el pulgar entre los labios, dejándola sentir el sabor salado de sus yemas—. Me encargaré de que estés más que dispuesta a pagar el tuyo, mi deliciosa forastera.

El mundo desapareció en torno a Madeleine en el momento en que la ciñó contra su firme anatomía y le exigió que abriera la boca a su posesiva invasión. No tenía ni idea de cuál sería el precio que Rafael le exigiría; pero le bastó sentir su dura erección apretada contra su estómago, la fuerte mano en su nalga aplastándola contra él y su boca tomándola con pasión para que supiera con total certeza que, fuera la que fuese la tarifa que le exigiera, ella estaba dispuesta a satisfacerla.

Capítulo 21

Rafael encendió un quinqué en la entrada de la cueva y la tomó de la mano, guiándola hasta el fondo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Madeleine, mirando curiosa a su alrededor.

—Es un laberinto de cavernas. Solemos usarlo para almacenar cosas y como refugio de urgencias. Es nuestro escondite cuando estamos en peligro o no tenemos ningún otro sitio al que acudir.

A medida que avanzaron, el aire se fue tornando más denso. Había tramos en los que la única forma de pasar era yendo agachados o en fila india. Que la tenue luz crease sombras fantasmagóricas que les seguían no ayudó a calmar el creciente desasosiego de Madeleine. En algunas zonas el suelo estaba húmedo y resbaladizo, y el olor a moho era tan intenso que evitaba a toda costa rozarse contra las paredes. Sin

embargo, no era eso lo que la agitaba, sino las serpientes y los extraños símbolos pintados aquí y allá en los muros, que parecían advertir al visitante de que volviese por donde había entrado y que no regresara nunca más.

A pesar de ello, Madeleine se sentía segura cogida de la mano de Rafael, y el motivo por el que su corazón aleteaba con la misma rapidez que las alas de una mariposa no se debía solo al espeluznante entorno, sino al interrogante de lo que la aguardaría cuando alcanzasen su destino y él cumpliera su promesa de hacerla gritar y rogar.

De repente, el túnel se ensanchó hasta formar una amplia sala.

—Espera aquí, quieta, hasta que haya encendido las velas. —La profunda voz masculina resonó contra las paredes rocosas como si procediese del más allá.

Ella se rodeó el estómago con los brazos, en tanto que él rebuscó en el zurrón que había recogido en el cortijo. Sacó un par de cuerdas y las depositó en el suelo; luego encendió cinco velas, que repartió por la enorme nave aprovechando las rocas y los huecos en las paredes.

La estancia era casi tan grande como el salón de baile de los Westmington. Más ovalada que cuadrada, se componía de diferentes alturas y, aquí y allá, había algún escalón o piedra de mayor o menor altura. En el centro de la sala, destacaba una especie de mesa que era imposible de

determinar si provenía de una formación natural de la roca o era producto de la mano del hombre. Solo la superficie lisa hacía pensar en la intervención humana.

A medida que Rafael distribuía las velas, las pinturas en tonos negros y ocres que adornaban los muros fueron tornándose cada vez más definidas, y Madeleine pronto se dio cuenta de que eran mucho más abundantes que en los pasillos que habían atravesado para llegar hasta allí. Animales y hombres con arcos, trazados con esquemáticas líneas, cubrían paredes y techos. En una de ellas, una figura femenina, caracterizada por generosas curvas, estaba rodeada por numerosas siluetas alargadas. Y, a menos que fueran seres con tres piernas, sospechaba que aquella tercera extremidad representaba miembros viriles trazados con una buena dosis de creatividad y una visión exageradamente optimista, o tal vez aterradora, de la anatomía masculina.

—Interesante, ¿cierto?

Madeleine se estremeció ante el contacto de Rafael con su espalda. Había estado tan distraída que no se percató de su proximidad.

—Son pinturas rupestres, ¿me equivoco? He leído algo sobre ellas, aunque nunca había visto una hasta ahora.

—Sí. ¿Puedes imaginarte a nuestros primeros antepasados aquí en esta sala?

Madeleine asintió. Había algo especial en ser testigo de un resquicio de historia secreta. Hacía miles y miles de años, humanos habían estado allí, en esa misma cueva, centrados en poco más que en sobrevivir a las duras condiciones de su época.

—Casi puedo imaginármelos entonando un himno ritual durante el sacrificio —murmuró Rafael, sin ocultar la fascinación en su tono.

—¿Sacrificio? —Madeleine se giró, horrorizada, hacia él.

Con las manos en su cintura, Rafael señaló con la barbilla hacia la mesa de piedra.

—Solo puedo suponer que era para lo que servía ese altar. En otras cuevas he visto algunos dibujos de animales, pero en ninguna otra había tantas, tan definidas y con una roca trabajada como esa. Lo que me hace suponer que esta sala era especial.

¿Altar? ¡Padre Santo!

—¿Estás diciendo que aquí mataban a personas?

—No lo sé. Podrían haber sido también animales. Aunque, siendo

sincero, no he visto nada que indique que aquí se hayan llegado a sacrificar seres vivos.

Madeleine miró hacia el altar, atemorizada ante la idea de descubrir restos de sangre. Pero Rafael tenía razón, no se veían ni manchas rojizas ni huesos. Seguía pareciéndole una mesa, tal y como la primera vez que había posado la vista sobre ella.

—Mira, ¿has reparado en esos dibujos?

Rafael la giró hacia la pared donde se encontraba la mujer entrada en carnes, rodeada por una docena de hombres con tres patas o,

definitivamente, desnudos.

—Es una diosa de la fertilidad. Quiero creer que esos dibujos indican que en este lugar se la adoraba y que los rituales y ofrendas que se practicaban estaban relacionados con el sexo, no con la muerte.

—¿Qué? —Madeleine carraspeó.

—Ven. —Rafael la arrastró hasta el altar—. ¿No hay nada que te llame la atención?

—¿Qué está muy liso?

Rafael asintió.

—Aparte de eso.

Madeleine se mordió los labios y negó. No veía nada raro.

—Fíjate en su altura.

Rafael se arrimó hasta que sus muslos chocaron con el filo. A ella se le escapó un jadeo sorprendido. La mesa era bastante baja, pero hasta ahora no había caído en la cuenta de que estaba algo por debajo de la altura de la ingle de una persona de estatura media.

—A menos que los cavernícolas fuesen bastante más menudos que nosotros, el matar a alguien aquí, con un altar tan bajo, sería incómodo. Sin embargo, sería muy diferente si de lo que se tratase fuera de facilitar el acceso a una mujer para que un hombre pueda tomarla. Y mira allí. —

Rafael señaló hacia una especie de taburete en un extremo de la mesa —.

Podría ser una silla, aunque resulta demasiado baja y sería difícil comer cuando la cabeza apenas asoma sobre la mesa.

—Imagino que sí. —Madeleine no pudo más que darle la razón.

—No obstante, podría ser ideal para devorar algo que no es comida. —

Rafael le dirigió un guiño con un brillo pícaro en sus pupilas—. Siempre he sentido curiosidad por poner a prueba mi teoría. ¿Puedes imaginarte a una mujer sobre el altar preparándose para el inicio del rito? Quizás la alistasen

otras mujeres antes, masajeando su cuerpo con untuosos aceites que hacían que su piel reluciera bajo la luz de las antorchas, recorriendo sus extremidades con delicadas caricias que expandiesen el sedoso líquido hasta los rincones más ocultos y prohibidos de la anatomía femenina, dejándola lista para recibir el placer que la esperaba en el ritual. —Rafael la rodeó y se pegó a ella, apretando su orgullosa erección contra sus nalgas—. Es posible que esa noche la tomasen varios hombres. Los mejores guerreros de la tribu.

Los más fuertes, aquellos que demostraron su valía en la lucha o en la caza.

—Le apartó algunos mechones sueltos del cuello—. Y puede que todos estuvieran aquí en la sala siendo testigos de su entrega, aguardando ansiosos su turno para tomarla y hundirse en ella, buscando convertirse en los dueños de sus gemidos.

Madeleine intentó tragar una saliva que no tenía. Sí. Podía recrear a la perfección la escena en su mente.

—Y ahora, mi querida Madeleine… —Rafael le recorrió con delicadeza el hueco del cuello—. Vamos a prepararte para ser la próxima ofrenda a la diosa.

Ella trató de apartarse de él, pero los brazos que rodeaban su cintura la mantuvieron quieta.

—Te quiero desnuda en ese altar, abierta y lista para mí, para hacer contigo lo que se me antoje hasta que hayas pagado el precio de tu propio placer. Si no es eso lo que quieres, ahora es el momento de admitirlo y echarte atrás.

Capítulo 22

Madeleine zarandeó las cuerdas que le mantenían los brazos apretados contra el torso. ¿A esto era a lo que había accedido? ¿A estar atada a solas sobre un altar en una espeluznante cueva?

—¡Rafael!

La piel se le puso de gallina al oír el eco repitiéndose por la caverna como si una docena de mujeres la acompañaran en su sufrimiento. ¿Mujeres o fantasmas? Madeleine miró, atemorizada, a su alrededor. ¿Habrían sido mujeres como ella a las que habían matado sobre aquella mesa?

Su vista cayó sobre la redondeada figura femenina sobre la pared. Era más grande que los hombres que la rodeaban y sus detalles estaban más cuidados, como si su autor hubiese querido convertirla en el centro de todo aquel universo. Así lo atestiguaba también el que el resto de las figuras estuviesen mirándola: algunos parados, otros andando hacia ella, otros tantos arrodillados. Pero todos, sin excepción, con sus rostros y sus enormes erecciones dirigidos hacia ella.

¿Tendría razón Rafael y aquella sala había sido usada para realizar sacrificios a la diosa de la fertilidad en forma de sexo y placer? ¿Habían estado otras mujeres tendidas sobre la gélida superficie del altar, esperando a ser tomadas por un hombre… o varios?

Estudió las pinturas bajo la luz anaranjada y no pudo más que preguntarse cómo habría sido una ofrenda semejante. ¿Habría estado la chica así, tal y como estaba ella, aguardando ansiosa y sola hasta que entraran los pretendientes? ¿O, por el contrario, la habrían acompañado las matronas de la tribu?

Casi era capaz de oír el toqueteo rítmico de tambores retumbando por la sala, creando una atmósfera hipnótica, y los guerreros entrando en cueros, erectos, con las pupilas dilatadas por el deseo y el hambre carnal reflejado en sus ojos.

Se volvió consciente de cómo la leve corriente de aire soplaba con delicadeza sobre sus hinchados pezones y sobre su sexo mojado, abierto y expuesto a quien pasara a la cueva. Todos aquellos hombres del pasado la habrían visto así, hasta el último de ellos conocedor de que tendría su turno con ella.

Rafael estaba tardando. ¿Dónde estaba? Su intención no podía ser la de dejarla allí a solas durante la noche, pasando frío y atada, ¿cierto? ¿Estaría planeando algo? ¿Habría ido a llamar a sus amigos para recrear uno de aquellos ritos de fecundidad? Madeleine se mordisqueó los labios, su vientre contrayéndose ante el pensamiento.

¿Qué haría si Rafael aparecía acompañado? ¿Si la tomaban como si ella fuera una ramera? Estudió las siluetas arrodilladas ante la antigua Venus.

No. Aquellos cazadores y guerreros estaban venerando a la figura femenina, no usándola a su antojo. Aun así, Rafael no podía pretender someterla a semejante humilla… a semejante… No encontró la palabra. Pero, fuera lo que fuese, él no podía esperar que ella

cometiera un pecado de tal envergadura, ¿verdad? Aunque, si ocurriese estando atada y expuesta como una consagración pagana…, ¿seguiría siendo su pecado?

Probó las cuerdas. Seguía igual de bien amarrada que unos instantes antes. No. No podía responsabilizarse de lo que hicieran Rafael y los demás. ¿Estaría también Antonio allí? No pudo evitar imaginarse a Antonio y Rafael besándola los dos, uno adueñándose de su pezón y el otro de su boca. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué le ocurría? Iba a volverse loca si Rafael no venía pronto a por ella.

Un ruido en los túneles la congeló en el sitio. Dejó de respirar mientras contaba los pasos que se acercaban y, en el instante en el que una figura apareció en la entrada, su corazón se saltó un latido. No fue hasta que reconoció la cabeza oscura que el aire dejó sus pulmones de golpe. No supo muy bien si era alivio o decepción lo que la hizo suspirar.

—¿Todo bien? —Rafael desapareció de su ángulo de visión cuando pasó el altar, posicionándose detrás de su cabeza.

Madeleine no contestó, demasiado centrada en identificar el suave ruido que hacía. ¿Aquello era tela al rozarse? ¿Y qué eran aquellos objetos que se chocaban y rozaban? ¿Qué hacía?

—¿Ese silencio significa que no me echaste de menos? —preguntó Rafael, con un toque de humor en su voz.

El tenue olor a jabón precedió a la aparición de su rostro junto al suyo.

Ella no fue capaz de responderle. Rafael se veía magnífico parado a su lado, con sus facciones y músculos bañados por el claroscuro provocado por la luz de las velas y las sombras que creaban y el cabello aún húmedo del baño que debió haberse dado hacía poco.

Era fácil imaginarse a ese hombre de mirada insondable, mandíbula

esculpida y cuerpo musculoso siendo un destacado guerrero o jefe de una tribu ancestral.

—¡Me dejaste aquí abandonada! Podría haber venido alguien —se quejó, ronca.

—Nadie viene aquí, ni te oirá por mucho que grites.

Su desnudez, sus ataduras, su indefensión ante la penetrante mirada masculina se tornaron aún más reales que antes.

—Ahora dime, mi deliciosa rehén… —Rafael recorrió con un dedo el contorno de sus muslos, subiendo por sus caderas hasta alcanzar su ombligo

—. ¿Me echaste de menos?

—No. —Madeleine no dudó en mentir, ya era demasiado vulnerable como para exponerse aún más.

—¿No? —Rafael alzó una ceja y la comisura de su boca se elevó burlona

—. ¿Y a qué se debe que tu piel esté de gallina? —Con el índice, contorneó con parsimonia la curvatura de su pecho, trazando un pequeño círculo alrededor de la sensible areola—. Mira qué duros y fruncidos están.

—Frío —musitó Madeleine, mordiéndose los labios cuando pasó la yema de sus dedos por encima del pezón demostrándole lo hinchado que estaba.

—Mmm. ¿Estás segura? —Su mano descendió con firmeza por su anatomía.

Un gemido femenino resonó en la cueva cuando la áspera palma cubrió su sexo.

—A mí no me pareces nada fría.

Madeleine cerró los ojos en respuesta. Los dedos de Rafael se perdieron a través de la espesa crema que rebosaba por entre sus pliegues. Todas sus sensaciones parecían encontrarse concentradas allí, reaccionando al tacto suave y juguetón que la exploraba en busca de la frialdad a la que ella había hecho referencia. En vez de confesarle que no la encontraría, que no quedaba nada helado en ella, onduló sus caderas para invitarle a que rebuscara en profundidad.

Él detuvo el avance de su mano sin separarse de ella. Madeleine entreabrió los ojos. No iba a dejarla sola de nuevo, ¿verdad? Rafael se mantuvo quieto, observándola con el rostro contraído en una extraña mueca torturada.

—No sé cómo seré capaz de resistirme. Esto parecía mucho más fácil

en mi mente. —El susurro bajo, ronco, lleno de anhelo, desencadenó un delicioso escalofrío en sus entrañas—. Lo único que deseo ahora mismo es

perderme en tu calor… —Con los dedos, le demostró cómo pretendía hacerlo—. Sentir cómo tus piernas me rodean y follarte con fuerza hasta que olvides a cualquier otro hombre que haya pasado por tu vida.

Se inclinó sobre ella, con una mano enredada en sus mechones dorados y la otra en el vértice de sus muslos. Los labios de ella cedieron bajo el cálido aliento, preparados para entregarse a sus besos.

—Quiero sentirme tan dentro de ti que no sepas dónde empiezas tú y dónde lo hago yo… —Los ásperos dedos se hundieron con facilidad en su humedad y la mano en su cabello reforzó el agarre—. Y quiero oírte gritar, Madeleine. Quiero oírte chillar mi nombre mientras te corres, mientras me vacío en ti y hasta que los dos caigamos agotados y exhaustos.

—Hazlo. —Madeleine tragó saliva para aliviar su repentina ronquera.

Quería todo lo que había mencionado. Estaba preparada para él, para cualquier cosa que le pidiese.

—No. —Rafael se incorporó—. Voy a hacerte rogar como no lo has hecho en tu vida, aunque me mate el hacerlo.

Podría haberle revelado que ya estaba dispuesta a implorarle cuando retiró la mano de entre sus piernas. Un intenso sofoco inundó sus mejillas cuando reparó en la abundante capa traslúcida que se extendía entre los dedos masculinos como una brillante telaraña.

—¿Todavía quieres hacerme creer que no me echabas de menos, mi preciosa inglesa? —Rafael acercó los dedos a su nariz e inhaló en profundidad antes de chuparlos—. ¿Alguna vez te has degustado a ti misma?

Demasiado impactada para contestar, Madeleine negó en silencio.

Mojándolos de nuevo en ella, Rafael le arrimó los dedos a los labios y esperó. El olor a sexo le inundó las fosas nasales al tiempo en que la tentadora sensación de lo prohibido se extendía por su estómago.

Sin dejar de contemplarlo, Madeleine sacó obediente la lengua y lo

lamió. La espesa crema se deshizo sobre su paladar, algo salada y un poco especiada, diferente a nada que hubiese probado nunca. Rafael pareció estremecerse ante el contacto, pero se mantuvo quieto, permitiéndole que lo saborease a su propio ritmo.

Ella siguió chupando, recogiendo hasta los últimos trazos de su esencia.

Un secreto placer la inundó al reconocer el prohibido deseo reflejado en el semblante viril, cuya atención se había anclado fascinada en ella. ¿Era tan sensible a las cosas que hacía ella como viceversa?

Volviéndose más aventurera, le mordisqueó con suavidad las yemas. Ante el bajo gemido que surgió de los labios masculinos, ella sonrió y cerró los párpados, entregándose a la tarea de lamerle, chuparle y mordisquearle, recreándose en los sonidos de placer contenido que provenían de él.

—Y yo que te creía demasiado inocente para mí. —Los largos dedos desaparecieron para ser sustituidos por su exigente lengua.

En vez de ceder, Madeleine le respondió con una intensidad que competía con la de él, explorándole la boca, mordisqueándole los labios y liberando los gemidos que hasta ese instante había estado luchando por retener.

—Aprendes demasiado rápido —murmuró Rafael antes de incorporarse.

—Sigue besándome —pidió Madeleine incitadora.

—Se te han hinchado los labios. —Rafael le repasó la sensible piel con el pulgar—. Me gustan así, tan preparados para los planes que tengo.

—Ven…

—Shhh… Calla. —Rafael le desató los tobillos y cogió una pequeña jarra que ella ni siquiera había notado que tenía ubicada a la altura de su cabeza.

Quitándole el tapón, la alzó y dejó caer un fino hilo de fluido dorado sobre sus pechos, pezones, su ombligo y sus pliegues entreabiertos. Lo hizo sin prisas, concentrado, como si estuviera llevando a cabo un ritual.

—Cierra los ojos.

Madeleine obedeció.

Pronto palmas ásperas se deslizaron por su anatomía, extendiendo el aterciopelado aceite. Un delicado aroma a canela y especias se desplegó a su alrededor mientras él le amasaba los senos y tornaba sus pezones en perlas tan duras que dolían.

No se detuvo ahí, ni en su estómago. Pronto cada pulgada de su piel quedó envuelta en una aceitosa capa de lánguido placer. De vez en cuando, Rafael paraba para succionarle un pezón, para morderle las ingles o la parte interna del muslo. O para chuparle el dedo del pie, arrancándole un sorprendido chillido de placer.

La cueva se inundó de gemidos y respiraciones forzadas, la temperatura aumentó. Las manos de Rafael parecían multiplicarse sobre su piel y los músculos internos de Madeleine se contraían, famélicos, alrededor de la nada.

Resultó fácil regresar al pasado y permitir que su imaginación la arrastrase a una caverna repleta de hombres que la observaban mientras

aguardaban su turno, preparados para tomarla como una ofrenda a su diosa.

—¡Rafael! —Las caderas de Madeleine se alzaron de la mesa.

Él la ignoró, manteniendo su cabeza enterrada entre los temblorosos muslos en tanto exploraba con labios, dientes y lengua sus recovecos más secretos.

Tortura. *Tortura* era la única forma que encontró de describir el deleite tan sublime que unas veces la hacía desear apartarlo de ella y otras sujetarlo con fuerza y empujar el centro de su placer contra su boca.

La penetró con sus dedos. Primero uno, luego dos. Un tercero se deslizó a lo largo de sus nalgas, robándole el aliento cuando, sin presionarla, jugueteó en aquella zona proscrita.

Un intenso nudo fue creciendo en su vientre, tan vivaz y centelleante como la Estrella del Norte. Los músculos internos se contraían alrededor de los dedos de Rafael, al tiempo que él seguía atormentándola con su boca.

—Rafael…, por favor…

Madeleine no estaba segura de qué significaba ese «por favor». Lo único que quería era que acabase con aquel sufrimiento. No debería haberse preocupado. Rafael parecía entender su cuerpo mejor que ella. Sin dejar de usar su lengua y su mano, alargó el otro brazo, alcanzó su pezón, lo atrapó y tiró de él.

La corriente de dolor-placer viajó desde su pecho hacia su matriz como una mecha de pólvora incandescente y la hizo estallar como un polvorín.

Sus aullidos colisionaron contra las paredes, llenando la cueva con sus ecos y jadeos.

Rafael no le permitió recuperarse. Se colocó sobre ella y devoró sus senos. Su rígida erección quedó atrapada contra su estómago, y el sedoso glande se aplastó contra su sexo, todavía pulsante. Madeleine presintió una nueva explosión de placer aproximándose a la velocidad de una estampida de bestias salvajes. Sus *oh, oh, oh*, marcando el ritmo al que parecía vibrar la tierra.

—¡Maldita sea! —A pesar de su maldición y su frente bañada en sudor, Rafael no dejó de mover su pelvis, frotándose contra ella con frenesí.

—¡Rafael! —gritó Madeleine desesperada. ¿A qué aguardaba para penetrarla?

Gruñendo contra su piel, Rafael le tapó la boca. Ella gimoteó. Deseaba abrazarlo, estrecharlo contra ella, atraparlo contra su cuerpo. Sus caderas rogaban por alzarse para salir al encuentro de sus embestidas, por guiarlo

hasta su interior. La escalada de placer llegó a la cima y Madeleine se contorsionó, indefensa ante la avalancha de sensaciones.

Poco a poco, Rafael redujo el ritmo y se dejó caer sobre ella, buscando su boca en un largo y profundo beso. Temblorosa y exhausta, lo estudió. Su erección palpitaba contra su barriga y algunas gotas de humedad resbalaban hasta su ombligo, pero estaba segura de que él no había acabado aún.

—Tú no…

—No. —Rafael la besó en la frente.

Trepando sobre ella, se situó en la parte alta de su estómago con una

rodilla a cada lado de su cintura. Su orgulloso miembro se erguía sobre sus pechos con una diminuta gotita, que brillaba solitaria sobre la hinchada cabeza. Alcanzando la jarrita de aceite, Rafael vertió algo sobre sus senos, y otra dosis a lo largo de su erección. Embelesada, Madeleine siguió el pausado movimiento con el que extendió el denso fluido por la rígida virilidad. No había nada de delicado en el modo en el que rodeaba y bombeaba el miembro, estrujando algunas gotitas más del resplandeciente líquido que coronaba su glande.

Rafael acercó su punta al pezón, restregándose contra él. Había algo sucio, morboso y absolutamente erótico en aquel gesto. ¿Habría pensado igual hace algunos meses? ¿Lo habría disfrutado de estar con otro hombre que no fuese él? En el instante en el que pinchó sus pezones, sus cavilaciones se evaporaron, sustituidas por su creciente y agónica necesidad.

Atrapando sus pechos entre sus fuertes manos, Rafael los usó para masajear su erección. Ella se abandonó a la sensación, a lo prohibido y pecaminoso. Las palmas embadurnadas de aceite se sentían bien, y así lo hacía la férrea rigidez deslizándose sobre su piel hasta casi tocar sus labios.

Recordando su conversación, Madeleine estiró la lengua para alcanzarlo durante su siguiente puje. Un largo gemido masculino resonó como recompensa, dándole el valor que necesitaba para seguir. Un ligero sabor salado se esparció por sus papilas gustativas, pero no tuvo tiempo de analizarlo. Rafael acudía en su encuentro a por más y ella se preparó para ofrecérselo, hasta que un espeso fluido se derramó sobre su lengua y el gruñido masculino inundó la caverna cual grito de victoria tras una ardua batalla.

Capítulo 23

Aferrada a la colada que acababa de recoger de los arbustos, en los que la había tendido para que se secara, Madeleine atravesó apresurada el patio ignorando a los hombres, que le echaban miradas curiosas desde donde se encontraban sentados charlando a la sombra. Puede que fuera porque Isabel no estaba con ella, o al menos esperaba que fuese por ello. Después de que ella y Rafael regresaran del arroyo, donde se bañaron tras dejar las cuevas, Isabel se había marchado, supuestamente porque su hermana había dado a luz.

En los dos días que habían transcurrido desde el indecoroso incidente en el que se vieron todos envueltos, había hecho lo imposible por evitar a Antonio. Tampoco era como si él se lo hubiese puesto

demasiado difícil. El primer día había acompañado a Isabel; y el segundo, a Rafael. En ese momento, por desgracia, Antonio se encontraba sentado junto a los demás, apoyado contra un tronco y observándola como hacían los otros. Aunque había algo que lo diferenciaba de sus compañeros y era el brillo de conocimiento en sus ojos, acompañado por una casi imperceptible sonrisa secreta.

Un sofocante calor invadió sus mejillas ante el recuerdo del hombre desnudo y la indecente mirada que habían compartido a orillas del arroyo.

El impacto de la áspera palma masculina al caer sobre las nacaradas nalgas de Isabel aún reverberaba en sus oídos y le avergonzaba admitir que seguía apretando los muslos cada vez que pensaba en la escena. Rafael la había acusado de ser una *voyeur*. Probablemente tenía razón. Pero, lo que con él resultaba un descubrimiento que la hacía plantearse todo aquello que no se había atrevido a experimentar aún, con Antonio no dejaba de ser un comportamiento obsceno y embarazoso.

No pudo controlar el temblor interior cuando se refugió, apresurada, en la habitación.

Rafael levantó la vista de los documentos que estaba leyendo al lado de la ventana, y observó con detenimiento cómo ella dobló la ropa limpia con manos inestables y la colocó, en un montoncito, encima de un viejo taburete cojo que había encontrado al curiosear entre las ruinas.

En otro momento debería preguntarle a Rafael cómo es que sabía leer,

pero por el momento estaba demasiado alterada. En la casa de Lydia los sirvientes alfabetizados se podían contar con los dedos de una sola mano y, de esos, la mayoría balbuceaban y tartamudeaban un buen rato antes de finalizar una única línea.

—¿Qué ocurre? —indagó Rafael, enrollando las hojas con cuidado y guardándolas en su zurrón.

—Nada…, yo… —Madeleine se tocó las mejillas acaloradas—. ¡Antonio lo sabe!

—¿Qué es lo que sabe? —Rafael frunció el ceño.

—Que yo estaba allí… Que yo…, eh… —No había nada que él no supiese ya en realidad, ni siquiera sabía por qué estaba contándoselo

otra vez.

—Ah, te refieres a cuando estuviste espiándolos.

—¡Yo no estaba espiándolos! —siseó descompuesta.

¡Tendría que haberse alejado del arroyo en cuanto la parejita hizo su aparición! ¿Por qué no lo hizo? Rafael arqueó una ceja.

—Bueno…, me refiero a que no los seguí. Ya estaba allí antes que ellos.

Los labios masculinos temblaron levemente, aunque mantuvo la gravedad fingida de su expresión.

—Entiendo. Según tú, ellos llegaron y tú te quedaste y de paso los observaste. Yo diría que el resultado es el mismo, pero si te hace sentir mejor pensar lo contrario…

—¡Pensé que iba a abusar de ella! ¡Te lo dije!

—Deja de buscar excusas, cielo. A mí no me importa y, a Antonio, apostaría a que le produjo más morbo que reparo el que estuvieras allí presenciándolo.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Rafael encogió los hombros.

—Estoy convencido de que mi estimado amigo notó desde el principio tu presencia. Ese hombre tiene un sexto sentido para detectar la cercanía de otras personas.

—¿Pero entonces…? —Madeleine sacudió la cabeza, confundida—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué siguió adelante?

—La auténtica razón por la que actuó de ese modo contigo fisgoneando por los alrededores, debes preguntársela a él. Por mi parte, deduzco que le excitaba la audiencia. O puede que quisiera descubrir tu reacción ante la situación; de lo contrario, se hubiera marchado a otro lugar o te hubiera

degollado.

Madeleine se deslizó hasta el suelo con una mano sobre el pecho.

—¿Por qué iba a excitarle que yo estuviera allí?

—Eres una mujer, eres atractiva y sabe que eres intocable. Es una simple cuestión de morbo.

—¿Intocable? —Madeleine frunció el ceño—. ¿Por qué iba a serlo?

Rafael se estudió las manos, apretándolas en puños y abriéndolas varias veces antes de mirarla de frente.

—Porque me conoce lo suficiente como para adivinar que si te pone un dedo encima le vuelo los sesos.

Era una respuesta que debería haberla espantado, o incluso horrorizado.

Pero, lejos de hacerlo, lo que logró fue que la recorriera una sensación cálida, de ligereza, como si flotase en las nubes durante un día de primavera.

—Y…, mmm… ¿Qué habría pasado si yo no fuera… intocable? —

Aquella no era la pregunta que había querido hacerle. ¡Cobarde! Lo que ansiaba averiguar era por qué no quería que su compañero la tocase. Quería arrancarle una confesión, una que de solo pensarlo le hacía latir el corazón con un ritmo que no tenía nada que envidiarle al taconeo de una bailaora.

Rafael inspiró y soltó el aire despacio.

—Puedo estar equivocado. Aunque apostaría a que, de haber estado a su alcance, la que hubiera terminado siguiendo sus órdenes y recibiendo los azotes habrías sido tú, mientras que Isabel habría acabado ayudándole a jugar contigo.

—¡Oh!

Fue una contestación estúpida. La más ridícula que podría haber soltado, pero ¿qué se suponía que podía responder a algo así? Prefería no pensar en cómo habría sido estar desnuda en los brazos de Antonio mientras Isabel…

¡El solo pensarlo era un pecado, por el amor del Santísimo! Madeleine se mordió los labios. No debería excitarla que otra mujer estuviera arrodillada ante ella, ¿verdad?

—¿Oh? —repitió Rafael chistoso.

Ella se apartó, incapaz de mantenerle la mirada.

—Sigo sin entender qué clase de persona puede excitarse porque la vean haciendo esas cosas —protestó con debilidad.

—Imagino que cualquier tipo de individuo, dependiendo de la situación

—replicó Rafael con indiferencia.

—Yo no.

La peligrosa sonrisa torcida que apareció en el rostro masculino le arrancó un estremecimiento.

—¿Estás segura? —cuestionó, con demasiada intencionalidad como para que fuese una simple pregunta.

Madeleine estuvo por negarlo. Hasta que recordó sus fantasías en la caverna, su imaginación volando libre y anclándola en un tiempo ancestral como una ofrenda ante la diosa de la fertilidad y expuesta ante una docena de hombres salvajes. ¿A quién pretendía engañar? No se atrevía ni a plantearse si en la vida real tendría el valor de enfrentarse a semejante ceremonia pagana, o si siquiera pudiese llegar a disfrutarlo, pero como fantasía tenía ciertamente su mérito y su cuerpo reaccionaba en consonancia.

—No lo sé —acabó admitiendo con honestidad.

Él se levantó, situándose a su espalda, y le apartó el cabello para trazarle el cuello con la punta de la nariz.

—¿Te gustaría averiguarlo?

—Tal vez en otro momento, no ahora.

Tras la espiral de locura, sensaciones y placer que experimentó en la cueva, tenía todas las intenciones de explorar qué otras cosas se había perdido en su vida.

—¿Y qué es lo que quieres ahora?

Madeleine se giró hacia él y se enfrentó a sus ojos. Por primera vez, se atrevió a admitir la verdad. No solo ante ella, sino también ante él:

—A ti, te quiero a ti y que me hagas olvidar.

La hizo olvidar.

¡Y vaya si la hizo olvidar!

Acababa de gritar su segundo orgasmo cuando él bajó el ritmo de sus pujes y apoyó la frente sobre su hombro con un sonido gutural. Madeleine insufló aire en sus pulmones. Se sentía como una de aquellas magníficas construcciones de gelatina con las que el cocinero del rey Jorge gustaba de deleitar a los invitados en los banquetes reales: temblorosa y sin huesos y, aun así, colmada por deliciosas promesas en su interior.

Cerrando los párpados, disfrutó de la forma en que la llenaba pulsando en

su interior. Contrajo sus músculos internos para maximizar la sensación y atraparlo en el proceso.

—¡Para! —Rafael se retiró de ella como si quemase, aunque permaneció sobre ella con los brazos estirados, observándola con las pupilas dilatadas y la respiración alterada.

Madeleine alargó la mano para retirarle las gotitas de sudor que se acumulaban en sus sienes.

—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo, ¿verdad? —masculló Rafael.

—Cuéntamelo. Quiero saberlo. —Madeleine lo rodeó con brazos y piernas para atraerlo de nuevo a ella.

—¡Maldita sea, mujer! Vas a conseguir que me olvide hasta de mí mismo

—gruñó, bajando sus caderas.

Ella gimió. Su cuerpo le dio la bienvenida como un desierto reseco recibe las primeras gotas de lluvia: con ansia, placer y una infinita necesidad por más.

—¿Quieres que te explique lo que me haces? —Rafael la embistió con tal potencia que tuvo que sujetarse a sus hombros con un jadeo.

—Siempre. —Su respuesta salió tan tenue que dudaba que él la hubiera oído.

El rostro masculino, contraído con una mezcla de tortura, decisión y oscura furia, le advertía que no habría delicadeza ni ternura en esta ocasión.

Su vientre se encogió con un placentero estremecimiento ante la perspectiva. Apenas podía respirar por la magnética atracción que la inducía a contemplarlo hipnotizada, expectante de las nuevas sensaciones que sabía que estaba a punto de ofrecerle.

No importaba qué o cómo, de Rafael solo podía aguardar pasión y placer, y si era tan fiero como lo que sospechaba…

—Entonces… —Rafael salió casi por completo de ella—. Supongo que te mereces una respuesta. —Empujó con ímpetu, hasta el fondo, sin previo aviso.

¡Síií! Madeleine arqueó la espalda con un jadeo.

—Haces… —Rafael salió despacio como si tuviera que pensar—. Que me olvide de mí mismo. —Sus palabras rebosaban rabia mientras la penetraba como si quisiera atravesarla—. Consigues… —Madeleine abrió los muslos todavía más, preparándose para la embestida que sabía que estaba por llegar—. Que deje de pensar con la cabeza y mis impulsos me

dominen. Haces…

—¿Sí? —Madeleine cerró los ojos, disfrutando tanto de su parsimoniosa salida como de sus salvajes envites.

—… que quiera poseerte. —Su posesividad elevó la temperatura de su cuerpo—. Que quiera marcar tu cuerpo y… hacerte mía.

—No pares —susurró Madeleine, consciente de lo cerca que se encontraba de la cima.

—¿Que no pare? ¿Crees que deseo hacerlo? ¿Qué pudiera hacerlo aunque lo intentara? —gruñó Rafael con un tono amargado—. Lo que quiero es tomarte duro, sin consideración, hasta que nuestros cuerpos se fundan como lo harían dos anillos sobre las ascuas del herrero.

Hasta que chilles y te deshagas a mi alrededor; hasta que pueda correrme contigo, dentro de ti y vaciarme en tu interior.

Madeleine dejó de respirar. Su vientre se contrajo alrededor de su poderosa erección mientras él la colmaba de su húmedo calor y la agarraba con fuerza.

—¡Hazlo! —imploró, ronca.

—¿Estás segura? Podrías quedar encinta. —Rafael la estudió con la mirada colmada de deseo y un innegable titubeo.

—Me harás un favor. —Sujetándose a sus hombros, alzó la cabeza para salir al encuentro de su boca.

—¿Qué? —Su espalda se puso rígida.

Con un suspiro decepcionado, Madeleine se dejó caer atrás. Trazó el contorno de su mandíbula con una sonrisa triste. ¿Cómo podía confesarle que tener un hijo suyo sería el regalo más maravilloso que podría concederle? ¿Que sería un recuerdo de lo que compartieron y que le permitiría llevarlo consigo sin importar lo que sucediese? Era mucho más de lo que estaba preparada para confesarle, cuando apenas habían pasado unos días desde que él le hubiese dejado claro que jamás pasarían de aquellos momentos robados al destino.

—Si concibiese un hijo, será un heredero y no podrán volver a echarme y venderme al mejor postor —dijo lo primero que se le vino a la mente.

—¡¿Cómo?!

Madeleine parpadeó cuando él se retiró con brusquedad, alejándose de ella para contemplarla con el rostro desencajado desde el otro extremo de la estancia.

—¿Me estás pidiendo que sea tu semental para engañar a ese pobre viejo

con el que vas a casarte y hacer pasar a mi hijo por suyo?

—No… Sí… Yo… —No era así como debería haber sonado. ¿Cómo podía explicarle que deseaba un hijo suyo sin delatar sus sentimientos por él? ¿Serviría algo el asegurarle que cuidaría de la criatura como un tesoro y que le dedicaría su vida? Era lo único que podía decirle, a menos que le confesase que estaba dispuesta a dejarlo todo para

quedarse aquí con él si la quería—. ¿A dónde vas? —El corazón de Madeleine pareció pulsarle en la garganta cuando Rafael recogió, airado, la ropa de camino a la salida.

—¡A donde sea, con tal de que sea lejos de ti! —escupió con desprecio.

—Pero… —El nudo en la garganta le estranguló la voz.

—Jamás esperé que fueras una de esas víboras que usa a la gente y la engaña sin importar las consecuencias —espetó Rafael sin mirar atrás.

Las hirientes palabras resonaron como una cruel burla en el vacío que la rodeó. Madeleine se tapó la boca para acallar un sollozo, que jamás llegó.

La habitación que hacía unos momentos había sido su pequeño paraíso de repente se sentía fría, oscura e inhóspita, recordándole que estaba desnuda y que seguía teniendo los muslos manchados con la húmeda huella de sus vergonzosos actos.

Capítulo 24

Rafael no regresó a pasar la noche y por la mañana, al levantarse, ya se había marchado. Isabel también seguía sin aparecer. El único que quedaba en el campamento era Antonio. Madeleine intentó hacer tiempo por ver si se apartaba del sitio en el que Curro solía guardar el zurrón con la comida; pero, a medida que el sol ascendía en el horizonte, el agujero en su estómago y las crecientes náuseas consiguieron que se rindiese ante lo inevitable.

—Buenos días. —Antonio alzó la cabeza y la estudió a su llegada.

Ella se limitó a sonreír con debilidad y a señalar la bolsa de cuero.

—¿Está bien que coja algo de pan?

—Por supuesto, sírvete. No necesitas preguntar.

Partiendo un trozo, Madeleine titubeó antes de sentarse a su lado. Habría preferido esconderse de nuevo, pero solo hubiese hecho las cosas más extrañas entre ellos.

—¿Se sabe algo de mi rescate? —indagó, metiéndose desganada una migaja en la boca.

—¿Ya no disfrutas de nuestra compañía? —Antonio arqueó una ceja

sin mirarla. Si lo dijo con un doble sentido o no era imposible de determinar por su expresión.

—Más bien, preocupada de qué es lo que sucederá conmigo si el marqués me rechaza.

Cualquier posible rastro de jolgorio desapareció del semblante masculino cuando alzó la mirada.

—Madeleine, ocurra lo que ocurra, nunca debes temernos ni a mí ni a Rafael. Jamás te haríamos daño; te lo garanticé en su momento y lo reitero.

Ella negó cabizbaja.

—Lo sé. No es eso lo que temo. Es la incertidumbre de lo que haréis conmigo y cómo me recibirán cuando me mandéis de regreso con mis familiares.

—No tienes que…

—Antonio, seamos sinceros. —Resopló ella ansiosa—. Sabes lo que ha pasado entre Rafael y yo. Y, por muy buenas que fueran vuestras intenciones al ponerme a Isabel como carabina, nadie se creerá que una

simple lavandera haya sido capaz de proteger mi honra ante unos forajidos.

Ha transcurrido demasiado tiempo como para que mi reputación haya quedado intacta.

Antonio le tomó las manos entre las suyas.

—Lo que haya ocurrido o no, jamás saldrá de aquí. Soy el único que conoce tu identidad, los demás no tienen ni idea. Además, ¿crees que alguien como Curro, Paco o Pepe tiene la más mínima posibilidad de llegar a moverse en tus círculos sociales? —Su intento de bromear no consiguió aliviarla.

—Eso no…

—El marqués no te rechazará y la boda seguirá adelante —afirmó Antonio con rotundidad.

Ella cabeceó.

—Lydia o el señor Fitzgerald ya deben haberle escrito una carta contándole acerca de mi secuestro.

—Cierto. Lo que desconocen es que me he encargado de interceptarla y que la nota que les he enviado en nombre del marqués, asegurándoles que estás a salvo con él, es falsa.

—¿Les has enviado una misiva en nombre del marqués? ¿Cómo? No se la creerán si no lleva el sello de su casa.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro masculino.

—¡Ay, mujer incrédula! ¡Qué poco confías en mí!

—¿Insinúas que conseguiste el sello?

—No insinúo nada, te lo he dicho. Dispongo de más recursos de los que crees. —Antonio le dedicó un guiño—. Pero quiero que me prometas algo.

—¿El qué? —Incómoda, cambió de postura. ¿Era ahora cuando le pedía el pago por su protección?

—Que por el momento no le digas a Rafael lo que acabo de contarte.

Los hombros de Madeleine cayeron en derrota.

—Ni siquiera me dirige la palabra, lleva ignorándome desde ayer tarde.

—¿Qué ha ocurrido? —Antonio le alzó la barbilla y le limpió las lágrimas de las mejillas.

—Yo… —Madeleine sacudió la cabeza—. Dije algo que no debía. Era un disparate en realidad y no lo consideré en serio.

Él la estudió por un momento y la sorprendió colocándole un mechón tras la oreja con algo cercano a la dulzura.

—Se le pasará y todo acabará por solventarse, te lo prometo.

Estuvo por puntualizar que no había mucho que solucionar, que Rafael se encontraba casado y que ella, tarde o temprano, tendría que reunirse con el marqués o regresar a Inglaterra, pero acabó por morderse los labios. La única esperanza real que le quedaba era que al menos pudiese despedirse de Rafael y llevarse unos últimos instantes con él de recuerdo.

—¿Quieres un poco de vino dulce para bajar el pan? —preguntó Antonio, con una sonrisa comprensiva, al ofrecerle una bota.

—No, gracias. —Madeleine hizo una mueca cuando el estómago le dio un vuelco ante la idea del sabor dulzón del vino y el resabio amargor que seguramente iba a dejarle sobre la lengua.

Antonio carcajeó.

—En ese caso, tengo una oferta aún mejor. —Levantándose, se aproximó a la sombra del viejo algarrobo y regresó con un melón.

Tras cortar una cala y hacerle pequeños cortes, le ofreció un pedacito.

—Toma.

—¿Fruta con pan? —preguntó Madeleine, a pesar de que las gotitas que caían por los dedos de Antonio la hacían salivar.

—Nunca pongas en duda algo que no hayas probado antes —le aconsejó él con un guiño.

Ella se sonrojó.

—Antonio, con lo que pasó en el arroyo…

—No pasó nada —la cortó con firmeza—. Y ahora come; estás pálida y no queremos que enfermes. Quiero ser testigo de cómo pones a ese maldito cabezón de mi amigo en su sitio.

Ella mordisqueó la pieza que él le llevó a los labios y gimió de placer cuando el zumo le refrescó el paladar.

—Ves, te lo he dicho. —Rio Antonio, ofreciéndole otro trozo.

No tuvo oportunidad de morderlo. Antonio se esfumó de su lado y el choque de un puño contra carne resonó a través del patio, acompañado por un jadeo de dolor.

—¡Rafael! —Madeleine se levantó de un salto, corriendo junto a Antonio, que se encontraba tirado en la tierra, limpiándose con el reverso de la mano el hilo de sangre que le caía por la barbilla.

—¡Regresa a tu habitación y no salgas de allí hasta que yo te dé permiso para hacerlo! —El tono de Rafael fue más frío que la capa de hielo que cubría en invierno el lago tras la mansión en la que se había criado siendo niña.

—Raf…

—¡Haz lo que te digo, mujer, antes de que me arrepienta de lo que voy a hacer! —tronó la voz de Rafael.

Antonio le dedicó un leve asentimiento.

—Ve, esto es algo entre Rafael y yo.

Capítulo 25

Rafael crispó los puños al notar el traicionero brillo rojizo en los ojos de Madeleine al girarse, apresurada, hacia la casa.

—¿Se puede saber a qué cojones venía eso? —Antonio lo fulminó con la mirada, sin hacer el intento de levantarse.

Colocándose encima de él, Rafael lo sujetó por la camisa y le lanzó otro puñetazo antes de sentarse sobre su pecho.

—No la mires, no le hables, y mucho menos la toques.

—¿Y qué te hace creer que tienes el derecho a ordenarme semejante sandez y que yo te obedeceré como si fuera tu esclavo?

—Porque, si no lo haces… —replicó Rafael con la misma frialdad que sentía por dentro—, te mato.

Antonio podría ser como un hermano para él, pero no iba a consentir que convirtiera a Madeleine en uno de sus juguetes.

—Conque esas tenemos. —Antonio se relajó sobre el suelo con una amplia sonrisa, indiferente a que la sangre estuviese tiñendo sus dientes de rojo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —masculló Rafael, reteniéndose a duras penas de propinarle otro derechazo y dejarlo inconsciente.

—Que nunca pensé que te vería perder la cabeza por una mujer.

Si creyó que nada podía dejarlo más helado de lo que estaba, la respuesta de Antonio consiguió demostrarle lo contrario.

—No sé de qué me estás hablando… —Rafael se levantó y le dio la espalda—. Me has visto con María Asunción.

—¿Perder la cabeza con tu esposa? Sé que la querías, pero jamás te vi con ella como estás con Madeleine.

—¡Pamplinas! —Rafael se pasó una mano por el cabello antes de ofrecérsela para ayudarle a levantarse.

—Lo que tú digas. —Antonio se golpeó las piernas para quitarse el polvo

—. Pero, solo para tu información, no hay nada entre Madeleine y yo.

—Estabas dándole de comer. ¿Desde cuándo alimentar a una mujer con tus manos es nada para Antonio Guzmán Montoya?

—Desde que mi mejor amigo y hermano está enamorado de ella. —Lo detuvo con las palmas alzadas, robándole la oportunidad de replicar —. Pero

lo que siento por ti no quita que ella me preocupe. ¿Qué le has hecho esta vez para que se pusiera a llorar?

Rafael apretó los dientes. ¿Madeleine había estado llorando? No era propio de ella. En todo el tiempo que había estado allí, no había hecho otra cosa que demostrarle lo fuerte que era.

—No es de tu incumbencia —espetó incómodo.

—Lo es si empieza a enfermar aquí en medio de la nada —lo contradijo Antonio—. Le prometí que no le haríamos daño.

—No le he hecho nada —masculló Rafael, frotándose el pecho.

—Ya.

—¡Maldita sea, Antonio! ¡Ha sido ella la que me ha querido usar como un semental para dejarla preñada! —Se produjo un tenso silencio—. ¿Qué?

¿Ahora no piensas decir nada?

—¿Con respecto a que para variar una mujer quiera usarte a ti en vez de que lo hagas tú con ella? No. No tengo nada que comentar acerca de que seas un idiota consagrado.

Rafael entrecerró los ojos.

—Sigue así y te parto la cara.

—Yo diría que ya lo hiciste. Pero, si crees que ahora que sé que eres un imbécil voy a seguir dejando que me pegues sin defenderme, estás equivocado.

—¿Que soy un imbécil? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejar que me utilice? ¿Darle un hijo al que nunca veré ni conoceré? Tú, mejor que nadie, sabes lo que eso conlleva.

Antonio soltó un pesado suspiro.

—Nadie ha dicho que tengas que dejarla preñada, pero podrías controlar un poco tu genio y ponerte en su lugar. ¿Tú no querrías tener un hijo si no tuvieras a nadie?

—Quiere un hijo para coger la herencia del vejestorio con el que se va a casar —repuso Rafael alterado.

—La idea tiene su mérito.

—¿Piensas darle la razón?

—¿Por qué no? Mataría a dos pájaros de un tiro. Tendría un hijo a quién proteger y amar, y se aseguraría su futuro. ¿Qué hay de malo en ello?

Rafael lo miró incrédulo. ¿Le estaba hablando en serio?

—No pienso seguir discutiendo de este tema contigo, esto no nos lleva a ninguna parte.

—Si no tienes intención de escucharla, ¿puedo ofrecerme yo a concederle su deseo de concebir un hijo?

Sin pensárselo siquiera, Rafael se lanzó sobre él con el puño en alto.

Pero, antes de que consiguiera conectarlo con su rostro, Antonio ya le había dado tres puñetazos seguidos en el estómago, dejándolo sin aliento.

Sujetándolo por la camisa, Antonio le ayudó a ponerse de rodillas en el suelo.

—Puedes seguir siendo un idiota, puedes engañarte y buscar excusas de por qué esa mujer te da miedo. Pero, si no tienes los cojones de amarla y hacerla feliz, entonces déjala libre.

Rafael cerró los ojos en rendición y dejó caer la cabeza.

—No es que me asuste amarla, es que mi vida ya no es mía y lo sabes.

No puedo infligirle daño a mi familia sin perderme a mí mismo, y tampoco tenerla a ella sin renunciar a mi familia.

Antonio le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Si ese es el caso, a lo mejor deberías plantearte qué recuerdo es el que quieres dejarle de ti, y cuál es el que deseas llevarte de ella y del tiempo que habéis compartido. Por cierto, el Comparsa estuvo hace unas horas aquí con noticias. Te he dejado los documentos bajo la manta en mi habitación.

Échales un vistazo, es urgente, puede que esta vez sea lo que buscábamos.

Capítulo 26

—¡Ponte esto y sal! —Rafael no la miró ni esperó su respuesta antes de precipitarse fuera de la estancia con la misma premura con la que había entrado.

Habían pasado dos días desde que ella le confesó que un embarazo sería bienvenido, y aún seguía tratándola como si tuviese la lepra. Madeleine se acercó al hatillo de ropa que le había tirado con descuido sobre el suelo.

¿Pantalones, botas, sombrero, faja y una camisa idéntica a la que llevaban el resto de los hombres? Se mordió los labios con indecisión. ¿Qué estaba tramando?

Con un suspiro recogió las prendas. ¿Qué otra cosa podía hacer más que seguir sus órdenes? Podía retarle, sí, pero estaba harta del gélido silencio que le dispensaba, harta de evitarlo y harta de acostarse cada noche teniendo que sentirse avergonzada de lo que había ocurrido entre ellos.

Cuando salió, se sentía medio desnuda, a pesar de que también estaba extrañamente cómoda. Con la excepción de las botas, que la hacían andar como un labriego con pies zambos de grandes que le estaban. El campamento estaba recogido y los hombres se encontraban en sus monturas. Rafael señaló con la barbilla a una yegua a su lado y volvió a ignorarla. Antonio se ubicó a su vera para ayudarla a subir. En cuanto pasó la pierna encima del lomo y se acomodó, irguió la espalda. Era la primera vez que montaba como un hombre y debía admitir que se sentía mucho más segura que en su habitual postura de amazona.

—Harás lo que te ordene, en todo momento y sin rechistar. —Rafael la escudriñó con los ojos entrecerrados—. Recuerda que somos bandoleros. Si te cogen con nosotros, dará igual que seas mujer o no, te ahorcarán al igual que a uno de nosotros y dejarán tu cadáver colgado de un olivo como advertencia. —Sin más explicación, inició el galope, seguido por sus compañeros.

—¿Qué…? —Madeleine miró a Antonio—. ¿Qué significa eso?

Antonio encogió un hombro.

—No sabemos si esta noche regresaremos aquí o no, y hay noticias de otros bandoleros en la zona. Llevarte con nosotros es peligroso, pero dejarte atrás podría ser mucho peor. Haz lo que Rafael te diga y estarás a salvo. —

Antonio espoleó a su semental—. Vamos, no quieres quedarte atrás. Ya está lo suficientemente mosqueado.

—¿Y cuándo no lo está? —masculló ella, manteniéndose a su lado mientras iniciaban el camino tras los demás.

Antonio rio de buena gana.

—Tú debes saberlo. Eres la que lo saca de quicio.

Llevaban horas cabalgando cuando por fin se detuvieron bajo la

sombra de los olivos en lo alto de una cuesta. La sequedad del camino se asentaba sobre su lengua con un desagradable espesor, su piel picaba con la capa de sudor y polvo y, aun así, Madeleine se sentía más viva que nunca.

Antonio le pasó un pellejo antes de reunirse con Rafael y Curro, y Madeleine agradeció que fuera agua y no vino. Bebió como si se le fuera la vida en ello y se secó los labios y la barbilla con el reverso de la mano. El murmullo de los bandoleros no le dejaba discernir nada, aunque tampoco podía decir que le importase mucho. No fue hasta que Rafael regresó junto a ella que se percató de la algarabía de un carruaje y el sonido de los cascos en la distancia.

—Toma, cúbrete la cara. —Rafael le entregó un pañuelo doblado en diagonal—. No te muevas de este sitio a menos que nos ocurra algo. Si sucediese, ve en esa dirección en línea recta. —Señaló a su derecha—.

Encontrarás un pueblo a una media hora de distancia. No hables con nadie, no te entretengas y dirígete directamente a la iglesia. Pregunta por don Mateo, el cura, él se encargará de ayudarte.

—Pero…

—Solo en el caso de que las cosas no salgan según lo previsto y creas estar en peligro —la interrumpió Rafael—. Bajo cualquier otra circunstancia, te perseguiré y te castigaré si intentas aprovechar la situación para escabullirte. —Se cubrió el rostro y se alejó sin ofrecerle la oportunidad de protestar.

Oprimiendo los labios, Madeleine lo imitó, colocándose el pañuelo sobre la nariz y atando el nudo detrás de su nuca. Tenía ganas de darle con un leño en la cabeza, y quizás lo hiciera luego cuando estuvieran en un sitio más tranquilo y fuera de peligro.

Se estremeció. ¡Estaban en peligro! ¿Por qué, si no, se habría puesto

Rafael así? ¿Y escaparse? ¿A dónde demonios quería que huyera vestida de bandolero? No sabía si era peor que descubrieran que era una mujer bajo todas aquellas capas de ropa, o que alguien pudiera asociarla con un forajido. Sí, seguro que podría explicar lo de que la habían secuestrado, pero ¿cómo reaccionaría el marqués si descubría que su prometida no solo había estado conviviendo con aquellos criminales, sino que había estado relacionándose con ellos hasta el punto de montar una emboscada con ellos? La sola idea ya le provocaba arcadas.

Pepe la asistió al bajarse del caballo, señalándole que se escondiera tras unos arbustos antes de ocultar los animales. A su regreso se acuclilló junto a ella, con su trabuco apoyado con indiferencia sobre su muslo. Bien que podría haber estado asistiendo a misa por la tranquilidad con la que observaba cómo Rafael y los demás bajaban hasta los pies de la colina.

Colocaron un tronco en el camino, se repartieron y se escondieron de la vista tras rocas y árboles. Verlos era como observar a un grupo de soldados bien entrenados preparándose para entrar en batalla.

El corazón de Madeleine se aceleró cuando el carruaje pasó a toda velocidad por la curva y se acercó a la zona en la que Rafael y sus hombres lo aguardaban. Parecía que estuviese mirando a través de una ventana al pasado, viéndolo todo desde la perspectiva de otra persona: la forma en la que pararon el carruaje, obligaron a los conductores a bajar y a tenderse bocabajo sobre la tierra mientras Curro y Antonio se enganchaban al coche de caballos para abrir las puertas y apuntar con los cañones de sus trabucos a los pasajeros del interior…

Madeleine entrecerró los ojos en cuanto pilló a Antonio acompañando a las dos pasajeras hasta la sombra, donde Rafael y él se encargaron de desvalijarlas con aquella desfachatez gentil que conseguía que las mujeres se sonrojaran y les sonrieran con timidez. No, no timidez, ¡con un evidente descaro!

Pepe rio ante su resoplido irritado. ¡Maldito galán de pacotilla!

—¿Celosa, señora?

—¿Celosa? No sé qué significa eso en mi idioma —mintió Madeleine, clavándose las uñas en las palmas.

La amplia sonrisa del jovenzuelo dejó claro que no le creía. Apretando los dientes, Madeleine le dio la espalda. ¡Malditos hombres! Sus ojos se abrieron como platos al mirar al horizonte y su mano tembló al agarrarle, frenética, del brazo.

—¡Pepe! ¡Pepe! —chilló entre susurros señalando hacia la lejanía, por la que una nube de polvo se acercaba con idéntica rapidez con la que aparecían las tormentas de verano y apenas dejaba entrever la docena de soldados uniformados.

—¡Madre del amor hermoso! Tenemos que largarnos. Permanezca agachada; cuanto más tarde nos descubran, mejor.

En cuanto llegaron a donde pastaban los caballos, Pepe la ayudó a montar.

—Vaya en esa dirección como si la persiguiera el demonio. Busque al párroco, él la ayudará.

El corazón parecía salirse de su cavidad mientras contemplaba cómo Pepe se alejaba hacia el lugar del asalto. ¿Pensaban huir? ¿Pelear? Por más que le hubiesen advertido Rafael y Pepe que se marchase, fue incapaz de moverse del sitio. Parecía que su cuerpo entero estuviera petrificado por el terror. Y no era miedo por ella, sino por ellos: por Rafael, por Antonio y por sus hombres.

Su respiración se detuvo cuando en la periferia de su visión detectó otra nube de polvo proveniente de la dirección contraria a la anterior. La arboleda no le permitía vislumbrar si también se trataba de un cuerpo uniformado; pero, a deducir por la altura de la polvareda, bien podría ser otra docena de soldados o incluso más. Solo el Santísimo sabría lo que ocurriría si Rafael decidía huir por esa ruta.

No hubo tiempo para titubeos, no pensaba pasarse lo que le quedaba de vida recordando cómo los abandonó a una trampa mortal mientras ella se fugaba pensando en su propia seguridad.

Decidida, aguijoneó al caballo y bajó por la ladera. Apenas le había dado tiempo de llegar hasta ellos cuando ya Rafael marchó hacia ella con la furia explotando en sus ojos.

—¿Qué demonios haces aquí? ¡Te di instrucciones claras!

—Viene otro escuadrón del otro lado. —Madeleine no se detuvo hasta llegar hasta los demás y tirarse del lomo—. No hay forma de escapar. Os tienen flanqueados por ambos lados: a vuestra espalda os detendrá el río que se ve a lo lejos, y por donde hemos venido seréis un blanco fácil y sin protección. Es un páramo demasiado desierto.

—Tiene razón. Las predicciones son malas. ¿Huimos o los esperamos aquí? —preguntó Antonio con el rostro ensombrecido.

—Ninguna de ambas. Pasaremos a través de ellos —lo interrumpió

Madeleine decidida, estudiando a los hombres tendidos sobre el terreno—.

Antonio, Pepe, quitadles la ropa a los cocheros. Son aproximadamente de vuestra talla. Tú ponte la ropa de ese tipo. —Señaló a Rafael en

tanto ignoraba su ceño fruncido y se aproximaba a las mujeres—. ¿Qué baúl contiene vuestros vestidos? —le preguntó a la más joven de ellas.

Al girarse, comprobó que ninguno de los bandoleros se había movido del sitio y que todos miraban hacia Rafael, cuyos ojos no se despegaban de ella.

—Vete, nosotros nos encargaremos de esto —le ordenó él, con una expresión imposible de leer con el pañuelo tapándole la mayor parte del rostro.

—Demasiado tarde. Si me ven con estas ropas irán a por mí. Además, aguardan a unos bandoleros, no un carruaje con una señora en el interior.

Eso los despistará al menos por un rato.

Valiosos segundos pasaron antes de que Rafael asintiera.

—Haced lo que os ha dicho. Curro, ayúdale a encontrar un vestido. Pepe, Antonio, atad a los rehenes y ocultadlos tras los arbustos. Tan pronto lleguemos al pueblo, avisaremos a alguien para indicarles dónde están.

Para cuando encontró un vestido apropiado y buscaba un lugar en el que cambiarse, Pepe y Antonio ya ocupaban los asientos del conductor y Curro estaba llevándose a los caballos por la arboleda. Rafael apareció a su vera vestido de caballero y le quitó el vestido del brazo. Apenas tuvo tiempo de parpadear ante su imponente cambio de imagen. Si de proscrito le había parecido guapo, de aristócrata le robaba el aliento. Con aquel porte y seguridad, podría haberla engañado hasta a ella sobre sus orígenes y nivel social.

—Cámbiate en el carruaje. Te echaré una mano. Deben encontrarnos en movimiento si queremos tener la más mínima oportunidad —le advirtió Rafael, empujándola con suavidad al coche.

Ella le permitió que la guiara. Tan pronto cerró la puerta, Antonio arreó los animales y se pusieron en marcha.

—Deja que yo me haga cargo de todo y no hables a menos que se dirijan a ti de manera directa. —Antonio le apartó las manos temblorosas y la ayudó a desvestirse. Humedeció un pañuelo con un botijo ubicado en el suelo y le limpió las trazas de polvo de rostro, manos y cuello. Ella se dejó hacer, hechizada por la delicada firmeza

con la que se encargaba de ella, con la que la vestía y le colocaba las joyas que acababa de robar.

—¿Ya no estás enfadado?

Los ojos oscuros se encontraron con los de ella. La áspera mano masculina se posó en su mejilla. El calor de su contacto parecía traspasarla hasta alojarse en su interior y, como hipnotizada, siguió su acercamiento hasta que los labios masculinos se posaron duros y posesivos sobre los de ella. Madeleine se aferró a él con un gemido, abriéndose a su conquista como si aquella fuese la única forma de que su corazón siguiese latiendo.

Fue el golpe de aviso de Antonio el que los sacó del trance. La expresión de Rafael se enfrió al tomar el asiento a su lado.

—Si nos descubren, acúsame de haberte secuestrado, incrimíname de todo lo que se te ocurra con tal de salvarte.

—Rafael…

—¡Soooo…! ¡Alto ahí! —tronó alguien en el exterior.

El carruaje se detuvo y el ruido de la sangre, que corría atemorizada por sus venas, resonó en sus oídos, compitiendo con el sonido de los cascos y los relinchos que rodearon el carruaje.

¡Señor, te lo ruego, ayúdanos!

Capítulo 27

Despavorida, Madeleine miró a Rafael, quien le apretó un abanico en la mano con un leve asentimiento.

—Ocúltate el rostro con él. —Sin esperar una respuesta, sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje—. ¿Qué ocurre? —exigió con voz autoritaria.

—Señor, estamos realizando una inspección de todos los vehículos que circulan por estos caminos. —Por el cambio en el tono de lo que parecía ser el capitán del escuadrón, la actitud exigente de Rafael le había inducido a actuar con mayor cautela, sin duda temiendo que pudiese estar enfrentándose a alguien importante o con suficientes relaciones con los altos mandos como para ocasionarle problemas.

Lo que ocurriese en los próximos minutos era decisivo para que

saliesen indemnes de aquella situación, o que acabasen todos en la horca. Madeleine recordó las últimas palabras de Rafael: «Si nos descubren, acúsame de haberte secuestrado, incrimíname de todo lo que se te ocurra con tal de salvarte». Y, aun sin pensarlo demasiado, sabía que jamás usaría aquella salida. Si seguir al lado de Rafael implicaba la muerte, entonces seguía siendo una opción mil veces mejor que acabar desposada a un vejestorio y morir en vida.

Rafael abrió la puerta con decisión y se dirigió al encuentro del capitán.

Si no hubiese conocido sus orígenes como bandolero, se habría tragado la elegancia de su porte aristocrático. De hecho, el capitán debía de pensar lo mismo si el que se bajase de su montura significaba algo.

Justo a tiempo, Madeleine consiguió abrir el abanico de encaje y taparse la parte inferior del rostro. Uno de los soldados asomó la cabeza y vaciló un momento al verla. Su mirada cayó de inmediato a su generoso escote.

En condiciones normales le habría puesto en su sitio, como era su derecho, pero por una vez decidió que prefería que un hombre mantuviera su atención alejada de su cara.

—Buenas tardes, señora. ¿Se encuentra bien?

—¡Teniente! —El hombre cuadró inmediatamente los hombros ante la llamada del capitán.

—Si me disculpa, señora —balbuceó antes de salir corriendo hacia donde el capitán y Rafael hablaban, en voz demasiado baja como para que ella

pudiese oírlos.

Como si diesen por finalizada la conversación, Rafael y el capitán se estrecharon la mano, aunque a Madeleine no le pasó desapercibido que, tras aquel gesto, el capitán se guardó un pequeño bolsito negro bajo la chaqueta.

Rafael regresó con paso firme al carruaje, ignorando el saludo del teniente en el proceso. En cuanto se montó y se sentó erguido, golpeó el techo del vehículo y Antonio arreó los caballos. Los hombres en el exterior los observaron curiosos al pasar por su lado, pero nadie hizo el intento de detenerlos.

Sin apenas respirar, Madeleine aguardó a que el coche se alejase, atemorizada de que en el último instante se percatasen de que algo no encajaba o que el capitán cambiase de opinión.

Cuando estuvieron lo bastante lejos y parecía que nada iba a ocurrir, Madeleine al fin miró a Rafael.

—¿Qué fue lo que le dijiste al capitán?

Los hombros de Rafael se relajaron y en sus labios apareció una sonrisa pícara.

—Me hice pasar por un noble conocido por sus aventuras amorosas y le confesé que la mujer que llevaba conmigo era una dama casada.

—Tú… ¿Qué? —Madeleine lo miró horrorizada.

¿Qué habría sucedido si el capitán, aun así, se hubiese acercado a descubrir quién era? Solo podía imaginarse la mortificación que la habría hecho sentir mantener aquella fachada.

—Era la mejor manera de evitar que tratasen de exponerte. Además, explicaba por qué un hombre de mi posición viajaba en un carruaje de tan poco nivel.

De repente, Madeleine rompió a reír sorprendiéndolos a ambos.

—De modo que ahora soy una esposa libertina que disfruta de la vida y tú eres mi amante, ¿no?

Él la estudió con reserva, como si no se fiase de su repentino cambio de humor.

—Imagino que esa sería una forma de definirlo.

Madeleine ladeó la cabeza al estudiarlo.

—¿Y no se supone que los amantes prohibidos son más divertidos y atrevidos? Si tuviese que clasificarte, más bien te metería en la categoría de un marido.

Rafael arqueó una ceja y su sonrisa adquirió un aire peligroso. Aquella

fue la única advertencia antes de que la sentase sobre su regazo y acallara su grito sobresaltado sellándole la boca con la suya. Un gruñido de aprobación vibró contra sus labios cuando ella los abrió a él y respondió con la misma hambre voraz y desesperada.

Las ásperas manos masculinas no tardaron en encontrar una entrada bajo la larga falda para ascender por sus muslos con la misma exigencia con la que antes se había enfrentado al peligro. Al llegar a la coyuntura de sus piernas, Rafael levantó la cabeza y alzó las cejas, con un brillo tan burlón como temible en sus ojos.

—Me da la impresión de que no te importa demasiado convertirte en una mujer *perdida* en mis manos. Casi me atrevería a decir que te excita la idea.

Aun sin respiración, ella se mordió los labios y lo miró indecisa.

—¿Qué pensarías de mí si te confesara que me gustaría vivir más aventuras? ¿Que me siento más viva que nunca antes y que no quiero que acabe?

—¿Qué tipo de aventuras? —preguntó Rafael, apartándole un mechón de cabello del rostro para colocárselo tras la oreja.

—Más como la de hoy o como la de la cueva, situaciones que me permitan romper con quien soy, con quien se supone que debo ser. Cosas que me hagan sentir libre, y en las que no me importe lo que los demás puedan pensar o esperar de mí.

Rafael la estudió largo rato antes de contestar.

—Creo que se me ocurre algo que podemos hacer. Algo totalmente prohibido para una mujer decente. ¿Es eso lo que quieres?

El corazón de Madeleine se aceleró y sus manos comenzaron a sudar de la emoción.

—¿Y eso sería?

—Tendrás que esperar a averiguarlo —le contestó con un guiño.

—¡Rafael!

—Es mejor aguardar a la noche. Además, primero tenemos que encontrarte ropa adecuada. ¿No es una suerte que ahora seas bandolera y que como tal tengas derecho a una parte del botín de hoy?

—¿Qué? —Madeleine se enderezó sobre su regazo.

La sonrisa de Rafael fue perezosa cuando su mano retornó a su tarea de conquista y derribo bajo su falda.

—¿No es eso lo que hiciste hoy? ¿Actuar como una auténtica bandolera?

Salvaste a tu cuadrilla. Les robaste a esas mujeres…

—¡Yo no…!

—Sí que lo hiciste, lo llevas puesto ahora mismo. —Los ojos de Rafael bajaron hasta la prenda en cuestión—. Aunque estoy planteándome seriamente deshacerme de ese vestido.

—No puedes…

—Claro que puedo. Aunque, volviendo al tema, también engañaste a un cuerpo de seguridad del Estado.

—Yo…

—Y ahora que me lo planteo… —Los ojos masculinos se entrecerraron, aunque a ella no le pasó desapercibida la expresión diabólica que había aparecido en ellos—. Tal vez fuese mejor ponerte en tu sitio antes de que decidas robarme el puesto de jefe.

—Rafael…

—Quítate el vestido. Se me ocurren mil formas de castigarte y no hay tiempo que perder si quiero llevar a cabo al menos una parte de lo que tengo planificado antes de que lleguemos a nuestro destino.

Capítulo 28

Curro ya los estaba esperando con los caballos cuando llegaron a las afueras del pueblo.

—Parece que tu plan ha funcionado. —Rafael ayudó a Madeleine a bajar del coche.

—Ha sido una suerte que nos llevásemos el carruaje. Si lo hubiésemos

dejado allí, habríamos levantado la liebre y de seguro hubiesen encontrado a los rehenes y nos hubiesen perseguido —admitió Antonio con una mueca.

—Si no están tras nosotros, significa que no los han encontrado aún. —

Con la ayuda de Pepe, Rafael abrió el baúl en el que habían guardado sus ropas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Antonio, rebuscando entre las prendas —.

¿Enviamos el carruaje de regreso para que recoja a la familia que abandonamos allí?

—No. —Rafael se quitó sus ropajes para ponerse su indumentaria vieja y Madeleine apartó rápidamente la mirada cuando el resto de los hombres siguieron su ejemplo—. Los escopeteros vieron nuestras caras. Si los viajeros acuden a ellos para denunciarnos, les bastará un vistazo al carruaje para saber quiénes somos. Mejor que piensen que los bandoleros se dieron traza para hacer desaparecer el coche de caballos. Manda al cuñado de Isabel con un par de bestias. Que se los encuentre como por casualidad.

Igual lo consideran su héroe y hasta le dan alguna recompensa por salvarlos. Pepe y Curro, vosotros clasificad lo que hemos cogido y encargaros de venderlo y repartirlo. Que Isabel os eche una mano. La mitad es para el párroco, para que lo distribuya como de costumbre. Madeleine, tú te vienes conmigo. No necesitas cambiarte, solo llamarías más la atención con un atuendo masculino. Isabel te conseguirá algo más sencillo para luego.

Apenas habían entrado en la primera calle del pueblo cuando pequeñajos de todas las edades rodearon sus caballos. A pesar de que correteaban y saltaban descalzos a su alrededor y que las manos no tenían nada que

envidiarle en suciedad a las de los chiquillos que la despidieron en Jerez, la alegría de la algarabía en esta ocasión era muy diferente de aquella otra.

—¿Nos ha traído algo, don Rafael? —Se repetía la pregunta como un eco a su paso.

—No lo sé, ¿por qué habría de traeros algo? —Rafael trataba de

mantenerse serio, pero las comisuras de sus labios lo traicionaban.

—¡Porque nos prometió que si nos aprendíamos la tabla del cinco nos premiaría! —gritó uno de los chicos más grandes.

—¿Y os la habéis aprendido?

A Madeleine no se le escapó que, mientras varios niños chillaron entusiasmados un sonoro «¡Sí!», algunos otros agacharon la cabeza, en particular los más jóvenes.

—Con un sí no basta, quiero que me la recitéis —exigió Rafael.

Enseguida se inició un coro descoordinado a su alrededor.

—Uno por cinco, cinco; dos por cinco, diez; tres por cinco, quince… —

Los más chicos repetían a destiempo lo que decían los mayores, con sus rostros cada vez más iluminados por la esperanza a medida que la tabla avanzaba y que Rafael no les llamaba la atención—. Cinco por diez,

¡cincuenta!

—Mejor que la última vez, pero aún os queda por mejorar. —Rafael introdujo la mano en su alforja y sacó un par de paquetes de palos de caña de azúcar amarrados por finas cuerdas—. ¡En fila y sin empujones, o me los guardo otra vez! —avisó con autoridad.

—¿Y, para las mamás, no hay? —preguntó una señora que salía de su casa, secándose las manos en un delantal lleno de manchas.

—Solo si me dan su palabra de que su marido no va a perseguirme luego con la escopeta —bromeó Rafael.

—Antes le saco yo la escoba que permitirle que me prive de mi trocito de dulce —replicó la mujer con una carcajada, acercándose para hacerse con su tesoro.

Los saludos, las risas y las bromas continuaron a lo largo de las dos calles que les llevó llegar a la casa en la que Isabel los aguardaba con una amplia sonrisa y un bebé en brazos. Más que un bandolero, Rafael parecía un héroe retornado de la guerra.

—¡Isabel! —Madeleine dejó que Rafael la ayudase a bajar del caballo para salir a su encuentro y darle un abrazo.

—¡Señora! Me alegra verla de nuevo. —Isabel le dio dos besos en las

mejillas—. Pensé que ya se habría ido.

—¿Este es el futuro jefe de la casa? —Rafael cogió a la criatura de los brazos de Isabel con tal soltura que Madeleine no pudo más que parpadear un par de veces.

¿El hombre iba a dejar de sorprenderla alguna vez? Desde que habían llegado al pueblo, no había cesado de causarle un asombro tras otro.

—Cualquiera diría que el marqués no tiene demasiadas prisas por desposarse conmigo —replicó Madeleine con una mueca, aunque bajó la voz lo suficiente como para que solo Isabel pudiese oírla.

—Mejor para nosotros, así podemos disfrutarla más. Pase a conocer a mi familia.

Isabel le presentó a su hermana Cristobalina, a su madre, a sus abuelos y a cinco de sus seis sobrinas. Todas ellas niñas, excepto el bebé recién nacido, que Rafael le entrego a Madeleine antes de salir a la calle a saludar a algunos vecinos, ajeno a lo paralizada que la había dejado atrás.

—Tome, aquí tiene una silla para sentarse —le indicó Isabel, compadeciéndose de ella.

—Yo…

—¿Nunca ha cogido a un bebé en brazos? —Isabel se sentó a su lado.

—En alguna ocasión excepcional. Ya te lo dije: no acostumbraba a salir mucho de la mansión de mi marido. —Madeleine cogió la manita infantil entre sus dedos y la estudió—. Es tan chiquitín y lindo. Creo que me aterraría ser responsable de mantenerlo a salvo.

—Son más fuertes de lo que aparentan y crecen más rápido que la mala hierba.

—¿Usted no tiene hijos, señora? —preguntó Cristobalina.

La sonrisa de Madeleine se congeló. Odiaba que le hiciesen esa pregunta, pues la hacía sentir inferior, deficiente, en especial cuando se la hacía una mujer que no podía tener muchos más años que ella y ya tenía a siete hijos en su haber. Era la pregunta típica que solían hacerle en las pocas reuniones sociales a las que asistía e,

invariablemente, iba seguido de miradas condescendientes y de lástima.

—No, por desgracia no —respondió con frialdad.

Preparada para enfrentarse a su juicio, Madeleine alzó la cabeza, pero la mirada con la que se encontró no fue la de Cristobalina, sino la de Rafael, que había regresado y estaba observándola en silencio. Recordando la pelea que habían tenido cuando ella le pidió que la dejase embarazada, Madeleine

apartó con rapidez la vista. No había encontrado ningún juicio en el rostro masculino; pero, si ya era difícil admitir ante otra mujer que no había sido capaz de tener niños, hacerlo ante el hombre del que se había enamorado era mucho peor.

Cristobalina resopló.

—¿Por desgracia? Las gracias es lo que debería dar de no ser una coneja como yo. ¡Seis niñas! ¡Seis! ¡Una por año! Le prometí a mi marido que le daría un niño, y lo he cumplido. Ahora es a él al que le toca cumplir y dejarme tranquila. Porque, como me preñe una vez más, juro que le corto el rabo.

—¡Niña! ¡Ese vocabulario! Que la señora se va a creer que no he sabido educar a mis hijas. Y no sé de qué te quejas, doce he tenido yo. Siete varones y cinco hembras —la riñó la madre—. Y ni una vez me he quejado de ello.

—Aguarde un rato, señora, y la oirá rezongar —murmuró Isabel a su lado

—. Mi madre se queja tanto que me alegro de no tener ni uno solo. Me sobra con mis sobrinas.

Antonio llegó un poco después y, junto a Rafael, entró en una conversación con el abuelo y uno de los hermanos de Isabel. Aunque las mujeres no cesaban de hacerle preguntas, Madeleine tuvo la oportunidad de observar a los hombres y reparó una vez más en cuán diferentes eran Antonio y Rafael de los demás. No era tanto su físico, sino sus ademanes, su hábito de limpiarse las manos en pañuelos en vez de en sus pantalones, la forma en la que cerraban los labios al comer o cómo, al hablar, acostumbraban a pronunciar las palabras completas en vez de cortar las últimas consonantes.

A su mente vinieron el beso en la mano que le dio Antonio el día en

que lo conoció, la realidad de que ambos sabían escribir y los conocimientos de Rafael acerca del arte rupestre o sobre el marqués de Sade. No era algo que se hubiese esperado de simples campesinos, o incluso de bandoleros.

—¿Qué sucede? Pareces perdida en tus pensamientos.

Madeleine se sobresaltó tanto con la voz de Rafael a su lado que el bebé en sus brazos rompió a llorar.

—Apóyalo de este modo sobre el hombro y mécelo un poco. Le ayudará a calmarse —le recomendó Rafael—. ¿Y bien? ¿Qué es lo que te tenía tan abstraída?

—Ah… Eh… Estaba recordando un verso —mintió Madeleine,

improvisando sobre la marcha mientras atendía al crío—. Creo que es de un autor español, pero no recuerdo su nombre.

—¿Cuál es?

—Dice algo así como «Que toda la vida es sueño y los sueños, sueños son».

—Te refieres a Calderón de la Barca. Esos versos forman parte de una célebre obra de teatro titulada *La vida es sueño*.

—Sí, es ese. —Madeleine trató de sonreír.

Si le había quedado alguna duda, Rafael acababa de aclararla. Ni él ni Antonio eran quienes aparentaban ser. Pero, si no eran unos forajidos incultos, ¿quiénes eran y por qué se habían convertido en bandoleros?

—Tengo que ir con Antonio a solventar un asunto. ¿Estarás bien con Isabel durante un rato?

—Sí, claro. —Madeleine sonrió con algo de esfuerzo. No es que le preocupase quedarse con Isabel, pero le decepcionaba que la dejase a

solas y que no confiase lo suficiente en ella como para llevarla consigo.

Rafael lo tuvo que notar, ya que le acarició la mejilla y la miró a los ojos.

—Solo será un rato. Volveré enseguida. Después de todo, no puedo permitirme el lujo de que mi cautiva más valiosa trate de fugarse de mí.

A Madeleine se le escapó un resoplido.

—Soy tu única cautiva.

—Con motivo de más. No te puedo perder —replicó Rafael, con un guiño, antes de marcharse.

Cuando se giró, Cristobalina estaba estudiándola con lástima en los ojos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Madeleine incómoda.

—Sabe que un bandolero es como un gavilán, ¿verdad, señora? —

Cristobalina reajustó a la pequeña Manuela, de dos añitos, sobre sus caderas

—. Únicamente persiguen a las palomas, hasta que se las zampan, y siempre retornan a su propio nido.

—No sé por qué habría de mencionarme eso.

—Porque es un rehén curioso el que no escapa cuando tiene la jaula abierta.

—¡Cristobalina! ¿Quieres buscarme un lío? —Isabel se acercó a Madeleine y, poniéndole una mano en la espalda, la condujo a una silla en

el patio—. Se supone que soy yo quien tiene que cuidar de ella y evitar que huya.

—Yo no —replicó Cristobalina con firmeza—. Y esta es mi casa, no el cuartel de los escopeteros. Aquí no retenemos a nadie.

—Usted no le eche cuenta, señora, que don Rafael me mata si regresa y usted no está.

Ignorando a Isabel, Madeleine se dirigió a su hermana, manteniéndole la mirada.

—Tiene razón. Podría escapar antes de que me devoren, pero el único sitio en el que me esperan es en otra jaula que cerrarán en cuanto pase por el umbral. Tal vez no alcance a comprenderlo, pero algunas palomas preferimos un único vuelo en libertad a toda una vida al otro lado de los barrotes.

Como si se resistiese a dar su brazo a torcer, Cristobalina se mantuvo en silencio, hasta que se giró con brusquedad y se marchó.

—No le eche cuenta, señora. —Isabel le puso una mano sobre la rodilla

—. Mi hermana es buena gente, pero a veces le cuesta ver más allá de sus narices.

—¿Qué es lo que tiene contra los bandoleros?

Isabel soltó un pesado suspiro.

—Siendo solo una muchacha, antes de casarse con Felipe, estaba comprometida con Carlos. Era un mozo de buen ver, de risa fácil y enamorado de mi hermana hasta el tuétano.

—¿Y qué ocurrió?

—Que, todo lo que Carlitos tenía de bueno, su hermano lo tenía de malo.

Acabó metiéndose en un embrollo por temas de juegos y Carlos, por salvarlo, mató a un hombre. Fue un accidente en realidad, pero no les quedó más remedio que huir. Acabaron en un grupo de bandoleros y, de bueno que era Carlos y de tanto que quería a mi hermana, no la quiso compartiendo esa vida con él, por lo que la dejó.

—Debió de dolerle mucho si lo amaba.

Isabel dirigió una mirada a donde Cristobalina había desaparecido.

—A veces pienso que, más que romperle el corazón, le partió el alma.

Carlitos se llevó una parte de ella que nunca recuperó.

—Señora… —La pequeña Mari Pepa, otra de las sobrinas de Isabel, se presentó con cuatro chiquillos más en el patio—. Juana no me cree

cuando le digo que de donde viene usted hay palacios con salones donde la gente

bebe y baila, y que las mujeres se ponen en las barandillas con cañas para pescar a los duques y barones ricos apostados abajo que quieren casarse con ellas.

Madeleine parpadeó varias veces e Isabel rodó los ojos exasperada.

—¿Cuándo he dicho yo que usen cañas?

—¿Y cómo iban a pescarlos si no, tía? —preguntó Mari Pepa con las manos en la cintura.

Sin poder evitarlo, Madeleine rio.

—Esa es una buena pregunta, Isabel. ¿Cómo pescamos las mujeres a un marido en un baile?

La pregunta dio para mucho. De hecho, dio para tanto que un rato después Cristobalina se encontraba sentada junto a ellas y varias vecinas para escuchar, encandiladas, sus historias sobre la alta sociedad inglesa y sus costumbres. Y, de cuando en cuando, bromeaban sobre cómo cazarían ellas a un duque o qué harían con tantas riquezas.

Madeleine acabó tan distraída que no echó de menos a Rafael hasta que introdujo la mano en el bolsillo en busca de la cadenita de plata y no la encontró. Isabel fue la primera en darse cuenta de su repentino ataque de pánico.

—¿Ocurre algo, señora? Se ha puesto más blanca que el paño que pone don Eusebio en el altar los Domingos de Pascua.

—Yo… ¿Dónde está la ropa que trajimos?

Isabel y Cristobalina intercambiaron una mirada.

—¿Los trajes finos? Se los llevaron Curro y Pepe para vendérsela a Mariano Currondico —aclaró Cristobalina.

—No, la ropa de bandolero. —La voz de Madeleine se tornó cada vez más aguda.

Sin la cadena, ¿qué le quedaba para poder recordar a Rafael y lo que habían compartido?

—Hay algunos trapos sucios que guardé para lavarlos luego —ofreció Isabel insegura.

—¡¿Dónde están?!

—Venga por aquí. —Isabel la acompañó al fondo del patio, techado de mala manera, y le mostró una cesta llena de ropa—. ¿Qué está buscando?

Madeleine revisó, alterada, las prendas. La faja, necesitaba la faja que había usado durante su travesía como bandolera.

—Yo… —Madeleine se tapó la boca con la mano para acallar el sollozo

que se le escapó cuando desenvolvió la larga tela roja y estaba vacía.

—Señora, cálmese. ¿Qué es lo que está buscando?

—Una cadena, una luna de plata —murmuró Madeleine tratando de retener las lágrimas, que le quemaban en los ojos.

—¿Y la guardó en la faja plegada?

Madeleine asintió. No había sido una opción muy práctica, pero era la única que había tenido cuando tuvo que desvestirse en el coche de caballos con Rafael presente. Por desgracia, sus besos la habían distraído de su intención por recuperar la cadena y esconderla en los bolsillos de su falda.

—¿Y ya no está?

—No —musitó con la voz quebrada.

—Eso lo solucionamos en un periquete. —Isabel desapareció en la casa y retornó con un pañuelo—. San Cucufato, san Cucufato, con este pañuelo blanco los huevos te ato y hasta que no aparezca la luna de plata no te los desato. Amén —finalizó, dándole un buen estirón al nudo que acababa de hacer.

—Isabel, ¿qué estás haciendo?

—Tome, guarde el pañuelo. Ya verá cómo aparecerá.

—Isabel…

—Usted confíe en mí. Aquí no tendremos ni duques ni barones ni

bailes refinados, pero santos tenemos para dar y regalar. Y san Cucufato nunca nos falla, aunque solo sea para que lo desatemos. —Rio Isabel, apretándole el brazo en un gesto de complicidad.

Capítulo 29

Tras un rápido vistazo a las hogueras encendidas en las afueras de la posada, Madeleine se dejó deslizar del caballo a los fuertes brazos de Rafael. Por un momento, sus miradas se cruzaron y el mundo pareció detenerse.

—¿Preparada para vivir tu aventura?

Los labios de Madeleine se abrieron al contacto del cálido aliento masculino sobre su piel.

—Más que lista.

¿Aquella voz ronca y sensual había sido la suya? Sonaba tan extraña y ajena como lo había sido su imagen en el espejo de Isabel antes de que saliera a escondidas por la parte trasera del patio.

—De acuerdo entonces. —Rafael se ocupó de los caballos y se colocó la alforja sobre el hombro.

Si desde el lomo del animal aquel ambiente le había recordado a la fiesta popular a la que había acudido aquella primera noche con Lydia, con los pies en el suelo y una inspección más exhaustiva le dejaron claro que estaban en un lugar muy diferente.

—¿Qué…? ¿Qué es esto? —preguntó Madeleine, sin aliento, al localizar a una mujer sentada sobre las rodillas de un viejo mientras este chupaba su pezón y ella se besaba con otro.

No menos imponente fue el descubrir la forma en la que la mano de uno de aquellos clientes desaparecía bajo la falda de otra mujer. O que no muy lejos de allí, andando entre las mesas, una morena tuviese el dobladillo tan alzado en el frontal que mostraba sus pantorrillas y hasta parte de sus rodillas al andar.

—¿Tú qué crees, Madeleine?

—Yo… No lo sé. Nunca he estado en un… establecimiento así.

—Mira bien. —Rafael la abrazó desde atrás y le susurró al oído—. Es un lugar al que ninguna mujer decente debería venir jamás.

Madeleine dejó de respirar.

—¿Un prostíbulo? —Si no hubiera sido por el cante, probablemente podría haber oído el latido de su propio corazón.

—Aún podemos irnos si lo prefieres. —Rafael depositó un tierno beso

detrás de su oreja.

Madeleine se tocó la peluca castaña para comprobar que no se había movido y metió las manos bajo la capa para tirar hacia arriba del ceñido corpiño en un intento por cubrirse un poco más el escote. ¡Imposible!

Rafael se lo había ceñido más que la sirvienta de su madre cuando fueron a llevarla a su primer baile de temporada en Londres. Aquella noche había sido capaz de tomar algo de agua. Hoy dudaba que quedara espacio en su esófago para que bajase.

¡Y él era quién le había formado la de san Quintín porque llevaba corsé el día en que la secuestró!

—Ven, deja que te ayude con esto. —Rafael le quitó la capa con la que había estado cubriéndose y se dispuso a guardarla en su alforja.

El aire fresco de la noche sobre su piel la hizo consciente de la cantidad de piel que enseñaba. El único modo de que su escote fuera más indecente habría sido exhibiendo sus senos y, por no llevar, no llevaba ni guantes.

Madeleine dio dos pasos hacia atrás, resguardándose entre las sombras.

—¿Madeleine?

Con la mano sobre el pecho, ella negó con la cabeza.

—No sé si puedo hacerlo.

—¿Qué es lo que piensas que no puedes hacer? —preguntó Rafael con calma.

—Ir ahí a… a…

—No vas a hacer nada y nadie te obligará a hacerlo. —Le alzó la barbilla con un dedo—. Aquí nadie te conoce y, aunque lo hicieran, no se les pasaría por la mente que pudieras ser tú. Eres libre de limitarte

a observar, de hacer lo que quieras o de irte. No me moveré de tu lado y estaré junto a ti para protegerte. Respetaré lo que decidas. —Rafael la soltó—. Piénsalo, Madeleine. ¿Cuándo volverás a tener una oportunidad de visitar un sitio como este con impunidad y colmar la curiosidad que me consta que tienes?

Jamás. Ella lo sabía, esa era la cuestión. Era ahora o nunca.

—Me confundirán con una… una de ellas, ¿verdad? —Madeleine miró hacia las mujeres, a las que no parecía afectarles ni lo más mínimo que les metieran mano en público.

—¿Importa? Ellos no te conocen y tú sabes que no es cierto.

—¿Y si alguno de ellos intenta algo?

—¿Con el más temible de los bandoleros a tu lado?

Madeleine no pudo más que reírse ante el ridículo movimiento de sus

cejas y, con la risa, la mayor parte de su temor se evaporó. Tomó una profunda inspiración y soltó el aire con lentitud.

—De acuerdo, vamos.

—Tú por delante, me gustan las vistas desde atrás.

—¿Qué? —Madeleine se viró, sobresaltada, hacia él.

¿Le acababa de insinuar que le gustaba mirarle el trasero? Rafael puso cara de no haber roto un plato en su vida.

—Eso no es de caballeros. Los caballeros siempre abren el camino a las damas en sitios oscuros y terrenos peligrosos.

—Cariño… —Rafael se acercó a ella y le posó una mano firme en la cintura—. Olvidas que no estás con un caballero, sino un bandolero. Tomo lo que deseo, cómo y cuándo quiero.

Madeleine se percató de que varios pares de ojos se habían posado en ellos. Los de los hombres, cargados de lascivia; los de ellas, llenos de desconfianza y rechazo, como si estuviera invadiendo su territorio sin permiso. Madeleine titubeó y tropezó. El brazo de Rafael se estrechó de inmediato a su alrededor.

—¿Quieres que entremos dentro o prefieres quedarte fuera?

—¿Qué diferencia hay?

—Dentro se está más tranquilo, pero hace más calor y te perderías lo mejor de la acción que transcurre aquí.

—Fuera entonces.

Después de pasar el mal trago de enfrentarse a aquella situación, no iba a arriesgarse a perderse algo. Rafael les encontró una mesa con un par de taburetes cerca de donde una pareja bailaba al son de una guitarra y el toque de las palmas de los hombres que la rodeaban. Cuando Madeleine fue a sentarse a su lado, él la guio sobre su regazo. Para el alivio de ella y, a pesar de la contigüidad, Rafael no hizo nada más.

—Míralos y dime qué es lo que ves. —Rafael hizo un gesto con la cabeza en dirección a los bailarines.

Ella tragó saliva al observarlos. Las miradas que se dirigían aquellos desconocidos iban cargadas de intenciones. El generoso escote de la mujer dejaba entrever cómo corrían diminutas gotas de sudor por sus senos, que subían y bajaban como si estuvieran impacientes por liberarse y salir al encuentro de su amante, y el apasionado balanceo de sus caderas se traducía en una sensual invitación. El bailaor, sin embargo, combinaba la proximidad y la distancia en una seducción lenta y segura. Era casi como

una promesa en la que le aseguraba a ella que, si se atrevía a ir a por él, le daría lo que le pidiese.

—¿Y bien?

—Son como amantes que se seducen mutuamente.

—¿Qué crees que le está queriendo transmitir ella?

—Ella quiere que él la desee, convertirse en el centro de su universo, que le demuestre que está dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirla…

—¿Qué más?

—Necesita que él la seduzca despacio y con ternura, pero a la vez dándole toda la pasión que hará que se sienta completa.

—¿Y él? ¿Qué supones que pueda querer él? —Rafael le pasó la jarra

que le trajo una posadera.

—Él quiere que sea ella la que dé el primer paso. Quiere que se entregue a él en cuerpo y alma, que le convenza de que es merecedor de ella. Porque, aunque la ama, quiere sentirse tan suyo como necesita que ella lo sea de él.

—Madeleine giró la cabeza hacia él y lo encontró observándola con las pupilas dilatadas y brillantes, en una mirada que parecía ser capaz de atravesarla. Se humedeció los labios—. ¿Me he pasado con mi imaginación?

Rafael negó despacio.

—Yo no habría podido explicarlo mejor.

La ronquera en su voz le recorrió la piel, envolviéndola como un halo.

Madeleine tomó un sorbo del vino y dejó que el líquido dulzón le aliviara la sequedad de la garganta y le proporcionara el tiempo que necesitaba para armarse de valor. Cuando bajó la jarra, estaba completamente segura de lo que deseaba.

—¿Y tú? —inquirió ella, en lo que apenas era un murmullo incitante, mientras le acariciaba con dedos temblorosos el labio inferior—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

No hubo respuesta, pero la fascinación visible en la intensa mirada masculina le reveló mucho más de lo que necesitaba. Madeleine se tomó su tiempo para inclinarse hacia él y reclamar su boca. Los primeros roces fueron lentos, tentativos, hasta que sus lenguas se entrelazaron y el beso se profundizó. Rafael recorrió su cadera, despertando un fuego cargado de urgencia en su vientre, y Madeleine abandonó cualquier intento por separarse de él, hasta que la superó la necesidad de llevar aire a sus pulmones.

—¿Nos vamos? —preguntó Rafael, tan fuera de aliento como ella.

Ella asintió. Rafael lanzó una moneda sobre la mesa. Las palabras sobraban mientras se encaminaban, apresurados, hacia los caballos.

—¿A dónde vas, preciosa? No irás a marcharte tan pronto, ¿no?

Madeleine jadeó ante el contacto de dedos ásperos sobre su brazo desnudo. Incluso antes de que pudiera liberarse del indeseado agarre, Rafael ya le había apartado la pezuña con un golpe brusco al

desconocido.

—Viene conmigo —advirtió Rafael, con un tono que no por ser bajo resultaba menos amenazante.

—¿Y? Ni que te perteneciera —espetó el otro, a pesar de que bajó la mano y retrocedió un paso.

—En este caso, sí que lo hace —gruñó Rafael, empujando a Madeleine detrás de su espalda.

—Eso lo tendrá que decidir ella —contestó el hombre—. A lo mejor le interesa más lo que tengo que ofrecerle yo.

—Eso lo decido y…

—¿Qué me ofreces? —Lo interrumpió Madeleine al rodear a Rafael y enfrentarse al desconocido con los brazos en jarras.

¡¿Cómo se atrevían a disputársela como si fuera una pieza de ganado?!

¡Y encima con ella delante!

—¡Tres reales! —exclamó el individuo, con un brillo triunfal en los ojos.

—¿Y qué me ofertas tú? —Madeleine se volteó hacia Rafael.

En cuanto vio cómo se le descolgaba la mandíbula, frunció los labios por no romper a reír. Rafael entrecerró los ojos.

—Cuatro reales.

—Cinco —contraatacó el otro, irritado.

—Diez. —Rafael cruzó los brazos sobre el pecho.

El desconocido se frotó la barbilla, hasta que asintió decidido.

—Está bien, lo igualo.

Rafael cogió la mano de Madeleine y, sacándose un saquito de piel de la faja que llevaba en la cintura, lo estampó sobre su palma abierta haciendo sonar las monedas. El hombre lo ojeó boquiabierto, negó con la cabeza y se largó maldiciendo en voz baja.

—¿Cuánto es? —preguntó Madeleine, inspeccionando curiosa el

bolsito.

Seguía sin acostumbrarse a las monedas españolas y su equivalencia en guineas.

—Mucho.

Debía de serlo, cuando el hombre se había marchado tan enfadado.

—¿Más de lo que suele cobrar una prostituta aquí?

—Infinitamente más. Puedes considerarte la mejor pagada de esta zona.

Madeleine fue incapaz de retener la risa que surgió de su garganta.

—Tienes suerte de que no tenga intención de arruinarte; si no, te lo cobraría en serio —le sonrió ella, devolviéndole el monedero.

Rafael sacudió la cabeza.

—Cuando se participa en una subasta hay que hacerlo con todas las consecuencias. ¿Qué gracia tendría pujar si no supusiera un sacrificio? El dinero es tuyo.

—¿Qué? —Madeleine parpadeó confusa. ¿Le estaba tratando de decir que había pagado por sus servicios como prostituta?

—No me mires así. —Rafael le guiñó un ojo—. ¿Si me lo hubieras ganado jugando a los naipes te lo habrías quedado?

—Sí, claro. —Eso era lo que hacía la gente y para eso se participaba.

—Esto también es un juego, Madeleine, uno en el que yo soy un cliente y tú la mujer a la que quiero poseer esta noche. —Un escalofrío recorrió el vientre de Madeleine ante la inusual propuesta. No supo si sentirse excitada o insultada. Si aceptaba ese dinero…—. Pero recuerda una cosa.

—¿El qué? —Madeleine lo miró insegura.

—Que he pagado una suma muy alta por tus servicios. No me basta una cortesana de lujo, quiero lo mejor que tengas para ofrecerme.

¿La estaba retando? Un extraño estremecimiento la recorrió. ¿Pensaba que no sería capaz de estar a la altura? Madeleine pesó las monedas sobre su palma.

—¿Con esto hay para una habitación?

—La mejor de la posada: sábanas limpias y la comida servida en privado.

Madeleine se mordió los labios. ¿Cuánto no estaría dispuesta a pagar por pasar una noche en una cama con colchón? Ya ni recordaba cómo se sentían. Era uno de los pocos lujos que echaba de menos.

—Quiero esa habitación —afirmó Madeleine decidida.

—Tus deseos son órdenes —afirmó Rafael—. Al menos hasta que estemos en ella —añadió, con una advertencia peligrosa en sus pupilas.

Capítulo 30

Madeleine se estremeció bajo el delicado raspado de la barbilla de Rafael al recorrerle el hombro con dulces besos. Sonrió, bajó el paño mojado con el que estaba aseándose y contempló a través del sencillo espejo de tocador cómo el sol de media mañana entraba por la ventana e iluminaba el atractivo rostro masculino.

—¿Estás segura de que quieres bajar sola? Puedo esperar a que termines para acompañarte. —Rafael depositó otro de aquellos tiernos besos sobre su piel, aunque esta vez mucho más cerca del cuello.

—Eso me dijiste al amanecer y todavía seguimos aquí —le recordó, obligándose a ignorar la tentación de girarse en sus brazos.

—¿Qué culpa tengo yo de que estés tan deliciosa?

Con un pequeño gemido de placer, Madeleine alzó la mano para sujetarle la nuca, pero volvió a bajarla en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Tienes que dejar que me asee y me vista; si no, no conseguiremos irnos nunca. —Frotó su mejilla contra la de él—. ¿Hay algún peligro si bajo sola?

—No creo. La mayoría de los clientes se fueron anoche, y los que quedan es muy probable que estén tan borrachos que sigan inconscientes a estas horas. Si quieres puedo enviarte a la posadera para que te ayude y te acompañe hasta la salida.

—Me vendría bien una mano con el corsé, sí.

Rafael trazó con sus labios un camino que le llevó hasta el hueco de su cuello, donde la mordió con suavidad, justo como a ella le gustaba.

Madeleine resistió el impulso de cerrar los párpados y dejarse llevar.

—¡Largo! A este paso el posadero nos cobrará otra noche más —lo regañó, forzando una sonrisa.

Sabía que era culpable y no se arrepentía de nada, pero eso no significaba que quisiera someterse al escarnio público. Estaba tan poco preparada para enfrentarse a la gente que la vería al salir como lo estaba para hacerlo a ella misma.

—Está bien. Iré preparando los caballos —consintió Rafael a regañadientes, colgándose la alforja sobre el hombro antes de encaminarse hacia la puerta.

—Espera, tienes que llevarte el dinero para pagar la habitación.

Rafael alzó una ceja.

—Se supone que eso iba incluido en los servicios por los que te pagué.

Un bochornoso calor invadió las mejillas de Madeleine al evocar su atrevido juego de la noche anterior.

—Pero…

—Conozco a la posadera. A pesar de la reputación de este sitio, es una buena persona. No te comerá.

Madeleine frunció el ceño.

—¿Sueles frecuentar este lugar?

Rafael volvió a cerrar la puerta y se apoyó contra el dintel con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Me estás preguntando si suelo pasar por aquí o si hago uso de los servicios que se ofertan?

Un desagradable frío la invadió.

—¿No es lo mismo? —preguntó frotándose los brazos.

Los labios masculinos se ladearon. Se dirigió hacia ella sin prisas y le alzó la barbilla con parsimonia.

—Es un buen punto de encuentro para cerrar tratos. Y, cuando Pepe no suele aparecer por el refugio, es bastante probable que esté en algún rincón de esta posada durmiendo su resaca. He venido a por él alguna que otra vez.

—¿Solo por eso?

El semblante de Rafael tomó un matiz serio.

—No voy a mentirte, Madeleine. No soy un santo y lo sabes, pero jamás he pagado por una mujer en este establecimiento… Hasta ayer —añadió burlón—. Al final va a resultar que eres una mala influencia.

—¡No me lo recuerdes! —Madeleine se tapó el rostro.

Rafael rio y le apartó las manos.

—Ambos somos adultos. Solo fue un juego, uno que disfruté hasta el último segundo. Y, aunque no lo hubiera sido, vales cada real que me has sacado. Es usted extraordinaria, *lady* Madeleine, y ha conseguido tenerme a sus pies. —Rafael le dio un beso en la punta de la nariz.

Ella lo observó alejarse. La rigidez en sus labios fue poco a poco relajándose, hasta que acabó por convertirse en una pequeña sonrisa de felicidad. Se sentía como una mujer libre por primera vez en su vida.

Con la mano en el pomo, Rafael se giró hacia ella.

—¿Y tú? ¿Te arrepientes?

Ella lo estudió. Estaba serio, pero nada en su rostro traicionaba sus pensamientos.

—No.

Rafael inspiró con profundidad y asintió.

—Yo tampoco.

—¿Quién es? —Madeleine se colocó, apresurada, la peluca.

—Paca, la posadera. Me manda el Señorito para que la atienda.

Después de entreabrir la puerta para comprobar que era cierto, le abrió a la mujer y se apartó de su camino.

—¿El Señorito?

La mujer rio, dejando a la vista un amplio hueco en la parte superior de su dentadura.

—Tiene acento extranjero. —La mujer ladeó la cabeza y la estudió—. No sé cómo anoche ninguna nos dimos cuenta. Se le nota a leguas que esa piel y esa cara no son de por aquí.

Madeleine se alegró de haberse colocado la peluca antes de abrirle.

—Perdón que la interrumpa, ¿a qué se refería con lo del *Señorito*?

Paca encogió un hombro.

—El *Caballero* es un apodo que ya estaba cogido por otro bandolero, de modo que la gente terminó llamándole el *Señorito*.

—¿Sabe que es un bandolero?

La mujer recogió el corsé de la cama.

—Todos los del pueblo lo saben.

—¿Y nadie lo denuncia? —Madeleine jadeó cuando le tensó las cuerdas con maestría.

La mujer la miró a través del espejo.

—¿A usted nunca le han dicho eso de que no se muerde la mano que te da de comer? El Señorito es un caballero que se preocupa porque a nadie le falte de nada. Tenga cuidado con lo que diga sobre él. Por estas tierras podrían cortarle el pescuezo si habla mal de él.

—Vaya. —Madeleine aceptó su ayuda para ponerse la falda—. Eso de Señorito, no parece un apodo que inspire demasiado miedo. ¿No se supone que un bandolero debería usar algo más aterrador como Lucifer, o Matasuegras o algo así?

La mujer rompió a reír y sacudió la cabeza.

—¿De dónde ha salido usted, niña? No conozco a ningún bandolero que se llame así, y a él no le hace falta. Todo el mundo sabe que tiene la puntería de un escopetero y que es mortal con la navaja si lo provocan, del mismo modo que todos saben que le gusta ser un galán con las mujeres, que es educado y bastante tiquismiquis.

—¿Tiquismiquis?

—¿Alguna vez lo ha visto comer?

—Eh…, sí.

—¿Y no se ha dado cuenta de que no le gusta mancharse los dedos, que siempre huele la comida antes de probar bocado y que, cuando lo hace, solo la prueba un poco primero?

Madeleine abrió la boca para negarlo, pero acabó cerrándola de nuevo.

—No me había fijado hasta ahora. Pero tiene razón, es un poco remilgado si lo comparo con sus compañeros.

—De ahí su nombre. —La mujer le cerró el botón de la capa y la revisó satisfecha.

—¿Cuánto le debo por sus servicios? —Madeleine abrió la bolsita y echó buena parte de su contenido sobre su palma y se lo mostró.

Paca entrecerró los ojos.

—No haga eso. ¿Es que quiere que la roben?

Madeleine bajó la vista a las monedas.

—Yo… Lo siento, no sé cuánto le debo ni entiendo esta moneda.

—Tiene suerte de que tenga al Señorito para protegerla; si no, la engañaba hasta yo. —La posadera rebuscó entre las monedas y cogió algunas antes de cerrarle los dedos—. Guarde el resto y no se lo enseñe a nadie. Ayer noche ya despertó las envidias de más de una. No quiere provocarlas más de lo que ha hecho.

—¿Yo? Yo no he provocado a nadie —protestó Madeleine, guardándose el dinero.

—¿Y a qué llamaría a venir a trabajar aquí y llevarse al mejor cliente? —

La mujer carcajeó de nuevo al ver su cara.

—Rafa… ¿El Señorito es su mejor cliente?

—Es guapo, limpio, generoso y tiene dinero. ¿Hay algo que supere eso?

—Entonces… ¿Me está diciendo que usa los servicios de las mujeres? —

Madeleine contuvo la respiración.

¿Le había mentido Rafael?

—Por desgracia para ellas, no. Y eso es lo que más las mosquea, que siempre las ha rechazado. Llegamos a pensar incluso que a lo mejor no eran las chirlas lo que le gustaban.

—¿Qué son las chirlas?

La posadera rodó los ojos.

—¡Olvídelo! No tiene importancia, ya no. Ha pasado la noche con usted.

—Pero ¿a qué se refiere entonces?

—A que todas las rameras se han querido acostar con él y ninguna lo ha conseguido. Y, si me lo pregunta, hasta yo me acostaría con él si pudiera, y sin cobrar. —Rio la mujer.

Madeleine se quedó sin palabras. ¿Qué se suponía que podía responder a semejante desfachatez? No es que no la comprendiera, pero esas cosas no se decían, y mucho menos a una desconocida como lo era ella.

—Es hora de irme. Muchas gracias por su ayuda.

—¡Espere! —Paca le cerró de nuevo la puerta y bajó la voz—. ¿Ese dinero es suyo?

Madeleine titubeó, pero terminó por asentir.

—Sí, ¿por?

—Tengo algo que podría venirle bien si va a permanecer al lado del Señorito… Y, si no, también. El mundo no es seguro para una mujer sola.

Si no hubiera sido porque la posadera iba a su lado, y que temía que Rafael pudiera descubrirla en una actitud tan poco elegante, Madeleine habría dado brincos. Llevaba escondida entre los pliegues de su falda una preciosa pistola con los mangos de nácar y de un tamaño perfecto para que no llamara la atención de nadie. Y lo mejor era que seguía sobrándole dinero.

¿Podría convencerle a Rafael para que regresaran al pueblo para que pudiera gastárselo en unos zapatos más cómodos y una muda? Madeleine sonrió ante la idea. Nunca había disfrutado más de la perspectiva de poder comprarse algo.

Encima, había sido capaz de salir de la posada sin que nadie se fijase en ella. Paca la había acompañado, alegando que era preferible que fuera con ella, pero las mujeres de la noche anterior debían de estar durmiendo aún, porque solo se habían tropezado con un cliente malhumorado, sentado cabizbajo en una de las mesas.

Madeleine se detuvo en seco al descubrir la algarabía delante del establo.

Seis mujeres, con coloridos vestidos cuyas faldas no llegaban a los tobillos, rodeaban a un hombre acorralado contra la pared. Sus ojos se abrieron y su sonrisa desapareció de sus labios. ¿Qué hacía Rafael con todas aquellas prostitutas? No se atrevería a alternar con otras nada más salir de su cama,

¿o sí?

La simple idea consiguió que se clavase las uñas en las palmas. Una morena tetona estaba restregándose contra él. ¡Desvergonzada! Y una rubia… ¿Es que no le daba vergüenza acariciarse así en público y a plena luz del día? La rabia que sentía apenas le permitía respirar.

—¿Qué le decía? Son capaces de pelearse como gallinas de corral por un macho como ese. —A Paca parecía hacerle gracia la situación.

Madeleine aligeró el paso y cerró los puños. Iba a enseñarle a ese canalla mujeriego a tenerle respeto a una dama. Lo mínimo que podría haber hecho era esperar a dejarla a ella en el campamento antes de ponerse a tontear con otras.

—¡Sinvergüenza! Canalla de pacotilla —masculló para ella misma.

¿Cómo había podido dejarse engañar de aquel modo por alguien que no valía ni el suelo que pisaba?

—Calma, niña. —La posadera la sujetó del brazo—. Las prisas son malas consejeras. Asegúrese primero de lo que está viendo.

—¡A un estafador mujeriego!

—¿Seguro?

Ante la silenciosa insistencia de Paca, Madeleine apretó los dientes con un resoplido.

—Les garantizo, señoras, que me tengo que ir. —Con la espalda pegada al establo, Rafael mantenía los brazos en alto—. De verdad que no. Les agradezco mucho su oferta, pero no —continuó frente a las protestas y las invitaciones descaradas.

Madeleine cruzó los brazos. ¿Cómo era posible que las mujeres se humillaran tanto ante un sinvergüenza así?

—¿Qué pasa aquí? —Madeleine no intentó ocultar la irritación en su voz.

—Lárgate de aquí, ya le desplumaste lo suficiente. Esta posada es nuestra.

¿Qué demonios…? Madeleine miró, boquiabierta, a la morena tetona.

—Yo que tú tendría cuidado —murmuró la posadera—. La Paz no se anda con chiquitas cuando quiere algo.

—¿Les contaste cuánto dinero te pagué? —preguntó Rafael con un gemido.

—Por supuesto que no… No exactamente —se corrigió Madeleine al recordar la noche anterior.

—¿Qué hizo? —preguntó la posadera entre dientes.

—La criada que me trajo anoche las sábanas limpias y el jabón…

—¿Caridad?

—Sí, esa. El sonido de las monedas al soltarlo sobre la cómoda le llamó la atención y me preguntó dónde había ganado tanto. Le confesé que me lo había dado él.

—¿Te pagó ese dineral por pasar la noche con él? —La posadera la miró incrédula.

—Eh… ¿Sí?

Rafael, que parecía no haberse perdido detalle de la conversación, gimió mirando al cielo.

—Si conseguiste eso con un tipo como él, no me imagino lo que le sacarías a un viejo baboso. Conozco a varios que tienen dinero. Estaría más que dispuesta a presentártelos a cambio de un módico precio —murmuró la posadera por lo bajo.

—Creo que no has oído lo que te he dicho. —La Paz puso los brazos en jarra y sacó su pechera, haciéndola parecer un peligroso escudo—. ¡Lárgate de una vez y déjanos hacer nuestro trabajo!

—Escuchen, señoras. —Rafael avanzó despacio en su dirección—. Les juro que no me queda más dinero. Ya me lo gasté todo anoche.

—¿Por qué ibas a darle todo tu dinero a esa forastera insulsa? —preguntó la más bajita del grupo.

—¿Estás seguro? Mira que no sabes lo que te pierdes. —La rubia del escote, a la que de un momento a otro se le iban a escapar los pezones, le recorrió la parte interna de los muslos con las uñas.

Madeleine parpadeó ante el extraño espectáculo. Rafael trataba de evitar que una de las prostitutas le introdujera la mano bajo la camisa mientras la tetona seguía restregándose contra él en sus intentos de besuquearlo. La rubia escotada, por su parte, no paraba de toquetear su entrepierna. Ahora que lo miraba bien, Rafael parecía agobiado. ¿Estaba el duro y valiente bandolero siendo dominado por unas rameras que querían abusar de él y aligerarle los bolsillos? Le resultaba increíble, pero bastaba comprobar las miradas desesperadas que le dirigía a ella.

¡Santo Padre! ¡Su peligroso bandolero necesitaba que lo rescataran!

Madeleine se mordió los labios en un intento por no reír. ¡Hombres! Muy valientes en el campo de batalla, pero los atosigan un par de mujeres y se sienten vulnerables e indefensos.

—¡Ya está bien! ¡Se acabó! —Madeleine se fue hacia Rafael, lo cogió de la muñeca y tiró de él—. ¡Nos vamos!

—¿A dónde crees que vas? —preguntó la tetona, cortándole el camino.

Madeleine tragó saliva ante el brillo de la larga navaja que de repente la apuntaba. Jamás nadie la había amenazado con un arma. Que las otras se posicionaran enseguida tras la morena y que le lanzaran dagas con los ojos no ayudó a que el corazón de Madeleine latiera más despacio y dejara de ahogarla.

—No-te-muevas, inglesita. —Rafael se movió despacio con los brazos alzados, para interponerse entre ella y las mujeres—. Mis queridas señoras, estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo…

—Claro, majo. Tú te quedas y ella se larga, si no quiere que la rajemos y hagamos una caldereta a la inglesa.

—De acuerdo, pero… —Rafael carraspeó.

—¡De eso nada! —Decidida, Madeleine lo rodeó y apuntó su preciosa pistola con incrustaciones de nácar al busto de la tetona. Con lo grande que era, ya tenía que ser mala suerte si fallaba—. El Señorito es mío y se viene conmigo.

La rubia miró, horrorizada, la punta del cañón.

—Paz, déjala. No vale la pena.

También las otras rameras se fueron apartando de la tetona, que ahora ya no parecía tan segura como había estado apenas unos instantes antes.

—¡Se acabó! —Paca tomó las riendas de la situación—. ¡Paz! ¡Venga, para dentro ahora mismo, y las demás también!

—Venga, vámonos, Paz. Échale cuenta a la Paca. Tiene razón. —La rubia cogió a la tetona del brazo, llevándosela con ella. Al pasar junto a Madeleine, Paz se detuvo e inclinó la cabeza hacia ella con los ojos

cargados de odio.

—De esta te has librado. Pero no se te ocurra regresar por aquí, porque la próxima te rajo.

Con eso, la morena se fue con la cabeza bien alta y los hombros cuadrados detrás de sus compañeras.

—Yo que vosotros me marcharía antes de que decidan poner a prueba si

esa pistola lleva munición —aconsejó Paca antes de seguirlas.

Rafael cogió con cuidado la pistola de la mano petrificada de Madeleine.

—¿Dónde la has conseguido? —Rafael giró el arma y estudió su bello mango de nácar.

—Se la compré a la posadera. Un forajido se la dio como garantía de pago y nunca más regresó a por ella. —La voz de Madeleine apenas salió.

¿Acababa de enfrentarse a tres mujeres armadas?

—Buena elección. Es más pequeña y ligera que un trabuco, y mucho más manejable para ti.

Madeleine no contestó. No solo porque seguía temblando como una hoja por dentro, sino porque no iba a admitirle que había comprado la pistola porque nada más ver lo bonita que era se había enamorado de ella. Si quería creer que ella entendía algo de pistolas y que había hecho una buena adquisición, que así fuera.

—Ven, deja que te asista para montar. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor. Prefiero no seguir aquí si esas lobas cambian de opinión.

Madeleine aceptó su ayuda y lo siguió al trote en cuanto él arreó su caballo.

—¿Por qué estás sonriendo como un tonto? —preguntó Madeleine cuando por fin se habían alejado lo suficiente de la posada.

—Es la primera vez que una mujer ha estado dispuesta a defenderme en una pelea.

¡¿Qué?! Madeleine lo miró boquiabierta. Habían estado a punto de

violarlo por su dinero, ¿y él se hacía el gallito porque ella lo había rescatado? ¡Bandolero de pacotilla!

—Dijo el forajido al que un par de tetas lo acorralaron contra el establo.

—Resopló con sequedad.

—Eran seis pares. ¿Y qué querías que hiciera? No pego ni disparo a mujeres. Mi madre me educó bien.

Madeleine se quitó la peluca y rodó los ojos.

—Habría bastado que les dieras una buena voz. ¿Tienes idea del miedo que infundes cuando gritas y se te entrecierran los ojos llenos de furia?

La sonrisa complacida de Rafael flaqueó.

—Si lo hubiera hecho, no habrías tenido la oportunidad de luchar por mí.

No, eso era cierto, y tampoco le podría haber salvado su trasero engreído.

¿Cómo de idiotas podían ser los hombres?

—Soy la ramera mejor pagada del pueblo. No iba a dejar de defender mis

estupendos ingresos —soltó Madeleine con sarcasmo.

Rafael soltó un gruñido.

—¿Era necesario que hicieras público lo de que te pagué? Como se entere mi cuadrilla, me acribillarán por permitir que una mujer me saque tanto dinero.

—No pensarás decirles que fue a mí a quién le pagaste por acostarse contigo, ¿verdad? —Madeleine detuvo el caballo.

—No se lo iban a creer de todos modos.

Ella suspiró aliviada. ¡Un momento! ¿Qué quería decir con eso de que no se creerían que él pudiera pagarle tanto dinero?

—¿Por qué no? —exigió irritada.

—Tranquila, fierecilla inglesa. —Rafael rio ante su reacción—. No se lo creerían porque eres una señora. Y porque, si no fuera así, ya habrían intentado ofrecerte dinero a cambio de estar con la rubia más bella de la sierra.

Capítulo 31

El crujido de hojas secas a su espalda le llegó casi a la par que el sutil olor a jabón y cuero que había aprendido a identificar en Rafael. De pie, bajo el alcornoque, con la ligera brisa de la tarde refrescándole la piel, Madeleine mantuvo los párpados cerrados y sonrió. Los labios de Rafael le recorrieron el cuello en una delicada caricia, cuya ternura era una muestra más de cómo su relación había avanzado desde la noche que habían pasado en la posada.

¿Podían irle las cosas mejor?

—¿Cómo estás? —Rafael la abrazó desde atrás—. Me han comentado que hoy no te has encontrado del todo bien.

—Algo de lo que comimos ayer debió de sentarme mal, pero no es nada de importancia. Ya me siento mucho mejor. —Madeleine se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos—. Te he echado de menos esta mañana.

¿Dónde estuviste?

—¿Quieres la verdad? —Rafael la envolvió en sus brazos—. Pensando en ti. No he conseguido borrarte de mi mente y creo que es hora de que hablemos.

Madeleine se giró en su abrazo y le rodeó el cuello antes de salir al encuentro de sus labios.

—¿Lo que quieres es hablar? —Madeleine le trazó la comisura de sus labios con la punta de la lengua y le mordisqueó el labio inferior—.

¿Seguro?

Con una pesada inspiración, Rafael la sujetó por las muñecas y le bajó los brazos antes de darle un beso en la frente y retroceder un paso, poniendo distancia entre ellos.

—No es lo que quiero, pero es lo que debo hacer.

—Mmm… —Madeleine no tenía muy claro que eso fuera lo que ella

quería.

—Aunque se me ocurren un par de opciones de lo más placenteras con las que podríamos celebrarlo luego —le propuso él con un guiño.

—¿Tendremos algo que celebrar? —Los ojos de Madeleine se abrieron.

—Es posible.

Acercándose a un tramo de muro derruido, Madeleine se sentó antes de que la traicionasen sus piernas.

—Soy toda oídos. —Sonrió, escondiéndose las manos entre los pliegues de la falda para que no pudiera descubrir su repentino temblor.

Rafael abrió la boca, pero terminó por cerrarla de nuevo, pasándose los dedos por el cabello.

—He estado pensando.

—Ajá. —Bien, parecía que la cosa se ponía interesante. Madeleine frunció los labios en un intento por ocultar su diversión.

—Creo que he estado haciendo el idiota durante este tiempo.

—¿Sí? —Madeleine parpadeó y su corazón empezó a acelerarse lleno de ilusión. ¿De verdad pensaba declararse a ella?

—Sé que nuestra situación no es… habitual, por definirlo de alguna forma. Si hubiese sido un caballero, te habría llevado hasta el convento más cercano para que te ayudasen a llegar hasta tu prometido y así tu honra no se hubiera visto comprometida.

—No sé lo que decir al respecto. —Madeleine tragó saliva.

Le daba igual que usara su responsabilidad como excusa para quedarse con ella, como si quisiera admitir delante del mundo entero que era su amante. Ella quería estar con él y, si su honra era el precio, entonces que así fuera.

—Pero no lo hice y no me arrepiento de ello. —Rafael la miró de frente

—. No cambiaría por nada ni un solo instante de los que he pasado contigo.

El calor recorrió el cuerpo de Madeleine hasta acumularse en su pecho.

—Rafael… —Se levantó para acercarse a él, pero él la detuvo con un gesto de su mano.

—La cuestión es que Curro me ha avisado de que Miguel vendrá mañana. Es el mensajero al que Antonio envió a por tu rescate.

—Lo recuerdo. —Madeleine se mordió el interior de los labios.

Le daba igual quién era Miguel o si traía el dinero que habían pedido por ella o no. Se obligó a concederle a Rafael el tiempo que necesitaba para terminar de hablar, pues cuando lo hiciera sería su turno de explicarse.

Había tantas ideas que le cruzaban por la cabeza en aquel momento. Podían quedarse con el dinero del soborno e iniciar una nueva vida juntos. Estaba dispuesta a renunciar a las comodidades que pudiera ofrecerle el marqués con tal de permanecer al lado de Rafael. A lo mejor podrían construirse una pequeña cabaña en algún lugar de aquella sierra, o puede que comprarse una casita en alguno de los preciosos pueblecitos blancos que salpicaban el entorno. Cualquier vida junto a él era mejor que la que la esperaba.

—Eso significa que te irás en uno o dos días, y es probable que jamás volvamos a vernos.

—¡¿Qué?! —La voz de Madeleine salió tan baja que Rafael pareció no escucharla siquiera.

¿Le estaba diciendo que iba a dejarla marchar? Se clavó las uñas en las palmas para no protestar. ¿Después de todo lo que habían pasado juntos?

Los pulmones parecían habérsele cerrado, negándose a dejar pasar el aire a su interior.

—No quiero que te vayas sin que hayas sido mía de verdad.

¿Mía de verdad? ¿Qué significaba eso?

—¿Y qué propones? —Madeleine se agarró al último hilo de esperanza que le quedaba.

Rafael la quería, ¡tenía que quererla! Lo había visto en sus ojos, en sus

gestos, en la forma en la que la abrazaba por la noche, aferrándose a ella cuando se movía…

—Que nos olvidemos de tu prometido, de mi familia, de todo. Si lo que quieres es un hijo, de acuerdo, podemos intentarlo. —Rafael la miró a los ojos.

La tierra pareció moverse bajo Madeleine y ella habría agradecido que se la tragara. Aquello no era lo que había ansiado que le dijese.

—¿Familia?, ¿qué clase de familia? —preguntó por decir algo. Nunca habían hablado realmente del tema.

Rafael titubeó.

—Tengo treinta y siete años, es lógico que tenga una familia. Lo sabes.

—De modo que ese tipo de familia —murmuró Madeleine ausente. Lo había sabido y, aun si no lo hubiese hecho, lo habría sospechado. Rafael le había advertido que estaba casado; aunque, por algún motivo, hasta ahora no le había parecido algo real—. ¿Tienes hijos?

Él se pasó una mano por el cabello.

—Dos. Una hija y un hijo.

—Vaya, una parejita. Eres afortunado. —Madeleine trató de sonreír.

—¿Has oído lo que te he dicho antes, inglesita? —Él se acercó a ella y le acarició los labios con el pulgar—. Quiero hacerte el amor sin retenciones y, si el resultado es un embarazo, que así sea y… —Rafael quedó tan petrificado como ella cuando la palma femenina impactó sobre su mejilla y resonó a su alrededor—. ¿Qué…? —Parpadeó, dando un paso atrás.

—¿Quién demonios te has creído que eres? —espetó Madeleine iracunda

—. ¿Dejarme embarazada? ¿Y esperas que encima te dé las gracias por ello? ¡Lo único que quieres es desahogarte a gusto y quedarte tan pancho ahora que sabes que vas a perderme de vista!

Sujetándose la falda, pasó a su lado. Lo único que deseaba en aquel momento era alejarse de él. Sus ojos quemaban y su garganta dolía con el nudo que la atenazaba. Necesitaba poner toda la distancia que pudiera entre ellos antes de venirse abajo y dar salida a las lágrimas

que la cegaban.

Rafael no necesitaba averiguar lo tonta que había sido, las esperanzas que había puesto en él y cómo se había enamorado de alguien que solo la usaba a cambio de un poco de placer. Porque, al fin y al cabo, eso era justo lo que acababa de dejarle claro. No le había hablado de amor, ni de sentimientos, ni de un futuro juntos, aunque fuese lejano o complicado; solo de concederle *un favor*, el mismo por el que hacía apenas unos días antes la había juzgado e insultado.

Capítulo 32

—¿Qué mosca te ha picado? —Antonio lo contempló desde lo alto del peñasco en el que se encontraba sentado, sin detenerse en su tarea de cortarse un trozo de chorizo envuelto en pan para llevárselo a la boca.

Rafael sacudió la cabeza y se acomodó a su lado. No lograba explicarle lo que ni él mismo comprendía. Primero la forastera le pidió que la dejase embarazada y, cuando por fin estaba dispuesto a consentirle aquella locura, se puso hecha una fiera y le propinó una bofetada como si la hubiera insultado.

Había sido una propuesta de ella, no de él. Era ella la que estaba sola y sentía la necesidad de tener un hijo. Desechó de inmediato el cosquilleo interno que le producía la visión mental del vientre de Madeleine creciendo con su fruto. Podría ser lo bastante honesto consigo mismo y admitir que nada le satisfaría más, pero a qué hombre le gustaba enfrentarse al hecho de que su hijo fuese criado por otro. La simple idea de ella con otro, esposo o no, ya le hacía arder las entrañas.

Cogió una piedra del suelo y la tiró con furia hacia el horizonte, donde el sol bajo y las nubes rosadas anunciaban que apenas quedaban un par de horas de luz. Antonio se mantuvo en silencio a su lado. Rafael estaba seguro de que no iba a preguntarle de nuevo, no hoy al menos. Antonio lo conocía, era capaz de adivinar cuándo no quería o no podía hablar. Y, en este caso, se daban ambas circunstancias.

¿Cómo iba a desear revelarle que una mujer lo había abofeteado y que no fue capaz de contestarle o reaccionar como se merecía? El compartir sus conversaciones más íntimas con Madeleine tampoco le parecía apropiado.

Antonio no era ni ciego ni tonto. Por si el resto de las noches no hubiesen sido ya evidencia suficiente de lo que transcurría entre ellos, Madeleine y él se habían ausentado toda la noche anterior. Era un

hecho que no necesitaba mayores explicaciones. Le constaba que Antonio jamás lo traicionaría a él o Madeleine en aquello. A pesar de ello, su necesidad de protegerla no le permitía mencionarlo.

Aceptó la bota de vino que le ofreció Antonio y tomó un largo trago, devolviéndola antes de limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—¿Sabemos algo del rescate?

Antonio vaciló en el gesto con el que se llevaba la navaja con la rodaja de chorizo a la boca.

—No.

—Esperemos que Miguel, para variar, no se haya enganchado otra vez con la vasca.

—¿Lo dudas? —preguntó Antonio, con toda la calma del mundo—. ¿Por qué crees que está tardando tanto?

—¿Cómo se te ocurrió mandar a Miguel? Sabes que las mujeres, el vino y los juegos lo pierden.

Antonio suspiró y guardó el pan y la vianda, envolviéndolos en un paño limpio.

—¿Quieres que te diga a dónde mandé a Miguel y con quién tenía que hablar? —Antonio lo miró decidido.

¿Averiguar con quién iba a desposarse Madeleine? ¿Con qué hombre, viejo o no, iba a compartir el lecho? No estaba seguro de querer saberlo.

¿Qué probabilidades existían de que en el futuro no intentase volver a encontrarse con ella?

—No.

Antonio asintió.

—Me voy a la taberna del pueblo. Por lo que me contó Isabel, anoche escuchó al Sanguijuela quedar allí con el Gigante. Llamaré menos la atención si llego antes de que lo hagan ellos.

—Quizás sea mejor que vaya contigo, nunca se sabe por dónde pueden salir esos tipos si sospechan de ti.

—Llamaremos más la atención juntos que si voy solo. Además… —

Antonio encogió los hombros—. Si vuelven a reunirse, tendrás que ir tú, así que es mejor si de momento no nos relacionan.

Rafael suspiró. No le habría importado disponer de una excusa que le permitiera escaquearse. Regresar a la habitación con Madeleine quedaba descartado de momento. Estaba convencido de que seguía alterada. ¿Y qué se suponía que debía hacer él? ¿Disculparse por haberle dicho que estaba dispuesto a concederle su deseo? ¿O esperaba que fuera a ponerle la otra mejilla? Una vez estaba bien, pero dos… Prefería evitarla hasta que se calmara.

—Necesitamos resolver este asunto. Se acerca el verdeo y nos esperan en casa.

Se le acababan los pretextos que justificasen su ausencia…, y todo por

estar con Madeleine.

—Hay algo más que deberías saber. —Antonio frunció los labios y la nariz, como si la noticia que guardase estuviese amargándole el paladar.

—¿Y eso sería?

—Carmen ha llegado al pueblo. Está de visita con su abuela y quiere verte.

Capítulo 33

Madeleine se estiró somnolienta. La claridad que entraba por la ventana le reveló que ya debía de ser media mañana. Seguía con sueño. A pesar de lo temprano que se acostó anoche en un intento por evitar una nueva discusión con Rafael, se había pasado la mayor parte de la madrugada dando vueltas sobre la manta.

Había sabido que él estaba casado. Desde los inicios Rafael le advirtió que no podía existir nada más que aquella breve relación entre ellos. ¿Qué era entonces lo que la hacía sentir como si la hubiese tirado al fango y pateado hasta dejarla destrozada?

Puede que fuese el hecho de que por unas horas tuvo la ilusión de que sí que conseguirían superar los obstáculos que los separaban. O, quizás, el tener que reconocerse a sí misma que no era más que otra de las componentes de una extensa lista de mujeres que cayeron a los

pies de un hombre comprometido y desleal. Porque, más allá de todo lo que trataba de engañarse, Rafael era solo eso: un marido infiel y desconsiderado.

Probablemente fuera una suerte que no fuese el suyo.

Sí, ella también estaba comprometida, pero por obligación y con un señor al que apenas llegó a saludar en el vestíbulo del que fuese su hogar. Apretó los labios ante los recuerdos del marqués. Que ella estuviera comprometida no cambiaba los hechos. Su situación y la de Rafael eran completamente diferentes, por cuanto él sabía muy bien a quién engañaba.

A su mente regresaron los recuerdos de la fiesta a la que asistió con su prima Lydia. ¡Dios! Incluso entonces Rafael se había citado a escondidas con una mujer. Carmen. Aquel maldito nombre lo tenía grabado a fuego en la memoria. Dudaba que alguna vez pudiera llegar a olvidarlo. Su estómago dio un vuelco.

¡Era un canalla! ¿Cómo pudo estar tan ciega? Madeleine se frotó los ojos y secó la nueva tanda de lágrimas que se le escaparon. Ya no le quedaban energías para enfadarse.

Estiró el brazo para alcanzar su hatillo con la intención de sacar el colgante de plata, hasta que recordó que lo había perdido. Soltó una carcajada triste. Incluso a esa tal Carmen la había engañado con ella. ¿En qué la convertía eso? Era la mujer con la que Rafael había traicionado no

solo a su esposa, sino también a su amante. ¿Cuántas más Cármenes y Madeleines existían por ahí? La presión en su pecho aumentó tanto que se tuvo que obligar a cambiar la dirección de sus pensamientos.

¿Cómo se sentiría esa tal Carmen? ¿Esperaría cada noche, impaciente, a que en su casa todos se acostasen para escaparse bajo la protección de la oscuridad y acudir a su cita secreta con su querido? Rafael era un amante extraordinario, el sueño de cualquier mujer hecho realidad. Atento, experto, considerado y con la dosis justa de perversión, lo que hacía que una se pasase el día deseando regresar a sus brazos y a su lecho para descubrir qué más podía ofrecerle. Era adictivo. Le constaba de primera mano.

Madeleine ojeó con tristeza el pañuelo lleno de nudos que le había dado en custodia Isabel. Charles jamás le hizo un regalo en sus años de matrimonio. Las joyas que había usado en alguna que otra ocasión pertenecían a la colección familiar, asociadas a su título, y el único

motivo por el que la dejaba usarlas era por la imagen que debía proyectar de cara al resto de la sociedad. Lo cual, en realidad, se reducía a las cuatro o cinco ocasiones al año en las que debían asistir por algún compromiso ineludible a alguno de los bailes o eventos.

El resto del tiempo solían trasladarse a la propiedad que Charles poseía en High Wycombe, lo que les permitía evitar la temporada social en Londres. Otras damas se quedaban en Londres cuando sus maridos se escapaban de ese compromiso, pero ella nunca tuvo esa opción. A Charles le desagradaba que ella se relacionase con otras señoras de su círculo social, alegando que no estaba a la altura y que ponía en entredicho su nombre. Lo que, básicamente, se traducía en que no le permitiese que fuera ni siquiera a tomar el té con ellas. ¿Cuántas excusas tuvo que inventar a lo largo de los años para rechazar las invitaciones? Ni las recordaba. Al final, las invitaciones comenzaron a escasear hasta que terminaron por no llegar.

Tragó saliva en un intento por bajar la enorme bola en su garganta. Nada había cambiado desde entonces. Seguía sintiéndose sola. Probablemente más aún, porque en el pasado al menos tenía a Margaret, su criada, para conversar con ella.

¿Cómo iba a ser su nuevo esposo? Edmund esperó prácticamente al último minuto para presentarle al marqués, lo que apenas le dio tiempo de determinar su edad y su estado de salud antes de que el anciano se despidiese con un cortés beso en la mano y se marchase. La repentina noticia la había conmocionado demasiado como para poder reaccionar o

fijarse en algo más. ¿La trataría con la misma indiferencia y frialdad con la que la trató Charles? El hombre fue agradable en su corta presentación, aunque no mostró ningún interés en ella más allá de lo que lo obligaba la educación. Tampoco era como si Edmund o su esposa la dejasen contestar a las pocas preguntas que él le hizo. El marqués acabó por dirigirle una sonrisa forzada y se marchó como si estuviese deseando perderlos a todos de vista.

Madeleine encogió las rodillas y se tapó la boca en un intento por acallar los sollozos. Estaba tan cansada de todo. ¿Por qué no conseguía encontrar a alguien que la quisiera y que se preocupara por ella? Quería a alguien que la abrazara simplemente porque sí, alguien que la acompañase en sus peores momentos, alguien a quien no le costase felicitarla o decirle palabras agradables cuando la ocasión lo merecía, alguien que la viera y la escuchase. ¿Tanto era pedir?

Capítulo 34

Madeleine despertó sobresaltada por el chirrido de la desgastada puerta.

Durante un efímero momento, esperó ilusionada que fuese Rafael tratando de disculparse y arreglar las cosas con ella. Pero, en cuanto reconoció el rostro que se asomó con una amplia sonrisa, cualquier esperanza acabó a sus pies.

—¡Isabel! ¿Qué haces por aquí? —Tan pronto como Madeleine fue a incorporarse, el mundo comenzó a dar vueltas, no dejándole más remedio que apoyarse en los brazos y aguardar a que se le pasase.

—Antonio me dijo que ya se marchaba, y quise venir a despedirme y preguntarle si necesitaba algo.

Madeleine se esforzó por sonreír.

—No, te lo agradezco. Estoy bien. ¿Qué tal se encuentra tu hermana Cristobalina y su pequeñín?

—Ellos bien, somos los demás los que ya no sabemos dónde meternos mientras ellos compiten por ver quién de los dos berrea más fuerte —

replicó Isabel con sequedad. Su voz cambió de inmediato—: Tengo una sorpresa para usted. ¿Aún tiene el pañuelo con los nudos que le di?

—Claro, aquí está. —Madeleine se estiró con un gemido a por el zurrón que se había comprado el otro día en el pueblo y sacó la tela anudada.

—En ese caso, desátele los huevos al pobre san Cucufato, que bien que ha hecho su trabajo. —Isabel abrió la mano, mostrándole radiante el colgante.

—¡Lo encontraste!

—Ya le dije que san Cucufato nunca falla. Desátelo, ya que no es bueno acabar con la paciencia de un santo.

Cogiendo el colgante con reverencia, Madeleine se lo llevó al pecho.

—¿Dónde estaba?

—Lo encontré esta mañana al hacer la colada. Se había caído al fondo

de la cesta de la ropa.

—Gracias a Dios.

—¿Se lo regaló alguien a quien le guarda cariño?

Madeleine le echó una ojeada a la pequeña luna tallada.

—Es el recuerdo que tengo de… —Sacudió la cabeza antes de revelar

demasiado y sonrió—. Sí. Me lo entregó la persona más importante que existe en mi vida.

—¿Más importante que don Rafael?

—¿Podrías guardarme el secreto? No sé si se molestaría si se entera de que lo tengo.

Isabel le cerró el puño con una sonrisa.

—No tengo ni idea de qué me está hablando, señora. ¿Por qué se está rascando tanto? —Isabel se inclinó a echarle un vistazo al tiempo en que Madeleine se detuvo en la mitad del gesto—. ¡Madre del amor hermoso!

¿No se va a estar rascando? Como que está cargadita de piojos.

—¿Qué?

Su estómago eligió ese preciso instante para rebelarse. Apenas consiguió llegar a tumbos hasta el derruido salón exterior. Se sujetó a la pared en su empeño por mantenerse de pie en tanto su cuerpo se doblaba por la mitad, cual marioneta sin cuerdas, mientras expulsaba una buena dosis de hiel y cualquier alimento fantasma que aún habitaba en su estómago vacío.

—¡Ay, Dios! —Isabel le sujetó el cabello y la falda, manteniéndose prudentemente alejada de cualquier peligro de quedar salpicada.

Ya debía de tener mala cara si Isabel había subido un nivel en la categoría celestial, recurriendo al Santísimo en lugar de a su habitual «Madre del Amor Hermoso».

No fue hasta que se apartó unos pasos del charco que había dejado tras de sí que descubrió a Antonio, al lado de la pared derruida que daba al exterior, observándola con expresión sombría. Madeleine se limpió la barbilla con el reverso de la mano y se apoyó, exhausta, en

el muro.

—¿Se encuentra bien, señora? —Isabel le echó agua del botijo en las manos para que pudiese enjuagarse la boca y refrescarse el rostro.

—Sí, ya se me está pasando. Maldita la hora en la que comí algo en mal estado. Estoy perdiendo la cuenta de los días que llevo con este dichoso malestar y, en vez de mejorar, solo voy a peor —murmuró Madeleine sin energías. Cuando Isabel y Antonio intercambiaron una mirada preocupada, sonrió con debilidad—. No me estoy muriendo, si es eso lo que teméis. —

Que ambos apartasen la mirada y siguieran sin hacer ningún comentario escamó a Madeleine—. ¿Se puede saber qué ocurre?

Antonio soltó un profundo suspiro y se pasó una mano por el rostro.

—Isabel, ¿por qué no vas a rellenar el botijo con agua fresca?

—Mejor ve tú, que esto es cosa de mujeres. —Isabel le entregó el

recipiente y le dio un delicado empujón en dirección al exterior.

Madeleine vio, asombrada, cómo Antonio se dejó manipular sin rechistar.

—¿Qué es lo que me estáis ocultando? —le preguntó en cuanto regresó a su lado.

Isabel sacudió la cabeza con los ojos cargados de compasión.

—Señora, ¿cuándo fue la última vez que tuvo sus cosas de mujer?

—¿Mis cosas de…? —La voz se le cortó de pronto y las rodillas cedieron bajo su peso. No necesitaba echar cuentas—. ¡Oh, Dios! —Madeleine se dejó deslizar hasta el suelo y miró, desesperada, a Isabel. Ni siquiera pensó en denegar sus sospechas—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Lo primero desayunar y tranquilizarse. Luego quitarse los piojos.

Después ya veremos. Tengo una prima que puede ayudarla si quiere. No sería ni la primera ni la última en verse en esa tesitura.

Madeleine no tuvo el valor de preguntarle a qué clase de ayuda se refería.

Lo sospechaba, y era lo último que quería tomar en consideración. Era del hijo de Rafael de quien estaban hablando. Jamás en la vida podría hacerle daño.

¡Por todo lo que era santo! ¿Cómo era posible que hubiese pasado de pelearse un día con Rafael sobre la posibilidad de que la dejase embarazada a estarlo al siguiente sin siquiera haberlo intentado? Tragó saliva tratando de hacerse a la idea. Estaba embarazada. ¡Estaba embarazada!

Tapándose la boca, intentó hacerse una idea de lo que aquello iba a suponer en su vida: su prometido, su boda, Rafael… ¡Rafael era el padre!

Aquel hijo era prácticamente un regalo del cielo. Y ni siquiera debía temer su reacción a la noticia, porque había sido él quien le había dicho justo el día anterior que estaba dispuesto a darle uno. ¿Acaso había sido una señal del destino? Algo del peso que sentía aplastándole el pecho se alivió. ¿Y si había sido todo un plan divino destinado a concederle sus sueños más secretos e íntimos? ¿Y si, por una vez, Dios había oído sus plegarias y le abría el camino para estar con el hombre al que estaba destinada?

Fue entonces cuando recordó que Rafael ya tenía esposa e hijos y que lo último que podía pedirle era que los abandonase para quedarse con ella.

Rafael la encontró por la tarde junto al arroyo, con el cabello envuelto en un paño, apestando a vinagre, el estómago levantado del hedor ácido y los ojos

hinchados, aunque ya no estaba segura de si era de tanto llorar o de vomitar.

—¿Qué te ha ocurrido? —Rafael corrió a arrodillarse junto a ella, acunándole la cara entre ambas manos para inspeccionarla de cerca.

Su preocupación solo consiguió que sus sollozos se volviesen a avivar

y, en lugar de contestar, acabó por llorar con el corazón encogido.

—Antonio, ¿qué ocurre? —le preguntó con urgencia a su amigo cuando ella no respondió.

Madeleine se enderezó alarmada, pero no debería haberse preocupado.

Antonio cumplió la promesa que le había hecho durante la breve charla que compartieron y se limitó a encoger un hombro.

—Nada que no tenga solución. Ahora que estás aquí voy a regresar al campamento. Aún no he tenido tiempo de comer. Nos vemos luego.

—¿Piojos? —preguntó Rafael echando un vistazo debajo de la toalla, seguramente después de haberse dado cuenta del fuerte hedor a vinagre.

—Más que soldados franceses en la batalla de Bailén —afirmó Isabel, mostrándole la lendrera que llevaba—. Ya vamos por el tercer enjuague.

—¿Eso es todo lo que tienes, inglesita? ¡Padre Santo! Me habías dado un susto de muerte. Trae, dame eso. —Rafael alargó la mano hacia Isabel—.

Puedes irte con Antonio si quieres, yo me encargo de esto. Si puedes, lava la manta de la señora para que esté seca cuando se acueste.

Isabel le ofreció el peinecillo y le echó una larga mirada a Madeleine.

Esperó a que esta asintiera con debilidad antes de marcharse.

—Estaré en el campamento si me necesita.

—¿Llevas mucho con el vinagre? —preguntó Rafael.

—Sí —musitó Madeleine.

—Esta noche antes de acostarte te echaremos un enjuague de lavanda y vinagre que solía usar mi madre con mi hija Cayetana. Ya verás que mañana no queda ni uno de esos dichosos bichos vivo. Ni yo ni mi hijo solíamos cogerlos nunca, puede que tenga que ver con que ambos seamos morenos y Cayetana tenga un color que tiende más al rubio castaño, como su abuela materna, o tal vez porque ambas oléis a dulces y que a los piojos eso les atraiga más —bromeó Rafael mientras le bajaba la toalla a los hombros y se disponía a peinarle el cabello

mechón a mechón.

Tuvo que pasar al menos una hora con aquellos menesteres. Madeleine escuchó muda los relatos acerca de su familia, de cómo su hija solía traer a casa a toda clase de animales heridos o enfermos para cuidar de ellos o cómo a su hijo le gustaba fabricar flechas con las que luego salían a cazar

juntos. Le fascinaban sus historias, pero el tiempo no hacía nada por amortiguar la sensación desagradable en su estómago, mezcla de hambre y asco. Encima, cada vez que se volvía consciente de la gentileza con la que estaba atendiéndola Rafael, a pesar de que el día anterior había sido ella quien lo había abofeteado, lo único que hacía era volver a sollozar de nuevo una y otra vez.

—¿Por qué estás haciendo esto? —A pesar del nudo en su garganta, su necesidad de saberlo era más fuerte que la molestia que le provocaba el hablar.

—Porque se trata de ti y porque quiero hacerlo —replicó Rafael sin pensárselo.

—Ayer te di una bofetada.

—Y tienes más fuerza de la que esperaba —admitió él, con una risa baja, tocándose el cachete en el que le había dado.

—¿No estás enfadado?

Rafael bajó el brazo con una exhalación.

—No. Puede que al principio. No lo recuerdo.

—Entonces, ¿por qué no viniste anoche?

—Porque no tenía ni idea de qué decir o hacer. Primero te enojaste conmigo porque no quería que me usaras como si fuese un semental de cría; y luego, cuando acepté tu propuesta, me echaste en cara que era yo quien pretendía usarte. Necesito que sepas que no hubo nada más lejos de mi intención, nunca planeé aprovecharme de ti. Quiero verte feliz y darte lo que pueda para que lo seas. Si eso significa darte un hijo aunque yo tenga que renunciar a él, estoy dispuesto a hacerlo. Yo… Inglesita, sé que no me expreso bien. Explicar lo que siento nunca ha sido mi fuerte. No obstante…

—Rafael se sentó a su lado y le cogió ambas manos—. Escucha, yo…

—¡Estoy embarazada! —Las palabras escaparon atropelladas de su boca.

El rostro de Rafael se congeló, la expresión angustiosa de hacía apenas un momento se tornó impenetrable cuando apartó la mirada y la soltó despacio.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Rafael con una repentina cautela.

—Desde esta mañana. Llevo varios días mal, pero asumí que había sido algo que había comido. No ha sido hasta hoy que me he dado cuenta de mi falta.

—Imagino que en ese caso debo darte la enhorabuena. Parece que tu deseo se ha cumplido.

—¿Rafael? —La ansiedad de Madeleine aumentó al verle levantarse y alejarse de ella—. ¿No te alegras? Es tuyo. Tuyo y mío.

Él se detuvo sin girarse hacia ella.

—Enjuágate la cabeza en el arroyo. Le diré a Isabel que venga a ayudarte. Tengo que ir al pueblo a arreglar un asunto.

—¿Rafael? —Esta vez no supo si su voz había salido demasiado baja para que la oyese o si no la quiso escuchar.

De haber podido, habría corrido tras él, pero sus pies se quedaron anclados en el sitio y sus rodillas amenazaron con ceder bajo su peso.

Capítulo 35

Antonio e Isabel apenas habían dejado el campamento cuando Rafael regresó del pueblo. Ni siquiera se tomó la molestia de desmontar.

—Ponte este vestido y recoge tus cosas. Nos vamos.

El corazón de ella dio un brinco. ¿Rafael se la llevaba de allí? Madeleine no se atrevió a expresar su alegría o esperanza ante la noticia, no cuando el rostro de él seguía cubierto por una máscara imperturbable que no le permitía leer sus emociones.

—¿A dónde iremos?

—No tenemos tiempo de charlar, pronto se va a hacer de noche.

Necesitamos marcharnos cuanto antes.

Madeleine asintió y se dio prisa por regresar a la habitación a cambiarse y a guardar las pocas pertenencias que tenía en su zurrón nuevo. Que el vestido que le había traído fuese de una calidad muy superior a las blusas y faldas de campesina que había llevado en las últimas semanas solo podía significar algo bueno. Al salir, Rafael la estaba esperando junto a los caballos.

—¿Puedes ayudarme a cerrar el vestido? No alcanzo.

Una leve vacilación fue la única respuesta de Rafael antes de cerrarle los botones y de ayudarla a montar. Madeleine aguardó las primeras millas a que le hablase. Sus ánimos fueron decayendo a medida que transcurría el tiempo y el perfil del pueblo quedaba más y más cercano.

—Creo que deberíamos hablar —propuso cuando ya no aguantaba más.

—¿Tú crees? —Rafael ni siquiera la miró.

—¿Tú no?

—No, la verdad es que no creo que a ninguno de los dos le convenga que yo hable en este momento.

—¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? ¡Me has acusado de ser el padre de tu hijo, Madeleine! —

Rafael apretó los labios como si se arrepintiese de haberlo soltado.

¿Acusado? Madeleine tragó saliva en un intento por deshacer la bola en su garganta. ¿Acaso creía que ella se había quedado preñada a propósito?

¡Ni que ella hubiese sido la única consciente de lo que hacían durante sus escarceos! Encima lo decía como si ella lo hubiese amenazado o algo por el

estilo.

Rafael no volvió a decir nada más y, en esta ocasión, ella tampoco lo hizo. Llegaron al pueblo sin mediar palabra y lo atravesaron bajo la atenta mirada de los vecinos sentados a las puertas de sus casas,

disfrutando de la cálida noche. Los saludaban con la misma efusividad que durante su última visita, aunque hoy la sonrisa de Rafael carecía de la sinceridad y alegría con la que había dispensado a los niños y mujeres la otra tarde.

A medida que iban adentrándose en el pueblo, las casas se veían cada vez más grandes y señoriales. Fue precisamente ante una de aquellas casas solariegas ante la que se detuvo Rafael y amarró las riendas en las rejas de la ventana.

—¿Dónde estamos?

Rafael dio un par de golpes con el aldabón, empujó el portón de madera entreabierto y pasó al zaguán, donde aguardó a que les abriesen un exquisito cierro de cristales. De no haber estado tan alterada por la extraña actitud de Rafael, Madeleine se habría recreado en los bellos azulejos andaluces de la pequeña entrada o la rejería de la puerta interior. Pero, en lugar de en la decoración, en lo que acabó por fijarse fue en la belleza morena que les abrió con una expresión radiante.

—¡Rafael! Regresaste pronto.

—Carmen, gracias de nuevo por hacerme este favor.

—¿Qué no haría yo por ti? —Le sonrió ella con una mirada elocuente.

Rafael inclinó la cabeza antes de dirigirse a Madeleine.

—Te presento a Carmen Fonseca, ha sido tan amable de ofrecerte alojamiento hasta que vengan a por ti.

No estaba claro qué fue lo que más conmocionó a Madeleine: si la posibilidad de que estuviese delante de *la Carmen* a la que le había robado hacía lo que ahora parecía una eternidad su noche de amor con Rafael, o el hecho de que este se hubiese encaminado hacia la salida dejándola atrás sin más explicaciones.

—¡Rafael, espera! —Madeleine corrió tras él—. No puedes irte así.

Tenemos que hablar.

—No queda nada de lo que hablar. Tu prometido ha pagado tu rescate, eres libre. —Rafael desató los caballos sin dedicarle ni una sola mirada.

—¿Mi rescate? ¿Eso era lo único que te importaba?

Por un instante pensó que Rafael titubeaba, pero al final metió el pie en el estribo y cogió impulso para subir al lomo de su semental. Madeleine lo

sujetó, frenética, del brazo para retenerlo.

—¿Y nuestro hijo?

—¿Nuestro? —Rafael soltó un resoplido despectivo—. ¿Sabes? No puedo recriminarte por haberte acostado con otros hombres cuando yo tenía a mis propias amantes, pero que hayas caído tan bajo como para pretender endosarme el fruto de tu relación con otro… —Sacudió la cabeza con una risa áspera—. Ni siquiera vale la pena discutirlo. Le deseo lo mejor, *lady* Madeleine.

—¡Te juro que el niño es tuyo!

—No trates de tomarme por tonto. He sido padre por dos veces y tío muchas más. Sé de sobras que es demasiado pronto como para que el niño pueda ser mío. Las embarazadas no os ponéis a vomitar al día siguiente de quedaros preñadas.

—Rafael, por favor, escúchame, deja que te explique.

—¿Cómo puedes siquiera caer tan bajo? —siseó Rafael, liberándose de un tirón y subiéndose a su alazán.

—¿Ocurre algo? —inquirió una fría voz a su espalda.

—Nada. *Lady* Madeleine ya iba a entrar. Nos vemos, Carmen.

—Lo espero con ansia —replicó la mujer sonriendo, con la cabeza ligeramente ladeada.

Horrorizada y sin poder hacer nada, Madeleine presenció cómo Rafael se alejaba al galope sin mirar atrás ni una sola vez.

—¿Piensa quedarse mucho más tiempo ahí parada? Tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo esperándola. —Cualquier rastro de la amabilidad y dulzura anterior se habían esfumado del tono y el rostro de Carmen.

Con el ceño y los labios fruncidos, ni siquiera su belleza era ya la misma.

Madeleine la siguió con reparos al interior de la casa.

—Soledad, enséñale su habitación. —Carmen hizo un aspaviento despectivo al pasar delante de la vieja criada y se fue, dejándolas a ambas en el vestíbulo.

Madeleine siguió a la sirvienta hasta un pequeño cuarto al otro lado del patio interior. Que, por su tamaño y sencillez, daba la impresión de ser una habitación destinada al servicio. En cualquier otro momento de su vida, Madeleine lo habría considerado un insulto; pero, tal y como estaban las cosas, le dio las gracias a la mujer mayor, se tendió en el lecho y se puso a mirar la pared.

¿Qué era peor? ¿Que Rafael hubiese cobrado el dinero del rescate y que la hubiera abandonado a su suerte, o que la considerase una fulana que se acostaba con cualquiera y aspiraba a atribuirle el hijo de otro? Se le escapó una mezcla entre carcajada y sollozo seco. ¿Acaso no era irónico que ni siquiera el confesarle que su embarazo era de la noche que compartieron en un establo mejoraría lo que opinaba de ella? Puede que fuese incluso una suerte que no la hubiese dejado explicarle lo que sucedió. Si ahora no la equiparaba más que con una ramera, ¿qué pensaría de ella si supiera que se hizo pasar por Carmen para estar con él?

Ninguna humillación o dolor que hubiese sufrido en los últimos días, o en su vida en general, era comparable con la agonía y desesperación que la embargaba en aquel instante. Y, aun así, ni una sola lágrima cayó de sus ojos.

A pesar de su cansancio, tampoco consiguió dormir y acabó por darse cuenta de lo tarde que era cuando al fin la casa se quedó en silencio y lo único que escuchó en la noche fue su estómago, gruñendo de hambre y quejándose porque no lo hubiese alimentado. Nadie se había dignado ni a invitarla a cenar o a llevarle un tazón de sopa o un trozo de pan.

¿Sería capaz de encontrar a Isabel? Iba a intentarlo mañana. Se

negaba a que Rafael se deshiciera de ella abandonándola en manos de la mujer con la que, a todas luces, seguía manteniendo una relación.

—¡Arriba! Es hora de levantarse. —Alguien le arrancó las sábanas incluso antes de que pudiese abrir los ojos—. La diligencia no va a esperarla si no está en la puerta de la panadería de Romualdo cuando llegue, y será la única que pase hoy en dirección a Arcos, donde tendrá que coger la que se dirige a Sevilla.

—Rafael me dijo que vendrían a recogerme.

—Cambio de planes, Rafael se equivocó.

—Tengo que hablar con Rafael —replicó Madeleine, negándose a que aquella mujer la manipulara.

Carmen se detuvo bajo el umbral y le echó una gélida mirada por encima del hombro.

—Pues es una lástima. Ha dejado claro que no quiere volver a hablar con usted. Esta mañana me contó que iba a Cádiz, lo que la deja a solas y sin

nadie más a quien recurrir.

—No puedo irme aún —insistió Madeleine, sintiéndose bastante menos segura de su decisión.

Su corazón dio un vuelco ante la idea de que Rafael hubiese venido a despedirse de Carmen y no de ella. A ella nunca le había dicho a dónde iba.

Carmen se giró y puso los brazos en jarras.

—¿Y espera que yo siga alojando a una mujerzuela que solo trae consigo deshonra y vergüenza?

Madeleine inspiró con fuerza ante el insulto.

—Puedo quedarme con Isabel —le aseguró por simple orgullo.

—¿Y esa tal Isabel puede permitirse el lujo de pagarle la diligencia hasta Sevilla? —Carmen arqueó una ceja mientras esperaba su respuesta—. ¿No?

—preguntó con sorna cuando Madeleine no replicó—. En ese caso, cogerá ese transporte y desaparecerá de mi vida y la de Rafael. Ya he

sido generosa perdonándole la indiscreción que tuvo con usted. Si cree que voy a seguir aguantando su desfachatez tratando de ofrecerse a él cuando es a mí a la que ha jurado amor, entonces está muy pero que muy equivocada.

Capítulo 36

En cuanto reconoció a Carmen en el jinete que se aproximaba por la otra orilla del arroyo, Rafael se secó y se colocó la camisa limpia que Antonio le había traído del pueblo aquella mañana.

—¿Qué haces aquí? —Se esforzó por ocultar su desdén, pero las palabras le salieron antes de que pudiera retenerlas.

Había ido allí a encontrar un poco de soledad y Carmen era la última persona con la que le apetecía encontrarse… Después de Madeleine.

—¿Eso es lo que te alegras de verme? —espetó ella, frunciendo el labio con mofa.

—No te esperaba aquí, pensé que estarías cuidando de la inglesa —se excusó Rafael con desgana.

—Ah, tu putita extranjera. —Su tono contenía una cantidad tal de veneno que Rafael tuvo que morderse la lengua—. ¿Ya la echas en falta? —Carmen arqueó una ceja.

—¿Por qué habría de hacerlo? Lo que quiero es largarla de una vez por todas y centrarme en cosas más importantes.

—Mmm… —Carmen se deslizó de su montura y se acercó a él—. En ese caso, te complacerá saber que ya está resuelto y que tengo unas cuantas propuestas en mente con las que podrías olvidarla —ronroneó ella, con esa voz baja y ronca que el mes pasado solía ponerlo como un toro.

Retrocedió, evitando que pudiera rodearle el cuello con los estilizados brazos, y se dispuso a recoger la ropa sucia.

—Tengo que irme. Los otros me están aguardando.

—Que esperen. —Carmen puso un mohín e hizo otro intento por abrazarse a él.

Rafael le cogió las muñecas y la apartó de él.

—Hoy es imposible —explicó, con frialdad, al guardar sus

pertenencias en la alforja.

—¿Ni siquiera para enterarte de cómo te traicionó esa fulana? —Algo en el tono de Carmen le erizó el vello de la nuca—. Quizás deberías revisar qué más te falta. Una ladrona nunca se conforma con un solo robo.

Rafael la miró sobre el hombro.

—¿A qué te refieres?

La expresión de victoria en el rostro femenino le dejó claro que aquella había sido exactamente la respuesta que había esperado de él. Sin prisas, se sacó algo del bolsillo de la falda y se arrimó a él con una cadena de plata balanceándose en su dedo índice.

—¡Mira lo que te quitó la muy puta!

Una repentina acidez invadió el estómago de Rafael.

—¿Me la dejas ver? —No es que no fuera capaz de ver la delicada luna labrada que colgaba de la cadenilla, pero sentía la urgencia de tocarla y comprobar que no era parte de una pesadilla.

Era imposible que Madeleine tuviese aquella joya. Recordaba perfectamente la noche en que se la había entregado a Carmen.

—Confesó que le dijiste que era para mí. —Carmen le tiró la cadena con indiferencia—. La verdad es que te podrías haber estirado un poquito más, teniendo en cuenta la cantidad de joyas que robas al cabo del mes. Si quieres a una dama como yo, lo menos que puedes hacer es consentirla.

Rafael ignoró el puchero de Carmen y reprimió la tentación de preguntarle por qué iba a querer él a una endemoniada arpía. Al contacto del frío metal contra su palma, la urgencia de ponerla en su sitio pasó a un segundo plano.

—¿Esta no es la cadena que te regalé la noche del establo?

El desagradable carcajeo de Carmen le hizo preguntarse qué fue lo que vio alguna vez en ella.

—¿Establo? ¿Qué establo? ¿Ahí es donde ella te la robó?

—¿No nos vimos en un establo? —se aseguró Rafael, a pesar de que ya sospechaba cuál iba a ser su respuesta.

—Cielo, en nuestro último encuentro saltaste con tus calzones a hombros por el balcón porque llegó mi marido. —Ella lo estudió con los brazos en jarras—. Diría que me confundiste con otra si no fuera porque le dijiste a la forastera que era para mí y porque el único sitio en el que te la pudo robar fue en el campamento. ¿O acaso la conocías de antes?

—Cierto. Qué mala cabeza la mía —murmuró Rafael, cerrando el puño alrededor de la cadena.

—Además, dale las gracias a esa ladrona por haber evitado que me dieras esa baratija. —Ella lo miró con la nariz en alto—. O me regalas algo en condiciones, o no me regales nada. No soy una de tus queridas de tres al cuarto.

—Tienes razón. Te mereces algo muy diferente. —Rafael bajó la vista a

su puño crispado, del que caía la cadena mientras la luna se le clavaba en la palma. Tragó saliva cuando su mente viajó a la primera noche que había dormido con Madeleine y ella había tenido el puño cerrado a su alrededor, justo como él lo tenía en ese preciso instante—. ¿Y cómo te has deshecho de la inglesa con tanta rapidez? —cambió de tema, incapaz de enfrentarse a la cruda verdad que trataba de imponerse a sus pensamientos.

—La monté en la primera diligencia que pasó y la mandé al encuentro de su prometido con una carta en la que le aseguraba que había estado conmigo esta última quincena. Que nadie diga que no soy generosa —se burló Carmen satisfecha.

—¿La mandaste así, sin más? —Rafael se enderezó incrédulo—. ¿A solas? ¿Sin una acompañante?

—Por supuesto. ¿Qué esperabas? ¿Que me quedase sin una de mis criadas durante una semana? No, gracias. ¿Además, no querías discreción?

Ahí la tienes. Nadie, excepto yo, sabe a dónde va ni quién es.

El ácido en su estómago amenazó con subir por su esófago.

—¿Le diste dinero para el trayecto?

Carmen resopló.

—¿Me has tomado por santa Rita de Casia? Le he dado más de lo que vale esa fulana inglesa.

Rafael tomó profundas inspiraciones en un intento por sosegar el fuego que le corría por las entrañas con la necesidad de estrangular al demonio que tenía frente a él.

—¿Eres consciente de que es posible que la diligencia haga paradas o incluso que los viajeros tengan que esperar en una posada para enlazar con otra si no hay un viaje directo? —Su tono fue elevándose con cada palabra

—. ¿Dónde se supone que permanecerá durante la noche? ¿Y qué le sucederá si cualquiera de los hombres que se encuentren por allí se dan cuenta de que está viajando sola y desamparada, sin nadie que la proteja?

—¿Y? Es lo que se ha buscado —le señaló Carmen alterada—. ¿O

piensas venirme ahora con el cuento de que esa fulana se ha pasado varias semanas en vuestro refugio sin haberse abierto de piernas para ti y tu amigo del alma, Antonio? ¿A quién pretendes engañar, Rafael? Nos conocemos. Si le hace falta dinero, que se lo gane concediendo favores. Es mona, no le faltarán clientes.

Las venas en las sienes de Rafael comenzaron a pulsar y un punzante dolor se alojó tras sus ojos.

—¿Sabes? Para considerarte una dama tienes el lenguaje de una verdulera. —Rafael se giró hacia su semental en un vano intento por mantener su furia bajo control.

—¡¿Cómo te atreves a insultarme?!

—¿Cómo te atreves tú a insultar a Madeleine, acusándola justo de lo que tú misma has pecado? ¿O tengo que recordarte qué fue lo que estuvimos haciendo durante nuestra última cita, justo antes de que llegase tu marido?

—preguntó Rafael, lanzándole una gélida mirada.

—¿Ahora se llama Madeleine? —Carmen entrecerró los ojos—. ¿No me digas que el pobre bandolero se ha enamorado de la ramera inglesa?

—¡Deja de llamarla así! —Rafael apretó la mandíbula.

—¡Voy a llamarla como me dé la real gana!

—¿En qué diligencia la has metido? —decidió preguntarle antes de que acabase matándola.

—¡Ja! ¿Y de verdad esperas que te lo diga después de haberme puesto los cuernos y haberme insultado?

—¡Carmen! —Rafael se encaminó despacio hacia ella.

—¡Vete a la mierda! —Carmen alzó la barbilla, pero retrocedió, alejándose de él todo lo que pudo, hasta que quedó atrapada contra el tronco de un roble.

Rafael colocó una mano a cada lado de su rostro e inclinó la cabeza hasta casi tocarle la nariz con la suya.

—¿A dónde la has mandado? —siseó amenazante.

—¡Al infierno! —El miedo en los ojos de Carmen dejó patente que su valentía era poco más que una fachada—. Y ojalá que se pudra en él.

Rafael tomó aire. Deseaba estrangularla. Bastaría con que le rodeara la delicada garganta con los dedos y estrujara un poco para sonsacarle lo que quisiera. Sin embargo, nunca había maltratado a una mujer, y no iba a caer tan bajo por una como Carmen.

—¡Aléjate de mí y no vuelvas a buscarme! —Rafael le dio la espalda.

Carmen se apresuró a trompicones hacia su caballo.

—Y otra cosa, *querida*. —Rafael observó con indiferencia sus intentos fallidos de montarse sobre el animal y cómo se señalaban círculos rojizos sobre su cenicienta tez—. Tú quieres que se sepa dónde nos refugiamos mi cuadrilla y yo, o la historia de Madeleine, tanto como yo quiero que todo el mundo se entere de qué hacías encontrándote en secreto conmigo… y algún que otro bandolero más.

Carmen jadeó, ciñó sus dedos alrededor de las riendas y azuzó al animal para alejarse al galope. En cuanto desapareció de su vista, Rafael golpeó un tronco, recreándose en el dolor y la sangre que le corría desde los nudillos.

Despacio, rotó el puño y abrió los dedos, dejando a la vista la brillante luna de plata. Cerró los ojos impotente.

¿Cómo no se había dado cuenta?

Antonio lo encontró en la cima de un barranco, contemplando el valle en un angustioso silencio.

—Me ha dicho Curro que recojamos lo que hay en el cortijo y que vas a adelantar nuestra marcha.

—Es lo mejor. —Rafael asintió.

—¿Qué ha ocurrido?

—Carmen se ha ido muy alterada. Es mejor no arriesgarnos.

—¿Estás así por esa mujer? —Antonio frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Carmen? No. —¿Qué le importaba a él esa desdichada? Nada y menos que nada.

—¿Entonces? Tienes cara de entierro.

Rafael cabeceó.

—¿Alguna vez has descubierto que has cometido el mayor error de tu vida y que, cuando quieres solucionarlo, no tienes ni idea de cómo hacerlo?

—Ayudaría que me hablaras en cristiano, ¿sabes?

—Madeleine estaba embarazada.

—Tengo ojos en la cara y catorce sobrinos —replicó Antonio con sequedad—. Cuéntame algo que no supiera ya.

—Creo que soy el padre.

—¿Se supone que eso debería sorprenderme?

—¿Lo sabías? —Rafael lo miró incrédulo—. ¿Sabías lo de aquella noche en Jerez?

—Sé muchas cosas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Ella me pidió que respetase su derecho a ser ella la que te lo contase.

Me pareció una petición razonable.

—¡Joder! —Rafael se pasó una mano temblorosa por el cabello—. Lo

hizo, me dijo que yo era el padre y no la creí.

Antonio soltó un suspiro.

—No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

—¿Desde cuándo sospechaste que estaba embarazada? —Rafael tragó saliva.

—Llevo sospechándolo desde hace unos días. No hay que ser muy listo para intuir qué significa que una mujer vomite en un momento y, acto seguido, esté dispuesta a asesinar por un trozo de pan, en especial si eso se repite varios días seguidos.

—Carmen la ha montado en una diligencia, sola y sin dinero. No podrá pagarse la posada si hacen parada y tampoco tomar nada si tiene hambre o sed. ¡Maldita sea, le tendría que haber dado al menos algo antes de abandonarla con esa víbora de mala lengua! Lo pensé. Lo pensé y no lo hice porque quería castigarla. La ha mandado con el vejestorio con el que está prometido. No consigo dejar de darle vueltas a la posibilidad de que pueda sucederle algo por el camino o que, al llegar a su destino, el marqués pueda repudiarla por mi culpa, dejándola desamparada en su estado.

Antonio cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Algo más?

—¿Qué pasa si soy el padre?

—¿En serio lo dudas aún? —Antonio alzó las cejas.

—Lo digo en serio, yo… yo…

Antonio se colocó junto a él y lo cogió por los hombros.

—¿Te serviría de algo si te dijese que estoy completamente convencido de que eres el padre de esa criatura?

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Rafael frunció el ceño.

— *Lady* Madeleine solo tenía ojos para ti, y era tan inocente que ni siquiera se percataba de cuándo los demás pretendíamos seducirla. Además, su prima me confesó que nunca había estado con ningún otro más que con su marido.

—¿Me estás diciendo que tú y los hombres habéis intentado algo con ella? —Rafael echó mano de la navaja y se la colocó en el cuello.

¡A la mierda con todo y con todos!

—¿Quieres matarme o prefieres que te cuente primero a dónde se dirige y quién es el prometido de la *lady* Madeleine? —Antonio levantó ambos brazos con una sonrisa pícara.

—Déjate de rodeos y suelta lo que tengas que decirme. —Rafael lo

estudió con los ojos entrecerrados.

—Baja esa arma y te daré la información que quieres.

—Ten cuidado con lo que vas a decir —le advirtió Rafael—. Sé que mañana sentiría haberte matado, pero hoy me importa una mierda.

—Gracias, amigo, yo también te quiero —espetó Antonio con sarcasmo.

—¡Suelta lo que sabes!

Capítulo 37

A Madeleine le dolía tanto la espalda que dudaba que en la siguiente posta fuera capaz de bajarse del coche erguida. Un bache en el camino hizo saltar el coche de caballos tan alto que, si no hubiera sido porque estaba encajada a precisión entre la puerta y los generosos muslos de la señora sentada a su vera, se habría resbalado del asiento. Procuró reajustarse en la dura banca lo mejor que pudo y se sujetó con fuerza a la cuerda deshilachada que colgaba al lado de la ventana.

La señora de enfrente le echó otra de sus malas miradas, como si con ello pudiera conseguir que Madeleine se tirara del carruaje en marcha.

Habría reído de haber podido. No deseaba nada más en aquel instante que el bajarse de aquel infierno con ruedas, pero no tenía ningún sitio al que ir. Y

eso era algo que, probablemente, el resto de los pasajeros ya sospechaban desde hacía rato.

¿Qué dama viajaría en una diligencia sin acompañantes, con un vestido manchado, sin guantes ni equipaje, y sin siquiera una cesta de comida para el trayecto? No se requería ser muy espabilado para sumar dos más dos, en especial si esa mujer era la única persona que durante el viaje no había cesado de vomitar en el pequeño cubo que el conductor se había dignado a darle de mala gana tras hacerle frenar a los pocos minutos de salir del pueblo.

Intentó ignorar lo que llevaba sobre las rodillas. Ni el paño sucio con el que había tapado el cubo ayudaba a ocultar el nauseabundo olor.

¿Habrían adivinado ya que tampoco llevaba dinero más que el justo para comprarse el siguiente billete? ¿Que hasta que llegase a su destino no tenía ni un mal trozo de pan duro que llevarse a la boca? Lo que más la preocupaba, sin embargo, era que la diligencia no llegaba hasta Sevilla y que tendrían que hacer una parada y esperar a mañana a primera hora a que pasase el coche de la ruta hispalense. Iba a tener que esperar una tarde entera y la noche para poder continuar su viaje. Una noche a la intemperie, a menos que encontrase un establo en el que resguardarse.

Debería haberse quedado con el colgante de plata que le dio a Carmen en un impulso. Al menos habría tenido algo con lo que trapichear. Pero no.

Ella, siempre tan correcta y orgullosa, se la había tenido que devolver a esa

víbora con piel de cordero. Era tonta y más que tonta. ¿De qué le servía haber tratado de quedar de honrada? ¿Acaso Rafael y sus hombres no se habían adueñado de todo lo que el dichoso señor Fitzgerald dejó atrás en su huida, abandonándola a su suerte? Encima se había gastado hasta el último real que le había dado Rafael en sus botas, el zurrón y algunas balas. ¿Para qué quería ella un zurrón si en cuanto llegase a casa del marqués iba a ser un objeto inútil?

Tocó de forma disimulada la pequeña pistola que escondía en el bolsillo de su falda. Seguía ahí, en su sitio. Si se la ofrecía al mesonero, era bastante posible que le diera algo de comer y puede que

hasta algún rincón donde pasar la noche. Pero ¿y si se le presentaba una situación en la que necesitara defenderse? Una mujer sola siempre debería tener una forma de defenderse.

En especial cuando no tenía ni idea de qué le deparaba su destino.

La señora a su lado se movió, propagando una nueva oleada de hedor a axila y cebo rancio. Por más que se apresuró a estamparse el pañuelo contra la nariz, no consiguió frenar la ristra de arcadas que enseguida le sobrevinieron. ¡Dios, cómo odiaba aquel embarazo! ¿Quién podía decir que había algo bello en concebir un hijo? Era semejante a una enfermedad, que le iba a durar al menos otro medio año más. Ojalá que Isabel tuviera razón y que en un máximo de uno o dos meses se le acabaran aquellas náuseas.

La señora, cuyos sobacos olían a orina de caballo macerada durante siete días, le echó una ojeada de desprecio. No es que Madeleine no fuera consciente de que ella tampoco podía oler a rosas precisamente. Llevaban ya un buen rato montados en aquel horno polvoriento. Aun así, siendo honesta consigo misma, tenía la esperanza de no llegar a los extremos de aquella señora. Más que a mujer, olía a temporero de campo después de un año sin lavarse. Y ya cuando abría esa boca… ¡Mejor ni pensarlo! Ni siquiera se atrevía a pedirle que se moviera un poco para evitar que sus muslos dejasen de rozarse tanto, por miedo a que la mujer le respondiera y le echara su aliento de carne podrida. Mientras la señora se limitase a hablar con el corpulento esposo, sentado al otro lado del banco, todo estaba bien.

Madeleine intentó desviar sus pensamientos en otra dirección, cualquier cosa con tal de no considerar la tesitura en la que se encontraba. ¿Quién se podría haber imaginado que en apenas unas semanas su vida pudiera haber cambiado tanto? De viajar en una cómoda berlina privada rumbo a su nueva vida como marquesa, había pasado a ser considerada como poco más que una mujerzuela a expensas de lo que decidieran hacer con ella al alcanzar su

destino.

Se clavó las uñas en las palmas al percatarse de que había estado a punto de tocarse el vientre. ¿Qué futuro le depararía ahora a su hijo? Si el marqués la repudiaba, no tenía a dónde ir. ¿Podía regresar a Inglaterra? Con la rigidez impuesta por la alta sociedad inglesa, el sobrino de Charles no iba a permitir que regresara allí. Sería cuestión de horas que su desgracia y vergonzoso comportamiento alimentara los corrillos londinenses. ¿Estaría Edmund dispuesto a financiarle una

estancia medio decente en Italia o quizás en alguna de las colonias, alejada de los rumores y críticas?

En cuanto la diligencia aminoró la velocidad para entrar en el patio de una posada, Madeleine se afanó en colocarse bien el cabello. Que no tuviera prisas por salir no era de la incumbencia del resto de los viajeros.

El vehículo acabó por detenerse con brusquedad. El acompañante del conductor saltó de su asiento y les abrió las puertas.

—La diligencia a Sevilla llega sobre las nueve; la de Granada, sobre las doce —les advirtió sin demasiadas cortesías, dejando claro que nadie esperaría a los rezagados.

La señora frente a ella, que le había estado echando malas miradas, se bajó apresurada del coche y resopló cuando el ayudante, en vez de ofrecerle una mano, se dirigió a revisar los caballos.

Madeleine se agachó a desatarse y atarse las botas como si las hubiera tenido demasiado sueltas. Cruzó los dedos porque los demás pasajeros se bajasen por el otro lado, en lugar de aguardar que ella terminara. No necesitaban descubrir que no tenía intención de entrar a la posada.

El posadero no le iba a dar más que un poco de agua, y con razón.

¿Cuánta gente no pasaría por su establecimiento cada semana alegando que no tenían con qué pagar? En cuanto a los clientes, nada más había que echar un vistazo a los tres que acababan de salir para adivinar que su caballerosidad se extendería solo hasta donde ella estuviera dispuesta a sacrificar su honor y el poco orgullo que seguía conservando.

Madeleine retuvo la respiración cuando la desagradable señora junto a ella removió su acumulada pestilencia al levantarse. Con los labios apretados, escuchó cómo se quejaba a su marido de la poca vergüenza de alguna gente. La mujer no hizo nada por bajar la voz, del mismo modo que Madeleine no hizo nada por dar a entender que era consciente de que el comentario iba por ella.

Sus intentos por ignorar la nueva ola de hedor fueron en vano. Madeleine

bajó de un salto del coche y llegó a tropezones hasta el primer árbol, donde soltó la poca agua y bilis que le quedaban en el estómago después de haber vomitado el tazón de migas de aquella mañana

durante el trayecto.

—Tome.

Madeleine alzó, exhausta, la cabeza para mirar a la joven tímida que había estado sentada en la otra esquina de la diligencia y al vaso que le ofrecía. Su esposo se encontraba justo detrás de ella.

—Es leche, ayudará.

—Gracias. —Abochornada, Madeleine aceptó que le apretara el vaso entre los dedos, demasiado sedienta como para rechazarlo.

La muchacha esperó a que terminase de bebérselo.

—Me llamo Belén Gómez, y este es mi marido: José Jaime de Guzmán, aunque todos le llaman Jaime el de Guzmán. Vamos camino de Sevilla a visitar a mi hermano. Su esposa está a punto de dar a luz. ¡Me hace tanta ilusión!

Madeleine sonrió con debilidad y les dio la mano a ella y a Jaime, quien se limitó a un leve asentimiento.

—Madeleine.

Si a la joven le llamó la atención el que no mencionase su apellido, no lo mencionó.

—Nos gustaría invitarla a que compartiera mesa en la posada con nosotros —siguió Belén con su animado parloteo. A Madeleine se le saltaron las lágrimas—. Nosotros pagamos, por supuesto —se apresuró a aclarar cuando ella tardó en responderle—. Si lo que hay aquí fuera da miedo, debería ver lo que hay dentro.

—Vaya —murmuró Madeleine.

Por primera vez, se fijó en un grupo de hombres reunidos en un pequeño grupo al lado de lo que parecía ser el establo. La chica tenía razón. Algunos de aquellos individuos infundían más temor que los bandoleros con los que había compartido las últimas semanas. No le extrañaba que a la muchacha le alarmase estar rodeada de semejantes sujetos. La mirada que algunos de ellos les echaban le pusieron la piel de gallina, y eso que apenas era de tarde. No quería ni pensar en el tipo de clientela que podía haber allí de noche.

—Mientras más seamos y permanezcamos juntos, mejor, más a salvo

estaremos. —Enganchándose al codo de Madeleine, Belén la arrastró con ella, ahorrándole la necesidad de responder—. Hemos conseguido una

habitación, puede venir conmigo a asearse antes de ir a comer. Jaime se puede quedar vigilando en el pasillo. ¿O prefiere comer primero?

Madeleine tenía tanta hambre que podría haber devorado un regimiento completo de soldados, pero su educación y vergüenza le impidieron admitirlo.

—Os agradecería si pudiera asearme un poco. La diligencia era un horno.

—Ni que lo diga. ¡Y vaya olorcito que había! No sé ni cómo aguantó estar sentada al lado de esa puerca disfrazada de mujer.

Madeleine no respondió. Recibir un poco de compasión al cabo de los dos días que llevaba consiguió que le escocieran los ojos. Agradeció que la joven rellenara el silencio con su cháchara, en tanto ella y Jaime, que las seguía, asentían o sonreían de tanto en tanto.

Ya había oscurecido en el exterior cuando la repentina forma en la que se apagaron las conversaciones en el comedor de la posada hizo que Madeleine levantara a regañadientes la cabeza del caldo de puchero. Un silencio como aquel nunca traía nada bueno.

Todo el mundo parecía estar pendiente de la entrada a su espalda.

Madeleine se giró a ver qué era lo que tanto interés le despertaba a la gente.

Los recién llegados constituían un grupo dispar. Un señor mayor, cuyo atuendo y porte dejaban entrever que no solo era acaudalado, sino que provenía de una posición privilegiada, iba rodeado por cuatro escopeteros, a deducir por sus uniformes. Junto a ellos, una señora de mediana edad, con ropa bastante más sencilla, portaba una expresión que dejaba patente que no estaba muy convencida de que los

escopeteros fueran suficientes para protegerla en aquel lugar.

El hombre mayor miró alrededor, fijando su atención especialmente en las mujeres. Cualquiera que lo viese pensaría que estaba buscando, sin éxito, a alguna en especial. Su vista se detuvo por unos momentos sobre Madeleine; sin embargo, al reparar en las manchas de vómito y polvo de su falda perdió el interés.

Madeleine siguió comiendo, aunque observó con disimulo las reacciones de la gente ante el extraño grupo tan fuera de lugar en aquella posada. Los murmullos, las posturas rígidas y las caras desconfiadas le indicaron que los demás seguían a los recién llegados con una morbosa mezcla de curiosidad

y tensión. Nada quedaba de las risas desenfadadas, las anécdotas que despertaban gemidos o las voces a la camarera para que rellenara sus jarras.

El señor mayor, seguido por su séquito, se acercó a la barra y le habló en voz baja al posadero, quien negó con la cabeza. Fue una de las camareras, que estaba cerca y los había oído, la que se arrimó al posadero a susurrarle al oído.

La cuchara de Madeleine se paró a mitad de trayecto hacia su boca cuando los tres miraron hacia ella. Soltó el cubierto de madera con cuidado en el cuenco y apoyó la palma sobre su muslo, justo encima del duro bulto de la pistola. ¿Debería sacarla o era mejor aguardar un poco más a comprobar qué era lo que pasaba?

Un escalofrío recorrió a Madeleine al observar cómo el anciano se dirigió directamente hacia ella. Colocando las manos otra vez sobre la mesa, las dejó a la vista. No era el momento de sacar la pistola. Tenía más posibilidades de defenderse si les cogía desprevenidos. Tampoco era como si fuesen a hacerle mucho ante tanta gente. O al menos eso esperaba.

—¿ *Lady* Berkeley?

Madeleine se congeló. ¿Cómo sabía su nombre?

—¿Sí? —Su voz se negó a reflejar la seguridad que había pretendido fingir.

El hombre se inclinó levemente ante ella.

—Permítame que me presente. Soy Diego de Rivera. Estamos aquí por

petición del marqués de los Alcázares. Nos ha enviado a que la acompañemos y nos pongamos a su servicio hasta llegar a su destino.

—Yo… Tengo que admitir que me han cogido por sorpresa. —Madeleine lo miró estupefacta.

¿Quién había informado al marqués de que iban a encontrarla en aquel lugar? ¿Carmen al final se había compadecido de ella y había mandado noticias a su prometido?

—¿Han venido a recogerme?

¿Se atrevería a irse con aquellos desconocidos si era el caso?

El hombre titubeó.

—Ya está anocheciendo. Es más seguro pasar aquí la noche. El marqués y su familia no la esperan hasta mañana.

Madeleine desvió la mirada hasta su cuenco, más por el hecho de tener que confesarle que ella no tenía alojamiento en aquel lugar que por el hecho de que desconociese incluso la información más básica acerca del marqués.

Como si el hombre adivinase sus pensamientos, carraspeó.

—Si no dispone aún de habitación, me encargaré de conseguirle la mejor de la posada y que se la limpien. La señora González, aquí a mi lado, está aquí para servirle de dama de compañía y atender sus necesidades.

La mujer mayor hizo una pequeña reverencia.

—Encantada de estar a su disposición, *lady* Berkeley.

—Permítame que la lleve a una habitación reservada, donde podrá cenar con más tranquilidad —continuó don Diego.

Madeleine miró insegura hacia Belén y Jaime, quienes seguían la escena con los ojos abiertos de par en par, como si acabasen de descubrir que la mendiga a la que acababan de invitar a cenar era en realidad una princesa extraviada.

Comer algo más consistente que un caldo sonaba bien. No obstante, levantarse de la mesa sin más, después de lo bien que se habían portado con ella, era como mínimo una descortesía.

—Disculpe, señor Rivera, pero esta pareja fue tan generosa de invitarme a cenar con ellos y…

—No, no. No se apure por nosotros, *lady* Berkeley —balbuceó Belén, con presteza, mientras sus cachetes adquirían un adorable tono rosado.

Don Diego se hizo cargo de inmediato de la situación.

—Les agradezco mucho que hicieran compañía a *lady* Berkeley. ¿Serían tan amables de acompañarnos? Consideraría un honor que nos acompañasen a cenar.

Jaime y Belén se miraron incómodos el uno al otro, hasta que ella asintió insegura. Jaime se levantó de la silla y le dirigió una leve inclinación.

—Gracias, es un placer para nosotros aceptar su invitación.

Capítulo 38

Madeleine se puso rígida ante el suave golpeteo y abrió los párpados de golpe. Su mente tardó en identificar las paredes desconchadas y la habitación vacía, excepto por una silla de enea ocupada por una mujer mayor. Por el sobresalto en su rostro, debió de haberse quedado dormida al igual que ella. Ambas intercambiaron una mirada asustada. Madeleine metió la mano bajo la almohada y soltó un profundo suspiro al tocar el frío nácar de la pistola. Sin sacar la mano, se giró sobre el abultado colchón de paja y no perdió de vista cómo la señora González se apresuró a llegar a la puerta con diminutos pasos y la espalda encorvada.

—¿Quién es? —preguntó con voz áspera y la mano en el pomo.

—Ha llegado *lady* Lydia Wedgwood. Dice ser la prima de *lady* Berkeley

—informó el hombre que había permanecido en el pasillo haciendo guardia durante la noche.

—¡Lydia! —Madeleine se sentó como un resorte, pero acabó cayendo atrás con la misma rapidez con la que se había incorporado y tomó varias inspiraciones profundas mientras trataba de dominar las náuseas.

Ante la mirada de interrogación de la señora González, asintió con

debilidad.

—¡Oh, Dios, Madeleine! —Lydia irrumpió en la estrecha habitación, acercándose a la cama sin dilación—. ¡No sabes lo angustiada que estaba por ti! Pensé que no volvería a verte.

—Lydia…

Las arcadas le ganaron la batalla y Madeleine se tiró de rodillas en el suelo para coger el orinal y vació su estómago en él. Lydia estuvo de inmediato a su lado, sujetándole el cabello, en tanto que la señora González le trajo un trapo húmedo y le llenó un vaso de agua.

—Shhh, está bien, prima, está bien. Ven, vamos arriba —le propuso Lydia en cuanto dejó de dar arcadas, ayudándola a levantarse y a acostarse de nuevo en el estrecho lecho. Lejos de consolarla, sus palabras acabaron por derribar el escueto control que aún le quedaba. Madeleine se tapó el rostro y rompió a llorar—. ¿Sería tan amable de deshacerse de esto y de traerle algo para desayunar y asearse? —Lydia empujó el orinal, con la nariz fruncida, en dirección a la señora González.

—Por supuesto, *lady* Wedgwood —replicó la mujer sin inmutarse—.

¿Desea que también le traiga algo a usted?

—Se lo agradecería.

Lydia esperó a que la señora González saliera de la habitación para abrazar a Madeleine.

—No llores, Maddy. Ya estoy aquí. Ya verás que todo se va a solucionar.

Los sollozos de Madeleine se intensificaron. ¿Solucionarse? Ya no había nada que pudiera hacerse. No con el tipo de problema que ella tenía.

Transcurrió un largo rato en el que Lydia se mantuvo simplemente a su vera, abrazándola y acariciándola en su afán por calmarla.

—¡Oh, Dios, otra vez no! —gimoteó Madeleine ante el aviso de una nueva tanda de arcadas.

—Respira profundo. Toma. —Lydia le dio el vaso y rebuscó en el bolso que había dejado a los pies de la cama. Regresó con un pequeño

paquete envuelto en un paño de lino y lo abrió sobre su regazo—. Aquí tienes. Son galletas saladas. La esposa de lord Williams me contó una vez que eran mano de santo en estos casos. Tienes que comértelas a mordiscos pequeños.

—Gracias.

Madeleine obedeció, demasiado exhausta para poner objeciones. Era mucho más sencillo tragar sin pensar que tener que enfrentarse al hecho de que debía contarle a su prima todo lo que le había ocurrido.

—¿Mejor? —Lydia ahuecó la almohada para que pudiera apoyarse contra el cabecero, le apartó un mechón del rostro y sonrió.

—Lydia, necesito confesarte algo… —Madeleine bajó la media galleta a su regazo y la estudió con un temblor incontrolable en los labios.

—No hace falta. Antonio ya me ha puesto al día.

—¿Antonio? —Madeleine alzó la cabeza.

—Sí. Vino a verme. A escondidas, por supuesto —explicó Lydia bajando la voz, con una rápida ojeada a la puerta.

—¿Y qué te… contó? —Un estremecimiento helado se instauró en su estómago mientras en su rostro irrumpió una intensa ola de calor.

Lydia se inclinó hacia ella y la miró a los ojos.

— *Todo* lo que necesitaba saber —enfatizó las sílabas. Madeleine se tapó abochornada el rostro, pero Lydia enseguida le apartó las manos —. No se te ocurra avergonzarte ante mí. Recuerda que fui yo la que te convenció aquella noche de que me acompañaras.

—Él estaba allí, entre los bandoleros. El hombre de la fiesta — balbuceó

Madeleine, consciente de que nada de aquello debía de tener sentido para su prima.

—Lo sé.

—Y no me creyó cuando le dije que era suyo.

Con un profundo suspiro, Lydia cogió su pañuelo y le secó algunas lágrimas de las mejillas.

—Mírame. —Lydia la sujetó por el mentón y la obligó a enfrentarse a ella—. Olvida lo que fuera que ocurriese entre tú y ese hombre. No es real, lo que suceda a partir de ahora lo es.

Con un resoplido, Madeleine apartó el rostro.

—¿No es real? ¿Tampoco lo será cuando nazca el niño o cuando el marqués me repudie?

—Nadie te repudiará. De hecho, nadie sabrá jamás lo que ha ocurrido durante estas últimas semanas.

—¿De qué estás hablando? —Los ojos de Madeleine se abrieron al comprender lo que su prima le estaba sugiriendo—. ¡No pienso perder al niño!

—¡Shhh! —Lydia miró por encima del hombro para comprobar que la puerta seguía cerrada—. Nadie ha dicho que lo hagas.

—¿Entonces qué quisiste decir?

—Que Antonio se ha encargado de que ningún detalle de lo que te ha pasado salga a la luz. Es posible que haya rumores, eso sí, aunque no creo que se atrevan a acusarte en público.

—¿Qué ha hecho?

—Tengo una carta de Carmen Fonseca, la esposa del gobernador, que afirma que te encontró el mismo día en que los bandoleros os atracaron.

Resulta que oyeron unos disparos y, al aproximarse al lugar de los hechos, los bandidos huyeron dejándote atrás. Te encontró tan conmocionada que, cuando te interrogó, no recordabas lo que había sucedido ni quién eras.

Viendo que eras una dama de bien, te recogió y cuidó en su casa. Y, en cuanto te recuperaste y supo quién eras, me envió una misiva para que pudiera ir a recogerte. Que es justo lo que estoy haciendo —finalizó Lydia triunfal.

—Pero… estamos en una posada del camino, no en una casa particular.

Sin contar que Carmen me dejó claro lo que opinaba de mí. Ni siquiera quiso contactar contigo, por eso me envió directamente a

Sevilla.

—Lo que te haya dicho ya no tiene ni la menor importancia. No sé cómo

ha conseguido Antonio que ella redacte esa carta, pero hoy la noticia ha salido en los periódicos de Jerez, y lo que pone en el periódico es lo que va a misa.

Madeleine la miró incrédula; sin embargo, su sorpresa pronto fue sustituida por la decepción.

—¿Y qué hay de toda la gente que me ha visto aquí? Seguro que no has venido sola, también había mucha gente en la diligencia y el marqués ha enviado a una comitiva para recogerme.

—La diligencia a Sevilla ya pasó y jamás sabrán quién eras en realidad, y tampoco lo harán los que están abajo en la posada. En cuanto a mis criados y las personas que tu futuro marido ha mandado, te guardarán tu secreto por la cuenta que les trae.

—¿Y qué pasa con el marqués?

—No vamos a ser nosotras las que nos preocupemos de eso. Antonio me aseguró que se encargaría él mismo del asunto, y ha debido de hacerlo cuando fuera tienes apostada a una pareja de escopeteros haciendo guardia como si fueses de la realeza. O el marqués les ha pagado un buen dinero porque lo hicieran, o tiene muy buenas amistades.

—Lydia, yo no sé…

—¡Shhh! —Lydia le entregó su pañuelo—. Sécate la cara. Eres una novia feliz que va a reunirse con su futuro esposo. Sonríe.

—Pero…

—Pero nada. Tú misma lo has dicho. Quieres tener a ese niño y quieres que esté protegido, de modo que actúa en consonancia. —Llamaron a la puerta. Ambas intercambiaron un asentimiento antes de que su prima alzara la voz—: ¡Adelante!

Lydia se levantó de la cama para dirigir a los escopeteros, que entraron con una pequeña mesa y dos sillas, seguidos por la camarera y la señora González.

—Vamos —le indicó Lydia, una vez que volvieron a quedarse a solas —.

Es hora de desayunar y vestirte. En nada estaremos en Sevilla y quieres llegar con tu mejor semblante.

—Gracias, Lydia. No sé lo que hubiera hecho sin ti —suspiró Madeleine cansada.

—Sea lo que sea lo que hubieras hecho, habrías salido adelante. No te subestimes. Vivir una semana con unos forajidos no es tarea fácil y tú no solo has conseguido sobrevivir, sino que has dejado huella en ellos.

—¿Quién ha dicho eso?

Madeleine se percató de que sus ansias por oír algo positivo de Rafael la habían traicionado cuando los ojos de Lydia se llenaron de compasión.

—Recuerda que conozco a Antonio. Se le nota que siente una profunda admiración y respeto por ti y, créeme, eso no es nada fácil.

—Es un buen hombre.

Lydia debió de reparar en su decaimiento porque su tono de voz cambió a uno mucho más animado y enérgico.

—Conseguimos recuperar algo de tus pertenencias, y adivina qué.

—¿Qué? —Madeleine se levantó con esfuerzo del lecho.

—Que eché a tus queridísimos señores Fitzgerald de mi casa.

—¡Lydia! ¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué? ¿Y tú me lo preguntas? ¡Te abandonaron a tu suerte en manos de esos bandoleros! ¡Podrías estar muerta ahora mismo!

—Pero no lo estoy y tú misma me acabas de decir que íbamos a tratar de mantener oculta la suerte que corrí.

—¡Oh, pero no te preocupes! Desconozco si siguen en Cádiz y si llegarán a ver los periódicos, pero mantendrán esos desagradables picos cerrados por lo que les conviene. ¿O acaso crees que quieren que se entere tu sobrino Edmund y que les reclame el dinero que le dio a ese estúpido gordinflón y a esa arpía reseca?

Capítulo 39

El viaje hasta la hacienda del marqués duró apenas unas horas. A pesar de ello y de que la berlina que don Diego cedió con amabilidad a Lydia y Madeleine, mientras él y la señora González viajaban en otro coche de caballos, era bastante más cómoda que la diligencia del día anterior, el estómago de Madeleine seguía sin haberse asentado.

Resonó un corto golpeteo contra la carrocería del coche y, cuando Lydia apartó la cortinilla para comprobar qué ocurría, uno de los escopeteros que las escoltaban a caballo se asomó.

—Estamos entrando en las tierras del marqués de los Alcázares. Nos queda aproximadamente una legua por llegar.

La simple idea de lo que la esperaba hizo que Madeleine se pusiera una mano sobre el estómago.

—Gracias. —Lydia dejó caer la cortina y le dedicó una mirada inquisitiva

—. Necesitas calmarte. Todo saldrá bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ten fe y recuerda lo que hablamos. En cuanto te sientas mal, tírate dos veces de la oreja y haré que nos excusen. En cuanto diga que estoy embarazada, a nadie le llamará la atención que te ausentes conmigo.

—Te lo agradezco, pero no funcionará.

—Claro que funcionará. Confía en mí. Haremos que el marqués adelante la boda. Luego me quedaré contigo durante un mes o hasta que se te pasen las náuseas, fingiré un aborto y con esa excusa regresaré a Jerez.

—¿Y cuando me empiece a abultar la barriga?

—No se te notará hasta dentro de unos meses y nadie se atreverá a poner en duda la virilidad del afortunado marqués.

Madeleine resopló.

—Estás dando por sentada la virilidad de un anciano. ¿Te has planteado que tal vez ni siquiera haya noche de bodas?

—Cierto… —Los labios de Lydia se estiraron con una sonrisa burlona

—.

¿No es una suerte que mi regalo de bodas sean algunas de las mejores botellas de vino de nuestras bodegas?

—¿Quieres que lo emborrache?

—Claro que no, querida Madeleine. Yo me encargaré de esa parte. Tú

solo tienes que poner una de tus expresiones angelicales, sonreír mucho y, a la mañana siguiente, andar como si hubieras puesto un huevo y te hubiesen salido almorranas.

—¡Lydia! —Madeleine la miró escandalizada, ante lo cual su prima rompió a reír.

—Venga, ya. Tú misma lo has dicho. Es un vejestorio. Lo harás feliz pensando que aún ha podido cumplir una última vez antes de morir.

Madeleine resopló.

—Deberías dedicarte a escribir novelas. Lo más probable es que el pobre recuerde que apenas llegó a la cama. Además, ya he estado casada y, créeme, nunca he andado como si hubiese puesto un huevo.

—¿Con tu bandolero tampoco? —la retó su prima, con un brillo pícaro en sus ojos.

—¡Lydia!

La joven hizo un gesto desenfadado con la mano, restándole importancia.

—Que manía con pronunciar mi nombre. Y deja de ser tan puritana. Tu estado dice que ya deberías haber dejado esa fase atrás.

—Eso no quiere decir que vaya a contarte lo que ocurrió con Rafael.

—Sabes que tarde o temprano te lo sacaré, ¿verdad? —Lydia se quitó, con inocencia, una pelusa de la falda.

—Olvídalo.

—Dime si alguna vez te hizo andar raro y te doy un descanso.

—¡No!

—No, que no lo hizo; o no, que no quieres contármelo.

—No pienso seguir hablando de este tema.

—De modo que sí acabaste andando raro.

—¡Lydia! —Madeleine se tocó las mejillas en un intento por enfriarlas.

—Lo sabía. —Sonrió su prima satisfecha.

—No voy a seguir discutiendo este asunto contigo.

—No necesitas hacerlo, ya hemos llegado. —Lydia le dedicó un guiño y miró por la ventanilla justo en el instante en el que cruzaron por un enorme portón que les llevó a un patio interior con cuidados jardines.

El carruaje apenas había parado cuando ya un sirviente les había colocado una escalerilla y abierto la puerta, ayudándolas a bajar. A pesar de sus nervios, Madeleine contempló maravillada su entorno. El enorme edificio blanco con sus dos torres mirador, sus techos a dos aguas a diferentes alturas, los numerosos arcos con columnas que rodeaban el

espacio interior y las incontables ventanas conformaba un conjunto impresionante. Sin embargo, lo que le llamó la atención, más incluso que la sencilla magnificencia del lugar, fue lo que de verdad diferenciaba aquel sitio del mausoleo que había esperado: la alegría que se respiraba por doquier.

Había vida por todos lados: pájaros e insectos, al igual que en el cortijo en el que había estado con los bandoleros; relinchos de caballos; tres niños que jugaban al pillapilla por los jardines y una niña más que se asomaba con timidez desde detrás de una columna con un gatito en brazos. Con mucha menos vergüenza, las estudiaba también el personal de servicio. Que, lejos de la adusta rigidez de los sirvientes ingleses, portaba expresiones que le recordaban tremendamente a la inocencia infantil con su abierta curiosidad y cordialidad. Era casi como si en aquel pedacito de tierra el aire que se respirase fuese diferente, lleno de una vitalidad y felicidad que empapaba el espíritu de la gente que la poblaba y que resultaba contagioso.

Por primera vez desde que Rafael la abandonase, Madeleine sintió una pizca de ilusión por su futuro y una afinidad inmediata con aquel lugar. Era como si, de repente, hubiese llegado a su hogar. Y, si debía criar a su hijo sin su verdadero padre, aquel era justo el ambiente en

el que quería que creciera.

—Espero que hayan tenido un buen viaje.

Madeleine y su prima se giraron al unísono ante la conocida voz.

—¿Antonio? —musitó Lydia, adelantándose a Madeleine.

—Permítanme que me presente. —Antonio se inclinó ante ellas—. Soy Juan Antonio Guzmán Montoya, amigo de la familia y su más fiel servidor.

—Antonio, ¿qué haces aquí? —musitó Madeleine, aturdida por su presencia.

—Shhh… Luego —siseó en respuesta mientras se llevaba la mano de Madeleine hasta los labios.

Por un breve instante, ella miró esperanzada a su alrededor, pero sus ánimos decayeron en cuanto reconoció al hombre mayor que salió de la casa. Aun resultándole familiar, no era el rostro que había deseado ver.

—Ahhh, veo que ya han conocido a Montoya. —El marqués se acercó a ellas con una amplia sonrisa—. ¿Ya se ha presentado? Es como un hijo para mí. Ciertamente me da las mismas alegrías e irritaciones que uno propio —

bromeó el hombre con una ojeada ladeada al susodicho, que arrastró los pies con una mueca.

—Ilustrísima. —Madeleine hizo una reverencia.

—Nada de títulos, puede llamarme José. —El hombre se acercó a ella y, cogiéndola por los hombros, le dio un beso en cada mejilla.

Madeleine parpadeó ante el gesto en exceso cariñoso, pero había sido tan cándido que no pudo recriminárselo ni siquiera en silencio.

—Don José, ¿me permite presentarle a mi prima, *lady* Lydia Wedgwood, baronesa de Wedgwood?

—Bienvenida a mi hogar, *milady*. —Al contrario que con Madeleine, con Lydia el marqués se limitó al saludo tradicional.

—Espero que no le importe que haya decidido acompañar a mi prima, don José. —Lydia le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Por supuesto que no, faltaba más. Y espero que se quede con nosotros al menos hasta el domingo para la boda.

—¿El domingo? —Cualquier atisbo de relajación que Madeleine experimentó por el encanto del lugar se desvaneció de inmediato ante la noticia.

El marqués le dirigió una sonrisa de disculpa.

—Antonio y mi hijo me convencieron de que era lo más conveniente dadas las circunstancias. No tiene sentido retrasar la ceremonia cuando ya es un hecho.

—¿Las circunstancias? —La voz de Madeleine cedió como si las palabras pesasen demasiado.

¿La había traicionado Antonio revelándole al marqués que estaba embarazada? Si era así, ¿por qué estaba el hombre tan tranquilo?

—No es habitual que la prometida viva en la casa de su futuro esposo antes de la boda y, aunque ha ocurrido antes, es preferible prevenir posibles rumores —intervino Antonio por primera vez—. Sin contar que en un par de semanas se iniciará la recolecta de las aceitunas. Es preferible evitar que la ceremonia coincida con el verdeo con todo el trabajo que implica.

—Oh… Claro… Supongo que es lo mejor entonces —replicó Madeleine, lanzándole una mirada insegura.

—Evidentemente, no necesita preocuparse por nada. Inés ya se está encargando de todo. Es el motivo por el que no está aquí para recibirlas.

—No necesita preocuparse. —La débil sonrisa de Madeleine no impidió que se produjera un silencio incómodo.

—Imagino que querrán descansar. —El marqués carraspeó—. Esta noche hay una fiesta de bienvenida a la que están invitados algunos amigos.

—No hacía falta que…

—Es tanto para usted como para celebrar el regreso de Montoya y de mi hijo Rafael. Aprovecharemos la ocasión y haremos oficial el compromiso

—continuó el hombre, sin percatarse de que su mundo acababa de congelarse.

Rafael… El hijo de aquel hombre no podía ser Rafael, no el mismo Rafael que la había secuestrado, el padre de su… ¡Oh, Dios! Si era él, significaba que ella sería su…

—¡Madeleine! —El grito de su prima apenas se registró en su consciencia.

Antes de que llegase a desplomarse sobre el suelo, Antonio la había cogido por la cintura.

—Debe de ser el calor y el cúmulo de emociones. Mejor la llevo a su habitación —propuso Antonio, cogiéndola en brazos.

—Qué poco considerado de mi parte haberla entretenido durante tanto tiempo después de un viaje tan largo —resonó la voz preocupada del marqués desde la lejanía—. Llévala, Antonio, Rosa os acompañará.

Aseguraos de que descanse.

Incapaz de enfrentarse al hombre o al resto del mundo, Madeleine mantuvo los ojos cerrados durante los minutos que duró el trayecto.

—Tú y tu hijo estaréis a salvo —le aseguró Antonio al oído, antes de depositarla con cuidado sobre una cama y dejarla a solas con Lydia y sus pensamientos.

Capítulo 40

—¿Conseguiste hablar con él? —preguntó Madeleine tan pronto como Lydia cerró la puerta tras ella.

—Es como si el muy canalla hubiese desaparecido de la faz de la Tierra

—masculló Lydia, sentándose a su lado en el filo de la cama.

—¿Y Rafael?

—Tampoco lo he visto por ningún sitio. Y ya son las ocho, los invitados deben de estar al venir —anunció Lydia ansiosa.

—No puedo hacerlo —confesó Madeleine en un susurro.

Lydia la sujetó por los hombros y la obligó a girarse hacia ella.

—Echarte atrás no es una opción, no en tu estado.

—No puedo contraer matrimonio con don José a sabiendas de que es el abuelo de mi hijo. No puedes pedirme eso.

—No lo estás haciendo por mí, sino por tu bebé. Es en él en quien debes pensar.

—¡Pero Rafael… Rafael…! ¡¿Es que no lo entiendes?! Rafael vive aquí con sus hijos y su esposa; no puedo tener a mi hijo aquí con él, no puedo presenciar…

—¡Maddy, basta ya! —Lydia la zarandeó—. Tendrás que hablar con él para solucionarlo. Igual puede irse a vivir a otro sitio, lo mismo ni siquiera vive aquí y estás sacando las cosas de quicio.

—La última vez que lo vi, Rafael ni siquiera quiso hablar conmigo porque pensaba que le estaba endosando el hijo de otro. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Si es cierto lo que dijo el marqués, fueron Rafael y Antonio los que lo convencieron para adelantar la boda. Y todas tus pertenencias estaban aquí, esperándote en la habitación, cuando llegaste. Está haciendo un esfuerzo por ayudarte.

Madeleine consideró su planteamiento, pero acabó por descartarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo? No puedo imaginarme que apoye el que yo engañe a su padre.

Lydia se tomó su tiempo en responder.

—¿Y si ha cambiado de opinión? ¿Y si ha descubierto que le dijiste la verdad y esta es su forma de protegeros a ti y a su hijo?

—¿Manteniéndonos cerca de él y de su esposa? ¿La misma mujer a la que le ha sido infiel conmigo? No creo que ni siquiera Rafael sea capaz de caer tan bajo.

Las dos se sobresaltaron cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

Rosa, la criada que la había atendido durante el día y la había ayudado a bañarse y vestirse, abrió la puerta.

—Señora, la esperan abajo. Los primeros invitados ya han llegado.

—Gracias, iremos enseguida —la despidió Lydia antes de que Madeleine pudiese excusarse con algún malestar inventado.

—Lydia, ya te he dicho que no puedo seguir adelante con esto.

—Lo harás por esta noche. Si no bajas y hablas con Antonio y Rafael,

¿cómo sabrás lo que está sucediendo?

Por más que quisiera negarlo, Lydia tenía razón.

—Yo…

—Bajaremos juntas. Estaré a tu lado y, si veo que las cosas se te van de las manos, te prometo que te sacaré de aquí.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Estaré junto a ti y, si esto no funciona, encontraremos alguna otra solución.

Madeleine soltó una risa sarcástica.

—Soy más vieja que tú, debería ser yo la que te dijera eso.

—Maddy, mírame. —Lydia esperó a que lo hiciese—. ¿A cuántas mujeres conoces que hayan sobrevivido al secuestro de una cuadrilla de bandoleros? ¿Y a cuántas dispuestas a enfrentarse al mundo para tener a su hijo a pesar de que están solas y de que no tienen nada? —Cuando no replicó, Lydia siguió—: ¿Sabes lo que vi cuando llegaste a Jerez? A una mujer fuerte, capaz de enfrentarse a lo desconocido y a lo peor que le ofrecía la vida sin venirse abajo. Cualquier otra habría estado llorando desconsolada y probablemente se habría puesto a suplicar a su sobrino, humillándose, con tal de que no la enviase a un país extranjero a casarse con un desconocido. Pero tú no lo hiciste, aceptaste tu destino y te enfrentaste a él con la cabeza bien alta. A lo largo de los años has permitido que los demás te hicieran creer que eres débil o que no vales nada, pero no hay nada más lejos de la verdad. Lo único que necesitas es darte cuenta de ello.

A Madeleine se le cerró la garganta, pero no pudo más que reconocer que

tal vez Lydia tuviese razón. Y, si no la tenía, entonces quería convertirse en la mujer que había descrito.

Con un asentimiento, Madeleine le cogió la mano y se la apretó.

—Vamos. Nos están esperando.

Encontraron a don José apostado en la entrada principal, junto a Rafael, recibiendo a los últimos invitados a deducir por la cantidad de gente que se movía a través de la planta baja. Madeleine fue plenamente consciente de la mirada de Rafael sobre ella a medida que se acercaban. Pero, empecinada en no venirse abajo, mantuvo la cabeza alta, una agradable sonrisa aplastada sobre sus labios y su mirada sobre el hombre con el que se suponía que iba a contraer matrimonio en cuestión de días.

—Ah, querida, me alegra comprobar que ya tiene mejor cara. Me tenía preocupado.

—Gracias, don José. Es muy considerado por su parte. El haber podido descansar ha ayudado sin duda alguna.

—Permítanme que les presente a mi hijo Rafael. Rafael, *lady* Madeleine Berkeley y su prima *lady* Lydia Wedgwood, baronesa de Wedgwood.

—Es un placer conocerlas al fin —las saludó Rafael, con esa fría cortesía que uno reserva a los desconocidos. Aunque, cuando se inclinó sobre la mano de Madeleine, la miró a los ojos con una mirada indescifrable.

¿Estaba esperando que volviera a desmayarse? ¿O acaso creía que iba a volver a humillarse como había hecho cuando la abandonó en las manos de Carmen?

—Encantada, don Rafael —replicó, manteniendo su sonrisa de cortesía.

—Ah, y aquí viene Inés.

Madeleine se puso rígida. ¿Era así como se llamaba la esposa de Rafael?

Para su sorpresa, la mujer que se acercó, con la niña tímida que había visto a su llegada con el gato, tenía el pelo canoso y podía muy bien aparentar unos veinte años más que Rafael.

—Tú debes de ser Madeleine. —Antes de que pudiese reaccionar, la mujer le estaba dando dos besos y un apretón cariñoso en los brazos —. Soy Inés, la madre de Rafael, y esta preciosidad es mi nieta Cayetana. —Inés empujó a la niña en su dirección.

—Hola, eh… —Madeleine miró confundida de Rafael a don José, y de

vuelta a la niña. Que, con más educación que ella, le ofrecía una bien ensayada reverencia.

—Y con eso acaba de conocer a mi esposa —bromeó don José, divertido.

—¿Perdón? —El tono chillón de Madeleine hizo que todos se detuvieran helados.

Lydia la cogió de la mano y don José miró de ella a Inés con el ceño fruncido.

—Inés es mi esposa —dijo el hombre, como si no entendiese qué era lo que le costaba tanto comprender.

—Su… —A Madeleine se le atragantó la palabra—. ¿Cómo piensa desposarse conmigo si ya está casado?

—¿Le dijiste que ibas a casarte con ella? —preguntó Inés con un tono menos agudo que el de Madeleine, aunque no por mucho.

—Yo no… —Las mejillas de don José se tiñeron de rojo—. ¿Pensó que iba a casarse conmigo?

—¡José! —Inés lo fulminó con la mirada.

—Sí, padre, yo también querría saber cómo piensa casarse con ella cuando ya tomó sus votos matrimoniales con mi madre.

Confundida, Madeleine vio a Rafael cruzarse tranquilamente de brazos mientras esperaba la respuesta. Don José se frotó la barbilla.

—Me honra que estuviese dispuesta a desposarse conmigo, *lady* Madeleine, pero ha debido de existir algún tipo de confusión.

—¿Qué confusión? —exigió Inés sin concederle ningún tipo de tregua, algo que Madeleine le agradeció en silencio.

—Jamás dije que me casaría con ella —gruñó don José.

—Cerró el acuerdo con Edward —lo contradijo Madeleine. Aunque no sabía si debía estar aliviada de no tener que desposarse con él, o preocupada de que su única posibilidad de tener a su hijo en un matrimonio legal acabara de evaporarse.

—En ese caso, debió de entenderme mal.

—Expresó en mi presencia que sería un honor que yo fuese la futura marquesa de los Alcázares —le recordó Madeleine su breve conversación.

De repente, don José sonrió avergonzado.

—Ah, eso… Sí, es cierto, y lo mantengo: será un placer tenerla como la futura marquesa de los Alcázares.

—¿Quiere que espere a que se quede viudo para casarme con usted? —

Madeleine abrió, horrorizada, los ojos.

Nada en el amable anciano la había preparado para semejante desfachatez. ¿Acaso no estaba bien de la cabeza?

—Viniendo de este vejestorio no me extrañaría —masculló Inés a su lado, dedicándole a su marido una mirada que prometía que tendría unas palabras con él en cuanto estuviesen en privado—. Pero lo que trata de decir es que recibirás el título cuando sea *él* quien se muera.

—Perdón… —Madeleine llenó sus pulmones un par de veces antes de seguir—, pero no me estoy enterando de nada.

—Es conmigo con quien va a casarse —contestó Rafael, manteniéndole la mirada.

La gente a su alrededor desapareció. Madeleine se sentía atontada. Sus pensamientos estaban nublados y sus sentidos aletargados en tanto trataba de procesar la información que acababan de darle.

«Es conmigo con quien va a casarse».

—Y vamos a anunciar vuestro compromiso ahora mismo —decidió don José de improviso.

—Padre, tómeselo con algo de calma —le replicó Rafael con un medio gruñido, sin perder de vista a Madeleine.

—¿Para que podáis cambiar de opinión? Nada de eso.

—¡Padre!

A Madeleine le llegaban las conversaciones como el sonido que se escucha lejano y distorsionado a través del agua, como el de la realidad cuando trata de penetrar en un sueño. O una pesadilla, en aquel caso.

En alguna parte de su mente fue consciente de la llamada de atención de don José, de cómo hablaba en alto ante sus invitados, de los murmullos, del frío metal de un anillo al deslizarse sobre su dedo y de los aplausos de los presentes. Pero sus pensamientos avanzaban caóticos y sin sentido.

Acababa de hacer el ridículo más espantoso, no solo ante don José y su esposa, sino también ante Rafael. Rafael… El que iba a convertirse en su marido. El hombre que la había abandonado hacía apenas cuarenta y ocho horas en la casa de su amante, el mismo que la había confundido con Carmen, el que la había acusado de pretender responsabilizarlo de su hijo y quien había denegado su paternidad llamándola mentirosa.

—Madeleine, baila conmigo.

Como una marioneta, ella le siguió al centro del salón. Era casi como si su alma se hubiese despegado de su cuerpo y lo hubiese dejado a la merced de una corriente invisible que lo arrastraba con ella.

—Madeleine, ¿te encuentras bien? Háblame, dime algo. —A pesar de que sonreía, la mirada de Rafael iba cargada de preocupación.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—¿El qué?

—Que estábamos comprometidos.

—Antonio me lo contó ayer. —La mano de Rafael se posó con firmeza

sobre su cintura mientras la guiaba en círculos a través de la habitación.

—¿Y Carmen? —Madeleine mantuvo la mirada sobre su cuello—. ¿Qué pasa con ella?

—¿Qué pasa con ella?

—¡No repitas mis preguntas!

—No sé a qué te refieres.

—Sé que es tu amante. ¿Acaso esperas que me case contigo a sabiendas de que cada vez que te vas es para encontrarte con ella?

—Olvídate de esa mujer. No volveré a verla.

Madeleine soltó un bufido. ¿En serio la consideraba tan crédula?

—¿Y tu vida de bandolero?

Rafael titubeó.

—Es posible que tenga que regresar a ella de tanto en tanto. Intentaré reducir mis ausencias todo lo que pueda.

—Lo dices como si estuvieses obligado a ser un bandolero.

—No lo hago por placer —replicó él con cautela.

—¿Y esperas que me lo crea?

—No es el momento de hablar de esto. Estamos en público.

—Tienes razón, no es el momento de nada —espetó Madeleine alterada

—. ¿Me disculpas? Estoy cansada. Creo que por hoy ya he cumplido con mi papel de prometida.

Capítulo 41

Con todos los ojos puestos sobre él, Rafael refrenó su urgencia de ir tras Madeleine. Se suponía que no se conocían, y lo que menos quería era que por un impulso imprudente empezaran a correr rumores por toda Sevilla acerca de ella. Demasiado había metido la pata ya como para mantenerse por ese camino.

Tendría que hacer tiempo y charlar un rato con los invitados antes de poder escapar sin llamar la atención. Con un poco de suerte podría hablar con ella luego. Rafael se ajustó la solapa de la chaqueta y se dirigió hacia el grupo de hombres que rodeaban a su padre ante la chimenea apagada.

—¡Mujeres! Siempre al borde de un ataque de lágrimas. —El barón de Villalba le dio una palmada en la espalda—. Les da por llorar por cualquier cosa. La semana pasada mi mujer lloró como una Magdalena en el santo de mi hija Clara. ¿Y por qué? —El hombre miró a su alrededor como si con eso pudiese incrementar el misterio—. Pues resulta que su única razón era que mi hija ya se estaba convirtiendo en toda una mujer. —Sacudió la cabeza—. ¿Quién llora por eso?

—Es un motivo de celebración —coincidió otro de los allí presentes.

—Y ni te cuento cómo se ponen cuando se quedan preñadas. ¡El cielo tenemos ganado los hombres!

Rafael tragó saliva e intentó sonreír. El barón no se hacía una idea de lo cerca que estaba de dar en el clavo. Madeleine estaba embarazada. Aún le costaba trabajo asimilarlo. ¡El niño era suyo! Cuando todo el mundo lo miró con expresiones extrañas, se dio cuenta de que estaba sonriendo de oreja a oreja como un tonto. ¡Maldita fuera!

—Eso no es nada. Mi esposa se encerró en el dormitorio durante la noche de bodas, chillando como una histérica porque pensaba que era el demonio encarnado, que venía a buscarla para condenarla al infierno. Ahora se vuelve histérica y me chilla si no estoy en casa al anochecer. —Se carcajeó el viejo don Fernando.

—¡No me asustéis al niño, que se me escapa antes de la boda! —Su padre rio, llevándose la copa a los labios.

Rafael alzó los ojos al techo.

—Padre, soy viudo y tengo dos hijos.

—¿Qué? ¿Ahora ya no te acuerdas de la que me armaste cuando cerré el acuerdo prematrimonial? —preguntó su padre, con un brillo cargado de humor.

—No era por ella, sino por su insistencia en manejar mi vida —protestó Rafael.

—Te dije que era una buena moza y no me creíste. Deberías fiarte más

de tu padre.

Con un suspiro, Rafael sacudió la cabeza. Prefería no acordarse de la pelea y las amenazas que se lanzaron ambos el día que su padre regresó de Inglaterra y le comunicó lo que había hecho sin consultarle.

—También dijo que la última yegua pinta que compró era un rayo y la mula del panadero acabó corriendo más que ella, padre.

Los hombres a su alrededor cayeron en una amena risa.

—De eso me acuerdo y tu hijo tiene razón. No he visto un caballo más lento que aquel en mi vida —se mofó don Fernando.

—El maldito vendedor le tuvo que poner una púa bajo la montura, porque juro que lo vi corriendo como alma que lleva el diablo —gruñó su padre, repentinamente irritado.

—¿Y quién me aseguraba a mí que no os engañarían también con mi prometida? —Rafael se enfrentó con las cejas alzadas a los ojos entrecerrados de su padre.

Los invitados rieron a carcajadas.

—Al final voy a tener que darte la razón. —Su padre se dejó contagiar por el buen humor reinante—. Reza porque no me hayan vuelto a engañar, hijo. No sé si nos dejarán devolverla si en vez de pez nos sale rana.

Conociendo a Madeleine, era más probable que ella lo devolviera a él, pero eso era algo que tendría que solucionar luego. Cuando vio al general Medina haciéndole una señal, Rafael reprimió una mueca. Había esperado poder hablar con él a lo largo de la jornada siguiente.

—Si me disculpan… —Rafael se despidió con una inclinación de cabeza para dirigirse a la biblioteca.

En cuanto el general cerró tras ellos, Rafael vio cómo se esfumaba la posibilidad de encontrar a Madeleine aún despierta. Las reuniones con el general a puerta cerrada nunca eran cortas.

—¿Tiene el informe? —El hombre esperó con las manos enlazadas a su espalda a que Rafael se acercase al escritorio y abriera el cajón con la llave que llevaba colgada del cuello.

El general se sentó en el sillón que había al lado de la librería y le

echó una ojeada a la media centena de hojas sueltas que componían el informe.

—¡Maldita sea! —murmuró por lo bajo.

Tomando un sorbo de su copa de *brandy*, Rafael le concedió algo de tiempo. Se conocía el informe de memoria y sospechaba que el general estaba llegando a la parte en la que se encontraba la información relativa a la negociación del rey Fernando con los franceses para echar a los liberales del poder y cuáles eran los nobles andaluces que lo apoyaban.

—En el campo tiene al pueblo de su parte, si llegase a ocurrir —comentó.

—El pueblo es tonto y no sabe la que se le viene encima —masculló el general, sin levantar la vista de los documentos.

—¿Cómo van las cosas por el resto de España?

—Mal. En especial en Navarra y Cataluña. La tensión política sigue aumentando y algunos viejos mandos de la guerra están usando su experiencia para ponerse al frente de las insurrecciones.

Rafael se pasó una mano por la cara. Olvidarse de los tiempos difíciles que se avecinaban era una excusa tan buena como cualquier otra para buscar a Madeleine y perderse en sus abrazos.

—Veo que ha hecho bien el trabajo que le solicitamos, aunque esperaba que las noticias fueran otras. —El general dobló las hojas y las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Dudaba de mi capacidad para cumplir con el cometido que me habían encomendado? —Rafael se apoyó en el borde del escritorio y cruzó los brazos.

—De su *capacidad*, no.

—¿Entonces?

—¿Era necesario que atracara la calesa del marqués de Castilleja? —

preguntó el general cambiando el tema.

—Necesario no, pero tiene que admitir que se lo tenía más que merecido

—replicó Rafael sin arrepentimientos.

—¿Y la de la condesa de Andrade?

—Ahhh, esa fue todo un placer.

—¿De igual modo que las de los barones de Benasque, el conde de Montenegro y el cónsul alemán?

—Bueno, no fue culpa mía que esa semana en concreto asistieran todos a la boda del marqués de Castilleja. Yo estaba de incógnito y debía hacer mi trabajo, como muy bien dijo —alegó Rafael, encogiendo los hombros con

indiferencia.

—¿Puede hacerse una idea de la de quejas que tuve que aguantar por su culpa? —El general frunció los labios como si acabase de morder un limón.

—Usted sabe que, si no los hubiera saqueado yo, lo habría hecho alguna de las otras cuadrillas de bandoleros.

—Debería hacer que devolviese todo lo que les ha robado —masculló el general, aunque en sus ojos apareció un brillo de diversión.

—En ese caso, también tendría que devolver este reloj. Que, creo recordar, era suyo antes de perderlo en una partida de naipes. —Rafael sacó el reloj de plata labrada del bolsillo y lo balanceó, colgado de su dedo índice.

El general se levantó sin prisas y paseó hasta Rafael para coger el reloj.

Tras un breve vistazo, se lo guardó en el bolsillo.

—Si todos los bandoleros fueran tan listos y convincentes como usted, mi querido don Rafael, entonces en el trono de España estaría sentado un bandolero —dijo el general antes de marcharse.

Capítulo 42

La deliciosa sensación de placer escaló despacio por el interior de sus muslos, haciéndola suspirar satisfecha. Era tan delicada, tan dulce que rayaba lo irreal. Madeleine abrió las piernas un poco más.

¡Sí, ahí, justo ahí! Gimió cuando los juguetones dientes rasparon la

sensible piel del muslo, para acto seguido avanzar con la lengua en busca de sus rincones más íntimos. El jadeo resonó amortiguado por la habitación.

No era de extrañar. ¿Para qué se habría tapado la boca con un pañuelo antes de dormir?

¡Un momento! Madeleine abrió los ojos de golpe en el mismo instante en que una lengua húmeda y atrevida alcanzó el centro de su feminidad, arrancándole un grito. Intentó incorporarse, pero sus muñecas estaban atadas por pañuelos al cabecero de la cama.

—Mmm…, veo que mi Bella Durmiente por fin despertó.

Las palabras de Rafael, entremezcladas con el ardiente aliento, vibraron contra sus sensibles pliegues.

—¿Phaphaael? —¿Para qué demonios la había amordazado?

Madeleine tiró de los amarres. No cabía duda de que se encontraba atada, pero parecía que Rafael, ya fuera con el propósito de no despertarla o no hacerle daño, no había apretado demasiado los nudos.

—¡Shhh! ¡Calla! El resto de la casa está dormido y no queremos despertarlos, ¿verdad? —Rafael terminó su pregunta, bajando la cabeza y continuando el trazado de su lengua donde lo había dejado. A Madeleine se le escapó un grito ahogado y sus caderas se alzaron por voluntad propia—.

¡Shhh! Tendría que haberte llenado la boca de pañuelos antes de tapártela.

Eres la mujer más escandalosa que he conocido en mi vida.

¡¿Qué?! ¡Maldito mujeriego engreído! Madeleine se contorsionó frenética, comunicándole su enojo sin palabras.

—¡Ah, ah, ah! Nada de cerrar las piernas, aún no he terminado. —Sus fuertes manos le mantuvieron los muslos abiertos—. Ahora eres mía.

Total… y… absolutamente… mía —murmuró Rafael, pagado de sí mismo, mientras bajaba la cabeza para seguir saboreándola.

Madeleine tuvo que hacer uso de toda su disciplina y fuerza de voluntad para resistirse a él, moviendo la pelvis de un lado a otro.

Cuando, al fin,

Rafael suspiró derrotado y alzó la cabeza, ella no estuvo segura de si celebrar la victoria o levantar las caderas y rogarle que terminara lo que había empezado.

Al trepar por su cuerpo, Rafael se detuvo por un instante a besar su vientre y acariciarlo con reverencia. Ella contuvo la respiración y sus ojos escocieron. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Seguía soñando? Aquel no era el hombre frío y distante que había dejado atrás en la sierra.

A medida que seguía subiendo por su cuerpo, Rafael iba dejando una ristra de suaves, casi imperceptibles besos sobre cada tramo de piel desnuda que encontraba a su paso. Hasta llegar a los pliegues del camisón, arremolinado bajo sus pechos. Lejos de dejarse amedrentar por la tela que los protegía, Rafael chupó sus pezones con un sonoro gruñido de satisfacción.

Tomándose su tiempo, aunque sin detenerse, acabó de ascender hasta que su cálido aliento se entremezcló con el de ella. Madeleine podía discernir poco más que los ángulos de sus facciones y el brillo de sus ojos con los débiles rayos lunares que entraban por el balcón.

—Déjame hacerte el amor, Madeleine.

El ruego cargado de emociones la hizo estremecerse. ¿La ternura y necesidad en la aterciopelada voz masculina eran reales o un producto de lo que su mente quería hacerla creer?

—¡Mhmhm!

Rafael suspiró.

—Si te quito el pañuelo, ¿prometes no hacer ruido? —Le deshizo el amarre sin esperar una respuesta—. Si nos descubren juntos, será un escándalo.

—Como si eso te importara. —Madeleine no pudo evitar la amargura en su voz.

—¿De qué demonios estás hablando? —Rafael se puso rígido sobre ella.

—¿En serio necesitas que te lo explique? Carmen me lo contó todo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué fue exactamente lo que te contó?

—Que pensabas huir con ella.

—¿Qué? —La incredulidad de Rafael fue más que evidente—. ¿De verdad dijo eso?

—Sí.

—¿Y tú le creíste?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—¿Y por qué iba yo a querer huir con esa mujer?

—¿Para estar con ella? —espetó Madeleine irritada.

Rafael se dejó caer a su lado con un profundo suspiro.

—Escucha, inglesita. Sé lo que parece todo esto, pero…

—¿Lo sabes?

—Deja que termine de hablar.

—¿Para qué? ¿Para que puedas intentar convencerme de que no estás con Carmen?

—¡No! ¡Claro que no estoy con ella!

Madeleine soltó un bufido. ¿Por qué la tomaba? ¿Por tonta?

—Vale, lo admito, he estado liado con ella por un tiempo. Ya sé que es imperdonable que aquella primera noche en el establo te confundiera con ella, pero…

—¿Cómo sabes lo de esa noche? —Madeleine se tensó.

—Carmen me dio la cadena que te regalé aquel día.

—La que le regalaste a ella —puntuó Madeleine.

Rafael se incorporó y le tocó la mejilla.

—La que le regalé a la mujer que me volvió loco aquella noche y me hizo desearla como no he deseado a ninguna otra. —Hizo una pausa —. La que consiguió hacerme perder el control y… —Rafael le tocó el vientre con delicadeza—. El niño es mío, ¿verdad?

Su tono estuvo teñido de una mezcla de inseguridad y vulnerabilidad

que hizo que a ella se le encogiera el corazón. ¿Podía ser que Rafael tuviera miedo de no ser el padre del niño? No, no podía ser. Madeleine asintió en silencio.

—Es tuyo, sin la más mínima duda —le aseguró cuando él no dijo nada.

—¿Por qué no me aclaraste lo que pasó cuando nuestros caminos volvieron a cruzarse?

—¿Confesarte que me hice pasar por Carmen y que me comporté como una mujerzuela que lo hizo con el primero que llegó?

—¿El primero que llegó? —Rafael se incorporó a mirarla—. ¿Tu intención era hacerlo con el primero que llegara?

Madeleine sonrió en la oscuridad. Por el gruñido de Rafael, era obvio que acababa de darle un buen varapalo a su orgullo masculino. ¡Hombres!

—Mi intención era hacer algo que no había hecho nunca. Que llegaras tú y supieras besar como lo hacías fue una sorpresa inesperada —admitió.

—Buena respuesta, pero eso no te librará de unos buenos azotes en

cuanto estemos casados.

—¿Tengo que recordarte que me llamaste Carmen?

—Eso no tiene nada que v…

Un clic resonó, determinado y claro, por la habitación.

—Madeleine…, eh… ¿Me estás apuntando con una pistola?

Capítulo 43

Ella presionó la boca del cañón un poco más fuerte contra su sien.

—¿Tú qué crees?

—¿De dónde la has sacado?

—De debajo de mi almohada —le informó ella, satisfecha consigo misma.

—¿Duermes con pistola estando en mi casa?

—Una aprende cosas durmiendo con bandoleros. —Madeleine encogió los hombros.

—Tus manos estaban atadas.

—Tienes a una mujer despechada apuntándote a la cabeza, ¿estás seguro de que quieres darle a entender que la tomas por inútil?

—Yo…, eh… Escúchame, inglesita…

—¿Sí? —Madeleine se incorporó a medida que él se iba tendiendo con las manos en alto, y se sentó sobre su regazo sin dejar de apuntarlo.

—Escucha, mi vida… Te lo juro… Entre Carmen y yo nunca hubo nada más que… que… un par de… encuentros sin importancia.

—¿Ah, sí?

—En serio… Sí, lo admito… Me atraía, pero de verdad… Nunca hubo nada serio con ella.

—No me digas.

—Soy un hombre… Los hombres a veces hacemos esas cosas. Cuando estamos solos —añadió Rafael apresurado—. Recuerda que era un viudo sin compromiso.

—¿Es por eso por lo que te has metido en mi cama desnudo?

—¡No! Sí. Me refiero… Contigo es diferente, cielo.

—¿Ah, sí?

—Cariño…, yo…

—¿Cielo? ¿Cariño? ¿Mi vida? Hace un par de días me dejaste creer que no había nada entre nosotros. ¿Qué ha cambiado de repente? ¿Una pistola?

—Iba a explicártelo todo, pero desapareciste antes de que pudiera hacerlo.

—¿Y qué pasa con el niño?

—Has dicho que es mío y te creo.

Madeleine tragó saliva, tratando de retener las lágrimas. Era demasiado fácil para que fuese cierto.

—¿No vas a pedirme que me deshaga de él solo por si acaso?

—¿Estás loca? ¡Es mío! Y, aunque no fuese mío, estoy dispuesto a criarlo como tal.

—¡Maldito hijo de perra! —Madeleine lo golpeó en el pecho con todas sus fuerzas.

—¿A qué viene eso? —preguntó Rafael sin aliento.

—¿Tienes idea de las horas que me he pasado llorando por tu culpa?

¡Pensé que me repudiabas a mí y a nuestro hijo!

—Lo siento, inglesita. No pensaba con claridad. Estaba ciego de celos y no sabía de qué forma tenerte sin traicionar a mi padre y a la mujer con la que me comprometió sin mi consentimiento. Pero te juro que, incluso antes de saber que tú eras esa mujer, había decidido que me casaría contigo. Te lo juro.

—¿Y yo debo creerte después de lo que me hiciste?

Rafael alargó el brazo y le acunó la mejilla.

—Madeleine, sé que te costará creer lo que voy a contarte, pero es la verdad. Carmen vino a verme. Shhh, escucha —dijo cuando ella se puso tensa—. Pensé que, en cuanto me confirmara que te habías ido, todo se acabaría, que contigo se iría mi sufrimiento. Fui un pobre idiota. Con la edad que tengo, debería haber adivinado que iba a ser imposible olvidarme de ti, pero creo que prefería agarrarme a un clavo ardiendo a admitirme a mí mismo que no podía concebir mi vida sin ti. Si enterarme de que te habías marchado me destrozó, descubrir que aquella noche en el establo habías sido tú con quién había estado y que el niño podía ser mío acabó de hundirme.

—¿Lo dices en serio? —La voz de Madeleine tembló.

—¿En serio? —Rafael soltó una carcajada seca—. En mi vida había sentido tanto pánico. No sabía a dónde habías ido, solo que ibas a contraer matrimonio con otro. No tenía forma de encontrarte, ni de pedirte perdón, ni de rogarte que no me dejaras.

Rafael le limpió las lágrimas con el pulgar.

—Tienes la capacidad de causarme migrañas, de que quiera darme cabezazos contra un muro y de hacer que me preocupe el que alguien pueda echarle demasiados ajos a la comida. Pero eres la única mujer por la que he rezado, por la que daría mi vida y a la que quiero tener en mis brazos antes,

durante y después de hacer el amor. O incluso sin hacer el amor, porque con lo que me haces sentir me basta.

—¿No me estás mintiendo?

—¿Puedo incorporarme para encender el candil? —Madeleine se mordió los labios, indecisa—. Solo quiero poder mirarte a los ojos, cielo —aclaró Rafael ante su silencio.

—Hazlo.

Rafael no le pidió que se bajara de su regazo cuando se incorporó lo suficiente como para buscar el candil sobre la mesita de noche. Madeleine permaneció en silencio hasta que saltó la chispa y la mecha dejó caer un cálido halo de luz sobre la cama. Estudió el perfil serio de Rafael, su definida mandíbula y su pelo alborotado mientras él se recostaba de nuevo.

—Ahora mírame a los ojos, inglesita. —Rafael le secó las últimas huellas húmedas de las mejillas.

—¿Vas a decir lo que sea ya? —espetó Madeleine cuando el nudo de su garganta se volvió demasiado grueso.

—Ahí se fue todo el romanticismo —se quejó Rafael, echándole una mirada al techo.

—¡Déjate de sandeces! Eres un mujeriego, pero nunca fuiste un romántico.

—Ese es uno de los motivos por los que me enamoré de ti. Ves cómo soy y, aun así, sigues a mi lado.

¿Rafael acababa de decirle que estaba enamorado de ella? Madeleine no pudo evitar que las manos le temblaran, por más que intentara que no se le notase.

—Cariño, ¿podrías dejar de apuntarme con esa arma?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque sin querer podrías matar a tu futuro esposo.

—¿Eso significa que en serio piensas casarte conmigo?

—Sin la más mínima duda.

A pesar del estremecimiento que la recorrió, Madeleine se negó a dejarse dominar por sus emociones. Por una vez en su vida, quería tener el derecho a tomar sus propias decisiones.

—¿Sabes?, no recuerdo que me lo hayas pedido nunca. Me gustaría tener la posibilidad de elegir por mi cuenta, no que me obliguen a hacerlo.

—Tienes razón. —Rafael soltó un profundo suspiro—. Pero ¿estás segura de que quieres que lo haga mientras me apuntas con una pistola? Podrías

conformarte, de momento, con saber que eres la mujer de mi vida, y esperar a mañana a que te rapte y te lleve a la pequeña ermita donde, algún día, también se bautizará nuestro hijo.

—¿Y raptarme es darme la libertad de elegir? —Resopló Madeleine.

—No me has dejado terminar. —Los labios masculinos se estiraron con picardía—. Pensaba confesarte que mi intención es ponerme de rodillas en el último instante y rogarte que te cases conmigo porque mi vida no tiene sentido sin ti.

—Muy bonito, ¿y se supone que eso es romántico? —Madeleine frunció el ceño para que él no se percatase de la emoción con la que la inundaban sus palabras.

—No. Pero es efectivo, y ya hemos llegado a la conclusión de que ser romántico no es lo mío.

—Buen punto. Pero seguimos teniendo un pequeño problema, y un bandolero me enseñó a no bajar el arma hasta que todo se haya resuelto.

—¿Cuál es el problema?

—Que mi futuro esposo, aparte de no ser nada romántico, habla demasiado. ¿Te casarías tú con un hombre que lo único que sabe hacer en la cama es charlar?

Rafael enarcó una ceja.

—¿Siempre piensas tener la razón en todo? No es por nada, pero se supone que los hombres necesitamos que nuestras esposas nos la den aunque solo sea en público.

—¿Ah, sí?

—Y creo que deberías hacer lo que todo buen bandolero haría en una situación como esta.

Por algún motivo, el que la comisura de los labios de Rafael temblequeara peligrosamente a Madeleine no le daba buena espina.

—¿Y eso sería?

—Pedirle a tu rehén que levante los brazos, que mantenga las manos en la nuca… —Para dejarle claro a qué se refería, Rafael se colocó las manos debajo de la cabeza, acomodándose complacido mientras seguía con su explicación—: Ordenarle que se calle y luego tomar lo que quieras de él —

finalizó, enseñando los dientes en una amplia sonrisa.

Madeleine cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con el ceño fruncido.

—Aparte de mujeriego, mi marido me salió listillo.

—Bueno, eres tú la que…

—¿Sabes algo más que aprendí con los bandoleros? —Madeleine se inclinó hacia delante para guardar la pistola bajo la almohada.

—¿El qué? —preguntó Rafael, distraído por la cercanía de los pezones, que se traslucían a través del camisón.

Inclinándose sobre él hasta casi rozar su boca, Madeleine deslizó una mano entre sus cuerpos y alcanzó la orgullosa erección que se presionaba contra ella.

—Que a veces la mejor arma no es la que mata —murmuró al sujetarlo con firmeza para bajar sobre él, cerrando los párpados con un satisfecho ronroneo a medida que podía sentirlo abriéndose paso en su interior—. Y la mejor tortura es aquella que da resultados.

—¡Madeleine! —Rafael gimió y hundió sus dedos en su cintura, aferrándose a ella.

—¡Ah, ah, ah! —repitió ella su anterior táctica—. ¿No fuiste tú quien me indicó que debía mantener a mi rehén a raya? Vuelve a poner las manos bajo la nuca —susurró, con atrevimiento, mientras ondulaba sus caderas sobre él.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, los de Rafael brillaban tan negros como el carbón.

—¿Estás segura de que yo soy el bandolero y tú la dama inglesa? —

preguntó con un largo y torturado gemido cuando ella siguió moviéndose sobre él con parsimoniosa lentitud.

—¡Shhh! Si las damas inglesas supieran lo que estoy haciendo ahora mismo, ninguna volvería a mirarme a la cara, aunque… —Madeleine bajó la cabeza para atraparle un pezón entre los dientes, raspándolo con suavidad antes de soltarlo con delicadeza—. Creo que me envidiarían por tener a un rehén como tú.

Rafael sonrió con suavidad.

—Ninguna de ellas podría atraparme como has hecho tú.

Madeleine se detuvo, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no?

—Porque me robaste el alma y el corazón como solo una bandolera puede hacerlo.

Epílogo

Dos años más tarde

— *Mademoiselle*, si me permite. —Rafael hizo una breve reverencia mientras deslizaba el anillo de oro de los pequeños dedos femeninos e ignoraba las risillas y el coqueto parpadeo de ambas mujeres.

—Yo que tú tendría cuidado —murmuró Antonio, apostado a su lado sin intervenir—. Si las miradas matasen, ahora mismo estarías clavado en una estaca, con los huevos a tus pies y no sé qué otra tortura horrenda que se le pueda ocurrir a la mente distorsionada de una mujer.

A pesar de que la imagen de sus genitales amputados le provocó un leve estremecimiento, la sonrisa de Rafael se amplió.

—Una dosis controlada de celos es saludable en el matrimonio. Además, solo estoy haciendo mi trabajo con algo de estilo. La violencia nunca fue lo mío, en especial con las damas. —Rafael le hizo un guiño a la señora, que debía de tener al menos una década más que él, haciéndola sonrojarse casi del mismo modo en que ya lo estaba su joven acompañante. Que, posiblemente, fuese su hija o su hermana menor.

—Mhm… —Antonio también sonrió, aunque su mirada se encontraba puesta a la espalda de Rafael—. En ese caso, espero que los disfrutes.

—¿Qué…?

— *Monsieur*, si me permite…

Rafael se giró como un rayo ante el suave ronroneo femenino. Sus ojos se desencajaron de sus órbitas al descubrir a su esposa pasando las manos por el pecho del endemoniado barón francés, que la miraba con ojos brillantes y una seductora sonrisa.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —masculló Rafael por lo bajo.

—¿Su trabajo con estilo? —se mofó Antonio, no dejando ni la más mínima duda de lo que le divertía la situación—. ¿A qué vienen esos gruñidos, amigo mío? Según lo veo lo está haciendo genial. Míralo, parece que el franchute esté hasta agradecido de que acabe de aligerarle el peso de esa bolsa de monedas.

Entrecerrando los ojos, Rafael dio dos zancadas con los puños crispados y sujetó la muñeca de Madeleine cuando estaba a punto de deslizar los dedos por el interior de la chaqueta y la cintura del francés para revisarle la espalda.

—Yo me encargo de este.

—¿Ya terminaste con las señoras? —preguntó Madeleine con dulzura.

—Sí. —Y, si no lo estaba, le daba igual.

—¿Y no deberías dejarme cumplir con mi parte del cometido?

Rafael se tragó un gruñido. Aquella era una de esas preguntas trampa que iban a traerle problemas luego, pero que le dieran un tiro si pensaba permitir que ella pusiera las manos sobre otro hombre.

—Si no recuerdo mal, era a Curro a quien le correspondía encargarse de él y a ti vigilar.

—Curro está liado revisando el equipaje con Paco.

—Entonces déjale la vigilancia a Antonio y encárgate de repasar a las mujeres por si se me ha escapado algo.

—¿Estabas algo despistado?

¡Maldita fuera! Si la voz de Madeleine se endulzaba solo una nota más, la estaca y sus genitales a los pies era el menor de sus problemas.

—En absoluto.

—¿Entonces…?

—Hazlo —gruñó Rafael sin perder de vista al francés, cuyos ojos habían perdido toda traza de placer y ahora se enfrentaban a él llenos de odio. El sentimiento sin duda era mutuo. El imbécil era el culpable de que tuviese que exprimirse el cerebro en arreglar las cosas con su mujer. ¡Maldito fuera!

—Por supuesto, mi amor.

Por el rabillo del ojo, Rafael comprobó cómo Antonio, Curro y Pepe se pasaban unas monedas. ¡Malditos cabrones! Ya habían vuelto a hacer una de sus apuestas. Su atención se distrajo cuando vio a Pepe dándole un codazo a Antonio y señalando con la barbilla en la otra dirección, casi al mismo tiempo en que una de las señoras soltó un jadeo agitado.

Sin andarse con chiquitas, Rafael golpeó al franchute con el mango del trabuco en la nuca y dejó que cayera inconsciente al suelo. Se lo tenía merecido, sin contar que más valía prevenir que curar. Antes de girarse a comprobar qué ocurría, el entorno se llenó de una ristra de exclamaciones agitadas en francés y un sonoro guantazo que recuperó el silencio interrumpido de golpe. Hasta los insectos dejaron de zumbar por unos

segundos.

La mandíbula de Rafael prácticamente se desencajó al descubrir los dos saquitos tirados ante las señoras junto a una misiva sellada. Madeleine sacó la mano de debajo de las faldas de la señora mayor, y añadió una fina daga y otro saquito al montón.

—Ya sabes que nunca me he quejado de tu estilo, compañero. Eres el bandolero más famoso de toda la sierra por su elegancia y fiereza —

murmuró Antonio manteniendo la vista sobre las mujeres, con los brazos cruzados y el trabuco en mano—. Pero admitámoslo: la Forastera tiene mejores resultados que ninguno de nosotros.

Debería haberse sentido ofendido, pero lo cierto es que, al oírle usar el sobrenombre que la gente le había dado a la misteriosa mujer que pertenecía a una de las cuadrillas de bandoleros más famosas del entorno, los labios de Rafael se curvaron llenos de orgullo. La Forastera era su mujer y se había ganado el título a pulso.

—Al principio tenía mis dudas al respecto —confirmó Curro, que también se había colocado a su vera—. Siguen sin gustarme las mujeres fuera de la casa…

—O del burdel, tío —intervino Pepe con sorna—. ¡Ay! ¿A qué vino ese cogotazo, tío?

—Pero la moza sabe lo que se hace —siguió el viejo bandolero, sin echarle cuenta a las quejas de su sobrino.

Limitándose a afirmar, Rafael copió la postura de Antonio y aguardó a que Madeleine acabase de desplumar a las extranjeras. Con cada minuto que pasaba, la presión en su pecho se sentía más liviana, dejando paso a la calmada felicidad que solía experimentar en la cercanía de ella y su familia.

Uno de los mayores temores que había sentido con la llegada de los franceses y el giro político del año pasado había sido que las órdenes del general lo mantuviesen alejado de Madeleine y sus hijos. No existía nada peor para un hombre que el saberse lejos de su familia y no poder protegerlos en los tiempos inciertos que corrían. Pero su inglesita no era una mujer cualquiera y cada día le daba gracias a Dios y a su padre por haberla puesto en su camino.

Un buen rato más tarde y a media milla de allí, detuvo el carruaje que se avecinaba con una señal de su mano. A Madeleine le faltó tiempo de acercarse y abrir la puerta de un tirón.

—¿Dónde está mi bebé favorito? Ven aquí con mamá.

A Rafael se le llenó el pecho de calor al ver a la pequeña Inés en brazos de Madeleine, riendo extasiada, con los regordetes brazos alrededor de su cuello. Isabel bajó del vehículo y se acercó a ellos con

una amplia sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó Antonio, bajando la cabeza para que ella pudiera besarlo en la mejilla.

—¿Bien? Ni año y medio tiene esa niña y ya tiene a todos los chiquillos del barrio corriendo tras ella, tratándola como a una reina. Mi hermana Cristobalina ha amenazado con cobrar entrada la próxima vez que vayamos de visita. Aunque, si te soy sincera, creo que solo lo hace porque quiere que su hijo Juan sea el primero en tener oportunidades con ella.

Rafael arqueó una ceja y cogió a la bebé cuando esta pegó pequeños saltitos en los brazos de la madre, soltando gritos de:

—¡Pá! ¡Pá!

Antonio rio por lo bajo y le dio una palmada en los hombros.

—Disfruta ahora que puedes de ella, porque dentro de doce o trece años te veo gruñendo como un perro rabioso para que ningún jovenzuelo se atreva a echarle una mirada.

Madeleine rompió a reír.

—¿Dentro de doce años? ¿Pero tú lo has visto cómo se pone con Joselito cuando se acerca a Cayetana?

—Ese gamberro no pinta nada con mi hija —masculló Rafael, acercándose al coche de caballos y manteniendo la puerta abierta para Madeleine—. Solo le gustan los problemas. No quiero ni pensar dónde acabará el día de mañana y qué cosas no hará.

Madeleine puso los ojos en blanco, se montó en el carruaje y murmuró algo que sonó sospechosamente a:

—Dijo el bandolero que acaba de atracar a unos franceses.

Antonio abrió la boca para aportar su propio granito de arena, pero Rafael lo fulminó con la mirada.

—Nos vemos esta noche en el baile —se despidió, dando un portazo antes de que el otro tuviese tiempo de replicar.

—Hasta mañana, Isabel —gritó Madeleine, despidiéndose con la mano mientras el carruaje se ponía en marcha.

En un cómodo compañerismo, ambos se cambiaron de ropa mientras se turnaban para mantener a la niña entretenida. Para cuando acabaron, Inés se había quedado dormida sobre el pecho de Madeleine, quien le apartó uno de sus dorados rizos de la frente.

—¿Te arrepientes? —preguntó Rafael sin poder evitarlo.

Ella ladeó la cabeza y lo estudió con una pequeña sonrisa.

—¿De?

—De estar aquí conmigo, en España y de las cosas que hacemos.

—¿Te refieres a si me arrepiento de estar casada con el hombre más guapo del sur, que me ha regalado una familia, un hogar y la libertad de experimentar una vida llena de aventuras y emociones?

—Cuando lo pones así, diría que hasta suena bien —admitió Rafael reticente.

Madeleine sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír, y le dio un delicado beso a su hija.

—Es la vida con la que jamás me atreví a soñar y todo lo que podría desear, Rafael. No, no me arrepiento de un solo segundo de los que he pasado contigo desde la noche en que te conocí.

A la mención de la extraña noche en la que hicieron el amor sin saber siquiera sus nombres, los ojos de Rafael fueron al colgante de la luna de plata que ella seguía favoreciendo sobre cualquiera de las otras joyas que le había regalado a lo largo del tiempo que habían compartido.

—Hay algo en lo que estás equivocada. —Rafael se sentó a su lado, cogió a la niña en un brazo y rodeó a Madeleine con el otro, dándole un beso en la frente.

—¿Y eso sería? —Madeleine apoyó la cabeza en su hombro y ambos contemplaron a Inés riendo en sueños.

—No puedo atribuirme nada de eso. Eres tú quien ha luchado a cada paso del camino para formar nuestra familia y darles a nuestros hijos el mejor hogar que podrían tener. —Rafael lo dijo en serio. Creía cada palabra que había dicho; porque, por más que trataba de hacerle justicia a su anterior matrimonio, no fue hasta que Madeleine entró en su vida e hizo suyos a sus hijos que comprendió el calor y la unidad

que le había faltado en su vida.

—¿Y mi libertad?

La comisura de sus labios tembló.

—¿Te refieres a dejarte ser bandolera?

—Mhm. No conozco a muchos hombres que lo hubiesen permitido.

Hasta conocerla a ella, dudaba mucho que él se lo hubiese planteado tampoco. Sin embargo, ¿cómo podría haberla privado de aquello que la hacía feliz y que los unía como verdaderos compañeros?

—Creo recordar que me estabas apuntando con una pistola cuando me

informaste de que no pensabas quedarte en casa, esperándome durante dos meses, mientras yo me lo pasaba bien jugando a los espías.

Madeleine rio junto a él.

—Cierto, esa parte se me había olvidado. —Ambos permanecieron un rato en silencio, con la felicidad reflejada en sus rostros mientras observaban a Inés—. ¿Y tú? ¿Te arrepientes?

Rafael se llenó los pulmones de oxígeno y soltó lentamente el aire.

—¿De entregarle mi corazón y mi alma a la bandolera más bella, inteligente y pícara que ha existido? Jamás. Eres todo lo que soñé y creí que no existía, todo lo que anhelé y no sabía que necesitaba.

Madeleine alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Menos mal que las palabras no son lo tuyo; estaría condenada a enamorarme una y otra vez de ti, sin poder evitarlo —se burló, acercando sus labios a los de él.

Saliendo a su encuentro, Rafael respondió a su besó con la misma dulzura, ansia y pasión que había sentido por ella desde aquella primera noche en que le robó su inocencia sin siquiera sospecharlo. Porque no importaba que no supiera su nombre o no le hubiese visto el rostro: aquel fue el momento en que le entregó su corazón. Y no, no se arrepentía de ello y nunca lo haría.

Fin

Agradecimientos

Gracias de corazón a mis lectoras cero, Alissa Brontë, Naitora McLine y a Amanda Pedregosa por prestarme sus ojos, apoyarme y animarme. Sin vosotras la historia no habría sido la misma.

Mis agradecimientos también a Teresa y a su equipo por recibirme con los brazos abiertos en Ediciones Kiwi y por hacer posible que este sueño se cumpla.

Document Outline

- Copyright
  - Nota del Editor
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38

- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Epílogo
- Agradecimientos